Angela
MARSONS

POR FIN JUGAMOS A ALGO.
UN JUEGO QUE YO HE ELEGIDO.

JUEGO DE NIÑOS

UN
THRILLER DE
KIM STONE

Marsons es para mí,
la REINA de este género.
POSTCARD REVIEWS

JENTAS

Angela
MARSONS

POR FIN JUGAMOS A ALGO.
UN JUEGO QUE YO HE ELEGIDO.

JUEGO DE NIÑOS

UN
THRILLER DE
KIM STONE

Marsons es para mí,
la REINA de este género.

POSTCARD REVIEWS

JENTAS

Juego de niños

Juego de niños

Título original: Child's Play

ePub: Jentas A/S

Traducción: Jorge de Buen Unna, © Jentas A/S

ISBN: 978-87-428-1301-0

First published in Great Britain in 2019 by Storyfire Ltd trading as Bookouture.

—

De la serie de la detective Kim Stone:

Grito del silencio

Juegos del mal

Las niñas perdidas

Juegos letales

Hilos de sangre

Almas muertas

Los huesos rotos

Una verdad mortal

Promesa fatal

Recuerdos de muerte

Juego de niños

Este libro está dedicado a Jez Edwards.

Simplemente, gracias.

Prólogo

Invierno de 2010

—Venga, ¡¿qué quieres?! —me grita. Se frota las manos, me recuerda mi niñez.

Pero la niñez ha quedado atrás. He madurado y he cogido un buen cabreo. Solo que ella no tiene por qué saberlo. Todavía.

Mira alrededor, al parque desierto.

—¿Y qué hacemos aquí? —pregunta. Estamos a mediados de enero, a un grado de temperatura. Dentro de veinte minutos, el sol se habrá ocultado por completo.

Tal como yo esperaba, la ha atraído hasta aquí mi promesa de que le daría algo.

Ya en el carrusel, palmeo el asiento a mi lado.

—Siéntate conmigo y te daré tu regalo.

Parece insegura, pero la curiosidad puede más que ella.

Llevo ocho años soñando con este momento.

—Vamos, ¿de qué va esto…?

—¿Recuerdas que, en mi infancia, me traías aquí a jugar? —pregunto.

Ella duda

—Eeeh… Yo…

—¿Te acuerdas de que me empujabas en el columpio?, ¿de que te

sentabas conmigo en el balancín?, ¿de que jugábamos a la pelota en el campo?

—Va, ya es tarde. Quiero volver a casa. —Detecto el miedo en su voz.

Algo va mal. Lo sabe.

Se aleja de mí.

La agarro del brazo.

—No te acuerdas, ¿verdad? Ya, igual es porque nunca lo hiciste, puta de mierda —le digo, y la giro hacia mí.

—¿Qué…?

En mi mente he ensayado esto un montón de veces. Sé muy bien cómo va a suceder.

Levanto el brazo derecho y le doy un puñetazo en la sien, con lo que la dejo inconsciente.

Una sonrisa sincera ilumina mi rostro. Me ha hecho sentir casi tan bien como lo había imaginado.

Trabajo deprisa mientras la luz del día se difumina, sin saber cuánto tiempo seguirá alumbrando.

Termino de hacerle el último nudo del tobillo y ella gime.

—Oye, ¿qué…?

—¿Estás cómoda? —le pregunto. Me aparto para admirar mi obra.

Yace boca abajo. Tiene las piernas abiertas, atadas a la estructura metálica del carrusel con forma de telaraña. Está doblada por la cintura, de modo que la mitad superior de su cuerpo cuelga hacia el suelo y su coronilla toca el suelo de hormigón. Tiene las manos atadas a la espalda.

—Mira, voy a vomitar…

Trata de moverse, y yo disfruto del miedo en su voz.

—Ese es el menor de tus problemas —le digo.

—¡Aaah! —grita cuando el alambre de espino le muerde la carne de las muñecas. Ha sido una pesadi lla ponérselo, pero veo el rojo brillante de sus forcejeos y sé que ha merecido la pena.

—Con que me hubieras traído aquí una sola vez… —le escupo mientras empiezo a girar el carrusel.

Entre gritos, su cabeza arrastra por la superficie.

Sonrío y sigo empujando con la seguridad de que nadie la oirá. Hace años, después de que dos se hundieran en un antiguo pozo minero, declararon inhabitables y vaciaron las casas a las que servía este parque.

Ahora, los únicos niños que lo usan vienen de kilómetros de distancia, pero no en una noche como esta.

—P-por favor… par…

—Chitón. Ahora me toca a mí. —Empujo el carrusel con más fuerza. Con cada revolución, quedan atrás mechones de pelo—. Tendrías que haber jugado conmigo —le digo, y acelero los impulsos.

Ella coge aire entre gritos de dolor; su piel arrastra por la grava.

Los gritos se convierten en aullidos. Supongo que está perdiendo el conocimiento.

Detengo el carrusel y empujo hacia el otro lado. A medida que vuelve a tomar impulso, el alambre de espino penetra más profundamente en su carne.

Por fin jugamos a algo. Un juego que yo he elegido.

Sobre la grava, alrededor, se ha formado un rastro de sangre.

Empujo con más fuerza y el carrusel pasa zumbando junto a mí, a toda velocidad. Empujo tan fuerte como puedo.

—¡Deberías haberme escuchado! —grito.

De ella no salen más que gemidos.

La sangre se acumula en el suelo, los trozos de piel se adhieren a la base de hormigón.

Oigo el ruido de su cráneo al fracturarse y los chillidos cesan por completo.

Doy un último empujón al carrusel y retrocedo.

—Deberías haber jugado conmigo —vuelvo a decirle, aunque sé que ya no es capaz de oírme.

Me alejo mientras el cuerpo desplomado y sin vida sigue girando.

Capítulo 1

En la actualidad

Kim Stone llegó al cordón policial a las 23:29. Hacía casi tres horas que el sol se había ocultado, pero el calor de finales de agosto aún flotaba en el aire.

A los operadores de Emergencias les había dado instrucciones para que llamaran al sargento Bryant, su colega, pero el Astra Estate aún no estaba entre los coches patrulla, la ambulancia y la furgoneta del forense. Miró de la ambulancia a la furgoneta y de vuelta. Sin duda, solo hacía falta una de las dos.

Mientras se quitaba el casco, se preguntó en medio de qué habrían interrumpido a su colega cuando recibió la llamada. Conociendo a Bryant, estaría a punto de dormirse con el canal de crímenes como sonido de fondo.

Ella, en cambio, se estaba preparando para llevar a Barney a su paseo nocturno. Había dejado al perro en casa, después de una rápida visita al jardín trasero, con la promesa de que, a su regreso, lo llevaría al parque a correr. A la hora que fuera. Prefirió no decirle que tenía que acudir al parque Haden Hill. Barney no le habría perdonado la ausencia tan fácilmente de haber sabido que Kim iba a un lugar que frecuentaban en sus paseos matutinos.

La casa Haden Hill, una residencia victoriana, había sido construida en un parque, en 1878, por George Alfred Haden Haden-Best. En los planes originales del dueño estaba demoler el gran pabellón Haden y ampliar la casa, pero en ese viejo edificio vivía su anciana tía, la viuda del terrateniente. Cuando ella murió, en 1903, el hombre ya había perdido el deseo de ampliar Haden Hill, así que los dos edificios permanecieron uno al lado del otro.

A la muerte del dueño, en 1921, la vivienda, el viejo pabellón, los jardines y el terreno de veintidós hectáreas habían sido adquiridos por un fideicomiso para convertirlos en un parque. En los años siguientes, la casa y el viejo pabellón fueron usados como albergue para personas evacuadas y refugios contra bombardeos. El conjunto sufrió un incendio y pasó años en ruinas, hasta que los fondos de la lotería ayudaron a devolverle su antiguo esplendor.

Kim había llegado directamente a la entrada de la calle Haden Park, que daba a la zona de juegos infantiles, situada en la parte superior del recinto, a poca distancia de los edificios reformados. Una docena de curiosos ya estiraban el cuello en su intento por ver más allá de los agentes de policía y los vehículos. Y, a medida que los lugareños abandonaban la pretensión de mirar por las ventanas de abajo y arriba, se abrían más y más puertas.

Kim mostró su placa y se escabulló bajo la cinta policial. Se encaminó hacia el grupo de chaquetas fluorescentes y las múltiples linternas que alumbraban a falta de farolas.

Mientras se dirigía al centro, los uniformados le iban abriendo paso. Pasó junto a unos paramédicos que, por supuesto, ya no tenían nada que hacer allí y que, aun así, seguían discutiendo junto a un tobogán adornado con jirafas.

Centró su atención en un forense diminuto que sacaba algo de su maletín. El médico lo había dejado sobre un muelle que daba vida a una especie de personaje de dibujos animados.

—Eh, Keats —le dijo.

Él sacudió la cabeza, afligido, y Kim se preguntó para qué la habrían llamado. Pero la consternación del médico —en ese momento se dio cuenta— no tenía nada que ver con la escena del crimen. Sabía muy bien que, a ese hombre, Bryant le caía mucho mejor que ella. Y Keats no hacía el menor esfuerzo por disimularlo.

—No tardará en llegar —le dijo.

Esas cosas no la molestaban. La mayoría de la gente sentía lo mismo.

En la adusta boca del hombre se dibujó una sonrisa.

Sin duda, Bryant acababa de llegar.

—Buenas noches, Keats —dijo este con una sonrisa y la mano extendida.

Ella le echó una mirada que él decidió ignorar.

Keats sonrió, satisfecho.

—Así es como se saluda…

Kim miró a su alrededor.

—Perdonad, pero ¿no se supone que, por aquí, en alguna parte, había un cadáver? —preguntó.

—Así es, inspectora, y la pobre alma no ha sido tocada salvo para comprobar sus signos vitales.

—Vale. Bueno, indícame el camino.

—Chicos… —Keats hizo una señal con la cabeza al grupo de uniformados.

De repente, como si enfocaran a un monologuista sobre un oscuro escenario, la zona de la izquierda se iluminó con los haces de las linternas.

Kim tardó unos segundos en adaptar la vista mientras su compañero llegaba para situarse a su lado.

La respiración agitada de Bryant se acompasó con la suya.

—¿De qué coño va todo esto? —preguntó él.

Acababa de quitarle las palabras de la boca.

Capítulo 2

Con un solo vistazo, Kim vio que había una mujer de mediana edad sentada en el columpio del extremo derecho. El bolso había sido puesto con cuidado junto al marco metálico. No estaba abierto, no había cosas desparramadas y el asa bandolera estaba enrollada en el lado izquierdo.

Kim hizo un segundo examen detallado del extraño y macabro espectáculo que tenía delante.

El cabello de la mujer era grueso y gris, aunque bien peinado. Incluso a la luz de las linternas distinguía el brillo del carmín en un rostro atractivo que, a pesar de los primeros signos de desgaste, aún no se había rendido a las arrugas profundas.

Llevaba los lóbulos de las orejas adornados con pequeños pendientes de perlas que hacían juego con un collar fino de una sola vuelta. Al igual que el rostro, el cuello no había escapado al proceso de envejecimiento.

El collar de perlas desaparecía dentro de una blusa blanca con cuello. La mujer se había puesto, sobre la blusa, una fina rebeca de verano con manga tres cuartos.

La falda, acampanada, estampada en azul y con pequeñas flores amarillas, le llegaba justo por debajo de la rodilla, aunque, si hubiera estado de pie, habría parecido más larga. Unas medias de nailon cubrían sus piernas y se perdían bajo unos zapatos azules con tacones de cinco centímetros.

Así que aquella no era más que una señora de mediana edad, una que había hecho un alto en los columpios mientras daba un paseo por el parque, tal vez para revivir un recuerdo de la infancia o por no haber podido resistirse a un arranque impetuoso. Algo inofensivo.

Excepto por dos cosas: la mancha roja brillante que coloreaba la

parte delantera de la blusa y el alambre de espino que ataba sus muñecas.

El cuerpo se habría desplomado hacia delante a no ser por la cadena del columpio, que lo mantenía en su sitio. Las piernas estaban ligeramente flexionadas, y las puntas de los zapatos arrastraban por el suelo.

—¿Algún juego erótico que ha salido mal? —preguntó Bryant.

—No lo sé todavía —dijo Kim. Se esforzaba por apartar la mirada.

A la luz del día y sin el espino, esa mujer, entre risas y gritos de alegría, balanceándose en el columpio junto a su nieto, habría provocado sonrisas y carcajadas. A altas horas de la noche, incluso sin la sangre ni el alambre, la escena ofrecía un espectáculo siniestro y provocador.

—¿Quién la ha encontrado? —preguntó Kim a nadie en particular.

—El tío aquel, junto al juego de escalar; y no pises ese charco de la grava, también es de él —dijo uno de los uniformados.

Bryant se volvió y asintió hacia él.

—¿Quieres que vaya y…?

—No —dijo Kim—. Echa un vistazo en el bolso. Es menos probable que Keats te riña a ti.

Al forense no le gustaba que nadie tocara las cosas hasta que los técnicos las hubieran revisado, pero la camaradería daba a Bryant un poco más de margen. A Kim rara vez le venía bien enfrentarse a Keats al principio de un caso.

Sabía que gran parte del afecto que el forense le tenía a Bryant surgía de lo difícil que le parecía estar pegado a su jefa un día tras otro. Keats pensaba que ese hombre ya tenía bastante cruz con ella. Y Kim no estaba en desacuerdo con él, pensó mientras rodeaba el charco de vómito para acercarse al varón rubio que había sentado en el suelo.

El joven tenía las piernas flexionadas y la espalda pegada al muro de escalar. Apoyaba los codos en las rodillas para sostenerse cabeza, la vista fija en el suelo.

Vestía vaqueros oscuros y una sudadera. Kim le calculó unos veinte años.

—Hola —le dijo, y le mostró la placa. Él hizo un esfuerzo por ponerse en pie—. Está bien, puedes quedarte en el…

—Solo quiero irme a casa, oficial. Me dijeron que, una vez que hubiera hablado con un detective, podría…

—Vale, vale —dijo ella, y le dedicó una mirada a la agente de policía que estaba al lado del joven.

—Eric —lo presentó—. Eric Hanson, de…

—Gracias —contestó Kim. Daba por sentado que el joven no había perdido el habla.

El chico había levantado la mirada de modo automático y ahora la dirigía de nuevo a los columpios. Sacudía la cabeza.

Kim se le puso delante para bloquearle la vista y señaló con la cabeza la botella de plástico que él llevaba en la mano.

—Anda, toma un sorbo, compi.

Él negó con la cabeza.

—Estoy bien, gracias —dijo.

—Entonces, Eric, ¿qué ha ocurrido aquí? —preguntó.

—Ella solo estaba… Miré y…

Sus ojos atravesaban a Kim con la mirada, clavados en la imagen con la que había tropezado. La detective no quería que reviviera aquel horror una y otra vez. Solo necesitaba datos, así que lo trajo de vuelta al presente:

—Vale, hazme el favor de recordar, Eric. ¿A qué hora entraste en el parque?

Él la miró a la cara.

—A las diez y media —contestó—. Solo quería bajar la última caña que me he tomado en el bar. Me apetecía estirar las piernas.

—Entonces, ¿vienes de allí? —Señaló con la cabeza la calle que llevaba al bar.

Aunque el sendero no formaba parte del parque, conectaba la entrada con el club de críquet Old Hill, donde ella acababa de aparcar.

—Sí, he ido a tomar unas cañas con los colegas y…

—¿Y no te has cruzado con nadie? —Otra negativa con la cabeza—. ¿Has oído algo de camino aquí?

—Nada. Estaba muerta…

Cuando esta última palabra volvió a refrescar en su mente lo que había vivido, sus palabras se fueron apagando.

—Entonces, ¿no has visto ni oído nada y has llamado a la policía enseguida? —preguntó Kim.

Él asintió con la cabeza.

—Y, después, ¿qué has hecho?

Un sentimiento de culpa se dibujó en su rostro.

—¿Qué quiere decir?

—¿La has tocado?

Él dudó antes de negar con la cabeza.

—¿Estás seguro, Eric? —lo presionó. Tenía que saberlo.

—Lo siento, pero no he hecho nada. O sea, no podía…

Kim comprendió de dónde venían el sentimiento de culpa y la evasiva. El chico se sentía mal porque no había tenido el valor de acercarse a la mujer para comprobar si seguía viva.

—No pasa nada. No habrías podido ayudarla, no lo creo.

Él le ofreció una sonrisa de agradecimiento mientras Bryant se acercaba.

—Vale, Eric. Nos pondremos en contacto contigo cuando necesitemos algo más. Y, si recuerdas alguna cosa, llámanos.

Él asintió con la cabeza. Kim buscó entonces la mirada del uniformado, que seguía a junto a ella.

—Consigue que alguien lo lleve a casa.

—Eso haré, señora.

Después se volvió hacia su compañero.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—Mitch ha llegado. Está discutiendo con Keats la mejor manera de bajarla del columpio.

—¿Ya tenemos su nombre?

—Belinda Evans. Sesenta y un años. Vivía en Wombourne y conducía un BMW Serie 5, un modelo de menos de dos años. —Ella enarcó una ceja. En esos últimos minutos, Bryant había sido mucho más productivo que ella—. Las llaves del coche están en el bolso, junto a una cartera que nadie ha tocado, un carné de conducir, un pequeño neceser de maquillaje, un bolígrafo, gafas y un paquete de caramelos de menta. No hay teléfono móvil.

—¿Y el coche?

—Bien aparcado, a unos cincuenta metros de las puertas del parque. Está cerrado y sin evidencias de que haya sucedido algo raro allí.

—Buen trabajo, Bryant. —Se dirigió hacia la entrada del parque—.

La mayor parte de esa información es irrelevante, pero has conseguido un dato increíblemente útil e importante.

—¿Cuál?

—Que Belinda Evans vino al parque por su propia voluntad.

Capítulo 3

Kim entró en la sala de la brigada y, de inmediato, se dio cuenta de que algo no estaba en su lugar. No tenía nada que ver con el hecho de que la sala hubiera estado vacía a las siete y media de la mañana, cuando salió para informar a Woody de los acontecimientos de la noche anterior, y que ahora estuviera llena. No, no era eso. Eso era lo que ella esperaba. Había un cambio más sutil.

Ah…, por fin, por fin lo entendió.

—Bryant, ¿por qué está Betty en tu escritorio?

Ni una sola vez le habían concedido la preciada planta por sus esfuerzos en el trabajo.

Stacey soltó una risita.

—Te lo dije.

—Solo la estoy cuidando, jefa, ya que Penn va a estar fuera la mayor parte de la semana. —Hizo una pausa—. Quería ver cómo quedaba.

—Gánatela, entonces —dijo ella, y volvió a poner la planta en el alféizar. Se volvió hacia el grupo y cruzó los brazos—. ¿Y qué demonios llevas en los pies, Penn? —preguntó.

—Zapatillas, jefa.

A diferencia de quien había ocupado su puesto en el equipo antes que él, Penn no era un hombre que se inclinara demasiado a lo estiloso. Su atuendo normal era presentable: pantalón negro liso y camisa blanca. Cumplía las normas. Lo justo. Pero, si lo metías dentro de un traje, la prenda, de alguna manera, se las arreglaba para parecer tan cabreada como él.

No es que Kim supiera mucho acerca de las tendencias de la moda masculina en trajes, pero esa gruesa raya diplomática gris hacía que el vestuario pareciera haber salido de los años noventa. Tampoco ayudaba mucho el pelo rebelde rizado. Sin embargo, Kim se alegró de ver que Penn no llevaba puesto la bandana y que sus rizos habían sido domesticados con algún producto masculino para el cabello.

Pero las zapatillas…

—Mira, Penn, no sé qué cosas toleraba Travis, pero, si vas a presentarte en juzgados, incluso para uno de tus viejos casos, eres parte de este equipo. Como tal, representas a ambos…

—Están debajo del escritorio, jefa —dijo Bryant, detrás de ella.

—¿Eh?

—Sus zapatos… Están debajo del escritorio. Has caído en la trampa con demasiada facilidad.

Penn sonrió, satisfecho. Se agachó y se desató los cordones.

Kim sacudió la cabeza.

—Joder, qué graciosos sois —dijo.

—De cualquier modo, volveré más tarde, ¿no, jefa? —preguntó él esperanzado—. La sesión del tribunal termina alrededor de las cuatro.

Expectantes, Bryant y Stacey también estaban muy atentos a la respuesta.

Y ella se sintió tentada a aceptar.

—No, Penn. Ve directo a casa. Woody no está dispuesto a ceder.

Un gemido colectivo sonó alrededor.

Kim levantó las manos para defenderse.

—Yo no he puesto las reglas, chicos —dijo.

Había leído el memorando que todas las fuerzas policiales de West Midlands habían recibido hacía un mes. Y, al principio, había estado encantada de ignorarlo; hasta que tuvo que acudir al despacho de su jefe, Woody, y este le entregó una copia impresa.

La corporación estaba en crisis. Las cifras de contratación iban a la baja; los delitos violentos, al alza, y los índices de agotamiento del personal, en máximos históricos.

Woody había sacudido el informe delante de su cara.

—Los haces trabajar demasiado —le había dicho.

—¿Es culpa mía? —Tenía un equipo de tres. Aun extenuándolos a todos, las cifras globales no sufrirían mella alguna.

—Ya sabes a qué me refiero —gruñó él.

—Los vigilo —se defendió Kim.

—Son como perros, Stone.

—¿Disculpe, señor?

—Ocultan sus enfermedades —aclaró Woody—. Los policías odian admitir que algo va mal. Siguen luchando. Son soldados. No te enterarás hasta que sea demasiado tarde.

—¿Qué se supone que debo hacer, pues?

—Hazlos descansar, Stone. Tienes que gestionar su trabajo y asegurarte de que tengan suficiente tiempo de inactividad. Intenta ceñirte a los turnos y busca señales reveladoras, como cambios emocionales. —Ella enarcó una ceja y Woody volvió a agitar el memorando—. Vale. En tu caso, quizás deberías buscar cambios de comportamiento y signos físicos: irritabilidad, retracción, agresividad. Está todo aquí.

—Tomo nota, señor. Ahora, solo tengo una pregunta. —Echó un vistazo al trozo de papel que su jefe tenía en las manos.

—Dime.

—¿Los criminales también han recibido el memorando?

Si no le fallaba la memoria, Woody, en ese momento, le había lanzado el informe y le había dicho que se marchara.

El proceso judicial de Penn no podía haber llegado en peor momento. Terminada la última gran investigación —una relacionada con una psicópata que había estado recreando los sucesos más traumáticos de la vida de Kim—, habían estado trabajando en casos de rutina. En aquellas últimas semanas, cualquier día habría les habría ido bien.

Pero, por desgracia, la Fiscalía de la Corona no consultaba la agenda de Kim a la hora de programar los juicios por asesinato. Aparte, como ese había sido el último gran caso de Penn con West Mercia, ella no había tenido más remedio que darle tiempo libre para que asistiera al juicio. Sobre todo, porque él había sido el oficial a cargo de la investigación.

Se sentó en el borde del escritorio, frente a la pizarra blanca.

—Bien. Pongamos manos a la obra —dijo—. Belinda Evans, de sesenta y un años, apareció atada a un columpio, a altas horas de la noche, en el parque Haden Hill. Vestía con elegancia, presentable, y llegó allí por sus propios medios, aunque no llevaba teléfono móvil. Vivía en una buena zona de Wombourne y nunca había llamado nuestra atención.

»Stace, averigua todo lo que puedas sobre nuestra víctima. Antes de reunirnos con Keats para la autopsia, que será a las diez, Bryant y yo iremos a su casa.

—Entendido, jefa —dijo Stacey, y se volvió hacia su ordenador.

—Woody ha delegado la toma de declaraciones en el inspector Plant y su equipo, dado que Penn se tomará unas vacaciones esta semana.

Esas tareas solían recaer en Penn. Él movió la cabeza de un lado al otro.

—¿Quién diablos querría lastimar a una ancianita?

En la sala, Bryant era la persona más cercana a la edad de Belinda Evans.

—Oye, a los sesenta y uno no se es viejo, colega —dijo—. Y yo apuesto por Eleanor.

—¿Eleanor qué? —preguntó Kim con el ceño fruncido.

—No sé su apellido, pero se rumorea que deambula por el parque en busca de un amor perdido, un monje a quien emparedaron vivo en un pasadizo y…

—O podría ser Annie Eliza —dijo Stacey, con los ojos muy abiertos —. Vivió allí sola. Nunca se casó ni tuvo hijos y…

—¿No podría haber sido Yvette? —añadió Bryant.

—¿Otro maldito fantasma? —preguntó Kim, de camino al Tazón.

—Naaa, esta sí existe. Hace el programa Most Haunted y ya han ido a investigar…

Kim agarró su chaqueta.

—Basta, chicos —dijo.

Volvió a mirar la pizarra blanca, que apenas contenía unos cuantos detalles. En ese momento, Belinda Evans era una lista de interrogantes, una simple colección de hechos extraídos en exclusiva de la escena del crimen, aunque Kim ya tenía la sensación de que esa mujer iba a convertirse en mucho más que eso.

Capítulo 4

Wombourne era un pueblo de origen anglosajón en el sur de Staffordshire. Había conseguido mantener su sentido de comunidad a pesar de las numerosas urbanizaciones que habían surgido como remedios habitacionales para la cercana ciudad de Wolverhampton.

Bryant se detuvo en Trident Road, detrás de un coche patrulla, a unas cuantas calles de la zona verde del pueblo.

Ya fuera del coche, Kim observó que el bungaló de dos fachadas había sido pintado hacía poco. Una valla listonada, que llegaba a la altura de la cadera, cerraba el jardín delantero hasta desaparecer por la parte de atrás. A ambos lados de la puerta había cestas colgantes con flores idénticas de colores rosa y blanco. Era una vivienda ordenada y agradable que parecía haber sido diseñada para que los gastos de mantenimiento fueran bajos.

Bryant mostró su placa al uniformado que montaba guardia en la entrada.

—Ojalá a mi mujer le gustara algo así —se quejó—. En casa, las malditas flores me tienen estornudando todo el…

—Espera. —Kim retrocedió unos pasos hasta el oficial de la puerta y echó un vistazo a la calle—. ¿Algo interesante? —le preguntó.

—Mucho, señora —dijo este—. Antes de marcharse, hace veinte minutos, la mujer del 17 nos ha estado vigilando durante más de una hora por la ventana de su habitación. La del 21 no se ha dado cuenta de que sabemos que lleva tres cuartos de hora detrás de ese visillo. El señor Blenkinsop, el del 14, hace un té estupendo.

Kim sonrió. Según su experiencia, había cuatro tipos de vecinos: los primeros —sus favoritos desde un punto de vista personal— eran aquellos a quienes de verdad les importaba una mierda lo que ocurriera más allá de la puerta de su casa. Los segundos eran los que querían saber lo que pasaba, pero no querían que se les notara.

En el tercer grupo estaban los abiertamente curiosos, pero que se aburrían enseguida. Luego estaban sus favoritos en el ámbito profesional: los Blenkinsops. Eran auténticos cotillas y se esforzaban por relacionarse con la policía para averiguar qué estaba pasando.

—Gracias —dijo, y alcanzó a Bryant, que ya estaba en el pasillo. Se volvió a mirar al agente—. Un tipo observador —comentó.

—Dale una planta a ese hombre —dijo Bryant, y giró a la izquierda.

En la sala de la brigada, el chiste de todos los días era su fracaso a la hora de ganarse a Betty, y él lo aprovechaba.

—Distribución básica, por lo que parece —señaló—: sala de estar a la izquierda, dormitorios a la derecha. Tamaño decente.

El vestíbulo estaba decorado con un empapelado en relieve. Lo habían pintado con una insulsa sustancia de color magnolia mate. Las habitaciones tenían una paleta semejante. Daban la impresión de frescura y limpieza, pero con cierta frialdad.

Kim miró alrededor del salón.

—¿Cuánto? —preguntó. En esa zona, los bungalós eran bastante caros.

—Yo diría que unos trescientos mil —dijo Bryant con el ceño fruncido.

—Esperaba una casa más grande —confesó Kim, que pensó en el modelo y la matrícula del coche que conducía la víctima.

Bryant pasó la mano por encima de un aparador.

—Pienso exactamente lo mismo —dijo—. Es un sitio bonito, pero… —Cerró la boca después de abrir el cajón superior del armario. Miró a su jefa—. Vacío.

Kim se encogió de hombros y siguió caminando por el salón. La televisión era de pantalla plana, pero no mucho más grande que un monitor de ordenador. En la esquina opuesta, sobre un mueble de dos cajones, había un anticuado equipo de música de componentes

apilados. No vio que estuviera conectado a ningún altavoz. Parecía ser solo un adorno.

Abrió los cajones.

—Estos también están vacíos.

Se dirigieron a la cocina, el corazón del hogar, que, en esa vivienda, parecía haber sufrido un infarto. Era una zona funcional de cajas, bordes duros y esquinas afiladas. Nada suavizaba el espacio, nada le daba vida. No había tabla de cortar, manteles individuales, botes para las bolsitas de té, panera, tetera. Ninguna de las cosas que la gente tiene y que, en realidad, no usa.

De nuevo, Bryant abrió puertas y cajones.

—Una cosa aquí, otra allá, pero poco más de lo que hemos visto en el salón. No creo que encontremos pruebas que nos expliquen su muerte cuando no hay pruebas de que estuviera viva.

Kim se volvió hacia su colega.

—Maldita sea, Bryant, ¿has estado leyendo otra vez?

—De hecho, Carl Jung dice…

Una tos que provenía de atrás interrumpió sus explicaciones.

Kim se dio la vuelta y, en su pecho, su respiración se encontró con un muro de ladrillos. Los dos detectives se miraron con fijeza a la persona que tenían delante.

—Virgen santa —susurró Bryant.

Tenían la sensación de que estaban viendo un fantasma.

Capítulo 5

—Señora, lo siento… Ella solo…

Kim ignoró las disculpas del agente. A juzgar por la expresión de la mujer, se habría necesitado a todos los policías que estaban de turno ataviados con equipo antidisturbios para detenerla.

Se tomó un momento para procesar lo que estaba contemplando: la falda de flores y la blusa lisa, pasando por los pendientes de perlas y el collar a juego. Excepto un rostro un poco más envejecido, el parecido con Belinda Evans era asombroso.

—¿Me puede decir qué hace en casa de mi hermana? —preguntó con una voz cortante y rigurosa, sin el menor dejo de Black Country.

Kim dio un paso adelante.

—¿Señora…?

—Soy la señorita Evans, igual que mi hermana, y me llamo Veronica —aclaró. El teléfono de Kim empezó a sonar—. No conteste esa llamada y explíqueme qué hace en casa de mi hermana. —Había acero tanto en su voz como en su expresión.

—Ya, me parece que no es lo que voy a hacer —dijo Kim, y se dio la vuelta. Ni siquiera Woody le hablaba así; pero, en ese momento, tuvo que hacer un esfuerzo para no olvidarse de que esa persona estaba a punto de saber que había perdido a un familiar.

—Stace —respondió.

—El pariente más cercano, jefa, es Veronica Evans, de sesenta y cinco años. Vive en…

—Gracias, Stace, te llamaré —dijo Kim, y colgó. Le habría venido bien recibir esa llamada dos minutos antes. Señaló el salón—.

Señorita Evans, creo que debería sentarse.

La mujer no le hizo caso.

—¿Está muerta?

—Señorita Evans —dijo Bryant, haciendo gala del toque de delicadeza que era necesaria en su trabajo—, si quisiera venir a…

—¿Debo tomarme eso como un sí? —preguntó. Miraba de Kim a Bryant.

Bien, Bryant podía guardar los guantes de seda, al menos por el momento.

—Sí, señorita Evans, me temo…

—Veronica, por favor, o todos terminaremos confusos. ¿Cómo ha ocurrido? Supongo que en ese coche tan veloz. Era ridículo cómo lo conducía. Llevaba meses diciéndole que tenía que comportarse como si tuviera su edad, pero…

Bryant dio un paso adelante.

—Señorita… Veronica, de verdad, creo que debería venir al salón y…

La mujer le lanzó a Bryant una dura mirada.

—Oficial, ¿que me siente hará que mi hermana esté menos muerta?

—En absoluto —respondió Kim por su colega, quien se había quedado estupefacto ante los modales de la mujer.

Aquello no era nuevo para ella. A veces, los familiares se mantenían estoicos durante días, semanas o meses para luego derrumbarse por alguna cosa trivial o determinado recuerdo. Fuera cual fuera el motivo, Kim lo aprovecharía al máximo.

—No, Veronica —continuó—, su hermana no estará menos muerta, pero la situación es más compleja de lo que usted cree, así que lo mejor será que lo hablemos sentados.

—¿Compleja?, ¿cómo?

Kim tomó el control y se dirigió al salón, se colocó en el sofá, dejando libre el sillón que había enfrente para que la mujer se sentara.

Bryant, después de sus esfuerzos por hacer que Veronica se sentara, permaneció de pie en el umbral.

—Veronica, lamento decirle que su hermana ha sido asesinada.

Kim esperaba descubrir alguna emoción reflejada en ese rostro. Cualquier emoción le habría valido, pero no esperaba lo que vio.

Fastidio.

No entendía si la mujer estaba molesta porque su hermana había muerto o porque el fallecimiento no había sido como ella lo había pronosticado.

—No, lo siento, pero deben haber cometido un error. Habrá sido un error en la identificación o en la forma en que murió, pero no hay manera de que Belinda…

—No hay ningún error —dijo Kim—. Su hermana ha sido asesinada en el parque Haden Hill de una puñalada en el corazón.

Veronica se llevó la mano a la garganta, como si acabaran de decirle que había una mosca en su sopa.

Ante la falta de emociones, Kim se preguntó hasta qué punto habían estado unidas. Al parecer, por la hora de la mañana en que estaba allí de visita, Veronica vivía cerca. Las dos tenían gustos extrañamente similares en ropa y joyas, además de que seguían usando sus apellidos de solteras.

—Veronica, lo siento, este debe ser un golpe terrible, pero ¿tiene alguna idea de por qué su hermana estaba en el parque anoche?

Kim ya había comprobado que no había sucedido nada especial, ni en el parque ni en la casa.

—No tengo la menor idea.

—¿Era su lugar favorito? —la instó—. ¿Algo de su infancia, quizás? —A la gente, a medida que envejecía, le gustaba recorrer las sendas de la memoria y revivir los recuerdos felices—. A Belinda la encontraron sentada en un columpio. —Omitió el detalle del alambre de espino con el que la habían atado.

Veronica trató de fijar la mirada en Kim.

—¿La asesinaron mientras estaba sentada en un columpio a altas horas de la noche? —preguntó—. Qué ridiculez, ¿es algún tipo de broma?

—Me temo que no. ¿Sus padres nunca las llevaron al parque Haden Hill? —repitió la pregunta, que no había recibido respuesta.

—No —contestó exasperada, como si Kim hubiera perdido la cabeza —. Nuestros padres no eran gente de parques, y Belinda no tenía ningún interés en los columpios.

—¿Pasaba mucho tiempo en el parque o en Haden Hill, en general?

—No, que yo sepa.

—¿Y el club de críquet?, ¿socializaba allí de vez en cuando?

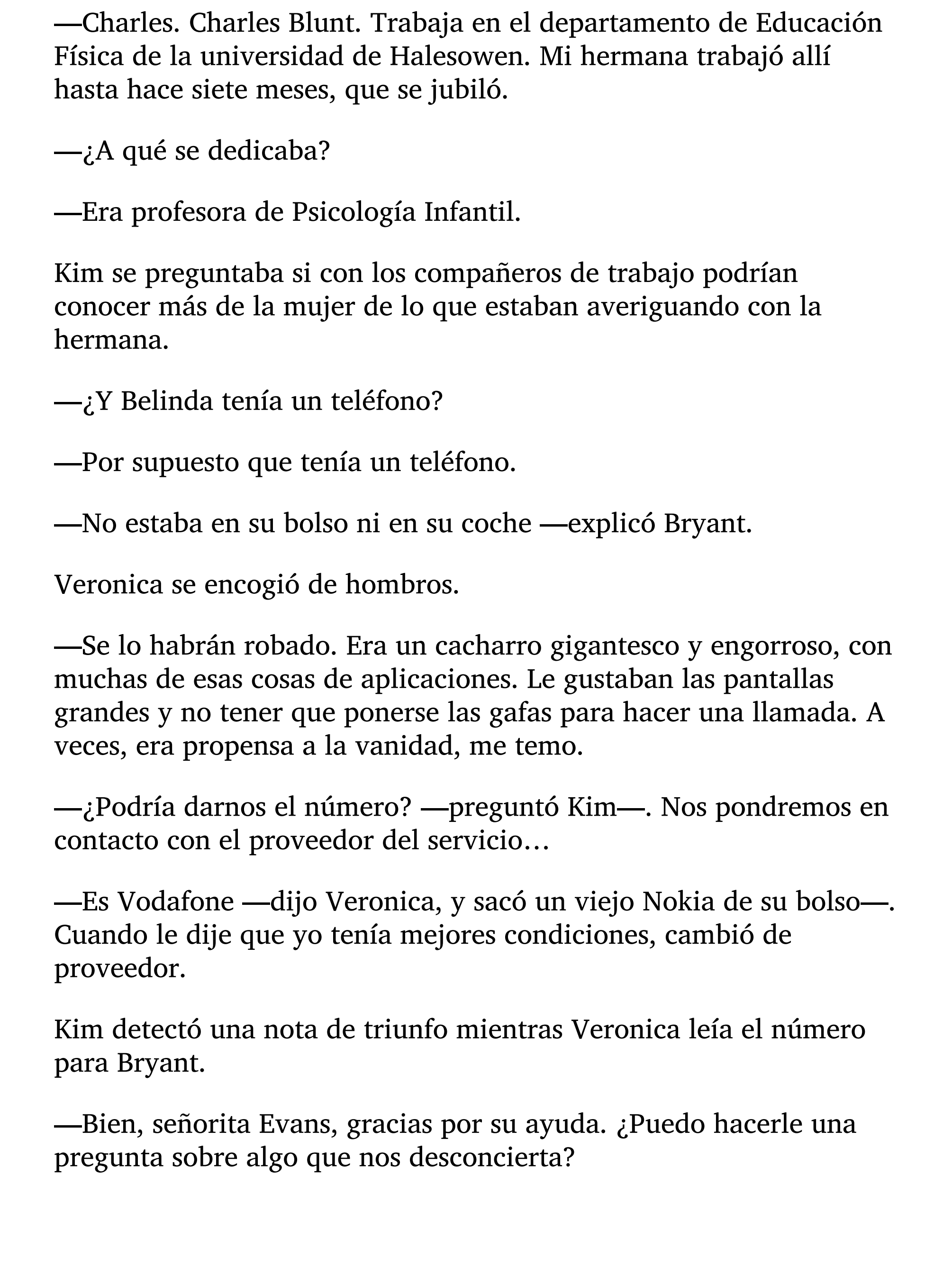
—Belinda no bebía. En absoluto —subrayó—. Y no se me ocurre ninguna razón por la que hubiera ido allí, a menos que la hubieran llevado a la fuerza.

—El coche de Belinda estaba aparcado y a salvo, sin muestras de ningún tipo de forcejeo.

—Lo siento, pero el lugar no significa nada para mí —dijo con desprecio.

—¿Algún marido o…?

—Solteras. Las dos —dijo Veronica—. Aunque ella tenía un amigo del colegio que a veces le hacía compañía.



Detrás, Kim oyó que Bryant abría su cuaderno.

—¿Nombre?

—Charles. Charles Blunt. Trabaja en el departamento de Educación Física de la universidad de Halesowen. Mi hermana trabajó allí hasta hace siete meses, que se jubiló.

—¿A qué se dedicaba?

—Era profesora de Psicología Infantil.

Kim se preguntaba si con los compañeros de trabajo podrían conocer más de la mujer de lo que estaban averiguando con la hermana.

—¿Y Belinda tenía un teléfono?

—Por supuesto que tenía un teléfono.

—No estaba en su bolso ni en su coche —explicó Bryant.

Veronica se encogió de hombros.

—Se lo habrán robado. Era un cacharro gigantesco y engorroso, con muchas de esas cosas de aplicaciones. Le gustaban las pantallas grandes y no tener que ponerse las gafas para hacer una llamada. A veces, era propensa a la vanidad, me temo.

—¿Podría darnos el número? —preguntó Kim—. Nos pondremos en contacto con el proveedor del servicio…

—Es Vodafone —dijo Veronica, y sacó un viejo Nokia de su bolso—. Cuando le dije que yo tenía mejores condiciones, cambió de proveedor.

Kim detectó una nota de triunfo mientras Veronica leía el número para Bryant.

—Bien, señorita Evans, gracias por su ayuda. ¿Puedo hacerle una pregunta sobre algo que nos desconcierta?

Veronica se alisó la falda con las manos.

—Por supuesto —respondió.

Kim miró a su alrededor.

—Su hermana no parecía pasar mucho tiempo aquí. Esto es solo es un montón de cajones y armarios vacíos.

—Vaya. Lo siento, oficial. Supuse que usted lo sabría. Mi hermana también es dueña de la casa de al lado. Si quiere saber más sobre ella, tendrá que ir allí.

Capítulo 6

Penn llegó a la entrada del Tribunal de la Corona de Birmingham a las 8:57. Habría llegado antes desde la estación del tren si la jefa le hubiera dejado llevar zapatillas.

—Joder, Penn —le dijo Lynne con una sonrisa—. Qué cerca has estado.

—Puñeteros trenes —alegó él.

No sabía cómo saludarla. Un abrazo parecía fuera de lugar, pero no ofrecer ningún contacto resultaba frío. Así que le tendió la mano.

Lynne lo miró con extrañeza, pero le estrechó la mano de todos modos.

Doug dejó caer el cigarrillo y le tendió la mano.

—Hola, colega —dijo.

Penn se la estrechó. Valoró a los dos de un vistazo.

En los cuatro meses transcurridos desde su salida de West Mercia, Lynne parecía haber perdido unos kilos y Doug parecía haberlos encontrado. Penn juraría que la sargento había hecho algo con su pelo castaño claro. Quizás se lo había dejado crecer. También notó que había sustituido sus botas habituales de dos centímetros de altura por unos zapatos de tacón, al parecer caros, que desaparecían bajo un traje pantalón azul marino. Y estaba bastante seguro de que también se había maquillado. Su traje sastre había requerido mucho más dinero, tiempo y atenciones que el suyo.

El detective Doug Johnson vestía lo mismo que se ponía todos los días para ir a trabajar: un sobrio traje negro con camisa azul claro. Todo el equipo se bur laba de que tenía un armario lleno de trajes negros y camisas azules, y él replicaba que, de ese modo, nadie podía saber nunca si llevaba la ropa sucia.

—Me alegro de veros —dijo Penn mientras subían los escalones. Y se alegraba de veras. Después de haber trabajado junto a esos agentes durante más de cuatro años, había llegado a preguntarse cómo se sentiría al volver a verlos. De camino al interior del edificio, lo invadió una agradable sensación de familiaridad.

Se quedó impresionado con el frío funcionalismo del Palacio de Justicia Isabel II, que albergaba el Tribunal de la Corona en Birmingham. Siempre le daban ganas de estar en el otro edificio. Desde su inauguración, en 1987, se habían asignado a ese nuevo tribunal los casos importantes de los tribunales de Victoria, en la calle Corporation. El antiguo palacio de justicia, reconvertido en el Tribunal de Magistrados, era un edificio de ladrillo rojo y terracota declarado Bien de Interés Cultural. Se había empapado de historia desde que, en 1887, la reina Victoria había puesto su primera piedra. Aquel lugar, pensó Penn, parecía un tribunal de justicia, con su gran vestíbulo y sus lámparas de araña hechas a semejanza de la corona que ciñó la cabeza de la reina Victoria el día de su coronación. Aquel lugar exigía reverencia y respeto.

El nuevo edificio parecía un conjunto de cajas cuadradas y eficaces. Allí se utilizaban grabadoras en vez de estenotipias. Los ordenadores portátiles habían sustituido a los expedientes.

Mientras recordaba el motivo de su presencia en ese lugar, se sometió a las medidas habituales de seguridad. Había ido a ver cómo Gregor Nuryef por fin se enfrentaba al juicio que merecía.

Gregor Nuryef había matado a un hombre, lo había apuñalado brutalmente por negarse a entregarle la recaudación nocturna de la gasolinera familiar.

Penn tuvo que admitir que su primera evaluación del crimen había sido errónea.

Al principio, había sospechado que detrás del crimen estaba una banda local encabezada por dos hermanos, Alan y Alec Reed, quienes se habían instalado en la zona a mediados de los años ochenta. Después de algunos encontronazos con la policía, habían acabado haciéndose con el control del crimen organizado en la ciudad de Worcester y sus alrededores.

Habían fundado su imperio gracias a robos violentos a mano armada que perpetraban después de identificar pequeños comercios con escasa o nula videovigilancia. Y, a pesar de que habían diversificado sus actividades hacia la prostitución, las drogas, el chantaje y las furgonetas de aperitivos, el robo a mano armada seguía siendo uno de los pilares de su modelo de negocio.

Con el tiempo, a medida que las pequeñas empresas fueron conociendo las ventajas de los sistemas de seguridad, el reto de identificar los comercios vulnerables se había hecho más difícil para los hermanos. Sin embargo, aún quedaban comerciantes en apuros que pensaban que una cámara de pega sería suficiente, así como otros que nunca se molestaban en reparar sus sistemas averiados.

Dos años antes, West Mercia había puesto en marcha una iniciativa que consistía en visitar locales vulnerables y asesorar a los propietarios sobre medidas de seguridad que tenían un bajo coste. A veces les ponían atención; a veces, no.

El señor Kapoor padre había escuchado en buena medida, pero, debido al estado de sus finanzas, no había podido actuar. Como consecuencia, había perdido a su hijo de veintitrés años.

Penn se estremeció al recordar lo que había visto en la escena del crimen.

Por supuesto, el detective Travis había sido el agente encargado del caso, pero, como primer interviniente, Penn siempre había sentido que el caso era suyo. Entre otras cosas, porque el joven Devlin Kapoor había irrumpido en sus sueños durante semanas.

Esperaba que el juicio le permitiera cerrar el ciclo. El asunto aún lo mantenía despierto por las noches. Deseaba que su mente quedara libre por completo, que su cerebro aceptara que se había acabado, del mismo modo que un funeral ofrece un cierre a los familiares. El caso era como una frase escrita y borrada cuyas letras habían dejado surcos permanentes.

Mientras seguía a sus colegas a una de las dieciséis salas, lo embargó una sensación de inquietud.

Y no sabía por qué.

Capítulo 7

Kim esperó a que Veronica sacara de su bolso la llave de repuesto y abriera la puerta de la destartalada casa de al lado.

Antes, cuando había querido saber por qué Belinda había comprado la segunda propiedad, la mujer le había respondido con una sonrisa secreta, casi infantil.

—Ya lo verá. —Empujó la puerta, pero no entró—. Bienvenidos a la verdadera casa de mi hermana —dijo, y se quedó esperando una reacción.

Al contemplar el espacio que tenían ante sí, Kim abrió los ojos de par en par. Lo que alguna vez fue un pasillo, a semejanza de la casa de al lado, se había convertido en un estrecho pasadizo con columnas de libros y periódicos a ambos lados, y los que había pisoteados por el suelo creaban una capa de unos cuantos centímetros.

Kim se volvió hacia Veronica.

—¿Entraba y salía por aquí?

Veronica asintió y entró. Kim iba detrás. Calcaba los pasos de la mujer, con los brazos extendidos para mantener el equilibrio. Apenas dos zancadas después le llegaron los olores. Le recordaron a Barney después de haber corrido por el barro.

—¿Tiene mascotas? —preguntó.

—Ninguna —respondió Veronica sin girarse.

Kim no quería pensar de dónde procedía aquel tufo ni qué habría bajo los montones de basura.

A medida que avanzaban, comprobó que todas las habitaciones eran iguales. Una pasarela elevada, llena de todo tipo de objetos, como

cajas vacías, piezas de bicicleta o tapices, conducía a cada uno de los espacios. Intacto, en el centro del salón, había un solitario sillón con respaldo.

Kim no habría podido afirmar que el color de las paredes coincidía con el magnolia de la casa de al lado, ya que no había forma de verlas.

No conseguía imaginar a la mujer de la noche anterior, tan pulcra, tan bien arreglada, viviendo así.

—No entiendo nada —dijo al entrar en la cocina. No se veía ni un centímetro de la encimera. En el escurridor, a un lado del fregadero, había una tetera eléctrica. Detrás de Kim, Bryant estornudó dos veces. Ella podía sentir el polvo posándose en sus labios, igual que se había adherido a las lámparas y a las telarañas que se extendían en cada esquina del techo.

—Esto empezó tras la muerte de nuestros padres, hace treinta y cuatro años —explicó Veronica—. Este bungaló era de ellos. Belinda se mudó aquí y no solo no quiso tirar nada de lo que les pertenecía, sino que empezó a coleccionar cosas que consideraba de valor. Cada vez que yo venía, otra parte de la casa había quedado inservible; otro rincón estaba lleno de trastos. Ella insiste en que necesita todo lo que hay aquí.

Kim notó que seguía hablando como si su hermana estuviera viva.

—¿Y la casa de al lado? —preguntó Bryant.

—La pusieron a la venta más o menos cuando yo empecé a amenazar a Belinda con internarla si no hacía algo al respecto. Ella compró el bungaló, muy barato, y prometió que arreglaría todo esto mientras viviera ahí. Pensábamos venderlo luego y repartirnos las ganancias.

—¿Y qué ocurrió?

—Creo que vuelve a hurtadillas y duerme aquí todas las noches —admitió Veronica.

—Pero ¿cómo pudo ser competente en el trabajo hasta hace solo

unos meses? —preguntó Bryant.

—¡¿Y por qué no?! —estalló Veronica—. No estaba loca ni era estúpida. Solo se aferraba a algo que ya no existía. Era una persona perfectamente funcional. Y su comentario, detective, me ha parecido un poco insultante.

«Vaya —pensó Kim—, Bryant ha cabreado más que yo a alguien. Después de todo, puede que se haya ganado la planta».

Por insólito que fuera, era la hora de ponerse el casco de los Cuerpos de Paz de las Naciones Unidas.

—Lo que ocurre es que estamos sorprendidos, dado el aspecto de Belinda y la limpieza del coche que…

—Era buena guardando las apariencias, oficial. Las dos lo hacemos bien.

Kim percibía una extraña dinámica entre las hermanas, pero ahora quería saber más.

—¿Usted es mayor que Belinda? —preguntó.

—Sí, oficial, así es. Sospecho que, si Belinda hubiera sido la primera, mis padres no se habrían molestado en tener más hijos.

Kim esperaba más explicaciones a aquella observación tan extraña, pero Veronica solo la miró en silencio, a la espera de más preguntas.

—Entonces, ¿usted la ha estado cuidando?

Veronica enarcó una ceja.

—¿Qué le ha dado esa idea?

—Vive cerca. Parece que tienen el mismo gusto en ropa y joyas. Viene a verla. Obviamente, usted se ha ocupado…

—Oficial, siento desilusionarla, pero mi hermana y yo no podíamos vernos ni en pintura.

Capítulo 8

—Sabes que Keats se va a cabrear, ¿verdad? —preguntó Bryant mientras se acercaban al hospital Russells Hall.

—Como si fuera una novedad —dijo ella con sorna—. Y no sé por qué te preocupa. No es que vaya a desquitarse contigo, su detective favorito.

—Le gusto a la gente, no puedo evitarlo —dijo él con suficiencia.

—Pero no a Veronica Evans. No has sido plato de su gusto. Gracias a Dios, estaba allí para suavizar ese pequeño paso en falso sobre la capacidad de Belinda para conservar el trabajo.

—Tú estabas pensando exactamente lo mismo que yo.

—Irrelevante, mi querido Watson. Pero, si empiezas a cabrear a la gente, estaremos de mierda hasta el cuello. Woody podría decidir separarnos.

—¿De verdad?, ¿es así de fácil?

—¿Qué opinas de nuestras hermanas? —preguntó Kim. Esperaba que la respuesta de su compañero disipara la sensación de inquietud que tenía en el estómago.

—Raras que te cagas, a decir verdad. —«Quizás no», pensó Kim—. El parecido entre las dos es extraño, inquietante. Esa total falta de emoción ante la muerte de la hermana… No nos ha preguntado nada sobre las circunstancias. No nos ha preguntado si tenemos algún sospechoso. No nos ha suplicado que encontremos a quienquiera que lo haya hecho —remató.

—Eso de admitir que no se llevaban bien, a pesar de que vivían cerca, y esas visitas, al parecer, habituales… —añadió Kim.

—Sí, y que ninguna de los dos se hubiera casado; y esto sin contar

lo de la acumulación de trastos.

Se miraron el uno al otro mientras Bryant aparcaba el coche.

—Raro que te cagas —dijeron al tiempo.

—Ha habido un par de referencias a su infancia sobre las que ha preferido no explayarse —dijo Kim desde el otro lado del techo del coche.

Caminaron juntos hacia la entrada principal.

—Y eso de guardar las apariencias… —dijo Bryant.

—Y el comentario sobre que los padres no habrían tenido más hijos de haber sido Belinda la primera. ¿Crees que nuestra víctima era una niña problemática?

Bryant se encogió de hombros. Se dirigían por el pasillo hacia la morgue.

—Eso no lo sé, pero sí sé una cosa: nada de esto nos va a ayudar a determinar qué hacía Belinda Evans anoche atada a un columpio en el parque Haden Hill.

—Puede que tengas razón, Bryant, pero, aun así, me gustaría enterarme. Eh, Keats —dijo en cuanto entraron en la morgue.

Keats la miró por encima de las gafas.

—Llegas tarde —le dijo.

—Sí. Bryant ha querido para a tomarse un desayuno inglés completo, aunque sabía que te cabrearías. ¿Te sigue cayendo bien?

—Mejor que tú, que ahora has añadido la mentira a la lista de tus atributos menos favorables.

Kim se encogió de hombros. No destruiría pronto aquel idilio, al parecer. Se acercó a la mesa.

—¿Puedo? —preguntó.

Sin dejar de tomar notas en su portapapeles, Keats asintió.

Ella retiró con cuidado la sábana blanca para dejar al descubierto el rostro de Belinda. Pasó por alto la tez, que siempre le recordaba al cerdo crudo, y se centró en los rasgos.

En esa posición, de espaldas, con la cara hacia el techo y el pelo cayendo lejos del rostro, el parecido con la mujer de la que acababan de despedirse era menos llamativo.

Había cierta calma, alguna dulzura en los rasgos. Belinda pesaba unos kilos más que su hermana mayor, lo que parecía suavizar los pómulos altos y la nariz afilada. Tenía los labios llenos, y no una línea cortante y decidida. Lo más asombroso del parecido estaba en el pelo, la ropa y las joyas. Kim aún tenía presentes esas similitudes. Volvió a cubrirle la cara.

—La hermana de Belinda vendrá más tarde para identificar oficialmente el cadáver —dijo.

—No he terminado del todo —admitió Keats. Revisó algo en su portapapeles antes de apoyarse en la encimera de acero inoxidable —, pero compartiré lo que he encontrado hasta ahora:

»Esta señora gozaba de excelente salud, y lo mismo habría dicho de alguien diez años más joven. Nunca ha fumado ni bebido en exceso. Todos sus órganos principales funcionaban bien y seguían intactos. Hay indicios de artritis en las articulaciones del codo y la rodilla, pero nada que pudiera incapacitarla ni ralentizarla a estas alturas. Habría requerido cirugía en unos diez años. —Kim le dirigió su mirada de «Esto no me ayuda en absoluto», pero él hizo caso omiso —. No encuentro señales de fracturas ni de lesiones mayores, por raro que parezca…

—¿Raro? ¿Por qué? —Estaba preparada para cualquier cosa fuera de lo común, cualquier explicación de por qué esa dama, académica y educada, había recibido una puñalada en el pecho.

—Es extraño. Rara vez he tenido un cliente, sobre todo de esta edad, sin fracturas ni lesiones de algún tipo. Yo mismo tengo un hueso roto en la muñeca por no haber sujetado bien el bate de

críquet cuando era niño.

Bryant quiso intervenir.

—A los seis años, me rompí un dedo del pie pateando un balón.

—Ah, sí —respondió Keats—. Bueno, yo me caí de un árbol y me rompí este pulgar.

—Mandíbula rota en el campo de rugby —contraatacó Bryant.

—Fractura de fémur al caer de un edificio de dos plantas mientras intentaba atrapar a un asesino —dijo Kim.

Ambos se volvieron hacia ella.

—Buen punto —comentó Bryant.

—A eso me refiero, inspectora: los tres hemos sufrido lesiones importantes.

—Quizá Belinda nunca jugó al críquet, al fútbol ni al rugby; y tampoco habrá perseguido asesinos por los tejados —sugirió ella.

—No he dicho que sea una pista definitiva; solo que es curioso —dijo Keats—. Así pues, el estado general de salud era bueno. La causa de la muerte ha sido una puñalada solitaria en el pecho, que se convirtió en un golpe directo al corazón. El arma homicida es, sin duda, un cuchillo muy afilado, con hoja de dieciocho a veinte centímetros. El golpe fue certero y decisivo. No hubo vacilaciones. Fue una puñalada precisa. La muerte sería casi instantánea.

Por lo tanto, el objetivo no había sido causar todo el dolor y sufrimiento posibles.

—¿Y el alambre de espino? —preguntó Kim.

—Se lo enrollaron en las muñecas momentos antes de matarla —respondió Keats—, a juzgar por la sangre perdida en esas heridas.

—Vale, Keats. Como siempre, has estado…

El forense se acercó a la mesa.

—Tu impaciencia solo es comparable con tu grosería, inspectora. Ya deberías saber que me gusta dejar algo para el final. Un broche de oro, si quieres.

—¿Algo que podría sernos útil, digamos?

Keats no le hizo caso.

—Bryant, ¿puedes ponerte al otro lado, por favor?

El compañero de Kim hizo lo que le pedía el médico forense. Los dos quedaron frente a frente por encima del cuerpo de Belinda.

Keats bajó la sábana hasta el esternón y, para evitar que siguiera deslizándose, puso su mano derecha en el hombro la mujer.

—Tira del cuerpo hacia ti con suavidad —le pidió a Bryant.

Este obedeció y Kim vio cómo el cadáver de Belinda rodaba sobre su costado.

—Levántale el pelo por detrás —la exhortó Keats.

Kim lo hizo y dio un respingo al verla.

Le habían tallado una equis en la piel.

Capítulo 9

Penn echó un vistazo a la sala mientras la Fiscalía y la Defensa se preparaban para empezar.

Sus ojos recorrieron la moderna madera clara y la pintura crema que hacían que el espacio se pareciera más a una sala de conferencias que a un tribunal de justicia.

Posó la mirada en el señor Kapoor, en la tribuna del público, erguido en su asiento y con la mirada al frente. Lo rodeaba gente que le daba codazos y cuchicheaba, ignorantes de que Kapoor era la única persona de esa sala cuya vida nunca volvería a ser la misma.

El hombre miraba al vacío, y Penn se preguntó, sin poder evitarlo, si estaría recordando la primera palabra de Devlin, sus primeros pasos, su primer día en el colegio. Tal vez estuviera reviviendo un logro deportivo de sus años escolares o la fiesta de su decimoctavo cumpleaños. Penn esperaba que fuera cualquiera de esas cosas, en lugar de la visión de su joven hijo empapado en sangre, tendido en el suelo del negocio familiar.

La señora Kapoor no había conseguido obligarse a asistir al juicio ni a pisar la estación de servicio desde la muerte de Devlin. La verdad es que el padre había querido cerrar el lugar, pero, con dos hijas adolescentes a las que alimentar y vestir, no tenía muchas opciones. Así que el hermano mayor había intervenido y entre los dos mantenían el negocio a flote.

Penn se había quedado con el recuerdo del señor Kapoor. El hombre había recibido la noticia de la muerte de su hijo con un digno silencio; no porque no sintiera la pérdida. Penn había advertido el repentino vacío que se había colado en esa mirada. Y, mientras, escuchaba los histéricos ayes de la señora Kapoor, había notado, también, la resolución con la que él mantenía a raya sus emociones.

Lo había visto adelantarse para dar apoyo a su temblorosa esposa, para ofrecerse como una roca a la que ella pudiera aferrarse.

Y, a lo largo de la investigación, el hombre había preguntado tranquila y respetuosamente por los avances en la búsqueda del asesino de su hijo. No había gritado, chillado ni acusado. Todo eso había sido un estímulo más para Penn, un acicate para encontrar al cabronazo que lo había hecho.

—Parece perdido, ¿verdad? —susurró Lynne a su lado.

Penn asintió con la cabeza. Su mirada siguió recorriendo la tribuna del público. Doug se sentó al otro lado de Lynne y se quedó mirando al frente.

Los ojos de Penn se posaron, entonces, en otra figura solitaria que miraba fijamente hacia delante: Irina Nuryef, la esposa de Gregor.

Intentó descifrar su expresión, como lo había hecho dos veces antes. La primera, cuando Irina le había dado una coartada a su marido; la segunda, cuando admitió que había mentido, con lo que la coartada se había ido al cuerno.

Y esa concesión había abierto el caso de par en par.

La miró sin pestañear. Quería averiguar qué había cambiado desde la última vez que la había visto.

En la segunda visita, la mujer h el pelo lacio y sin lavar. Le colgaba de los hombros como una manta. Tenía el rostro pálido y demacrado, algo fácil de com prender, dado que había admitido que su marido era un asesino.

Pero, ahora mismo, a Penn le vino a la cabeza una frase que no usaba a menudo: parecía arreglada, con el pelo elegantemente cortado, y su piel tersa y sana.

Como si hubiera percibido la atención del sargento, ella pasó los fríos ojos hacia él. Su mirada hizo una pausa momentánea antes de desplazarse a lo largo de la hilera, sin señales de reconocimiento ni emoción.

Cuando el secretario judicial anunció el comienzo de la sesión y pidió a todos que se pusieran en pie, Penn sintió que un escalofrío inexplicable recorría su cuerpo.

Capítulo 10

—¿Qué opinas de la equis en la nuca?, ¿y por qué vamos de vuelta directamente a Wombourne? —preguntó Bryant.

—Lo de la equis lo sigo meditando, pero volvemos porque quiero echar otro vistazo a esas casas sin la hermana prepotente. Mitch está de camino.

—Vaya, no te dará las gracias por haberlo metido en este lío —observó Bryant—. ¿Has leído el memo sobre ese tipo que estaba trabajando en un caso en York? —Kim negó con la cabeza—. Un técnico. Murió por una caída. Estaba en un almacén, en la escena criminal de un intento de homicidio, y fue a dar al suelo. Dejó esposa y dos hijos.

—¿Qué tiene que ver eso con Mitch? —preguntó ella.

—Al jefe del tipo lo culpan por no haber evaluado bien los riesgos del lugar. Ya sabes cómo funciona esto: Mitch va a ser muy meticuloso, y eso le llevará mucho tiempo extra. Como dicen por ahí, la mierda corre cuesta abajo; sin embargo, mi experiencia me dice que también va hacia los lados. Esto es como si todos tuviéramos que sufrir con el problema del estrés y el agotamiento solo porque unos cuantos polis de la ciudad se han puesto chungos.

—Bryant, creo que las cifras reflejan algo más que…

—Lo único que quiero decir es que Mitch va a tener mucho más cuidado.

—Qué lástima —respondió ella. No sabía qué otra opción les quedaba. Había una mujer asesinada y tenían que buscar pistas.

No podía olvidar la imagen de la señora atada al columpio con alambre de espino; la yuxtaposición de esos dos objetos: el cándido columpio infantil y el afilado y puntiagudo alambre clavándose en la carne.

La herida tallada en la nuca había sido infligida después de la muerte, según había advertido Keats. No había sido para causar dolor ni lesiones adicionales. Por experiencia, Kim sabía que las señales no estaban dirigidas a la víctima, el asesino las usaba para purgar algo o enviar un mensaje; para hacer una declaración, pues. Eran personales.

—Uy, uy —dijo Bryant en cuanto giró hacia la tranquila calle.

Mitch, con el traje y las botas puestas, estaba apoyado en el capó de su furgoneta.

—¿Estás de coña? —preguntó en cuanto Kim se bajó del coche.

Era evidente que el técnico había echado un vistazo al pasillo y no había ido más lejos.

Kim lo guio por el sendero del jardín.

—Hay que hacerlo, Mitch —le dijo—. La mujer está muerta y, aunque me habría gustado que hubiera ordenado un poco…

—Venga —la interrumpió Mitch—, esto es más que una casa desordenada. Esto es acumulamiento en su peor versión. No es un lugar seguro para mis chicos. Tengo que evaluar los riesgos…

—Maldita sea, Mitch. Te he visto trabajar en alturas, bajo tierra y en espacios reducidos. Has entrado en habitaciones que huelen como la nevera descongelada de Keats, así que sé un hombre y traza un camino para tus chicos a través de ese puñado de chucherías. Madre mía.

—¿Puñado de chucherías?

—Tal cual. Me alegra que lo veas a mi manera.

Él negó con la cabeza y suspiró.

—Dado que esto está a kilómetros de la escena del crimen, ¿qué esperas que encontremos, exactamente?

—Si encontraras el suelo, sería un buen comienzo —bromeó Bryant

detrás de Kim.

—No me atrevería a decirte cómo debes hacer tu trabajo, Mitch, pero esta mujer tenía unos sesenta años, la han asesinado de un modo brutal en un parque infantil y tenemos que encontrar al cabrón que lo ha hecho. De inmediato. —El técnico enarcó una ceja —. Y sabes que nunca te pediría algo que no estuviera dispuesta a hacer yo misma.

Él gimió, puso los ojos en blanco y llamó al resto del equipo.

—Me debes una.

—Ánimo, Mitch —dijo ella mientras los chicos entraban detrás de él.

—¿Vamos a entrar, jefa? —preguntó Bryant.

—Ni por casualidad —dijo ella, y volvió al camino—. Tenemos un sitio mucho más interesante donde estar.

Capítulo 11

Por una vez, Stacey se alegró de tener el despacho para ella sola, aunque dentro de su cabeza seguía resonando con fuerza un ruido que habría querido que desapareciera.

En cierto modo, se alegraba de estar distraída con otro caso importante, y que Dios la perdonara por pensar así. Las últimas semanas de trabajo rutinario le habían dado demasiado tiempo para sus cavilaciones. Demasiado espacio para las dudas, para los pensamientos negativos que rondaban su mente. Le habían hecho una pregunta y ahora mismo no tenía la respuesta. ¿Estaba preparada para que toda su vida cambiara?, ¿para abandonar la seguridad de lo familiar, para salir de los terrenos conocidos? La verdad, no lo sabía.

Apartó esos pensamientos y trató de concentrarse en los registros del teléfono móvil de Belinda Evans. No puso atención a su propio móvil, que acababa de recibir un mensaje. De hecho, ni siquiera lo había sacado de la mochila. No quería tener sobre el escritorio la mirada acusadora de un aparato que la desafiaba a responder. Oculto, era más fácil ignorarlo. Y, en ese momento, era lo que necesitaba, ni más ni menos.

Con el número de Belinda y el nombre del operador, su trabajo se había vuelto mucho más fácil. En Vodafone, Susie ya le había confirmado que la noche anterior, a las once, habían cesado todas las actividades del número.

Stacey suponía que el móvil había sido destruido, que el aparato era importante, que había algún tipo de vínculo entre él y el asesino. De lo contrario, ya lo habrían encontrado entre las posesiones de la víctima.

Mientras la servicial Susie, de Vodafone, seguía trabajando en el rastreo y extracción de datos de las antenas, Stacey tenía que centrarse en la actividad telefónica.

Desplegó las cuatro páginas que Susie le había enviado por correo electrónico y que cubrían los veintiocho días anteriores.

Empezaba a inspeccionar los datos cuando su móvil volvió a sonar.

Sacudió la cabeza hacia su mochila, como si esta pudiera entenderla.

Y luego volvió al trabajo.

Capítulo 12

—Jefa, ¿quieres explicarme qué esperas encontrar aquí? —preguntó Bryant en la entrada de la segunda propiedad de Belinda Evans—. Sabemos que pasaba todo el tiempo al lado, así que seguro que cualquier pista que haya estará allí.

Kim se volvió hacia él.

—¿Belinda Evans, incluso muerta, parecía desaliñada o sucia?

Bryant negó con la cabeza.

—¿Habrías adivinado, siquiera, la miseria en la que vivía al lado?

—No.

—¿El interior de su coche reflejaba esto de alguna manera?

—Habría bastado una simple respuesta a mi pregunta en lugar de veinte preguntas tuyas —refunfuñó él.

—Había un conflicto, Bryant. Una parte de ella necesitaba el caos de al lado. Aún no sé por qué, pero también ansiaba orden y sencillez, organización.

—No te sigo aún.

—A eso voy —dijo Kim. Caminó por el pasillo vacío y entró en el salón. A medida que avanzaba, miraba dentro de los cajones y bajo los cojines—. ¿Dónde guardabas las cosas cuando eras niño?

—En cualquier lado. La ropa, en la cama; las zapatillas deportivas, en los rincones, esparcidas por toda la habitación; los libros de texto, amontonados en la mesilla de noche… En fin, por todas partes.

—¿Y las cosas importantes? ¿Las cosas que querías coger enseguida o saber en cualquier momento dónde estaban?: las cartas de amor,

tu coche Corgi favorito, tus fotos con poca ropa…

Bryant por fin entendía la lógica de su jefa.

—En el primer cajón de la mesilla de noche —contestó—. Estás pensando que Belinda usó esta casa como un cajón. ¿Aquí es donde guardaba las cosas importantes, lejos del caos de al lado?

Kim asintió mientras abría el cajón inferior del aparador. Sacó un tocho de papeles.

—Ajá —dijo.

—¿Y qué buscamos exactamente? —preguntó Bryant.

Ella le entregó el montón de folios.

—No tengo ni idea, pero te dejaré aquí, examinando esto, y yo echaré un vistazo.

Hizo una inspección superficial de la cocina, pero pronto siguió adelante. Había pocos indicios de que la mujer disfrutara cocinando, una resistencia con la que Kim se sentía identificada.

Sin embargo, estaba averiguando muy poco sobre su víctima. Lo normal era que le bastara un recorrido por la casa para hacerse una idea de la persona. Ahora, las casas eran dos y aún no sabía nada de la mujer atada al columpio.

Por lo general, habría encontrado señales de su vida, de sus intereses. Habría echado un vistazo a los libros y las revistas, a los muebles, adornos y fruslerías que aparecían por ahí, pero Belinda Evans era, por ahora, una académica de sesenta y un años, una antigua profesora universitaria de psicología infantil. ¿Dónde estaba Belinda, la mujer? ¿Cuáles eran sus pasiones, sus miedos, sus aspiraciones? Kim quería conocerla a fondo, descubrir qué la hacía individual, única. Quería saber cómo había crecido con Veronica en su papel de hermana y qué historia escondía.

No esperaba encontrar álbumes de fotos enmarcadas ni baratijas sentimentales. La mujer nunca se había casado. No había imágenes de hijos ni nietos que llenaran la repisa de la chimenea. Aun así,

Kim seguía sin entenderlo. En su propia casa había una sola fotografía de ella y Mikey cuando tenían seis años y, aunque su propio espacio estaba parcamente decorado, veía pruebas de sí misma por todas partes: cuencos de perro, piezas de motocicleta, revistas, estudios psicológicos de asesinos en serie, una planta muerta en el alféizar de la ventana. Y, en la alfombra, una mancha de aceite que no salía.

Pero aquí no había nada. Y eso, tratándose de una mujer que era a todas luces compleja, no tenía ningún sentido.

Pasó de largo el dormitorio de invitados, en el que no había ni un mueble, y se dirigió al del fondo.

Había una cama doble, una mesilla de noche con lámpara, una cómoda, un armario y un espejo de cuerpo entero.

Kim fue directamente a la mesilla de noche. Los dos cajones superiores estaban vacíos. En el inferior, sin embargo, había un ejemplar de Cincuenta sombras de Grey y unas gafas. Una sonrisa tiró de sus labios. Por fin, un vistazo detrás del telón.

Abrió el primero de los dos armarios y encontró una pequeña selección de ropa planchada, similar a la que la mujer llevaba la noche anterior, además de un par de pantalones. En uno de los estantes había ropa interior y medias de color carne.

Sus ojos pasaron con rapidez por encima de la ropa hasta el objeto que estaba a la derecha.

Sacó una bolsa de viaje, y estaba colocándola sobre la cama cuando Bryant entró en la habitación.

—¿Algo entre los papeles?

Él negó, moviendo la cabeza.

—Unas cuantas facturas recientes, un par de cartas de abogados relacionadas con la compra de la casa y unos cuantos extractos bancarios. ¿Y tú?

Kim abrió la cremallera y empezó a sacar el contenido del maletín:

dos faldas, un pantalón, dos camisas, un paquete sin abrir de lencería blanca de encaje, un par de zapatos, ropa interior básica y un pequeño pastillero ya lleno. Encajado en el bolsillo lateral, había otro objeto pequeño.

—Entonces, ¿adónde se iba Belinda Evans? —preguntó Bryant.

. —Y, sobre todo —Kim levantó un paquete con tres condones—, ¿con quién se iba?

Capítulo 13

Penn apartó la mitad de su sándwich y Doug arrugó el envoltorio de su segunda bolsa de patatas fritas con queso y cebolla.

—¿No te lo vas a comer? —preguntó.

Penn negó con la cabeza y Lynne sonrió, tolerante.

—Doug, te juro que tienes un agujero en el estómago o algo así.

—Detesto desperdiciar comida —dijo, y alargó la mano por encima de la mesa.

A Penn no le importó. Era un soso huevo con mayonesa en pan moreno. De haber preparado el almuerzo en casa, junto con su hermano, habría puesto más mayonesa, añadido un poco de sal y extendido la mezcla entre dos trozos de pan blanco grueso. Pero ni siquiera aquello lo habría atraído en ese momento.

Odiaba los días en el tribunal. Comprendía la necesidad de aportar pruebas para terminar el trabajo y cerrar el caso. Y él ya había hecho su parte. Como el agente que había consumado el arresto, le había tocado levantarse y leer su declaración antes que nadie. La defensa le hizo algunas preguntas, bastante inofensivas.

Lynne se limpió la boca con una servilleta.

—Ese abogado ha sido tan blando contigo que he pensado que te iba a ofrecer un masaje en los pies mientras estabas en el estrado —comentó.

Sí, eso era lo que preocupaba tanto a Penn. Sabía, por experiencia, que el equipo de la defensa iría a por la policía o a por los testigos. Cuando iba a por la policía, cuestionaba cada etapa del procedimiento. Recitaba, palabra por palabra, pasajes del libro PACE, la Guía práctica para la policía y la ley de pruebas criminales. La obra analizaba cada acción, cada orden de registro, los procedimientos de detención y los

interrogatorios. Cubría todos los aspectos, desde la brutalidad policial hasta si se había servido el almuerzo al sospechoso.

Penn, aunque estaba seguro de que habían seguido todos los pasos al pie de la letra, había esperado algún tipo de batalla por parte del abogado.

Así que, si no era a la policía a quien pensaban perseguir, ¿qué sabían de los testigos?

—Sí, el tipo ha estado a punto de hacerte las uñas —coincidió Doug.

Lynne le dio un codazo.

—Oye, no fastidies —le dijo—. Somos los siguientes y no estoy de humor para que me vapuleen.

Él guiñó un ojo.

—Te machacaría cualquier día de…

—Doug —lo advirtió Penn.

—Inténtalo, colega —respondió ella con acero en la voz.

Penn sabía que Lynne no lo necesitaba para pelear sus batallas. La mitad del equipo le tenía pavor; pero Doug, a veces, se pasaba un poco de la raya.

El hombre puso los ojos en blanco ante lo que le pareció una reacción exagerada por parte de Penn. Sacó su teléfono.

—Qué frustrante, ¿no? —comentó Lynne—, tener que quedarte. Penn asintió. Ya había testificado. Ahora tenía que asistir al resto del juicio mientras su verdadero equipo investigaba un asesinato. Ella le dio un codazo—. Me alegro de que hayas vuelto.

—Sí —convino Penn, y echó un vistazo a la habitación. La gente ya estaba mirando el reloj. Todo el mundo sentía que se acercaba el final de la pausa para comer.

—Salgo a fumar —dijo Doug, y echó su silla hacia atrás.

—Colega, te quedan menos de…

—No jodas —respondió, divertido—. Diles que empiecen sin mí. —Le dio a Penn una palmada en el hombro.

—Cuenta hasta diez —lo aconsejó Lynne.

—No va a ser suficiente.

—Y no creas que no me he dado cuenta de lo tibio de tu respuesta a mi comentario sobre lo de volver a reunir al viejo equipo.

Penn consultó su reloj.

—Por supuesto que es bueno estar de vuelta —dijo.

—Vale, vale, y ahora te contentas con insultar mi inteligencia o te has olvidado de lo bien que te conozco. Dejémoslo aquí.

De no haber estado en el tribunal, Penn se habría reído de la complicidad que distinguía en el rostro de su amiga.

Esa mañana, mientras se preparaba, una parte de él tenía ganas de volver a ver a sus antiguos colegas, de estar con gente con la que se sentía familiarizado, con gente con la que había entablado amistad a lo largo del camino.

Sin embargo, había olvidado que, a menudo, había tenido que hacer de niñera de un oficial casi quince años mayor que él.

Y también se daba cuenta de algo más: su antiguo equipo no estaba equilibrado. Era un grupo más numeroso, formado por agentes y sargentos; sin embar go, a pesar de las habilidades individuales, el reparto de tareas era un poco a la carta. Y él era capaz de entender cómo, en cierto modo, eso los fortalecía a largo plazo. Al ser todos intercambiables, ninguna ausencia hundía al conjunto.

Pero no había una cohesión clara, no había sentido de pertenencia.

En su nuevo puesto, y debido a lo reducido del equipo, las

funciones estaban bien definidas: la jefa y Bryant iban a la vanguardia, no pasaban en la oficina suficiente tiempo como para calentar sus asientos. Stacey se dedicaba a la extracción de datos y la investigación en línea; y hacía una cosa o la otra dependiendo de la naturaleza del delito. Él, por su parte, a veces hacía minería de datos junto con Stacey. En otras ocasiones, interrogatorios de seguimiento, investigaciones puerta a puerta, comprobación de coartadas; o bien, seguía sus propios instintos. Eso habría estado haciendo en ese momento, probablemente.

Lynne interrumpió sus cavilaciones.

—Oye, ¿y cómo está Jasper? —preguntó.

—Muy bien —dijo con una sonrisa—. Todavía presume de que te ganó en los karts.

Lynne echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

Los dos se habían conocido tras un caso angustiante en especial, relacionado con el asesinato de un niño. Travis había organizado una reunión de consolidación del equipo en el circuito de karts y Penn se había llevado a Jasper con él. La carrera final había sido entre Lynne y su hermano. Ella acababa de terminar un curso avanzado de conducción en la policía.

Penn sabía que Lynne había dejado ganar a Jasper y le había agradecido el gesto. Ahora se encontraba con la mirada de su amiga y se daba cuenta de lo mucho que la echaba de menos. Era Lynne a quien había deseado volver a ver.

—Sí, bueno, gracias por dejarlo…

—No lo hice. El chico me ganó limpiamente.

En los labios de Penn se congelaron la sonrisa y la respuesta cuando Philip Maynard se precipitó hacia ellos. Tenía el rostro amohinado bajo la peluca de fiscal de la Corona. Les habló con urgencia:

—Uno de los testigos ha desaparecido.

—¿De los nuestros o de los suyos? —preguntó Penn.

—De ellos —respondió el fiscal, aunque, en realidad, no era relevante. Cualquier desaparición tenía el poder de alterar el proceso y desbaratarlo hasta el punto de impedir que un culpable fuera castigado como merecía.

—¿Quién? —preguntó Penn. En su última comprobación, todos estaban presentes, todos estaban bien.

El timbre sonó detrás.

—Dexter McCann. Se ha escabullido hace veinte minutos y nadie lo visto desde entonces.

Era un vecino de Gregor. En su testimonio había insistido en que el acusado estaba en casa la noche del asesinato de Devlin Kapoor.

No representaba ninguna amenaza para la acusación. La coartada que había brindado a Gregor Nuryef era tan fina como un papel higiénico de una sola capa, pero a Penn no lo abandonaba el mal presentimiento que tenía en las tripas.

De hecho, había empezado a empeorar.

Capítulo 14

—Jefa, estoy dispuesto a apostar mi coche a que la distancia entre esas lobelias es geométrica —dijo Bryant mientras recorrían el camino pavimentado del señor Blenkinsop. A lo largo, flanqueándolo, había una hilera de medio metro de ancho con flores púrpuras de lobelia. Únicamente púrpuras.

—Aunque me ofrecieras algo decente, no apostaría contigo —dijo Kim.

Contempló las cestas colgantes, dispuestas de modo simétrico a ambos lados de la entrada. Las ventanas de arriba y abajo estaban adornadas con persianas verticales, algo muy conveniente para mantener la intimidad sin impedir al ocupante vigilar el exterior. Perfectas para un vecino entrometido.

Les abrió la puerta un hombre de unos cincuenta años.

—¿Señor Blenkinsop? —preguntó Kim.

Un olor a limón tomó su nariz por asalto. No podía distinguir si procedía de la casa o de él.

Los vaqueros del señor Blenkinsop tenían la raya marcada en el frontal de cada pernera. La camiseta blanca de manga corta estaba impecable.

Enganchadas a un cordel, colgaban de su cuello unas gafas.

El hombre asintió con la cabeza.

—¿Podemos entrar?

Él, aunque volvió a asentir con la cabeza, no se apartó. Bajó la mirada al suelo.

—Por supuesto, siempre y cuando se quiten los zapatos.

Kim miró a Bryant y, luego, de nuevo al hombre.

—Puede estar seguro de que nuestro calzado está bastante limpio, señor…

—Por favor, quíteselos —insistió.

En todos sus años como agente de policía, nunca le habían pedido que se quitara los zapatos antes de entrar en una propiedad.

—No se preocupe, señor. Esperábamos que pudiera ayudarnos con lo que ha ocurrido en esta calle, pero continuaremos nuestro camino hacia la siguiente casa.

—Vale, vale —dijo, y abrió la puerta. La imperiosa necesidad de implicarse era superior a su necesidad de controlar la alfombra. Señaló el pasillo.

—Si no le importa, hablaremos en la cocina —dijo.

Limitación de daños. No les daría permiso para entrar en la sala con los zapatos puestos.

Kim caminó junto al hombre hacia lo que parecía ser el epicentro del olor.

Era una cocina embaldosada, sorprendentemente moderna, luminosa y espaciosa. Había una mesa bistró delante de una ventana que daba al jardín y un pequeño estanque con peces, rodeado de flores de colores.

—Entonces, señor Blenkinsop, ¿qué puede decirnos de Belinda Evans?

—Bueno, no la conocía tan bien. Es decir, nos saludábamos, intercambiábamos tarjetas de Navidad y cosas así, pero…

—Entiendo —dijo Kim. Era mucho más de lo que ella hacía con cualquiera de sus vecinos, excepto Charlie, el mejor amigo de Barney—. ¿Qué sabe de sus hábitos? ¿Se ha dado cuenta de algo?

—Vaya, todo es un poco extraño, ya que lo pregunta. Soltera, sin

hijos y sin pareja. Y compró la casa de al lado por Dios sabe qué motivos.

Así que el hombre nunca había estado en la casa de Belinda. Y, considerando su prístino entorno, para él bien podría haber sido una experiencia mortal.

—¿Alguna vez notó que fueran visitantes?, ¿gente extraña que llegara a la casa o merodeara alrededor?

El señor Blenkinsop negó con un movimiento de cabeza.

—Parecía salir mucho de noche, tarde. A veces volvía de madrugada. A veces se iba toda la noche.

—¿Tiene alguna idea de adónde iba? —preguntó Kim. Pensaba en la bolsa de viaje.

El señor Blenkinsop volvió a negar con un movimiento de cabeza.

—¿O con quién? ¿Con su hermana, quizás? —preguntó Bryant.

El hombre frunció el ceño.

—No, no lo creo —dijo—. Es muy extraño. Cuesta trabajo distinguirlas: el mismo pelo, la misma ropa, un coche similar. Es como si intentaran ser gemelas. —Excepto que, por lo visto, no se soportaban—. La otra hermana venía dos o tres veces al día. En ocasiones, solo por unos minutos o media hora, pero era como si no pudieran estar separadas más de unas horas. Era algo muy extraño, tratándose de dos mujeres de su…

Dejó de hablar cuando oyó sonar el teléfono de Kim. Sin duda, esas observaciones no coincidían con lo que Veronica les había dicho acerca de cómo se relacionaba con su hermana.

—Disculpe —dijo Kim, y salió al pasillo. Ya lejos del oído del hombre, contestó—: Adelante, Stace.

—Jefa, sé que me has dicho que las hermanas no estaban unidas, pero quizá valga la pena averiguar por qué hablaban por teléfono como poco diez veces al día.

Capítulo 15

Penn vio a Ricky Drake subir al estrado y poner la mano sobre la Biblia.

Aunque no era religioso, le habría arrancado el libro de debajo de la palma.

En ese momento, no era capaz explicarse la aversión instantánea que sentía por ese hombre, un disgusto que había sido capaz de soterrar bien durante la investigación, puesto que se trataba de su testigo estrella.

No era la primera vez que se encontraba con alguien como Ricky Drake, una escoria de baja ralea que, desde hacía dos años, estaba en caza y captura ininterrumpida por robos domiciliarios. Qué pena no poder elegir a los testigos, pero el hombre había visto lo que había visto.

Penn estaba gratamente sorprendido de que se hubiera tomado algunas molestias y hubiera hecho un esfuerzo: había cambiado el sucio pantalón de chándal gris por un pantalón negro, y el forro polar azul marino por una camisa blanca de manga larga que cubría la mayoría de los tatuajes que decoraban su cuerpo.

Sin poder evitarlo, Penn se preguntó si los miembros del jurado seguirían cayendo en las ilusiones y los malabares con que se jugaba a ambos lados de la sala: asear a alguien para hacerlo parecer más respetable, afeitarle el vello facial para hacerlo parecer más joven. Seguro que cada drama judicial de la televisión ayudaba a que los miembros del jurado ya no cayeran en esa basura.

Sin embargo, la entrada de Ricky Drake en la sala no había provocado la menor emoción. Y Penn sabía muy bien los gestos de desagrado que habría percibido si no hubieran aseado al testigo. Su benigno aspecto ya no era ninguna ofensa, así que el jurado estaba dispuesto a escucharlo sin prejuicios ni valoraciones.

Sí, el equipo de la Fiscalía había hecho bien en convertirlo en un testigo creíble. Penn podía ver a Doug asintiendo hacia él con un gesto de aprobación.

A cambio de clemencia en un caso menor por hurtar en una tienda, Ricky Drake les había ofrecido información sobre un atraco a mano armada. Eso los había sorprendido a los tres; sobre todo a Penn, que estaba lo bastante curtido como para creer que ese tipo de cosas solo ocurrían en las películas. Y, después de un sándwich y una taza de té de la cafetería de la comisaría, el tipo había declarado.

Les había contado que había salido del pub The Crying Dog, a eso de las diez y veinte, para evitar la hora punta en el puesto de patatas fritas. Que había caminado hasta el otro lado de la calle, echado un vistazo a la tienda iluminada y visto a un varón enfrascado en lo que parecía una transacción normal. Se detuvo para encender un cigarrillo, echó otro vistazo y se dio cuenta de que conocía de algo al tipo. Siguió entonces de largo para ir a por su cena.

La historia había sorprendido a Penn y Doug, que en ese momento vigilaban a la familia Reed, puesto que el incidente tenía todas las marcas de uno de sus trabajos. Sin embargo, no podían descartar a un testigo que había pasado por el lugar mientras ocurría el incidente. La declaración de ese hombre había cambiado el rumbo de toda la investigación y, al final, conducido a la detención del asesino.

Ricky Drake había sido decisivo: había dado suficientes detalles como para que los detectives pudieran localizar a Gregor Nuryef e interrogarlo. Solo que, en un principio, la esposa le había dado una coartada al sospechoso, así que la orden de registro había quedado descartada.

Sin embargo, el sentimiento de culpa había llevado a Irina Nuryef a retractarse, a admitir que había mentido y a decir que su marido no estaba en casa la noche del crimen.

Tras esa confesión, los detectives habían obtenido una orden judicial para registrar el domicilio de los Nuryef.

Si bien Doug no había hallado nada dentro de la casa, Penn dio con

el tesoro en el cobertizo del jardín. Había encontrado, enrollada en una bolsa, una camiseta manchada de sangre. Hechas las pruebas, esta coincidía con la de Devlin Kapoor.

Y, aunque Ricky Drake les había dado la llave para abrir el caso de par en par, algo en ese hombre le seguía provocando a Penn descargas de bilis hasta el fondo de la garganta.

Volvió a concentrarse cuando el fiscal empezó a conducir al testigo al final de su declaración.

—Así que, mientras caminaba por la calle, ¿echó un vistazo a la tienda iluminada?

—Sí, así ocurrió —respondió Ricky, que parecía disfrutar de la función. Miraba al jurado como si fuera su público, como si todos estuvieran ahí solo para presenciar su actuación en solitario. El momento lo tenía absorto, entretenido, mientras actuaba para sus fanáticos.

—Y se detuvo a encender un cigarrillo.

—Naaa, el puesto de patatas fritas está al final de la calle. Puedes fumarte un pitillo…

A Penn se le cortó la respiración cuando, en la mesa de la Defensa, todas las cabezas se levantaron, y entendió por qué.

Desde el primer día, Ricky había insistido en que había visto bien al homicida porque había hecho un alto para encender un cigarrillo.

Ahora, el fiscal forzaba a que el testigo diera marcha atrás, que recordara los hechos con exactitud, tal como habían quedado registrados en la declaración que Penn tenía delante.

Los defensores garabateaban notas furiosamente.

Y Penn intentaba tragar la bilis que ahora ya tenía en la garganta.

Capítulo 16

La casa de Veronica no era lo que Kim esperaba y, aun así, encajaba muy bien con la mujer.

Era una casa adosada de cuatro plantas, incluido el garaje a ras de suelo. No podía ser más diferente de las viviendas de una sola planta de la hermana. Sin embargo, la altura y la imponente estructura de la vivienda eran un reflejo perfecto de Veronica.

—Detesto estos sitios —gimió Bryant mientras se acercaban a la puerta principal—. Tenía una tía que vivía en algo parecido: demasiadas escaleras y, por lo general, distribuciones raras. —Kim no le prestó atención y llamó a la puerta—. Quiero decir, ¿quién quiere un dormitorio debajo de la cocina o un…?

Veronica les abrió.

—Buenas noches, agentes. —No parecía sorprendida de verlos allí.

Se había puesto unos vaqueros elegantes y camiseta de cuello de pico con una rosa bordada en el bolsillo del pecho. Llevaba el pelo suelto y zapatos planos.

A diferencia de cualquiera de las casas de Belinda, los recibió y les dio la bienvenida un aroma cálido, almizclado, pero no empalagoso. La mujer señaló la escalera que había junto al garaje doble.

—Por favor, vengan —dijo—. Mi despacho está en el primer piso.

Mientras subían, solo Kim oyó el resoplido de desaprobacion de Bryant.

El primer rellano se abría a lo que ella supuso que sería más que un estudio.

El espacio lo atraía a uno de inmediato con su cálida mezcla de muebles de época. Por la ventana orientada al sur, la luz caía sobre

un escritorio antiguo de caoba. Había un cómodo sillón ante la chimenea, con cojines que no hacían juego y parecían desgastados, aunque hogareños. Una pared entera estaba dedicada a libros encuadernados en cuero. En otra había marcos con carteles de películas antiguas. Repartidos por la habitación, vieron tarros de cristal que contenían líquidos y palos de madera. Los intentos de la propia Kim por mantener fresco el aire de su casa se limitaban a unos chorritos de Neutradol y un enchufable con aroma a manzana.

Pero esa habitación no pretendía ser otra cosa que un espacio cómodo en el que pasar el tiempo.

La mujer entró detrás de ellos.

—Es mi lugar favorito de la casa, paso la mayor parte del tiempo aquí —dijo, y cruzó la habitación. Abrió una puerta que daba a una moderna y luminosa cocina que desentonaba por completo con el espacio en el que se encontraban.

—¿Puedo ofrecerles algo de…?

—Estamos bien, gracias —dijo Kim.

Veronica cerró la puerta y señaló los cómodos sillones frente a la chimenea. Ocupó el de la izquierda, de modo que solo podía sentarse uno de los dos detectives. Utilizar la silla solitaria detrás del escritorio habría sido demasiado familiar, demasiado intrusivo.

Bryant se situó cerca de la pared de los libros mientras Kim se preguntaba si las dos hermanas habrían pasado tiempo allí, juntas, bañadas por la luz del fuego, bebiendo una copa de vino.

Veronica cruzó las piernas a la altura de los tobillos y, con delicadeza, entrelazó las manos sobre su regazo.

—¿En qué puedo ayudarlos, oficial? —preguntó.

Kim supuso que las hermanas no se habrían sentado una al lado de la otra a disfrutar de ese espacio, visto lo que Veronica ya les había contado sobre la relación. Eso llevó a Kim a su primera pregunta.

—Señorita Evans…

—Veronica —corrigió ella de inmediato.

—Usted perdone. Nos ha dicho que la relación entre…

—Por favor, tenga cuidado con eso, oficial. Muchas son primeras ediciones —dijo Veronica sin volver la cabeza hacia el sargento.

Bryant se apartó de la estantería como un niño regañado y Kim volvió a maravillarse de que, al parecer, habían encontrado a alguien más afín a ella que a su compañero.

—Nos ha dicho que no estaban muy unidas.

Veronica esbozó una sonrisa.

—Eso no es lo que he dicho con exactitud, pero se acerca.

Sí, lo que había dicho era que no soportaban verse.

—Sin embargo, a juzgar por los registros telefónicos, hablaban muchas veces al día.

—Por supuesto que sí —respondió Veronica—, somos hermanas.

—Pero ¿no se caían bien?

—De nuevo, está en lo correcto, oficial, solo que no veo a dónde va.

Algo increíble para una mujer inteligente y educada.

—Lo que he querido decir, Veronica, es que los hermanos que no se llevan bien tienden a seguir caminos separados y optan por tener el menor contacto posible —dijo. «No visten igual, no conducen el mismo coche, no viven a pocos minutos a pie el uno del otro ni hablan veinte veces al día por teléfono», eso era lo que Kim había querido decir.

—Tras la muerte de nuestros padres, solo nos teníamos la una a la otra.

—¿Eso las acercó? —Kim trataba de comprenderlo.

—De ningún modo. Nuestra infancia dictó que nunca estaríamos

unidas.

—¿Podría explicar por qué?

—En absoluto, ya que no eso tiene ninguna relación con el caso y no le ayudará en lo más mínimo.

—¿Cómo puede estar tan segura? ¿No quiere hacer todo lo posible por ayudarnos a atrapar a la persona que le ha hecho esto a su hermana?

—Si creyera que los hechos de hace medio siglo están relacionados con su asesinato, los compartiría; pero no lo creo.

La leve curiosidad que picaba a Kim en las entrañas se estaba convirtiendo en una necesidad imperiosa de saber qué había sucedido entre esas dos mujeres. Ella era la que debía decidir lo que ayudaría a lograr avances en el caso.

—Veronica, de verdad…

—Oficial, su único interés en mí debería ser dónde me encontraba en el momento de la muerte de Belinda. He supuesto que ese era el propósito de su visita, y por eso la he dejado entrar en mi casa. Yo estaba aquí, en mi mesa, en medio de una llamada por Skype con el director del Daily Telegraph. Podrá verificarlo fácilmente con una simple llamada telefónica. Hágalo, y comprobará que ya no tenemos más que hablar.

—La llamada por Skype, ¿puedo preguntarle…?

—Trece horizontal y once vertical.

—¿Perdón?

—El crucigrama, oficial. Ese es mi trabajo. Ideo cru cigramas crípticos para los periódicos. Mi editor consideraba que algunas pistas, dos en particular, eran demasiado difíciles. Aunque yo me opuse, él insistió en que las cambiara. —Se puso de pie—. Ahora, si no tiene nada más…

—En realidad, sí lo tengo —dijo Kim sin moverse de su lugar—. Su hermana tenía una maleta de mano en el armario. ¿Tiene alguna

idea de adónde pensaba ir?

Captó la expresión de sorpresa.

—Maldita sea, habíamos acordado…

—¿Qué habían acordado, Veronica?

—Nada, no importa. Lo siento, oficial, pero no tengo ni idea de adónde pensaba ir mi hermana.

Kim abominaba las mentiras descaradas, y esa mujer le acababa de mentir descaradamente.

—¿Y sabe por qué Belinda llevaba una buena provisión de condones? —presionó.

—Lo lamento, inspectora, pero no voy a responder a más preguntas, y me gustaría mucho que se marchara. Ahora mismo.

Maldita obstinación la de esa mujer, pero, por el momento, Kim no tenía motivos para presionarla más. Ante la ley, saber que mentía no era suficiente.

Kim se levantó, se despidió con sequedad y bajó las escaleras. Veronica no los siguió. Fue Bryant quien cerró la puerta.

—Caray, de golpe, se podría haber cortado la tensión con un cuchillo, y no hemos averiguado mucho —observó mientras se dirigían al coche.

«Al contrario», pensó Kim, gracias a su propia sagacidad y a que recordaba lo que la mujer había dicho sobre el crucigrama.

Tenía la clara sensación de que habían encontrado a la hermana presumida.

Capítulo 17

Penn se sentó a la mesa y suspiró profundamente, en un esfuerzo por expulsar una fatiga que se había instalado en sus huesos y que no tenía nada que ver con el duro trabajo.

Estar sentado en un tribunal, escuchando todo el día, lo cansaba mucho más que un turno completo de doce horas. La inercia lo agotaba, al mismo tiempo que una energía inquieta recorría su cuerpo sin encontrar salida.

Había llamado a la jefa y ella le había dicho que se fuera a casa. Había pensado en argumentar e insistirle en que podía hacer algo para ayudarla, pero la jefa le había dicho que ahorrara energía. Iba a decirle que llevaba el día entero ahorrando energía, pero ella colgó. Así que, cuando Lynne le propuso ir a tomar una taza de café, aceptó encantado. Y lo mismo hizo Doug, aunque Penn no creía que la invitación fuera general.

Doug se aflojó la corbata y sacó el móvil.

—¿Qué te parece, entonces? —preguntó.

—¿Qué?

Doug señaló con la cabeza a Lynne, que ponía tres cafés con leche en una bandeja.

—Su nuevo coche. Interior de cuero, navegador, llantas de aleación y…

—No se podría decir que es nuevo, Doug —dijo Penn con una sonrisa—, solo que no es tan viejo como el anterior.

—Sí, vale, a vosotros, los sargentos, os gusta exhibir vuestro dinero, comprar bebidas, coches nuevos.

Penn estuvo tentado de decirle que buscara una promoción, pero

recordó, justo a tiempo, que Doug ya lo había intentado y había suspendido el examen. No era algo que al hombre le gustara que le recordaran. Y el aumento de sueldo no era como para saltar de alegría.

—¿Has visto el pedazo de mierda que conduzco? —Cogió las tazas de la bandeja que Lynne acababa de dejar sobre la mesa.

—¿Ya estás otra vez llorando por lo de mi coche, Douglas? —preguntó Lynne. Sabía que él odiaba su nombre completo.

—Que te den —le espetó.

—Yo te quiero más —bromeó Lynne. Se sentó a su lado y le dio un codazo en las costillas.

Con el rostro más relajado, Doug puso el teléfono sobre la mesa.

—¿Alguna noticia de Dexter McCann? —preguntó Penn acerca del testigo desaparecido. Ya no estaba en la lista de correos electrónicos de West Mercia.

Doug negó con la cabeza y vació dos sobres de edulcorante en su bebida

—No me va a quitar el sueño —dijo—. El testigo es de ellos, no nuestro. Tendría que mentir, de todos modos. Sabemos que tenemos a nuestro hombre.

—Pero ¿por qué habría de mentir? —preguntó Penn—. No es más que un vecino, ¿qué podría ganar?

Doug entrecerró los ojos con un gesto dramático.

—¿Estás cambiando de equipo, chaval?

Una de las cosas que Penn no echaba de menos, debía admitirlo, era lo molesto que Doug podía ser si le daba la gana.

Negó con la cabeza y no le tuvo en cuenta lo de «chaval».

Doug se volvió hacia Lynne.

—¿Crees que Dexter McCann miente?

Lynne se lo pensó un momento y negó con la cabeza.

—Creo que se confunde. Sabe que el tipo llama a su perro a las diez y media, cada noche, para que entre en casa. ¿Cómo puede recordar con precisión todas las noches? —Eso era, precisamente, lo que todo el mundo decía. Tomó un sorbo y continuó—: Me parece que ya tenemos suficientes problemas con nuestros propios testigos como para preocuparnos por los del otro bando.

—Sí, ¿y eso no ha sido un puñetero desliz? —preguntó Penn. Se volvió hacia Lynne—. Es lo que dijo, ¿no? Quiero decir, desde la primera vez que declaró…

Lynne le dirigió una mirada de irritación mezclada con algo que él no supo descifrar.

—No, me lo he inventado porque no sé cómo se toma una declaración —soltó ella, y volvió a dejar la taza en el plato.

—Vamos, Penn —dijo Doug. Miró a Lynne y luego a él—. Es lo que el imbécil ha dicho en todo momento. Se ha equivocado.

—¿Se ha equivocado? —preguntó Penn—. El tipo se ha olvidado de lo que estaba hacía cuando presenció la escena en el local.

—Lo has visto en el estrado —continuó Doug—: demasiado confiado, embriagado de estar en el lado bueno de la ley. Se ha exhibido como un pavo y ha tenido un desliz.

Penn se preguntaba si ser un capullo arrogante afectaba el recuerdo de los hechos, pero no iba a discutirlo con su colega y amigo. A juzgar por la expresión pensativa de Lynne, ya había hecho bastante.

—De todos modos, no hay daños permanentes —dijo Doug, y volvió a coger su teléfono—. El jurado no se ha dado cuenta y, al parecer, le ha creído.

Penn guardó silencio y dio un trago a su café.

Sí, era cierto que el jurado parecía haberse tragado la historia de Ricky Drake; pero Penn no estaba tan seguro de creerle.

Capítulo 18

Stacey apagó el ordenador a las seis menos cuarto y se reclinó en la silla. La jefa le había dicho que se fuera a casa y ella ya había aprendido a leer entre líneas.

Echó un vistazo a la habitación vacía y algo le vino a la memoria: acababa de ascender al rango de asistente de detective y la acababan de asignar al equipo. En su primer día de trabajo, la jefa la llamó y también le dijo que se fuera a casa.

Mientras recogía sus cosas, su nuevo colega, Kevin Dawson, la miró, atónito.

—¿Qué haces?

—Me voy a casa —había dicho ella, y señaló el teléfono—. La jefa me acaba de decir…

—Olvida lo que te haya dicho la jefa. Tenemos un cadáver y tres líneas de investigación abiertas. ¿De verdad crees que quiere que te vayas a casa?

Stacey se sintió confundida.

—Pero ¿por qué me ha dicho que me fuera, entonces?

—Porque tu turno ha terminado. No te pagarán más horas.

Stacey se quedó quieta, con el abrigo y el bolso en la mano. Se sentía estúpida y no sabía qué hacer.

Dawson la contempló durante uno o dos segundos antes de hablar.

—Aquí es donde decides qué tipo de policía quieres ser. Comprométete o no te comprometas, pero elige ya, y sé consecuente.

Stacey sonrió ante aquel recuerdo agridulce. Re cordó que había

pensado que Dawson era un imbécil arrogante y, sin embargo, la opinión que tenía de él cambió mientras se hacían amigos.

Y él tenía razón, por supuesto. Dos horas más tarde, cuando la jefa y Bryant volvieron a entrar en la sala de la brigada, le hicieron un gesto silencioso de agradecimiento.

El consejo de Dawson con respecto a comprometerse o no comprometerse le había servido, y ahora sabía interpretar las señales. Si la jefa se iba a casa, todos se iban a casa.

Pero ella no quería marcharse. Se dio cuenta tras bajar las escaleras, al encontrarse metida de lleno en la melé del cambio de turno de los de uniforme.

Esquivaba compañeros y se entremezclaba con ellos, que durante el cambio de turno se ponían al día o se comunicaban un incidente concreto que había ocurrido a lo largo de la jornada: un arresto, la alteración del orden público, un rifirrafe.

Ya estaba en la recepción, delante de las puertas automáticas, cuando aparecieron otros dos coches patrulla.

Luego llegó al final del aparcamiento y vaciló.

Si giraba a la izquierda y se quedaba en ese lado de la carretera, un autobús la llevaría a su pequeño piso de Dudley, a ochocientos metros de la casa de su madre.

Si giraba a la derecha y cruzaba la calle, otro autobús la llevaría al piso de Devon, donde pasaba la mayor parte del tiempo.

Pensó en el mensaje que seguía en su teléfono, el mensaje de texto sin contestar.

«Comprométete o no te comprometas, pero elige ya», volvió a oír.

Dio un paso adelante y giró a la izquierda.

Capítulo 19

Kim pulsó el botón de reproducción de su iPod y El anillo de los nibelungos llenó el garaje. El sonido de las tubas de Wagner flotaba a su alrededor, combinado con los elementos tonales de las trompas y los trombones.

Desde su regreso a casa, ya había lavado y planchado, alimentado al perro y aspirado. Si estuviera en sus manos, seguiría trabajando, tratando de profundizar en la vida de Belinda Evans, pero había un memorándum.

Así que allí estaba, en casa, antes del anochecer, relajándose.

Dentro de su cabeza, una discusión silenciosa rugía al mismo tiempo en que Barney ocupaba su lugar junto a la puerta de la cocina.

«—En la morgue había un cadáver.

»—Siempre hay un cadáver en la morgue.

»—Tienes la obligación de vigilar.

»—En mi equipo, todos son adultos.

»—Pero podrían tratar de ocultarlo».

—¡Me cago en la leche! —gritó, y dejó caer al suelo una llave inglesa.

¿Cómo demonios iba a resolver lo que tenía que hacer? Maldita sea, nunca había querido tener hijos, y no tenía ningún reparo en admitirlo. Nunca había querido tener en sus manos la responsabilidad de otra vida, y se conocía a sí misma lo bastante como para saber que al niño tampoco le iría muy bien. Suponía que Charlie, su vecino de la esquina, no iría a buscar al chaval para para llevárselo a pasear todos los días, como hacía con Barney. Y ella ya

se preocupaba bastante por el perro. No. Desde luego, tener un hijo no era lo suyo y, de alguna manera, ahora cargaba con tres. Y creciditos.

Barney levantó la cabeza y la miró.

—Me estoy relajando, de verdad —le dijo. Se arrastró de rodillas para recuperar la llave inglesa.

Barney se levantó y pasó junto a ella. Meneó la cola un par segundos antes de que en la puerta del garaje se oyera un golpe.

—¿Estás ahí?

—¡Lárgate, me estoy relajando! —le gritó a su compañero.

—Sí, eso oigo.

—¡Da la vuelta! —volvió a gritar Kim. Se puso en pie, ansiosa por salir del garaje.

Por norma, le encantaba pasar el tiempo allí, en su lugar favorito de la casa. Nada le gustaba más que centrarse en un rompecabezas de piezas de motocicleta, ya que siempre acababa formando un todo, pero solo cuando Kim sentía que se lo había ganado, que se lo merecía.

Fue a la cafetera.

Bryant entró por la puerta principal. Con actitud resuelta y agitando el rabo, Barney le cerró el paso.

El sargento pagó su cuota de entrada: una manzana.

—Aquí tienes. —Aquel era el camino definitivo al corazón del perro —. No podía dormir. —Bryant se dejó caer en el taburete, al otro lado de la barra del desayuno.

—Bryant, ni siquiera son las nueve —dijo ella con una sonrisa.

—Ah, habrá sido por eso, entonces.

—Tienes que relajarte.

Él se encogió de hombros.

—Lo he intentado —dijo—. Me aburría.

Kim se giró.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Cómo has intentado relajarte exactamente, y por qué Jenny no te ha mantenido ocupado?

Por lo general, las esposas agradecían un poco de ayuda de sus maridos.

—He empezado a desbrozar el jardín delantero. ¿Sabes lo desesperado que hay que estar para hacer algo así?

Sabiendo lo mucho que Bryant odiaba la jardinería, aquello era tocar fondo.

—¿Y?

—Al parecer, pagamos a un universitario para que lo haga y que saque así algo de dinero extra.

Ella sonrió. Sí, eso sonaba a Jenny.

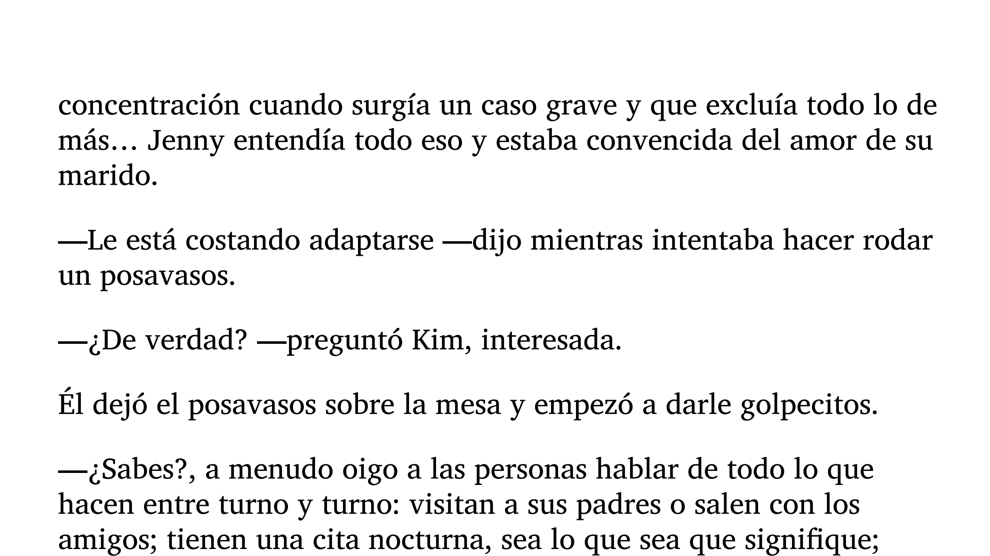
—He puesto la lavadora. Por lo visto, hoy no era un buen día para eso, porque ahora mi mujer tendrá la colada tendida hasta el día de plancha. ¿Quién iba a decir que las lavadoras y las planchas solo funcionan ciertos días de la semana?

—Bryant, le estás dando demasiada importancia…

—Sí, eso es lo que ha dicho Jen justo antes de enviarme aquí.

Kim se rio a carcajadas. Para ser sincera, quería a Jenny casi tanto como a Bryant.

Ni una sola vez la esposa de su compañero se había sentido amenazada por la amistad que había surgido entre ellos a lo largo de los años. Las largas horas de trabajo, las vigilancias nocturnas, la



concentración cuando surgía un caso grave y que excluía todo lo de más… Jenny entendía todo eso y estaba convencida del amor de su marido.

—Le está costando adaptarse —dijo mientras intentaba hacer rodar un posavasos.

—¿De verdad? —preguntó Kim, interesada.

Él dejó el posavasos sobre la mesa y empezó a darle golpecitos.

—¿Sabes?, a menudo oigo a las personas hablar de todo lo que hacen entre turno y turno: visitan a sus padres o salen con los amigos; tienen una cita nocturna, sea lo que sea que signifique; limpian, cocinan, juegan con los niños… He pensado lo bueno que sería encajar en todo eso. Ya sabes, tener una vida de verdad.

—Sí, bueno, ahora tienes la oportunidad de…

—Pero es que no quiero, jefa… perdona, Kim. —Recordó, de pronto, la regla de «En casa, usa el nombre de pila»—. Y no es bueno para mi matrimonio.

Ella le acercó el café.

—¿Bromeas?

Él negó con la cabeza.

—Nunca hemos sido una pareja al uso. No necesitamos estar el uno con el otro cada minuto. Jenny tiene a sus compañeros de trabajo, su club de lectura, algunos viejos amigos del colegio. Y yo tengo el rugby y…, bueno, el trabajo.

—Madre mía, Bryant. Dado que no entrenas mucho a rugby últimamente, eso te deja en un estado un poco lamentable.

—¿Y no es cierto?

—Nunca me has dicho por qué te has apartado del rugby. Vale, sé que en la mayoría de los partidos te ganaban por goleada, pero eso lleva años ocurriendo.

—Por ninguna razón en particular —dijo él, aunque su rostro se ensombreció. Si Kim no recordaba mal, había ocurrido durante el último caso importante, en el que un asesino había escenificado sucesos traumáticos de su vida.

Él se estremeció y apartó los recuerdos.

—De todas formas, la cuestión es que algunas parejas pasan demasiado tiempo juntas. Eso puede ser perjudicial para su salud psicológica y física.

Kim reprimió una sonrisa.

—¿Jenny te ha pegado?

—Me ha tirado el mando a distancia cuando he apagado Granja Emmerdale y le he preguntado si quería salir a dar un paseo.

Kim se rio a carcajadas.

—Me parece que vas a tener que buscarte algunos amigos masculinos.

—O podría hacer mi trabajo, como siempre.

—Lo siento, pero sigo órdenes. Ya sabes que Woody se ha puesto muy nervioso con ese informe acerca del agotamiento de los trabajadores. —Titubeó—. Lo que quiero decir es que ambos sabemos que nunca haces nada tan rápido como para provocarte una quemadura por fricción, pero…

—Venga, Kim —dijo él, y se pasó la mano por el pelo.

—Estoy atada de manos.

—Woody no tiene por qué saberlo. Al terminar el turno, podríamos trabajar fuera y…

—Eso no va a ocurrir.

Durante el último caso, había tenido al equipo trabajando las veinticuatro horas del día, y no era probable que esa situación se

repitiera.

—La cosa es que no puedo sacarme a Belinda Evans de la cabeza. Solo veo a esa mujer sentada en el columpio, con el alambre de espino alrededor de las mu ñecas, el pie doblado a la altura del tobillo, encorvada contra la cadena, como una muñeca de trapo.

Kim tomó un buen trago de su café.

—Sí, sé a qué te refieres —comentó.

Esa visión la había acompañado desde que había atravesado la puerta de su casa.

—Y la hermana. Hay algo raro entre esas dos.

—A pesar de todo, Veronica no está dispuesta a hablarnos de su infancia. Me pregunto si Stace… —Las palabras de Kim se fueron apagando. Enarcó una ceja y miró a su colega—. Qué listo eres, Bryant, pero no vamos a seguir hablando de esto. Estoy segura de que cuenta como trabajo y estamos fuera de horario.

—Mierda —dijo él después de dar un largo suspiro—. ¿Sabes?, a mi edad tengo que aprovechar al máximo mis neuronas activas, porque llegará un día en que…

—O me hablas del tiempo o te largas —le aconsejó Kim.

—Coño, Kim, ¿de verdad vas a seguir las reglas?

Sí, ella también estaba sorprendida. Su respuesta ante las normas era selectiva, en el mejor de los casos, pero no si se trataba del bienestar de su equipo.

—Entonces, volviendo a esa tormenta de la que hablábamos…

—Ni hablar —dijo Bryant, y se levantó del taburete—. No me sentaré aquí a hablar del tiempo. Me marcho.

Kim sonrió a la espalda que se alejaba.

—Bien, ve a casa y relájate.

—¡Estoy relajado de cojones! —gritó él con todas sus fuerzas. Salió y cerró de un portazo.

Kim tuvo la repentina sensación de que iba a ser una semana muy larga.

Capítulo 20

Kim echó un vistazo a su equipo.

—Vale, chicos, os veo animadísimos, ¿eh?

Penn revisaba su teléfono móvil, y Stacey, por encima de su cabeza, miraba algo a través de la ventana. Bryant tenía el mismo ceño fruncido que la noche anterior.

Ahhhh, sí, su equipo estaba cargado de energía después de disfrutar de tanto tiempo libre.

Y Kim se sentía como si llevara días sin verlos.

Ella misma estaba obedeciendo las normas para dar ejemplo. No había entrado en el edificio hasta las ocho menos cuarto para preparar la reunión informativa obligatoria de las ocho. No pensaba mencionar siquiera la media hora que había pasado sentada en el coche.

—Penn, ¿tienes algo que decirnos antes de que te vayas al tribunal?

Él dejó el teléfono a un lado.

—Solo estoy comprobando si tengo que ir, jefa. No estoy seguro de lo que está ocurriendo.

—Tenía la impresión de que el caso era bastante sencillo.

Esperaba tener a Penn de regreso y bien concentrado a finales de semana. Tener que confiar en el inspector Plant y su equipo para las entrevistas de seguimiento no le gustaba ni un pelo.

—El testigo de la defensa desapareció ayer. Los uniformados salieron a buscarlo, pero aún no hay novedades.

—¿Y lo demás va bien?

Él titubeó.

—Bien, jefa, pero anoche podría haber venido unas horas sin ningún problema.

—Has leído el memorando —le recordó.

—¿De verdad seguimos con eso? —preguntó Penn. Otras dos cabezas se alzaron esperanzadas.

«Dios», pensó Kim. Aquello era como tratar de obligar a un niño a comer verduras. Sabías que eran buenas para ellos, pero se te resistían a cada bocado.

—Sí, nos atendremos a él —dijo Kim.

Con un sonido, el teléfono de Penn indicó que acababa de recibir un mensaje de texto. Él lo leyó.

—Aún no ha aparecido el vecino, pero la defensa ha llamado a su único otro testigo, que es la esposa. Será ser divertido, ya que es una testigo hostil.

Kim asintió mientras él apartaba la silla del escritorio. A veces ocurría así: reorganizaban a los testigos para continuar el juicio y que hubiera un mínimo de interrupciones para el jurado. Una vez iniciado el caso, nadie quería pausas. Se habían despejado agendas, aplazado reuniones, reservado peritos y preparado a los familiares para obtener resultados en un sentido u otro. Se hacía todo lo posible para que el litigio siguiera adelante.

—«Y, entonces, quedaron tres» —musitó Kim después de que Penn desapareciera por la puerta. Se dirigió a la pizarra—. Pues vamos a ello. Buen trabajo ayer con las llamadas entre Belinda y su hermana, Stace. Aún no nos explicamos la extraña relación entre esas dos, así que quiero que sigas indagando y que averigües todo lo posible sobre esas dos señoras: padres, amigos de la infancia, vecinos, novios…, todo. —Por el rabillo del ojo, vio la expresión de Bryant, que cuestionaba la orden.

»Vamos, suéltalo —dijo Kim, sin volverse.

—Veronica tiene una coartada. No puedes creer de verdad…

—Y, mientras lo haces, Stace, comprueba su coartada —instruyó Kim —. Una llamada por Skype con el editor del Telegraph, no debería ser demasiado difícil de verificar, así podríamos descartarla por completo.

Stacey tomó nota.

—Entendido, jefa.

Kim se sintió aliviada al ver que la tensión desaparecía del rostro de la asistente. Se volvió hacia su colega.

—¿Y por qué deberíamos descartarla sin haber comprobado su coartada, gruñón?

—Ella apenas…

—No te atrevas a decir que no parece una asesina. Dime cuándo fue la última vez que arrestamos a alguien que lo pareciese. ¿Y nunca has oído hablar del sororicidio?

—Eeeh…, no —respondió Bryant—. ¿Lo has pillado?, ¿es contagioso?

—Es el asesinato de una hermana —explicó Kim—. Se produce, sobre todo, si la rivalidad entre hermanos se descontrola. Ronald DeFeo hijo mató a balazos a sus dos hermanas en 1974. Esos asesinatos inspiraron los libros y las películas de El horror de Amityville. Karla Homolka y Paul Bernardo violaron y mataron a la hermana de Karla, Tammy, en 1990, y Yuki Muto asesinó a su hermana en…

—Al parecer, alguien ha pasado la noche investigando —observó Bryant, que tamborileó con los dedos en el escritorio.

—Sí, di con un artículo que, por casualidad, estaba abierto en el portátil —mintió.

Veinte minutos después de que él se marchara la noche anterior, no había podido resistirse a echar un vistazo.

—Ya veo —dijo Stacey—. Entonces, si encendemos nuestros

ordenadores y por casualidad hay algo que…

—He dicho que fue un accidente. —Kim caminó entre ellos.

—Sí, un tropiezo con caída en la Wikipedia —dijo Bryant a su alrededor.

—Jefa, en el registro todavía hay algunos números de teléfono con los que debo trabajar, así que…

Mierda, le habría ido bien que Penn no estuviera en el tribunal. La carga de trabajo de Stacey era excesiva.

—Termina primero con eso. Luego empieza con lo otro. —Stacey asintió. Iba a tener un día ajetreado y, sin embargo, Kim tenía la sensación de que no iba a poner pegas—. Bryant y yo nos centraremos en el último lugar de trabajo de Belinda y en el hombre con el que salía. Intentaremos averiguar a dónde iba.

—¿Tenía condones en la maleta? —preguntó Stacey con los ojos muy abiertos.

—Era una mujer responsable —respondió Kim.

—Pero…, quiero decir…

Bryant se cruzó de brazos.

—Stace, si te refieres a su edad, la gente todavía tiene deseos normales más allá de la jubilación, ya sabes. Y tener sesenta años no impide contraer enfermedades de transmisión sexual.

—Sí, lo entiendo, pero es que…

—Stacey Wood —la reprendió él—. ¿Cómo puedes descartar a alguien solo porque ha llegado a…?

—No le hagas caso, Stace. Se está poniendo borde porque ya está cerca de esa etapa de la vida.

Cuando Bryant abrió la boca para responder, Stacey rio. Kim levantó la mano para detenerlo. En ese momento, su móvil empezó

a sonar.

—Keats —respondió.

—Te necesito aquí.

—Buenos días a ti también.

—Tengo algo que enseñarte. He encontrado la respuesta.

La llamada se cortó.

Kim ni siquiera sabía que hubiera una pregunta.

Capítulo 21

Penn llegó al tribunal unos minutos más temprano que el día anterior.

Entró en el edificio y vio a Lynne y Doug a la izquierda, en la barra de café. Cambió de dirección en cuanto vio al señor Kapoor al final de la cola. El hombre esperaba el momento de entrar a la tribuna del público.

Penn fue hacia él. El hombre no era testigo, así que no suponía ningún problema que hablasen entre ellos. Le ofreció la mano.

—¿Cómo está? —le preguntó.

—Para ser sincero, señor, quiero que esto se acabe. Quiero recordar a mi hijo por otras cosas.

Penn lo entendía. El hombre había vivido veintitrés años de Navidades, cumpleaños y colegios, la universidad y la graduación, pero solo podía pensar en lo que había ocurrido en los últimos minutos de la vida de su hijo. Y, hasta que castigaran al cabrón que lo había asesinado, no podría pensar en otra cosa. Lo único que Penn quería era que ese hombre tuviera algo de paz.

—¿Cómo está la señora Kapoor?

El hombre se miró los pies.

—Todavía me culpa, y la entiendo. Fui un estúpido. Debería haberles hecho caso. —Levantó la cabeza y señaló a los demás en la cafetería—. Debería haber instalado un circuito cerrado de televisión. Éramos un blanco fácil para cualquiera, solo que no podía permi tírmelo. Perdíamos dinero semana tras semana. Aun así, tendría que haberlo conseguido.

El sargento se compadeció. La apertura de un pequeño supermercado en la carretera había afectado mucho a ese

comerciante. Su tienda de ultramarinos, poco surtida, no podía competir con los luminosos y relucientes locales que había a lo largo de la calle; y, de ser ciertos los rumores de que a un kilómetro y medio de distancia se abriría un hipermercado Tesco, el hombre apenas podría dar salida a su gasolina.

Penn sentía su arrepentimiento: de haber sabido lo que iba a perder, el hombre habría suplicado, pedido prestado o robado para conseguir más seguridad; pero no lo había hecho, y su hijo estaba muerto. Tenía que conseguir que el homicida pagara para que el señor Kapoor empezara a reconstruir su vida.

—¿Va todo bien en el caso, señor? —A pesar de la insistencia de Penn, se negaba a llamarlo de otro modo—. Ayer noté una especie de malestar. ¿Ha ocurrido algo?

Seguramente se refería al descubrimiento de que uno de los testigos había desaparecido.

—Nada por nuestra parte, señor Kapoor —tranquilizó al hombre, y le tocó el brazo. Antes de darse la vuelta, le dijo—: Lo buscaré si hay algo que usted necesite saber. —Se acercó a Lynne y Doug—. ¿Alguna novedad?

Lynne negó con la cabeza y Doug se encogió de hombros con una expresión de «¿A quién le importa?».

—La defensa va a llamar a la mujer de Gregor. Quieren darles a los uniformados más tiempo para localizar a McCann —dijo Lynne.

Mientras entraban en la sala, Doug se frotaba las manos.

—Bueno, esto va a ser divertido —dijo.

Penn esperaba a una testigo hostil, pero aún no sabía de lo que Irina Nuryef sería capaz.

Había visto a la mujer dos veces, y en ninguna de las dos la habría calificado como divertida.

Capítulo 22

Aun antes de que Bryant abriera la boca, Kim ya sabía lo que iba a decir. Solo la tenía sorprendida que hubiera conseguido callárselo hasta ir rumbo a la morgue.

—Has visto a Stacey, ¿verdad? ¿Sabes lo desgraciada que se siente cuando la mandas a casa a las cinco cada día?

Por supuesto que había visto a su colega.

—Es un periodo de adaptación. Ya le cogerá el gusto. Con todo este tiempo extra, tú también harás nuevos amigos y te dedicarás a decorar tartas. Ahora, déjame en paz; no hay nada que pueda hacer.

—¿Y cómo llamas a este horario? —preguntó Keats cuando irrumpieron en el área fría y estéril.

—No empieces —lo previno ella.

—¿Ahora trabajas media jornada?

Por supuesto, bastaba que le pidieran que dejara de hacer algo para que cogiera carrerilla.

Kim apoyó las manos en la camilla de metal.

—¿Qué tienes? —le preguntó.

—Quita. —Keats le golpeó los nudillos con una regla que tenía en la mano.

—Ay —se quejó Kim, y se los frotó.

—Acabo de limpiar. —Cogió su portapapeles.

Ella miró a Bryant y, en silencio, le preguntó si eso la autorizaba a coger al forense de las solapas y lanzarlo por encima de la camilla.

Un breve movimiento de la cabeza de su compañero le dijo que no.

Como la regla seguía en las manos de Keats, ella guardó las suyas en los bolsillos, no solo para protegerlas, sino también para evitar que estrangularan al médico.

—Belinda y yo hemos estado charlando un poco más y, al parecer, ella tenía algo más que contarme. Puedo confirmar que era sexualmente activa y…

—Cielos, Keats, ¿cómo narices lo has deducido? —dijo Kim. Se preguntaba por las cuestiones físicas de semejante descubrimiento.

—Por esto. —Colocó una foto sobre la superficie metálica que los separaba. Ella bajó la mirada y vio unas bolitas de piel rosada—. Verrugas genitales, inspectora. VPH: virus del papiloma humano. Estos pequeños monstruos son dolorosos y se transmiten muy fácilmente por contacto sexual.

Kim se tomó un momento para digerir la información. Trataba de procesar la imagen de una dama de mediana edad, profesional y educada, bien vestida y con buena presencia, pero con una intensa vida sexual.

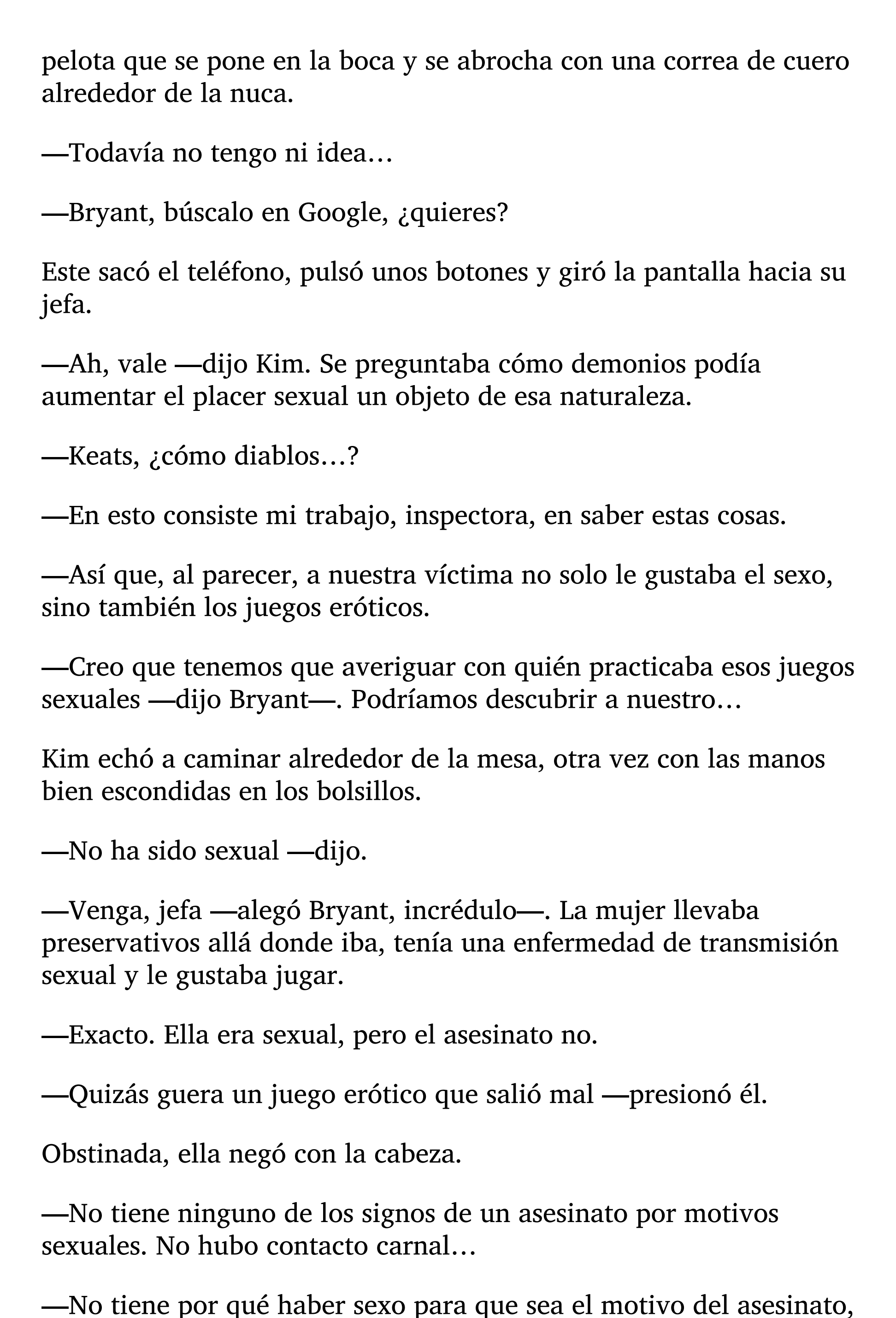
—Y esto no es todo —dijo Keats, y colocó otras dos fotografías en la superficie.

Kim extendió la mano, puso una al lado de la otra y las grió, sin saber muy bien qué miraba.

—Las manos. —Él volvió a azotarle con la regla en los dedos.

—Keats, te juro que, si vuelves a hacerlo una sola vez, te…

—Esto —señaló la primera foto con la regla— es una imagen ampliada de las comisuras de los labios de Belinda. Aquí —señaló la boca, donde el labio inferior se unía con el superior— hay pequeños desgarros en la piel, en ambos lados. —Giró la segunda foto para que Kim pudiera observarla—. Y estas son señales cir culares cerca de sus orejas, a ambos lados, hábilmente disimuladas con el maquillaje. —Ella negó con la cabeza—. Mordaza de bola, inspectora. Suele asociarse a prácticas sadomasoquistas. Es una


pelota que se pone en la boca y se abrocha con una correa de cuero alrededor de la nuca.

—Todavía no tengo ni idea…

—Bryant, búscalo en Google, ¿quieres?

Este sacó el teléfono, pulsó unos botones y giró la pantalla hacia su jefa.

—Ah, vale —dijo Kim. Se preguntaba cómo demonios podía aumentar el placer sexual un objeto de esa naturaleza.

—Keats, ¿cómo diablos…?

—En esto consiste mi trabajo, inspectora, en saber estas cosas.

—Así que, al parecer, a nuestra víctima no solo le gustaba el sexo, sino también los juegos eróticos.

—Creo que tenemos que averiguar con quién practicaba esos juegos sexuales —dijo Bryant—. Podríamos descubrir a nuestro…

Kim echó a caminar alrededor de la mesa, otra vez con las manos bien escondidas en los bolsillos.

—No ha sido sexual —dijo.

—Venga, jefa —alegó Bryant, incrédulo—. La mujer llevaba preservativos allá donde iba, tenía una enfermedad de transmisión sexual y le gustaba jugar.

—Exacto. Ella era sexual, pero el asesinato no.

—Quizás guera un juego erótico que salió mal —presionó él.

Obstinada, ella negó con la cabeza.

—No tiene ninguno de los signos de un asesinato por motivos sexuales. No hubo contacto carnal…

—No tiene por qué haber sexo para que sea el motivo del asesinato, jefa —argumentó Bryant.

—De acuerdo, pero no le quitaron la ropa, no hubo mutilación genital. No le quitaron nada, no manipularon nada, y la marca en el cuello está en una zona donde no era necesario tocar sus prendas.

—¿Y si ella le hubiera transmitido la enfermedad a alguien y este no estuviera muy contento con el regalo?

—Aun así, no sería sexual, ¿verdad? —observó Kim—. Sería venganza.

Bryant se volvió hacia el forense.

—¿Me ayudas?

Keats se tocó la barbilla con la regla.

—Lo siento, pero, en esta ocasión, por muy sorprendido que esté, tengo que darle la razón a tu jefa, y que Dios me perdone —dijo mirando al cielo. Y continuó—: Según mi experiencia, los asesinatos por motivos sexuales son inconfundibles: a la víctima le han quitado la ropa, se la han destruido; sus genitales quedan expuestos y, a menudo, mutilados, interferidos o totalmente extirpados. Es una declaración. Es lo primero en lo que el asesino quiere que te fijes, sea un fetiche o cualquier otro motivo. Es común que deje todo a la vista para que el simbolismo quede claro. Es un mensaje.

Bryant seguía sin estar convencido, y Kim tenía una buena idea de por qué.

—Estás permitiendo que la edad de la mujer altere tu punto de vista —dijo Kim desde el otro lado de la mesa.

—No seas…

—Si estuviéramos ante una víctima de veintitantos años, tomarías la información sobre su vida sexual como parte de su historia, pero, como la mujer es mayor, asumes que es toda su historia. Si tiene más de sesenta años y es peculiar en sus hábitos sexuales, tiene que ser el motivo de su muerte.

—Keats, ¿estás escuchando esta mierda? —imploró Bryant.

Keats negó con la cabeza.

—Prefiero guardar silencio. Ni siquiera yo puedo soportar darle la razón a la inspectora dos veces en un mismo día. Ahora, aunque me encantaría veros discutir a muerte, tengo otros clientes que atender, así que…

—Gracias, Keats —dijo Kim, y se dirigió a la puerta. Su mente le daba vueltas a lo que habían averiguado.

—No tan rápido, inspectora. Quiero que te vayas, lo admito, pero aún no tienes la respuesta para la que te he llamado.

—¿Y la pregunta era…?

—La causa de las cuarenta y siete muescas en los huesos de la mano izquierda.

—¿Y?

—Pensaba que ahora sería más obvio —respondió él con una sonrisa coqueta.

El cerebro de Kim hizo clic.

—¿La regla? —Se frotó la mano izquierda.

Keats asintió.

—En algún momento de su vida, a nuestra víctima le golpearon con saña y a menudo los nudillos. Y lo hicieron con una regla metálica bien afilada.

Capítulo 23

Penn contuvo la respiración al ver a Irina Nuryef dirigirse al estrado mirando de reojo a todo el que se cruzaba en su camino.

De nuevo, reparó en el aspecto tan diferente que tenía comparado con las otras dos veces que la había visto.

Con el ceño fruncido, parecía un animal salvaje dispuesto a atacar en cualquier momento. Quizás su pelo estaba mejor peinado y su maquillaje aplicado con más pericia; quizás sus joyas eran más finas, pero Penn habría reconocido esa expresión hostil en cualquier parte.

Mientras Irina prestaba juramento, él la observó y se dio cuenta de que no había mirado a su marido ni una sola vez.

El abogado defensor se levantó y sonrió a la testigo, quien le respondió con una mueca.

—Señora Nuryef, el tribunal entiende que usted es, de hecho, una testigo hostil para los defensores de su marido, quien está siendo juzgado aquí por asesinato.

Aun así, ella no miró en dirección de su esposo y se las arregló para permanecer en silencio. Era evidente que la habían entrenado para que no dijera nada a menos que le hicieran una pregunta directa. Conociéndola como la conocía, Penn se preguntó cuánto duraría aquello.

—¿En su testimonio ha dicho que su marido no estaba en casa la noche del veintiséis de octubre del año pasado?

—Sí

—¿Y que no tiene ni idea de dónde estaba su marido esa noche?

—Es correcto. Yo ya…

La interrumpió un movimiento de cabeza del fiscal, aunque la verdadera Irina Nuryef se moría por hablar.

—Y, por lo que usted recuerda, ¿esa información es verdadera y exacta?

Penn se relajó. Ese interrogatorio no los estaba perjudicando en absoluto. Cada vez que ella repitiera su respuesta, el jurado la escucharía decir lo mismo.

—Ya he dicho…

—Responda a la pregunta, señora Nuryef —dijo el abogado con sequedad, lo que provocó que la ira brillara en los ojos de la testigo —. ¿Declaró que él se fue sobre las nueve de la noche y regresó alrededor de las once?

—Eso es lo que dije, ¿no?

—En algún momento, sí —contestó el abogado—, pero ya llegaremos a eso.

De repente, Penn supo adónde la llevaban, ni más ni menos, pero no tenía ni idea de cuánto podría perjudicarlos. Tenía la sensación de que todo terminaría reduciéndose a la credibilidad de la testigo, y eso era lo que lo preocupaba. Y también a sus colegas, a juzgar por la tensión en sus rostros.

—¿Y recuerda que él no entró directamente en casa? ¿Primero fue al jardín?

—Sí, el cabrón estaba…

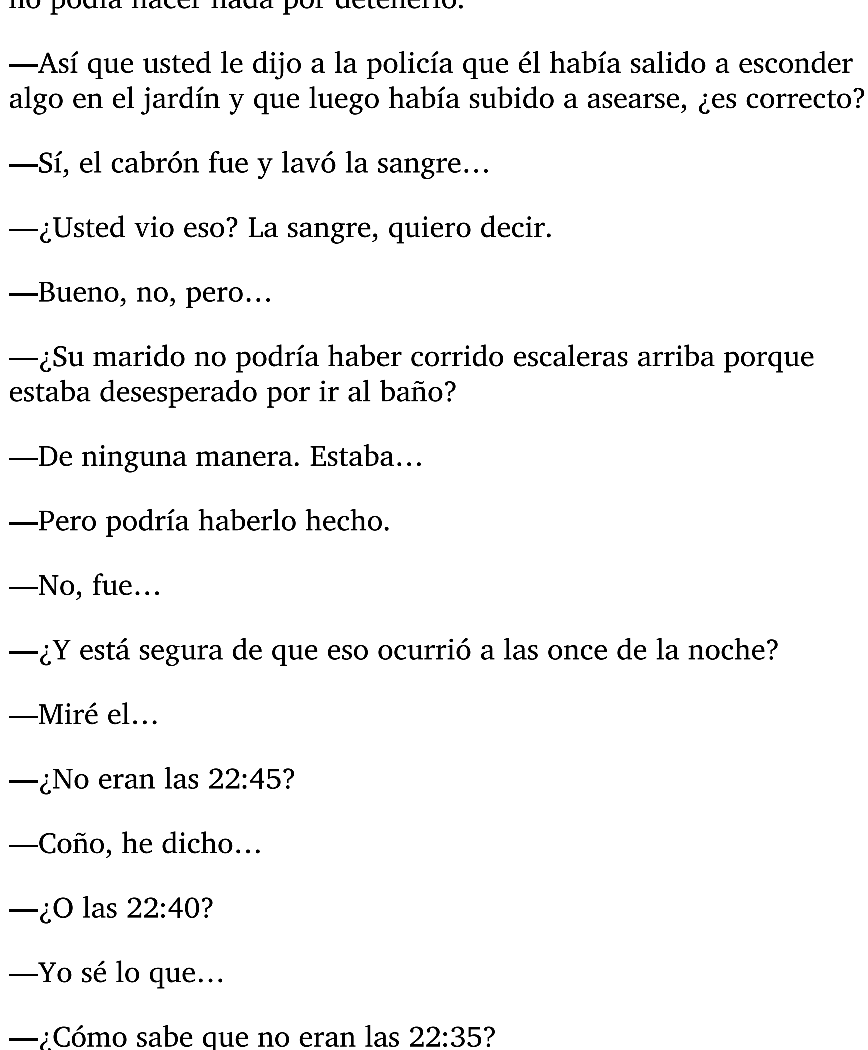
Mierda, el genio acababa de salir de la botella.

—La verdad es que usted no sabe lo que su marido hacía en el jardín, ¿no es así?

—Estaba escondiendo la puñetera…

—¿Usted vio a su marido esconder algo en el jardín, señora Nuryef? —preguntó, seco, el abogado.

Penn veía cómo el fiscal respiraba con alivio cada vez que el abogado interrumpía a la testigo. Les aliviaba que la hicieran callar porque no se daban cuenta de que el abogado lo hacía adrede. Se burlaba de ella, la cortaba, y eso irritaba a la mujer aún más. Abría la puerta el tiempo suficiente para que ella asomara la cabeza, pero luego se la cerraba en las narices. En cuanto él se estuviera listo y la mujer con la correa bien tensa, cuando ella estuviera muriéndose por hablar, él le abriría la puerta por completo. Penn lo veía, pero no podía hacer nada por detenerlo.



—Así que usted le dijo a la policía que él había salido a esconder algo en el jardín y que luego había subido a asearse, ¿es correcto?

—Sí, el cabrón fue y lavó la sangre…

—¿Usted vio eso? La sangre, quiero decir.

—Bueno, no, pero…

—¿Su marido no podría haber corrido escaleras arriba porque estaba desesperado por ir al baño?

—De ninguna manera. Estaba…

—Pero podría haberlo hecho.

—No, fue…

—¿Y está segura de que eso ocurrió a las once de la noche?

—Miré el…

—¿No eran las 22:45?

—Coño, he dicho…

—¿O las 22:40?

—Yo sé lo que…

—¿Cómo sabe que no eran las 22:35?

—Sé bien la puta…

—¿Y recuerda todo eso con claridad?

—Protesto, señoría —reclamó la acusación. En opinión de Penn, unos cuarenta segundos demasiado tarde.

Comprendía que el equipo le estaba dando a la mujer tiempo para serenarse y controlar su genio, para pensar antes de decir algo de lo que luego se arrepentiría.

El juez dirigió al abogado defensor una mirada de advertencia, que este reconoció bien.

—Ha lugar —dijo.

—Así que, ¿está segura de que recuerda con claridad todos esos sucesos de la noche en cuestión?

—Sí —gruñó ella.

—¿Y no tiene ninguna duda?

—No —soltó.

—Entonces, por favor, explíquele al tribunal por qué, en su declaración original, la más cercana a los hechos, afirmó que su marido estuvo en casa con usted toda la noche.

—Me confundí —dijo, y cambió de color.

La mayoría de los miembros del jurado tenían el ceño fruncido, pero se sentían cautivados.

—¿Se confundió con qué? ¿La fecha, la hora, el paradero de su marido…?, ¿con qué, señora Nuryef?

—Sí. No. Quiero decir…

—Cuatro días después del asesinato de Devlin Kapoor, declaró que su marido estaba con usted en ese momento, ¿no es así?

—Me equivoqué de fecha. No podía recordar…

—Ah, ¿no podía recordarla con precisión, pero le dio a su marido

una coartada para el asesinato?

—Supuse que él había estado en casa.

El color de la cara de la mujer ya se había extendido por el cuello y hasta el esternón.

—Ah, lo asumió. Entonces, ¿su memoria no es de fiar?

—No, es que ahora lo recuerdo todo bien.

—¿Recuerda los hechos con más claridad ahora, meses después del suceso, que a los cuatro días?

—Sí, los recuerdo —escupió. Su actitud defensiva y hostil borró la mancha roja de su piel.

—¿No tendrá, más bien, algún motivo oculto para cambiar su historia?

—¿Por qué…?

—¿No ha sucedido nada entre una y otra declaración? —Ella sacudió la cabeza, como si no confiara en sus propias palabras—. Por favor, responda a la pregunta.

—No ha sucedido nada.

—¿No ha habido discusiones?

—Nada.

—¿Ni peleas físicas?

—Ya se lo he dicho.

—Lo siento, señora Nuryef, pero doy por hecho que le falla la memoria una vez más o que, por alguna razón que solo usted sabe, está cometiendo perjurio en el estrado.

—Estoy diciendo la verdad. Él lo hizo. Sé que lo hizo.

—Doy por hecho, señora Nuryef, que, por alguna razón, le miente

descaradamente al tribunal.

—¡El puto mentiroso es él, no yo! —gritó, y señaló a su marido. Era la primera vez que miraba en su dirección—. Él es quien ha estado mintiendo durante todos estos años de mierda. —Tenía los ojos llenos de odio. De su lengua goteaba veneno mientras clavaba los ojos en su marido—. Te odio, joder. Ahora, púdrete en el infierno, sinvergüenza, mentiroso hijo de puta.

Penn dejó escapar el aliento que había estado conteniendo durante todo ese intercambio.

Era el fin. La sala estaba en silencio.

No necesitaba mirar al fiscal, a los defensores ni al jurado para calibrar cuánto los había perjudicado esa escena.

Había sido como una patada en los huevos.

Capítulo 24

El Halesowen College había comenzado su andadura en 1966 con un gran edificio. A principios de los ochenta se le añadieron cuatro bloques y, en los años siguientes, otros ocho para incorporar Ciencias de la Actividad Física y el Deporte, Comunicación, Música y Artes Escénicas, Ciencias y Tecnologías de Telecomunicación, Veterinaria. Además, la universidad tenía un centro de Ciencia y Tecnología en Coombswood, así como uno de Peluquería y Estética junto al islote de Shenstone.

—¿Tienes la sensación de que hemos hecho algo mal? —preguntó Bryant cuando otro miembro del personal pasó junto a ellos y les dirigió una mirada.

A Kim, sentarse frente al despacho de la directora no era algo que se le diera bien. Se alegró de que la universidad no hubiera empezado aún el curso de otoño y de que no hubiera, aparte de ellos, miles de estudiantes embobados.

Habían llegado con cinco minutos de antelación a su cita de las diez de la mañana. Los iba a recibir Felicity Astor, la directora. Pero la mujer, por lo visto, quería llevar la agenda al minuto exacto. Y no era como si ellos tuvieran que atrapar a un asesino.

Kim se levantó y empezó a deambular frente a la ventana que daba a administración. No todos los escritorios estaban ocupados, dado que el curso aún no había comenzado; sin embargo, ahí dentro, las cinco mujeres apenas intercambiaban palabras mientras miraban la pantalla y tecleaban afanosamente.

Todas menos una.

—Me pregunto con quién estará hablando que es más importante que nosotros —comentó Bryant. La recepcionista ya había llamado a la directora para avisarla de que los detectives habían llegado.

Kim se asomó de nuevo por la ventana e intentó no quedarse

mirando.

Un par de cabezas se alzaron para mirarla, pero la atención de la detective se había centrado en una sola mujer, la que estaba justo al fondo. Se distinguía de las demás por varias razones. En primer lugar, era veinte años mayor. En segundo, su blusa de volantes de color ciruela y su cara llena de maquillaje contrastaban en exceso con los vaqueros y camisetas del resto del personal. En tercer lugar, era la única que llevaba auriculares.

Era de la vieja escuela. La práctica de la transcripción de grabaciones estaba muriendo debido a los programas de reconocimiento de voz, en tanto que la taquigrafía era una habilidad casi extinguida.

Pero esa no era la razón principal por la que esa señora había llamado la atención de Kim. Y es que, a pesar de que no apartaba la vista la pantalla del ordenador y de que tenía los dedos sobre el teclado, su pie no había tocado ni una sola vez los pedales que controlaban la grabadora.

—Jefa, ¿qué…?

—Chitón, estoy en modo acosador.

—¿Delante de una ventana?

Ella se acercó al cristal y dio unos golpecitos. La mujer que estaba más cerca casi pegó un salto. Enseguida, dedicó a la detective una expresión seca.

Kim no le hizo caso y señaló el fondo de la sala.

Al final, la mujer mayor se volvió y vio que la detec tive le hacía un gesto para que se acercara. Se quitó los auriculares y se acercó al cristal. Kim le señaló la puerta.

—Jefa, ¿qué demonios estás haciendo? —preguntó Bryant.

La mujer sorteó los dos últimos escritorios y salió con una mirada interrogante. Kim le respondió mostrándole su placa. Se presentó a sí misma y a su colega.

—Ida Lincoln —dijo la secretaria, y cambió el peso de un pie al otro.

—Señora Lincoln, investigamos el asesinato de Belinda Evans. ¿La conocía bien?

Era la única persona de la oficina que parecía incapaz de concentrarse en su trabajo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Anoche nos llamaron para darnos la noticia. Aún no la he asimilado. Es cierto que Belinda ya no trabajaba aquí, pero saber que se ha ido, es decir, que de verdad se ha ido, es…

Su voz se fue debilitando. Se llevó la mano a la manga y sacó un pañuelo. Kim le dio unos segundos.

—¿Estaban muy unidas?

—No diría que éramos íntimas, pero sí que teníamos mucho en común —dijo, y miró hacia atrás—. Las dos empezábamos a sentirnos dos viejas chochas entre tanta juventud. —Kim no esperaba ese vocabulario en la boca de esa señora—. En la sala de profesores, había momentos en los que las conversaciones se nos iban de las manos. No me gustan las nuevas tecnologías, y a ella tampoco le gustaban. No entendíamos todo eso de las redes sociales, de lo que allí se dice. Si yo quisiera ver gatitos monos, me compraría uno. Hablábamos mucho de libros. No sé si usted lo sabe, pero era una mujer muy inteligente, no le habría gustado discutir con ella.

—¿Por qué? —preguntó Kim. Se preguntaba si Belinda era conocida por agresiva o por tener mal genio.

—Porque siempre tenía a mano un dato para justificar sus puntos de vista. Era brillante.

—¿Se reunían en el trabajo? —preguntó Kim. Ya había notado que en los dedos de Ida no había alianzas. Estas dos mujeres podrían haberse hecho buena compañía.

—Una vez quedamos por la noche a tomar un refresco; nada de alcohol, por supuesto, ya que Belinda no bebía. Habíamos empezado a charlar de un documental reciente sobre ritos funerarios africanos, pero tuvimos que dejarlo.

—¿Por qué?

—Durante el poco tiempo que estuvimos allí, la hermana debió de llamar una docena de veces. Belinda estaba muy molesta por la intrusión, pero no apagaba el teléfono. Al final, cuando me di cuenta de que con mi gato tendría una conversación más centrada, me marché. Bah, en realidad, no tengo gato, pero usted ya me entiende. Lo más extraño, sin embargo… —dijo, y miró hacia arriba y a la izquierda.

—¿Extraño? —A Kim le gustaba lo extraño. Lo extraño vivía en la misma casa que lo inusual, y cualquier cosa fuera de lo común podía convertirse en una pista.

—Juraría que vi a su hermana fuera, en el aparcamiento, pero eso no tiene sentido, ¿verdad?

—¿Y se lo dijo a Belinda?

—No, para nada. A la mañana siguiente, yo ya estaba segura de que me había equivocado.

En ese momento, Kim no estaba tan convencida.

—¿Y ese fue todo el alcance de la amistad?

Ida negó con la cabeza.

—Una semana más tarde, Belinda me preguntó si quería tomar un café al salir del trabajo, pero… Mire usted qué conveniente: su hermana se cayó justo antes de que terminaran nuestros turnos. O sea, no estoy segura, pero…

—Detectives, ya puedo atenderlos —dijo una voz desde atrás.

La puerta del despacho de la directora estaba abierta y Kim no la había oído abrirse.

—Sí, estaremos con usted en un minuto —dijo sin volverse—. Por favor, Ida, continúe. ¿Qué me iba a decir?

—No, no mucho, en realidad. Iba a decirle que me dio la impresión de que a su hermana no le gustaba que Belinda pasara tiempo con nadie.

Capítulo 25

Kim llamó, entró y cerró la puerta.

Le ofreció la mano una mujer regordeta con una sobria melena rubia. Bryant se adelantó, hizo las presentaciones y estrechó la mano de la directora.

Mientras la mujer volvía al otro lado del escritorio, Kim la observó. Tuvo la impresión de que los tacones de diez centímetros no le daban la altura que ella habría querido.

—La acompañamos en el sentimiento por la pérdida de su colega —dijo Bryant, y se sentó en una silla de cojines azules, en el lado del escritorio más cercano a la entrada.

Había un ordenador portátil sobre el escritorio, y Kim observó que, aunque espacioso y agradable, el despacho no era en absoluto ostentoso. Los muebles no combinaban entre sí. Parecían proceder de cualquier departamento al que se hubiera dedicado algo del presupuesto para reformas.

—Estamos muy conmocionados, como podrán imaginar. Belinda se fue de aquí hace unos meses, por más que le rogamos que se quedara.

—¿Le rogaron? —preguntó Bryant.

Kim estaba conforme con dejarlo llevar la voz cantante mientras se sobreponía a la irritación que le había provocado la espera. Por otra parte, Ida había llenado su tiempo de manera adecuada, aunque había revelado poco sobre Belinda, excepto que la víctima había intentado mantener una vida bien compartimentada. Estaba claro que Ida no sabía nada de los apetitos sexuales de su amiga. Si se hubieran hablado con franqueza, quizás ni siquiera lo hubiera creído. Era más interesante lo que acababan de averiguar sobre la hermana que no estaba muerta. Si se caían tan mal, ¿por qué enredarse una en la vida de la otra?

Felicity Astor tenía toda su atención puesta en Bryant.

—Por supuesto que le pedimos que se quedara —dijo—. Era una de nuestras profesoras más queridas. En sus clases solo había sitio de pie.

—¿Por alguna razón en particular? —preguntó Bryant.

—Psicología Infantil es siempre una asignatura deseable. La cualificación le da a uno ventajas en muchas profesiones: terapia, enseñanza, trabajo social; incluso en el propio cuerpo de Policía. Pero la clase de Belinda era especialmente popular. —Bryant no dijo nada y se limitó a asentir para invitarla a continuar.

»Ella no enseñaba la asignatura, la vivía. Tengo la costumbre de asistir una vez al año a las clases de todos mis profesores, y las suyas eran fascinantes. Su conocimiento de la psique del niño era enciclopédico, sobre todo en el ámbito del maltrato.

Kim se irguió en la silla.

—Continúe —dijo.

Felicity se giró hacia ella.

—Belinda era experta en las repercusiones a largo plazo de la crueldad mental precoz. —Miró al cielo y esbozó una triste sonrisa —. En una de sus clases, mencionó un estudio que me dejó cautivada. Habló de un niño de nueve años al que ella había conocido. El pobre niño había pasado la mayor parte de su vida encerrado en un pequeño trastero. Le daban de comer una vez al día y lo dejaban a oscuras. No tenía interac ciones ni amor. No estaba encadenado, la puerta no estaba cerrada. Estaba entrenado. Lo habían condicionado para no irse nunca. Era hijo de dos adictos.

—¿Drogas? —preguntó Bryant—. ¿Alcohol?

Felicity respondió ambas preguntas negando con la cabeza.

—Juegos de ordenador. Se pasaban todas las horas pegados a la Xbox, jugando entre ellos y con otras personas en línea. La mujer no se enteró de que estaba embarazada hasta que nació el niño. No

sabían qué hacer con él, así que lo pusieron en la habitación de invitados y vieron vídeos de YouTube sobre alimentación.

—¿De verdad? —preguntó Bryant. Kim, por su parte, recordaba haber leído algo parecido en el periódico.

—Sí, sí que es verdad. La pareja siguió haciendo su vida normal. Alimentaban al niño una vez al día y lo mantenían en pañales. Todo salió a la luz a raíz de que alguien murió en una vivienda similar y el Ayuntamiento insistió en inspeccionar la caldera del inmueble.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Bryant.

—Los vecinos se quedaron horrorizados, los padres fueron encarcelados, las autoridades depuraron responsabilidades y la custodia del pequeño pasó al Estado.

—¿Y?

—Y ahora ya saben por qué las clases de Belinda eran fascinantes, oficiales. Hacía que los alumnos se preocuparan. Contaba historias de niños reales, situaciones reales de gente que había conocido y con la que había interactuado.

—¿Y el niño? —insistió Bryant.

—Es poco probable que jamás salga de una institu ción estatal. Belinda nos explicó que el condicionamiento de esos nueve años había destruido su capacidad de amar, confiar y comunicarse. No soportaba que lo tocaran. El menor roce le provocaba reacciones histéricas. No había aprendido nada y, en consecuencia, estaba encerrado en un mundo que nadie más era capaz de entender.

—Qué horror —susurró Bryant.

Y Kim estaba de acuerdo, pero ella no era ajena a los daños que podían hacer los padres. Entonces se le ocurrió algo.

—Pero Belinda era maestra, una profesora universitaria, no médico, así que ¿cómo sabía de esos niños?

—Los estudiaba, inspectora. Para ella, cualquier oportunidad de

interactuar con un niño problemático o maltratado era un regalo. Nunca quiso dejar de aprender sobre los efectos duraderos de las experiencias de la primera infancia.

Allí había algo desagradable: la idea de que una mujer se reuniera con niños destrozados para estudiarlos, para analizarlos, tanto a ellos como sus sufrimientos, solo que sin la formación clínica ni los conocimientos necesarios para ayudarlos.

—Sospechamos que Belinda planeaba hacer un viaje. ¿Tiene idea de adónde? —preguntó Bryant.

Felicity se encogió de hombros.

—Que yo sepa, rara vez se tomaba vacaciones largas o de fin de semana, así que, si iba a algún sitio, sería para ampliar sus conocimientos.

—Vale, gracias —dijo Kim, y se puso en pie—. ¿Podría darnos la dirección de Charles Blunt?

—Por supuesto, pero ¿por qué?

—Creemos que fue el último amante conocido de Belinda.

—¿Está segura? —La directora no hizo ningún intento por ocultar su sorpresa.

—Eso pensamos —repitió Kim. Se daba cuenta de que Belinda había conseguido mantener su relación en secreto para todo el mundo. La amiga no sabía nada; la jefa, tampoco. Sin embargo, la hermana con la que se llevaba mal sí que lo sabía. La relación entre las dos se volvía cada vez más extraña.

—Creo que se equivoca, pero yo misma la llevaré con el señor Blunt.

Kim caminó detrás de la mujer, y se preguntó con qué se encontrarían.

Capítulo 26

—¿Qué coño ha sido eso? —siseó Lynne mientras salían de la sala.

El juez había pedido al jurado que abandonara la sala y estaba hablando en privado con los abogados.

Penn no tenía ni idea de lo que iba a ocurrir.

Doug sacó su teléfono.

—Vamos, Lynne, ya sabíamos que la defensa la iba a maltratar un poco —dijo—. La mujer ha dado un giro de ciento ochenta grados en su declaración y, aunque nos pareció que la segunda vez decía la verdad, se puede entender que el jurado…

—No es eso, bobo —dijo Lynne, exasperada—. Por supuesto, ya me lo esperaba, pero ¿a qué viene esa chorrada sobre engaños que se ha puesto a gritar? ¿Tiene algo que ver con su cambio de testimonio?

—No es importante —dijo Doug con una sonrisa—. El jurado no olvidará tan fácilmente la camiseta manchada de sangre. Esa declaración nos consiguió la orden y, gracias a ella, encontramos la camiseta en el cobertizo. La sangre de Dev Kapoor en la ropa es fehaciente, ¿no crees?

Tenía razón. El examen forense vinculaba al acusado con el crimen, pero Penn había visto a los jurados descartar pruebas forenses cuando consideraban que el testimonio de algún testigo era débil o inventado. Eran cosas que destruían su confianza en la policía, en el caso y en el proceso. Y era imprescindible tener un estómago fuerte y un caso muy sólido para condenar a alguien por asesinato. Los jurados se aferraban al «Más allá de toda duda razonable» para no alterar de manera irrevocable la vida de una persona. Y esto valía el doble para cualquiera que hubiera visto la serie de Netflix Fabricando un asesino.

Por desgracia, en los citatorios de los jurados, las casillas de

respuesta no incluían la opción «No creo que jamás sea capaz de condenar a nadie».

—Pero todo saldrá bien —dijo Lynne, y se retorció las manos—. Conseguiremos que lo condenen y podremos volver al trabajo.

Doug se encogió de hombros.

—No me importaría que me pagaran por sentarme todo el día en el tribunal. Dinero fácil.

—Por Dios, Doug —lo reprendió Lynne, pero con una sonrisa en la voz. Doug era como era.

—Señor, ¿tiene un…?

—Señor Kapoor, por supuesto —dijo Penn, y se alejó de sus compañeros.

—¿Van mal las cosas? —preguntó el hombre en voz baja.

Penn negó con la cabeza.

—No, todo está bien. El juez ha decidido que los abogados necesitan una reprimenda. La Fiscalía debería haber preparado mejor a la testigo y la Defensa ha sido culpable de pincharla, pero acabarán en un minuto y se reanudará el juicio. —Vio que Lynne se llevaba el móvil a la oreja—. Iré a buscarlo más tarde y podremos charlar mejor, ¿vale?

El señor Kapoor asintió y Penn volvió con sus excompañeros.

—¿Todo bien?

Lynne parecía preocupada. Respondió con un encogimiento de hombros.

—Ni idea, pero, el jefe para nosotros, Travis para ti, nos quiere de vuelta en comisaría. Ahora mismo. Y ha dicho que eso te incluye.

Capítulo 27

Stacey se recostó en el respaldo de la silla, lejos de los registros telefónicos de Belinda, que ahora parecían un arcoíris. Con rotuladores de distintos colores, había comprobado la mayoría de los números de teléfono, entre los que predominaba el amarillo del móvil de la hermana. Movió la cabeza de lado a lado. Ella nunca había hablado con una persona tantas veces en un día. Nunca. Ya no digamos todos los días.

El azul le servía para descartar llamadas inofensivas; sobre todo, llamadas entrantes de investigadores del índice de precios al consumidor y otras comerciales.

El rosa representaba llamadas de servicios: peluquería, manicura y una cita reciente con el podólogo, taxis y una conexión de doce minutos con su proveedor de Internet.

Solo quedaban tres números. Dos salientes y uno entrante.

Probó con el primero, un número de móvil en el que saltó el buzón de voz. Era un mensaje del todo ordinario que no identificaba a quien debía estar al otro lado. Hizo una pequeña marca de lápiz junto al número y pasó al siguiente, un teléfono fijo que sonó y sonó hasta cortarse. No había manera de dejar mensajes. Stacey también lo marcó con el lápiz para indicar que aún no lo había comprobado.

Luego marcó el último, un teléfono fijo de donde habían llamado a Belinda a primera hora del día en que la habían asesinado.

Stacey esperó pacientemente a que le contestaran la llamada y el saludo la dejó sorprendida.

Capítulo 28

En cuanto Felicity señaló a Charles Blunt, Kim comprendió al instante por qué la directora dudaba de la relación entre ese hombre y Belinda Evans.

Después de haber reprendido a Bryant por sus prejuicios, había caído en la misma trampa. Aquello no era lo que esperaba.

La directora cruzó el pabellón de deportes vacío hasta un hombre de unos cuarenta años y aspecto atlético. Su pelo, negro y corto, mostraba mechones plateados en las sienes. Agradable y abierto, su rostro destilaba salud y buena forma física. Blunt vestía unos pantalones caqui de chándal y una camiseta blanca lisa bajo la cual relucían unos vellos oscuros que recorrían su brazo hasta el reloj deportivo en la muñeca.

Felicity le tocó un brazo.

—Les presento a Charles Blunt. Él es quien dirige nuestro máster en Ciencias de la Actividad Física y el Deporte, entre muchas otras cosas —dijo. Él sonrió mientras la directora continuaba—: Estos policías quieren hablar con usted sobre Belinda.

Blunt asintió con la cabeza y miró a la directora, quien parecía haberse quedado esperando a que comenzara la conversación.

Estaba claro que a Felicity Astor le gustaba enterarse de todo lo que pasaba en la facultad.

—Gracias, señora Astor, podremos seguir a partir de aquí —le dijo Kim en tono agradable. Esperó a que la mujer se alejara.

Mientras la veían marcharse, captó la expresión divertida en el rostro del hombre.

—Una dama muy amable —observó ella.

Blunt se guardó sus comentarios.

—¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó.

Kim lo miró durante unos segundos.

—He estado pensando en rodeos sutiles, pero ¿qué coño? ¿Se acostaba usted con Belinda Evans?

Él sonrió ante su franqueza.

—No últimamente, aunque sí en el pasado —respondió, sin hacer el menor esfuerzo por ocultarlo.

—Siento mucho tener que preguntarle esto, pero…

Él la ayudó a romper la incomodidad.

—¿Quiere saber por qué?

Kim asintió.

—No quisiera ser maleducada, pero las diferencias grandes de edad ocurren más a menudo al revés, y no estoy insinuando que fuese nada malo…

—Por favor, pare, inspectora —dijo él con las manos levantadas—. Entiendo su punto de vista y no me ofende la pregunta.

—¿Era un secreto? —preguntó Kim. ¿Se avergonzaría ese hombre de aquella relación?

—Solo delante de ella. —Señaló con la cabeza la puerta por la que Felicity acababa de salir—. Le gusta meterse en los asuntos de todos. Pone las reglas y las cambia a su antojo. —Ladeó la cabeza —. Oficial, no me avergüenzo del tiempo que pasé con Belinda y, de verdad, lamento que haya fallecido —dijo, apenado.

Se dirigió hacia un rincón de la sala, donde había tres pilas de esterillas, y tomó asiento. Los detectives se sentaron enfrente.

—¿Cómo empezó todo? —preguntó Bryant—, si no le molesta la

pregunta

—¿A usted le molesta hacérmela? —dijo con un esbozo de sonrisa —. Fue en la fiesta de Navidad del año pasado. Estábamos ante el bufé, a la caza de alimentos sin gluten. Ella empezó a hablar y ya no pudo parar. Quedamos para tomar un café en la universidad, durante un descanso, y volvió a pasar lo mismo.

—¿Y qué lo atrajo?

—Su inteligencia, inspectora. No todas las relaciones comienzan con una atracción física. Para mí, nunca ha sido así. Siempre me ha gustado la compañía de mujeres mayores, pero hay que entender que Belinda no era como las demás. Era la mujer más inteligente que he conocido. Su brillantez era seductora y atractiva. Era confiada y segura, aunque, a veces, infantil.

»Y era una pianista excepcional. Podía tocar durante horas. No tocaba piezas difíciles, sino canciones fáciles y alegres, y terminaba aplaudiendo encantada.

—Suena un poco extraño —observó Bryant en voz baja. Se hacía eco de sus propios pensamientos.

Blunt negó con la cabeza.

—No para mí. Yo disfrutaba cada minuto que pasábamos juntos.

—¿Quién terminó la relación? —preguntó Kim. En esa voz había oído tanto cariño como pesar.

—Yo, pero no por lo que usted pueda pensar.

—Cuénteme —dijo Kim.

—No era una cuestión sexual. Me refiero a toda la relación. No para mí. El sexo formaba parte, pero yo disfrutaba de estar con Belinda. El sexo pasó a ser más importante para ella —dijo, y se ruborizó.

Kim apreciaba la total honestidad que ese hombre había exhibido hasta el momento, pero se daba cuenta de que la conversación se estaba volviendo cada vez más incómoda para él. Y aún no habían

llegado a las preguntas difíciles.

—Siento tener que preguntar esto, pero…

—No, no, lo entiendo. Belinda se volvió más exigente en el sexo. Quería probar cosas nuevas, juguetes, lugares peligrosos, juegos y prácticas más duras, que es algo que no me atrae. Dado que ella insistía, no tuve más remedio que cortar.

Kim se daba cuenta de que Belinda había tenido suerte con este tipo. A primera vista, era un hombre decente y cariñoso que se había sentido atraído hacia ella por las razones correctas.

Y, sin embargo, eso no había sido suficiente.

—Para ella —continuó Blunt—, era como una vía de escape. Más que hacer el amor, era una compulsión, y yo no sentía lo mismo.

—Pero ¿usted la amaba?

—Ya lo creo, oficial; sí, la quería.

Kim recordó las fotos que les había enseñado Keats.

—Y esto hace que me cueste horrores hacerle la siguiente pregunta —dijo.

—Visto lo que ya le he revelado sobre nuestra vida privada, estoy sorprendido, pero, por favor, pregunte lo que necesite.

—¿Belinda le contagió una enfermedad de transmisión sexual o usted a ella?

El estupor repentino en el rostro de Blunt le dio la respuesta.

—Definitivamente, no —respondió—. ¿Me está diciendo…?

Kim asintió.

—Me temo que sí, y, por lo que parece, estaba decidida a jugar a esos juegos con alguien.

Blunt negó con la cabeza y miró al suelo.

Ya habían pisoteado bastante su relación, pero a Kim le quedaban más preguntas.

—¿Conoció a su hermana? —le preguntó.

—La vi unas cuantas veces, pero tuve bastante.

Bryant se reacomodó en la colchoneta.

—¿Por qué? —preguntó.

—Era rara. Juntas, eran raras. Cerca de su hermana, Belinda se convertía en una persona diferente.

—¿Podría explicárnoslo? —le pidió Kim. Recordaba lo que Ida les había contado.

—Era como si no se soportaran. Discutían por todo, no estaban de acuerdo en nada, pero necesitaban estar en contacto a todas horas.

»Recuerdo que una vez discutieron por la receta de la tarta de queso de su madre. Belinda echó a su hermana de casa, literalmente. Dos minutos más tarde, ya se paseaba por la habitación, preocupada por su bienestar. Así que la llamó. Siguieron peleándose hasta que Veronica llegó a su propia casa. En cuanto Belinda supo que su hermana estaba bien, colgó. La dinámica entre las dos era tóxica, pero ellas la veían como algo muy normal.

—¿Alguna vez Veronica trató de interponerse en su relación? —le preguntó.

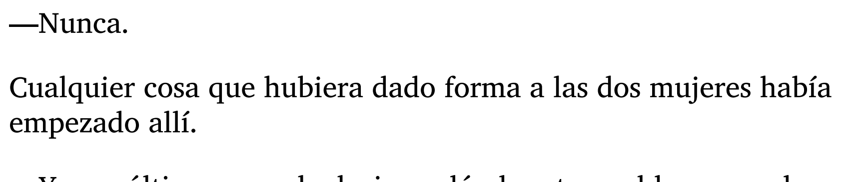
Blunt se lo pensó un momento.

—No adrede. No creo. Siempre sentía su presencia, debido a su nivel de contacto, pero nunca trató de interponerse entre nosotros, no de manera abierta.

¿Podría ser que, de algún modo, Veronica se hubiera sentido más amenazada por una relación platónica con una mujer como Ida que por una relación sexual con Charles?

—¿Alguna vez Belinda le habló de su infancia? —preguntó Bryant.

Charles negó con la cabeza.



—Nunca.

Cualquier cosa que hubiera dado forma a las dos mujeres había empezado allí.

—Y, por último, ¿puede decirme dónde estuvo el lunes por la noche? Es una pregunta rutinaria.

—Por supuesto. Estaba en The Cock Robin, en Romsley, en un concurso del pub con mi antiguo equipo de fútbol. Salimos de allí a las once menos cuarto. Con mucho gusto, le daré todos sus nombres.

Bryant sacó su libreta y Charles se desplazó por su teléfono y le dictó los nombres y los números.

Kim se puso en pie y le ofreció la mano.

Él se la estrechó.

—Gracias —dijo ella. El hombre tenía la palma fría y seca—. Nos pondremos en contacto en caso de que…

Dejó de hablar cuando oyó sonar su teléfono.

Se apartó para escuchar las novedades de la asistente de detective.

Colgó y regresó.

—Mil disculpas, señor Blunt, pero parece que aún no hemos terminado con usted.

Capítulo 29

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Penn mientras doblaban la esquina de Curzon Street. Incluso antes de llegar al coche, ya les habían cambiado las instrucciones en un mensaje de texto que había llegado al teléfono de Doug.

—Ni idea. El jefe solo… Dios mío, ¿de qué va todo esto?

Entre dos farolas, un cordón policial cerraba toda la calle. Había tres coches patrulla y una ambulancia y, más allá, al teléfono, el detective Travis. Era una calle residencial formada por viviendas unifamiliares adosadas, de precio medio, cinco kilómetros al norte de Kidderminster.

Sin decir una palabra, Lynne aparcó el coche y los tres salieron.

Doug se abrió paso a codazos entre la multitud; Lynne iba detrás, a gritos de «Discúlpeme». Por su parte, Penn se disculpaba con la cabeza a la gente que se apartaba de su camino.

Entendía que era una escena del crimen de West Mercia. Lo que no entendía era la razón por la que lo habían llamado. ¿Y qué coño podía ser más importante que un juicio por asesinato?

—¿Jefe? —dijeron los tres a la vez, y fue como revivir los viejos tiempos.

Travis colgó el teléfono, no parecía muy contento.

—El juicio se ha suspendido por ahora —dijo, y les mostró el móvil, como confirmando que eso era lo que le acababan de decir.

—¿Jefe? —repitió Lynne.

Travis repasó un rostro confundido tras otro.

—Seguidme.

Caminaron por un largo callejón que separaba dos casas unifamiliares.

Al final había un talud empinado y un sendero pisoteado entre la maleza crecida.

Treparon por la orilla en fila india y formaron un corro en cuanto llegaron a la cima.

Lo primero que vio Penn fue un brazo, cortado justo por debajo del codo, a unos seis metros de la vía del tren. El muñón era como un mantillo de color carne, rojo intenso por la sangre seca. La carne suelta parecía querer arrastrarse. Del músculo reventado colgaban tendones.

Más allá, rodeado de trajes blancos, divisó un amasijo arrugado y ensangrentado. Había otras personas en monos blancos apiñadas más adelante, señal de que esa pobre alma había sido repartida en pedazos a lo largo de un tramo de unos veinte a veinticinco metros.

—Mierda —exclamó Doug.

—En efecto, Doug. Son siete los trozos que se esparcen a lo largo de las vías.

Por horrible que fuera la escena, Penn seguía sin entender qué hacían allí. Si el juicio de Gregor Nuryef se había suspendido, era hora de que volviera con su propio equipo.

—Mira más de cerca —le dijo Travis.

Penn se giró a mirar el brazo solitario. La camisa, el traje.

Lo dominó una oleada de náuseas.

—Ay, joder, ¿es…?

—Sí, Penn. Son trozos del señor Dexter McCann, testigo de la Defensa en nuestro juicio por asesinato. —Travis se volvió hacia ellos. La rabia enrojecía sus facciones—. Así que, decidme, chicos, ¿en qué coño la habéis cagado?

Capítulo 30

Charles Blunt los llevó de vuelta a las oficinas generales. Ida levantó la vista y Kim le sonrió.

—Lou podrá contarles mucho más que yo —dijo él, y se cruzó de brazos.

Kim notó que, al oír la voz de Charles, todas las empleadas habían levantado la vista. También se dio cuenta, muy pronto, de que no tenían posibilidades; excepto Ida. Entre las demás mujeres, no había ninguna mayor de treinta y cinco años.

—¿Puedo preguntar qué pasa? —habló Felicity Astor desde una puerta, al otro lado de la oficina.

Charles retrocedió un paso.

—Si no hay nada más en lo que pueda ayudarlos, volveré al trabajo —dijo.

Kim le dio las gracias. Mientras tanto, Bryant se acercó a la directora de la universidad, quien, a pesar de la sonrisa cortés, no parecía entusiasmada de que siguieran allí.

—El día que Belinda murió, alguien la llamó por teléfono desde aquí. Necesitamos saber quién hizo la llamada —explicó Kim.

Felicity miró hacia la otra puerta.

—Teniendo en cuenta lo que me ha contado, diría que es obvio.

—No lo creo —dijo Kim. Charles ya les había confirmado que no había tenido contacto con Belinda desde hacía más de un mes. Dada la forma sincera en que había respondido a todo lo demás, los detectives no tenían motivos para dudar de él. Comprobarían su coar tada junto con el paradero de todos los demás—. Pero tómese la libertad de darnos los datos que demuestren que nos

equivocamos.

El número principal de la universidad era el único asentado en los registros telefónicos de Belinda. Kim suponía que habría cientos de extensiones con acceso a una línea exterior.

—Todas las llamadas entrantes y salientes se enrutan a través de la centralita informatizada —dijo Felicity. Dio golpecitos en la pantalla de un escritorio desocupado—. Cualquier llamada desde estas instalaciones queda registrada con el número principal, pero hay casi trescientas extensiones.

—Por favor, dígame que graba todas las llamadas —dijo Kim, esperanzada.

La directora negó con la cabeza.

—Sería demasiado invasivo, oficial. Grabamos solo las de las extensiones de ventas y las líneas de ayuda.

—En resumen, ¿hay alguna manera de averiguar quién hizo la llamada?

—No he dicho que no vigilemos en absoluto, inspectora. Nos gusta saber que nuestro personal no se pasa el día al teléfono.

—¿Y?

—En una base de datos se registra toda la información de cada llamada telefónica que sale de las instalaciones: la hora a la que se hace, la duración, etcétera.

—¿Y en la base de datos se pueden hacer búsquedas? —preguntó Kim, esperanzada.

—Como podrá notar, Louise está esperando el número ahora mismo.

—Es el de Belinda…

—No guardamos los detalles del personal: protección de datos.

Bryant sacó su libreta y leyó el número.

Louise lo tecleó y esperó unos segundos mientras se cargaba la pantalla.

—Aquí está —dijo—. Llamaron a ese número desde la universidad el lunes por la mañana, a las diez menos cinco.

—Esa es —dijo Kim.

—La llamada duró dos minutos y treinta y tres segundos, y se hizo desde la extensión 27, que es… Ay.

Louise cogió el teléfono y pulsó el dos y el siete. Esperó unos segundos y negó con la cabeza.

—Es una línea activa, pero…

—Pero ¿qué, Louise? —preguntó Felicity, con el ceño fruncido. A esa mujer no le gustaban las sorpresas.

—No existe. En la lista no hay ninguna extensión 27.

—No digas chorradas —dijo la directora, y se situó al otro lado del escritorio—. Tiene que haberla.

Louise se encogió de hombros. Parecía tensa.

—No está en la lista —dijo.

Felicity miró por encima del hombro de Louise.

—Así que la extensión 26 es la oficina de Biología, y la 28, el laboratorio de Física.

—Pero se cambiaron todos los números y se guardaron cuando…

—Disculpen —dijo Kim para recordarles que estaba allí.

—Síganme. El bloque de Ciencias es una de las partes más antiguas del complejo —explicó Felicity mientras se dirigía hacia la puerta por la que había salido. Tanto ella como Bryant la siguieron—. De ahí que los números de extensión sean bajos. Ahora mismo estamos

trasladando el laboratorio al nuevo edificio, pero solo está completado una parte.

Kim siguió a la mujer, cuyos tacones no reducían en absoluto su velocidad. Recorrieron pasillo tras pasillo, bajaron escaleras, subieron escaleras y cruzaron de un bloque a otro.

—Mantenemos los mismos números de extensión para evitar confusiones, pero la 27 parece haberse colado.

Al mismo tiempo en que Felicity abría de un empujón unas pesadas puertas dobles, el teléfono de Kim indicó la recepción de un mensaje de texto. Hizo un alto para leerlo rápidamente.

Al ver el texto y el remitente, frunció el ceño.

Que un críptico mensaje del inspector Tom Travis añadiera algo positivo a su día era muy poco probable. ¿Qué demonios querría?

Guardó el teléfono y se reunió con los otros dos en el pasillo.

Felicity señalaba algo.

—Esa es la antigua oficina de Biología. Justo al lado está el laboratorio de Física. No hay ningún teléfono entre los dos.

Kim miró una puerta, en el lado opuesto del pasillo.

—¿Qué hay…?

—Eso es solo un armario de limpieza —dijo Felicity.

Kim lo abrió y se dio cuenta de que la directora tenía razón. Observó la fregona industrial, los cubos, los cepillos, las estanterías, y el teléfono de la pared.

—Ay, Dios… No tenía…

Kim se volvió hacia Bryant.

—Es poco probable que encontremos algo, pero llama a Mitch para que venga y compruebe si hay huellas.

Bryant asintió y se alejó.

—Necesitamos que esta puerta permanezca cerrada, señora Astor. Que nadie entre en estas habitaciones hasta que hayan venido los agentes de criminalística.

Kim no podía saber cuántas veces se había utilizado ese teléfono desde entonces; ni siquiera si la llamada tendría alguna relación con el asesinato de Belinda, pero era la pista más sólida que tenían hasta el momento.

—¿Quién tiene acceso a esta zona del edificio? —preguntó. La lista de personas no podía ser interminable. Les daría algún punto de partida.

—Estudiantes, profesores, personal de mantenimiento, conserjes. Casi todo el mundo.

—Necesitaremos una lista.

—Estamos hablando de miles de personas —dijo Felicity.

—Sin duda, pero, si todos los que tienen acceso están en la lista, nuestro asesino aparecerá en alguna parte. No es que tengamos que buscar por todo el planeta.

Felicity palideció.

—¿Dijo que la llamada se hizo el lunes por la mañana? —Kim asintió con la repentina sensación de que eso no era nada bueno—. Lo siento, inspectora, pero puede que, después de todo, si que tenga que buscar por todo el planeta.

—No sé a qué…

—El lunes fue nuestra jornada de puertas abiertas. Vinieron, literalmente, miles de personas.

Kim cerró los ojos, frustrada.

Porque podría haber sido cualquiera.

Capítulo 31

Bryant cogió las bebidas de la bandeja.

—¿Y no ha dicho qué quería? —preguntó.

Ella negó con la cabeza. El mensaje de texto decía:

Urge que nos reunamos.

Dime dónde.

Ella le había respondido «Barnett Hill», el nombre de una tienda de jardinería, centro comercial y cafetería de Wyevale que no estaba lejos del límite entre las dos comisarías. Pero, en realidad, estaba mucho más en la zona de Kim que en la de Travis.

Estaba claro que él quería algo, y podía recorrer unos cuantos kilómetros para conseguirlo.

—Ha dicho que nos invita a almorzar —comentó ella con una sonrisa.

—No sueles almorzar.

—Que Travis se meta la mano en el bolsillo es todo un acontecimiento.

Bryant rio. Luego se puso serio.

—Cuesta recordar que, hace un par de años, no podíais estar en el mismo condado sin pelearos. Ahora te invita a almorzar.

Sí, tenían su historia. Los cinco años que habían trabajado juntos no habían evitado que, un día, ella desafiara a Travis en privado por la brusquedad con la que este había tratado a un sospechoso. Y él le había respondido con un puñetazo en la boca. Kim había decidido no denunciarlo. Y, hacía dieciocho meses, cuando se habían visto obligados a trabajar juntos en un caso de delitos de odio, ella había

descubierto la verdadera razón por la que Travis había sido trasladado a West Mercia.

—Lo de la universidad ha sido un poco desastroso —dijo Bryant—. De verdad, pensaba que teníamos algo, pero, con tanta gente entrando y saliendo, vamos a estar desbordados.

Kim asintió con la cabeza.

—Habrá que tener mucha suerte para que Mitch saque algo útil del teléfono, pero Felicity nos va a enviar unas grabaciones del circuito cerrado de televisión. Nunca se sabe. Quizá tengamos suerte.

—Salvo que no tenemos ni idea de a quién o qué estamos buscando, así que nuestro asesino podría haberse acercado a la cámara y saludado con el pulgar hacia arriba, y seguiríamos sin saber que es él. Ya sabemos que el circuito cerrado alrededor del edificio de Ciencias está desconectado.

—Sí, pero ¿cómo se ha enterado de todo eso nuestro asesino?, ¿eh?

—Buena pregunta —dijo Bryant. En ese momento, un coche patrulla se detuvo frente a la entrada principal. Travis atravesó las puertas dobles.

—Aquí está, y parece que tiene prisa —observó Kim. Ella levantó la mano, sorprendida de verlo con un chaleco reflectante.

La expresión tensa del inspector detective, mientras se movía entre las mesas en dirección a ellos, le reveló que no iba para tomar prestada una taza de azúcar ni a pedirle un poco de información.

Cuando Travis tomó asiento junto a Bryant, su chaqueta crujió.

—¿Qué quieres de beber? —le preguntó ella.

—Nada para mí, gracias… Tengo que hacer esto rápido y conseguir…

—Oye, me has prometido un almuerzo —dijo Kim en un intento por aligerar la tensión del rostro de Travis.

—Te dejaré el dinero, pero tengo una reunión con el comisario a las dos.

—Joder, Tom, ¿qué ocurre?

En todos los años desde que lo había conocido, tanto en los que le había caído bien como en los que lo había despreciado, nunca lo había visto con semejante aspecto.

Tom Travis hacía muchas cosas bien: dirigía un equipo, resolvía crímenes, hacía lo que se esperaba de él y besaba culos, pero sin estresarse. Así que, ahora, Kim estaba intrigada.

—Se trata del caso que hemos tenido esta semana en la corte, el del robo a mano armada.

—¿Qué pasa? —preguntó ella con frialdad. Eso ya no era un asunto de Tom Travis. Involucraba a Penn, uno de los suyos.

—Se ha convertido en un montón de mierda. Lo que Penn te haya contado…

—No mucho —dijo Kim con sinceridad.

Él dudó, tomó aire.

—Para serte franco, el caso se desmorona. Nuestra única testigo la ha cagado en la comparecencia. La mujer del acusado no ha ayudado en nada con su testimonio. Incluso ha dado la impresión de que cambiaba su testimonio solo para joderlo por haberla engañado.

—¿Cambió su declaración?

Travis asintió.

—Se retractó de la coartada.

Kim no podía creerlo.

—¿Dijo que él había estado en casa y luego dijo que no había estado en casa?

Bryant silbó por lo bajo.

—Madre mía. ¿Y ella ha sugerido en el estrado que lo hizo por celos?

—No con esas palabras, pero la idea ahí ha quedado.

—¿Y es así? ¿Cambió su declaración por celos?

—Espero que no, o estaremos más jodidos de lo que pensaba.

—¿Hay más?

—Ahhh, sí, mucho más. El testigo de la Defensa, un vecino del acusado, que juró haber visto y oído a nuestro hombre en su casa la noche del asesinato, desapareció ayer a mediodía.

—Sí, Penn dijo algo al respecto —recordó ella.

—Y esta mañana ha aparecido muerto en las vías del tren.

—¿Suicidio?

Travis negó con la cabeza.

—No, a menos que se las haya arreglado para atarse ambas muñecas con alambre de jardín.

—Mierda, Travis —dijo Kim, y se apoyó en el respaldo—. Supongo que necesitas ayuda para huir del país.

Él sonrió brevemente.

—No tanto.

—¿Una nueva identidad? —preguntó Bryant.

—Gracias, chicos, agradezco vuestro voto de confianza.

Kim se quedó esperando. Sabía que lo que se avecinaba no le iba a gustar.

—Han suspendido el juicio y tenemos que volver al principio, que

volver a poner cada cosa en su lugar. Debemos asegurarnos de que tenemos al verdadero culpable.

—¿Y lo conseguirás? —preguntó ella.

—No estoy tan seguro como ayer —se sinceró.

—Joder, Tom.

Habían tenido sus diferencias y problemas en el pasado, pero, al margen de cualquier desavenencia en lo laboral, Travis era tan justo como el que más, y no querría que un hombre inocente fuera a dar a la cárcel.

—Necesito a Penn. Al menos durante un par de días, hasta que aclaremos esto.

—No jodas, Tom, ahora mismo tenemos nuestro propio cadáver.

—Lo sé, estoy enterado, y lo siento, pero puedes pedir ayuda. Penn fue el oficial encargado de la investigación. Nadie podría desmenuzarlo todo como él. Te juro que, si no estuviera desesperado, no te lo pediría, pero ya sabes lo que podría ocurrir.

Sí, sí que lo sabía: a las dos en punto, el comisario le haría una advertencia: si ese caso se iba al traste, lo de menos sería qué agente la había cagado; en última instancia, Travis estaba al mando del equipo y pagaría el precio más alto.

Ambos sabían que las circunstancias personales del detective no lo resistirían.

Mientras estaban trabajando en el caso de los crímenes de odio, ella descubrió la razón de por qué Travis había reaccionado de un modo tan drástico, tan fuera de lo normal: a su esposa le acababan de diagnosticar demencia precoz. Eso lo había destrozado. La mujer apenas pasaba de los cuarenta años. A él le quedaban pocos para jubilarse. No podía permitirse dejar el cuerpo si no era en condiciones económicamente seguras.

—Unos días, Tom, nada más. Si para el fin de semana no lo has solucionado, tendrás que aprender a ver en la oscuridad, ¿vale?

Cruzaron miradas. Ella descubrió gratitud en los ojos de su excompañero.

—Gracias —dijo él, y se llevó la mano al bolsillo.

—Quédatelo —insistió Kim acerca del pago del almuerzo—. De repente, se me ha quitado el hambre. —Su teléfono empezó a sonar.

Capítulo 32

Kim entró en la urbanización Timbertree y subió el coche al bordillo frente a una hilera de pequeños chalés.

Mientras ella y Bryant estaban con Travis en el centro de jardinería, Keats los había interrumpido para decirles dónde, pero no por qué.

Frente a los pocos comercios de la urbanización, el aparcamiento estaba lleno de coches patrulla, estaban desviando el tráfico y ya se había establecido un perímetro al otro lado de la carretera.

Sobre las tiendas, la mayoría de las ventanas estaban abiertas de par en par y sus ocupantes gritaban a la gente que se arremolinaba fuera del cordón. Todo el mundo quería saber lo que pasaba, igual que la propia Kim.

—¡Eh, espero que quiten pronto esa barricada, tengo que ir a trabajar! —gritó una mujer desde una de las ventanas.

«Si quiere que eso ocurra en las próximas horas, es muy poco probable», pensó Kim.

Keats solo le había dicho que acudieran urgentemente al bar Timbertree. Lo que ella no sabía era que ese pub había desaparecido y que ahora quedaba solo un vallado de tablas alrededor del solar.

—Otro buen abrevadero desaparecido —observó Bryant. Solía ir a beber aquí cuando tenía veinte años.

—¿Has venido hace poco? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—Pues deja de llorar —le espetó.

Eso le recordó los clamores de la opinión pública el día que la fábrica de automóviles Rover había suprimido miles de puestos de

trabajo, todo por culpa de la gente que conducía coches extranjeros. Las empresas exitosas rara vez quebraban.

Kim se acercó a una entrada que habían improvisado entre unos tablones blancos, que, con sus dos metros de altura, habían sido diseñados para mantener lejos a los vándalos. Se detuvo a mirar alrededor.

—Que los uniformados busquen cámaras de vigilancia, a alguien que estuviera asomado a la ventana o a cualquier persona que pudiera haber estado esperando en esa parada de autobús, justo ahí.

—Ojalá Penn estuviera con nosotros ahora mismo —dijo Bryant antes de ir a hablar con un sargento de policía que encontró en el límite de la valla.

Sí, eso era, exactamente, lo que le habían pedido.

Keats estaba en medio de un grupo de técnicos vestidos de blanco.

—Cuánto tiempo sin vernos —lo saludó Kim.

—Y no te he echado de menos ni un poquito, inspectora —contestó este sin girarse—. Y gracias por venir tan rápido. Supongo que has conducido tú. —Miró a su alrededor—. ¿Lo has matado por el camino?

—Sobrevivirá —dijo ella.

Keats se hizo a un lado.

—Ya hemos completado el examen preliminar, pero hemos decidido no moverlo hasta que llegaras.

Kim rodeó un periódico enrollado, marcado con un número de prueba.

Se acercó a la víctima, un varón. Yacía boca abajo en el suelo, con la cabeza girada, de modo que su mejilla derecha estaba apoyada contra la grava. Bajo su cuerpo se había formado un charco de sangre. Kim pudo ver un desgarrón en la ligera chaqueta deportiva del hombre. La víctima había sido apuñalada por la espalda.

—¿Una sola herida? —preguntó Kim mientras rodeaba el cuerpo.

Keats negó con la cabeza.

—Estoy pensando en dos: la primera por detrás, para someterlo, y la otra por delante.

Se notaba que el hombre era de la localidad, que venía de cerca. Un viaje rutinario al quiosco, para recoger el periódico, había concluido con su muerte. Eran unas circunstancias tan ordinarias que provocaban tristeza. El hombre había salido a buscar un maldito periódico. ¿Qué demonios había hecho para merecer aquello?

Kim se puso a los pies del cuerpo para estudiar la postura.

La pierna izquierda estaba estirada, en tanto que la derecha había quedado doblada de tal modo que el pie tocaba la rodilla izquierda. Los brazos caían a los lados. El hombre no los había extendido para amortiguar la caída. No había ninguna postura de pie que llevara a una caída como esa.

—¿Es una puesta en escena? —preguntó.

Keats asintió y se puso a su lado.

—Mira el borde del charco de sangre. Está seco y embadurnado, como si hubieran trasladado el cuerpo mientras se desangraba por delante.

Kim dio otra vuelta. El fotógrafo tomaba las últimas instantáneas.

Se detuvo junto a la cabeza, miró hacia abajo y frunció el ceño.

—Keats, ¿esto es tiza? —Había unas tenues marcas blancas alrededor del cadáver.

En una primera impresión, había pensado que esas líneas blancas y descoloridas provenían del asfalto de la zona de aparcamiento, delante del pub.

—No estoy seguro. Sabremos más cuando lo hayamos trasladado.

Ella asintió. Ya había visto suficiente.

Los técnicos forenses se acercaron para poner el cuerpo boca arriba.

La camisa blanca de cuello abierto estaba manchada de sangre, lo que daba la razón a Keats con respecto a la segunda puñalada.

Kim vio que se trataba de un hombre de complexión delgada, más o menos de su misma estatura. Vestía pantalones marrones y zapatillas Skechers azules.

Remangada, la chaqueta informal dejaba al descubierto un reloj deportivo estándar de caballero. El bulto de la billetera, en el bolsillo delantero del pantalón, descartaba la posibilidad de que hubiera sido un robo frustrado.

—¿Has comprobado si…?

—Sí, la equis se la grabaron post mortem en la piel de la nuca.

—¿Se veía mucho? —preguntó.

Keats sacudió la cabeza y levantó su bolígrafo.

—No, he tenido que apartar la ropa para encontrarla.

—Qué lástima que no tengas aquí tu regla.

Así que la marca de la equis estaba en el mismo lugar que la de Belinda Evans y tampoco era llamativa.

Bryant apareció a un lado de Kim.

—Es como si el mensaje fuera para ellos y no para nosotros —observó.

—Concuerdo —dijo ella mientras los dos observaban la zona en torno al cadáver, incluido el suelo que había quedado al descubierto después de que se lo llevaran.

Si bien ambos se dieron cuenta de lo que tenían delante, fue Bryant quien rompió el silencio.

—Jefa, ¿esas marcas de tiza son lo que creo que son?

—Sí, Bryant, creo que sí.

El cuerpo no había caído sobre las líneas blancas del aparcamiento del pub.

Estaba tumbado encima de un juego de rayuela.

Capítulo 33

Penn depositó la última de las cajas de pruebas sobre la mesa de madera y cerró la puerta.

Lynne había llevado café recién hecho. Doug parecía molesto porque su tranquilo día en el juzgado se había visto interrumpido.

Travis había conseguido para ellos una pequeña sala en la comisaría. Había una mesa redonda y pizarras, pero no ventana. El inspector detective los quería lo más lejos posible de la investigación en curso sobre el asesinato de Dexter McCann, el testigo de la defensa. No quería que los casos se tergiversaran: su intención era que el nuevo asesinato fuera visto con objetividad por agentes que no estaban implicados de modo directo.

Penn había tratado de explicarle que ambos estaban intrincados.

Pero Travis, con determinación, había negado con la cabeza.

—Quienquiera que matase a Dexter McCann anoche no tiene nada que ver con que tuviéramos al hombre indicado el año anterior. Debemos mantener los casos separados. —Eso les había explicado y, en consecuencia, el grupo de Penn había sido desterrado a un despacho en Siberia.

Lo bueno era que estaban a un paso de la cafetería.

—Vale, chicos —abrió la primera caja, la que contenía las declaraciones—, tenemos que revisar esto desde el principio, tal y como ha ordenado el jefe. —El detective Travis, después de informar a Penn de que su jefa había aceptado la comisión de servicio temporal, le había dejado claro que él debía dirigir la revisión. Una parte del sargento esperaba que Kim se hubiera resistido aunque solo fuera un poco—. Bien, lo primero que quiero es una cronología.

Sacó su pañuelo del bolsillo del traje. A esas horas de la tarde, la

gomina con que se había alisado el pelo ya estaba perdiendo la batalla.

—Nuestro hombre ha vuelto —dijo Doug mientras hojeaba las declaraciones.

Lynne sonrió y apartó la mirada.

Penn cogió el rotulador negro.

—Bien, el incidente fue el veintiséis de octubre. —Anotó la fecha en la pizarra.

—Ricky Drake identificó a nuestro hombre el veintinueve de octubre —añadió Doug.

—Nuryef fue interrogado el día treinta. El mismo día en que, según su esposa, estuvo en casa toda la noche.

Penn seguía escribiendo la cronología mientras sus colegas enunciaban los hechos.

—La señora Nuryef vino a retractarse de su declaración el treinta y uno —añadió Doug.

—El día uno conseguimos una orden de registro y apareció una camiseta manchada de sangre en el cobertizo —aportó Lynne.

—El tres de noviembre tuvimos los resultados del ADN, y lo acusamos el cuatro.

Penn se apartó y observó el tablero.

26/10: Incidente.

29/10: Ricky Drake identificado.

30/10: Nuryef interrogado.

31/10: La señora Nuryef se retracta.

1/11: Camiseta encontrada.

2/11: Resultados del ADN.

4/11: Nuryef acusado de asesinato.

—Diez días —musitó Penn, dándose golpecitos con el rotulador en el labio—. Tuvimos todo listo en diez días.

—Diez putos días larguísimo —observó Doug.

—Sí, doce horas de cada puñetero día —asintió Lynne.

—De libro de texto —dijo Doug.

Penn estaba de acuerdo. Esa era la forma en que los casos debían ocurrir, ni más ni menos. Conseguir una pista de un testigo ocular, seguirla, interrogar a la gente y encontrar pruebas forenses para respaldar la sospecha. Tal como debían marchar las investigaciones. Solo que rara vez marchaban así.

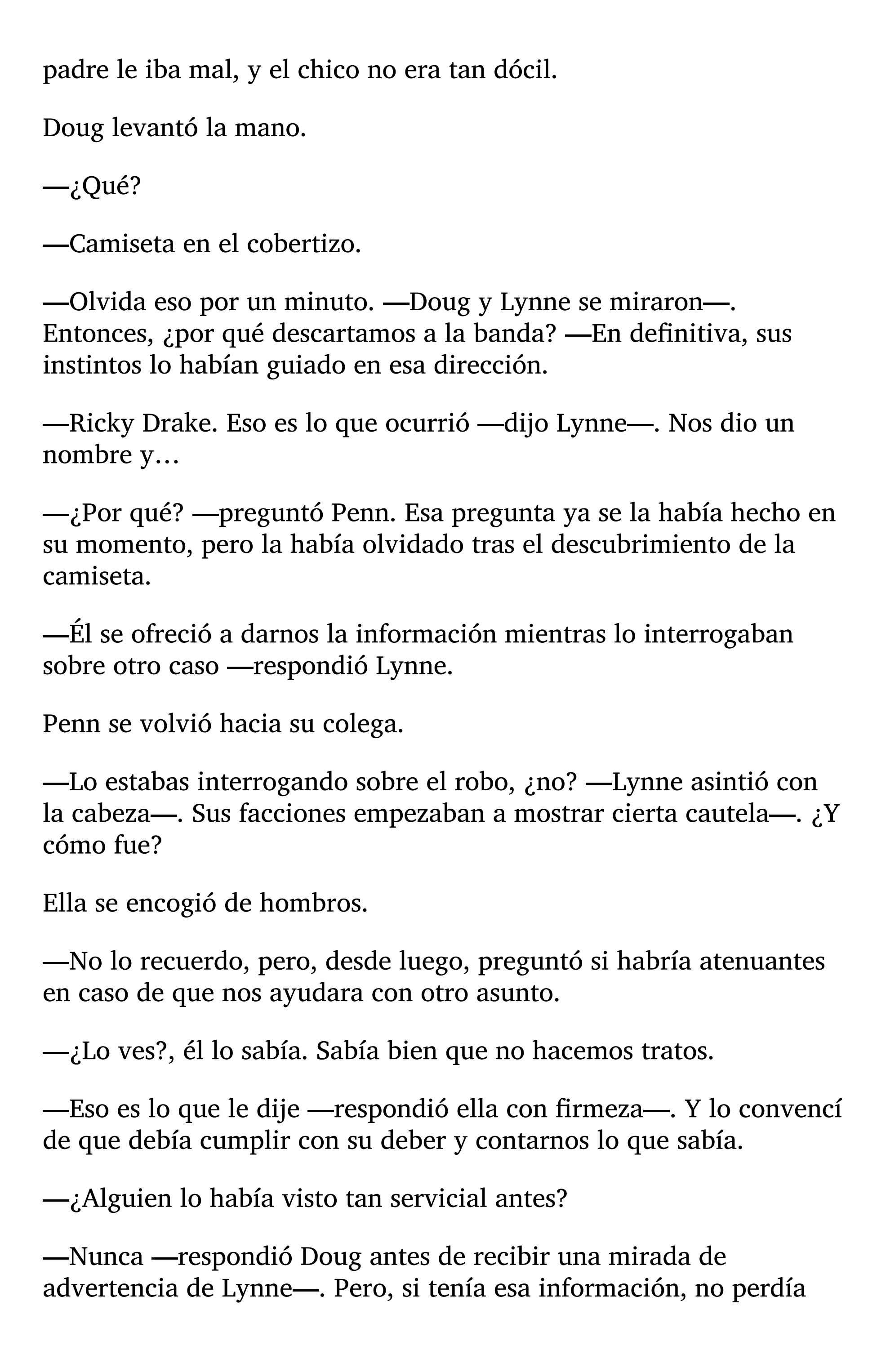
—Cuando empezamos a estudiar el caso, todos estuvimos de acuerdo en que parecía relacionado con bandas, ¿no? —Lynee y Doug asintieron—. El lugar, una calle tranquila, sin cámaras, la hora de la noche.

Todo apuntaba hacia…

—Excepto el asesinato —interrumpió Lynne—. La banda de Reed no suele matar gente. Entran corriendo, asustan a la cajera con un cuchillo grande, cogen el dinero y se van.

Penn sabía que ese era el modus operandi normal.

—Pero, a veces, las cosas se tuercen. Tal vez Devlin Kapoor no estuvo tan dispuesto a entregar el dinero. Quizá no se asustaba tan fácilmente. Era joven, estaba en forma y gozaba de buena salud. También es posible que estuviera cabreado porque al negocio de su


padre le iba mal, y el chico no era tan dócil.

Doug levantó la mano.

—¿Qué?

—Camiseta en el cobertizo.

—Olvida eso por un minuto. —Doug y Lynne se miraron—. Entonces, ¿por qué descartamos a la banda? —En definitiva, sus instintos lo habían guiado en esa dirección.

—Ricky Drake. Eso es lo que ocurrió —dijo Lynne—. Nos dio un nombre y…

—¿Por qué? —preguntó Penn. Esa pregunta ya se la había hecho en su momento, pero la había olvidado tras el descubrimiento de la camiseta.

—Él se ofreció a darnos la información mientras lo interrogaban sobre otro caso —respondió Lynne.

Penn se volvió hacia su colega.

—Lo estabas interrogando sobre el robo, ¿no? —Lynne asintió con la cabeza—. Sus facciones empezaban a mostrar cierta cautela—. ¿Y cómo fue?

Ella se encogió de hombros.

—No lo recuerdo, pero, desde luego, preguntó si habría atenuantes en caso de que nos ayudara con otro asunto.

—¿Lo ves?, él lo sabía. Sabía bien que no hacemos tratos.

—Eso es lo que le dije —respondió ella con firmeza—. Y lo convencí de que debía cumplir con su deber y contarnos lo que sabía.

—¿Alguien lo había visto tan servicial antes?

—Nunca —respondió Doug antes de recibir una mirada de advertencia de Lynne—. Pero, si tenía esa información, no perdía

nada al tratar de usarla como palanca —dijo en respaldo de su colega.

—No es como si me hubiera creído su maldita palabra a la primera, Penn —dijo Lynne, las mejillas ahora rojizas—. Repasó todo conmigo una y otra vez. Me contó que iba caminando por la calle, que se detuvo a encender un cigarrillo y que eso le dio tiempo para ver al asesino. ¿Qué querías que hiciera?, ¿que lo obligara a tallarlo en puta piedra?

—No te estoy insultando —aclaró Penn, sorprendido de oírla maldecir.

—No. ¿Estás diciendo que no sé una mierda de hacer mi trabajo?

—Maldita sea, Lynne. No seas tan susceptible —le dijo, y entonces se sintió mal al ver la sombra de dolor que pasó por el rostro de su amiga—. Sé que lo interrogaste una y otra vez sobre lo que hizo y lo que vio, y que su historia nunca cambió, pero el jefe nos ha dicho que revisemos todo esto y busquemos…

—¿Áreas donde la hemos cagado? —preguntó Doug—. No creo que haya, de verdad.

—Bien, dejemos a Drake por ahora. Nuestra otra incoherencia de hoy ha venido de la encantadora señora Nuryef.

Lynne se relajó visiblemente en cuanto pasaron a algo en lo que ella había tenido poco que ver.

—Entonces, tras el exabrupto de hoy, ¿cuestionamos su motivación para cambiar su testimonio? —Se volvió hacia Doug—. Cuando la interrogamos, el día treinta, y mientras juraba que su marido había estado en casa, ¿te dio algún motivo para dudar de ella?

Penn se preguntaba si Doug habría pasado por alto algún detalle en el comportamiento de la mujer.

Doug sonrió.

—No lo sé —dijo—. Mi labor era —hizo comillas con los dedos— necesitar ir al baño.

Penn sonrió.

—Sí, las palabras clave para ir a husmear un poco. —Era una estratagema utilizada en todas las series policiacas de la tele, por lo que Penn estaba sorprendido de que aún funcionara; sin embargo, la señora Nuryef, aunque cabreada y hostil, había parecido sincera. No había dado detalles de por qué estaba segura de que su marido se había quedado en casa, pero estaba convencida de que así había sido—. Y parecía bastante sincera cuando se desdijo, al día siguiente —observó Doug.

Penn consultó la cronología.

—Y esa retractación nos aseguró la orden que nos llevó a encontrar la camiseta —observó—. Así que, pregunto una vez más: ¿por qué se retractó?

—¿Responsabilidad moral? —preguntó Lynne.

—Pero se trata de su marido —insistió Penn—. Tiene tres hijos, así que, aunque hubiera sido verdad, ¿por qué tanta prisa en culparlo? —Se volvió hacia Lynne—. Si estuviéramos hablando de Simon, ¿irías tan rápido a decirle a la policía que cometiste un error? ¿En ese instante implicarías en un asesinato al hombre que amas?

—Eso dependería de si esa mañana ha bajado el asiento del inodoro —bromeó. Todos se rieron—. Pero es una buena pregunta —dijo, pensativa—. La verdad, no sé qué habría hecho ni con qué rapidez. Estoy segura de que no lo creería capaz de algo así.

—Y tú eres policía.

Doug volvió a levantar la mano.

Penn no le hizo caso. Ya sabía lo que su colega iba a decir.

Tuvo en cuenta las tres cosas que habían hecho que ese caso fuera infalible: su testigo ocular, que ahora se había vuelto inestable; la ausencia de coartada, que era cuestionable, pero aún tenía fundamento; la camiseta manchada de sangre, que era irrefutable.

A primera vista, tenían a su hombre. Lo que le molestaba era la

forma en que habían llegado hasta allí.

Lynne arrugó un poco la frente.

—Espera un momento —dijo—. ¿Nuestra revisión de este caso consiste en averiguar si Gregor Nuryef es culpable o inocente?

—Lo que buscamos —respondió Penn— es la verdad.

Capítulo 34

—¿Crees que la rayuela ya estaba allí y que él cayó encima por casualidad? —preguntó Bryant. Estaban sentados frente al número 118 de la avenida Norwood.

—¿Has visto a alguien caer en esa posición? —preguntó ella—. Y averiguaríamos algo más, quizá, si consiguiéramos entrar ahí —gimió.

No había sido difícil localizar el domicilio de la víctima, cuyo carné de conducir habían encontrado en la cartera.

Ya se habían enviado agentes para que se lo notificasen a la esposa. Kim y Bryant esperaban la señal de que la mujer se había calmado lo suficiente para hablar. Demasiados extraños en su casa, y tan de golpe, era abrumador. Pero ya llevaban más de media hora esperando.

—Dale una oportunidad, jefa. Acaba de enterarse de que su marido ha sido asesinado.

—Sí, y me gustaría encontrar al cabrón que lo hizo —escupió ella.

Él se giró para mirar por la ventanilla.

Ella hizo lo mismo. Examinó la casa. Era obvio que se habían hecho con ella acogiéndose al derecho a compra. En las casas de la izquierda y la derecha los marcos estaban en mejor estado, pero las ventanas de Nixon eran nuevas, brillantes y de PVC, con tapajuntas y manijas a juego.

Se habían puesto nuevos paneles de valla con rodapié para la grava. El jardín delantero se había convertido en una entrada para coches.

Frente a sus vecinas, la casa parecía más nueva y mejor cuidada.

—¿Qué demonios significa la equis? —preguntó Kim.

—Ni una maldita pista, jefa —respondió Bryant, que no apartaba los ojos de la puerta.

—Hay otra cosa que también me preocupa —dijo ella, que quería aprovechar el tiempo.

—Por supuesto que la hay.

—¿Por qué pone el símbolo donde lo pone? Los marca cuando ya están muertos para que no sientan nada, pero no es gratuito, ni en su tamaño ni en su despliegue. No tiene sentido.

—Mmm… —murmuró Bryant, distraído.

—No me lances de golpe todas tus teorías, ¿quieres? Tranquilízate, hombre. —Bryant no dijo nada—. Cielos, ¿te ha comido la lengua el gato?, porque…

—Nos toca —dijo él cuando, desde la puerta, un agente uniformado les hizo un gesto con la cabeza.

—Espera —dijo Kim—. Antes de entrar, dime por qué tienes cara de mal follado.

—Nunca lo atraparemos —dijo por toda respuesta.

—¿De qué estás hablando? —Podía decir muchas cosas de su compañero, pero que fuera derrotista no era una de ellas.

—Es evidente que hay relación entre los dos asesinatos. Han sucedido un día tras otro, así que nuestro hombre está en una especie de orgía: comete uno por la noche y otro, al mediodía. Quiere a esa gente muerta, y de inmediato. Trabaja a marchas forzadas mientras nosotros estamos obligados a hacer turnos de ocho horas, y no hace más de una hora que has cedido una cuarta parte del equipo. Para ser sincero, nuestro asesino, de haberlo pretendido, no lo habría hecho mejor.

Capítulo 35

Stacey dejó a un lado los registros telefónicos de Belinda Evans. Ahora, cada número tenía un color, excepto la llamada realizada desde la universidad.

La jefa le había pedido que buscara todo lo relacionado con los símbolos; en particular, con la letra equis.

Además, tenía que profundizar en la relación entre las dos hermanas.

Stacey no solía sucumbir a la presión, pero su carga de trabajo aumentaba sin parar. Y, por lo general, eso no la habría molestado lo más mínimo. Lo frustrante era tener que hacerlo todo en un turno de ocho horas. A lo largo de los años, había conseguido regular con éxito sus prácticas laborales. Había aprendido a priorizar las tareas, a saber cuándo debía abandonar una pista y cambiar de rumbo y, lo que era más importante, a reconocer si había tenido suficiente y necesitaba un descanso.

Más agobiante era verse obligada a regresar a casa y dejar tareas sin terminar.

Tamborileó con los dedos sobre el escritorio.

También había aprendido a aprovechar los recursos de los que disponía.

Hizo clic en el icono de Skype y pulsó sobre el primer contacto de su agenda. Le contestaron la llamada al segundo tono. Una cara familiar llenó su pantalla.

—¿Qué pasa, Stace? —dijo Alison con una gran sonrisa.

—Retrocede —le dijo Stacey para recordarle que no tenía que mirar la cámara tan de cerca. Podía verla bien.

Alison Lowe, psicóloga criminalista y especialista en comportamiento, se reclinó en su asiento.

—Mejor —dijo Stacey—. ¿Estás ocupada? —Alison soltó una trompetilla. Stacey miró más de cerca—. ¿Eso que tienes en el pelo son lápices?

Alison alzó las manos y se palpó alrededor de la cabeza.

—Ay, sí —dijo, y se los quitó.

—¿La escritura va bien, entonces? —preguntó Stacey.

Después del último caso, uno en el que habían trabajado juntas y en el que Alison había terminado colgando de la azotea de un edificio de trece plantas, la mujer había decidido tomarse un tiempo alejada de las investigaciones activas y escribir un libro basado en sus experiencias como conductista y criminóloga. Era evidente que algunos días de escritura eran mejores que otros.

Alison soltó otra trompetilla.

—Madura —dijo Stacey—. Bueno, en cualquier caso, necesito tu ayuda.

Nadie estaba más sorprendido que ella de la amistad que había surgido entre ambas desde que habían trabajado juntas. Tras salir a correr juntas de forma ocasional, la novedad se le había pasado a Stacey. Ahora seguían con reuniones semanales para tomar un café o comer algo rápido.

—Venga —dijo Alison, que mordió una manzana.

—Háblame de estigmas y símbolos y…

—Espera, ¿de qué hablas? Son cosas distintas. El marcado o estigmatización consiste en grabar un símbolo o un dibujo en la piel de una persona viva con un hierro candente o muy frío. Como se hace con el ganado, más o menos. ¿Tienes alguna víctima que haya sido realmente marcada?

—No, pero tengo dos con una equis cortada grabada en la nuca.

—Aaah, eso suena más como una firma, que es mucho más interesante —dijo Alison, y dejó la manzana sobre el escritorio.

—Habla —la instó Stacey.

—La firma procede de la psique del delincuente. Refleja una fantasía, algo que el asesino necesita de sus víctimas. Las fantasías se desarrollan con lentitud y crecen con el tiempo. Una firma implica, casi siempre, la mutilación y, a veces, el desmembramiento de la víctima. La firma de un asesino es siempre la misma, porque surge de la fantasía, y lo más probable es que ya existiera antes del primer asesinato. —Cogió la manzana, le dio otro mordisco y volvió a dejarla en el escritorio—. ¿Ha habido alguna puesta en escena o pose?

Stacey ahogó una risita.

—Puf, Alison, mastica con la boca cerrada, por el amor de Dios. Y sí: el primero, en un columpio, y el segundo, en una rayuela.

—Vaya.

—Vaya, ¿qué?

—Vaya, ojalá estuviera trabajando contigo en este caso.

Stacey se inclinó hacia la pantalla.

—Háblame, Alison —dijo.

—De acuerdo. A veces, las alteraciones deliberadas de la escena o de la posición del cuerpo sirven para confundir a la policía, y eso es lo que llamamos «escenificación». Otras veces son solo fantasías. Son parte de la firma y se consideran poses. A veces, la pose pretende enviar un mensaje a la policía o al público. En la Inglaterra victoriana, Jack el Destripador hacía posar a sus víctimas con las piernas abiertas para escandalizar a la policía y a los curiosos.

»Hay quien acomoda los cuerpos, los muerde, les cubre la cara, les lava el pelo o usa ligaduras con un nudo inusual. Un asesino en serie de la India dejaba latas de cerveza junto a sus víctimas.

—Entonces, ¿qué tratan de decirnos con una equis?

Alison se encogió de hombros mientras hacía girar entre sus dedos uno de los lápices para el pelo.

—Las firmas pueden ser el resultado de una desviación psicológica, pero algunas solo pretenden producir un efecto. Algunos expertos creen que están más relacionadas con rasgos de personalidad que con su papel en el acto de asesinar. En Polonia había un tipo que se pasó de listo: destripaba a jóvenes rubias y, con tinta roja, escribía cartas crípticas a la policía. Les revelaba dónde encontrar los cadáveres y los retaba a atraparlo. Gracias a un análisis de la tinta, la policía logró precisamente eso.

—Entonces, ¿no hay ningún uso común de la equis que conozcas?

Alison negó con la cabeza.

—Cualquier símbolo puesto en la víctima es personal para el asesino. De eso se trata.

—Entiendo. Gracias por…

—Oye, estoy aquí recluida, habla un minuto conmigo. ¿Cómo está Devon y…?

—Más tarde, tengo que irme —le dijo Stacey. Cortó la conversación por dos razones: la primera era que no quería revelar lo que ocurría en su vida privada. La segunda era la notificación que acababa de aparecer en la esquina superior derecha de su pantalla.

—Muy bonito, me cortas y nada más, ¿eh? Te llamaré este fin de semana, nena.

—Vale, charlamos luego —dijo Stacey. Terminó la llamada y Alison desapareció de su pantalla.

Enseguida hizo clic en la notificación que había recibido de la secretaria del director del Daily Telegraph. Era una captura de pantalla de la grabación de la llamada de Skype entre Veronica y su jefe.

Y algo llamó su atención al instante.

Capítulo 36

La mujer de Barry Nixon no era lo que Kim esperaba.

Beth Nixon medía más o menos lo mismo que ella, alrededor de un metro setenta y cinco. Su pelo y sus rasgos eran tan claros como morenos eran los de Kim.

Los vaqueros ajustados y la camiseta de tirantes mostraban la esbelta y tonificada figura de una mujer que era, al menos, veinte años más joven que su marido. Así que las relaciones con grandes diferencias de edad parecían ser lo habitual esa semana.

Unos ojos enrojecidos y esperanzados se volvieron hacia Kim.

Y Kim lo comprendió. Los agentes habían acudido a informarla del asesinato de su marido, pero ahora aparecía gente de traje que, con toda seguridad, iban a decirle que todo había sido un error cometido por los tipos de uniforme.

—Lamentamos profundamente su pérdida, señora Nixon —le dijo Bryant con rapidez para privarla de cualquier esperanza.

La mujer pareció doblarse por sus largas piernas y medio cayó en la silla.

—Entendemos que esto la haya conmocionado, señora Nixon —dijo Kim—. ¿Hay alguien a quien podamos llamar?

—Viene en camino. La policía la llamó —dijo. Dejaba entrever un ligero acento norteño.

—¿Su madre? —preguntó Kim.

La mujer negó con la cabeza.

—Lenora, la hermana de Barry. Vive al final de la calle. Ya viene.

—Y también hay un oficial de enlace familiar en camino —ofreció

Bryant.

Kim asintió hacia su compañero para que este siguiera con el interrogatorio mientras ella echaba un vistazo a la habitación. El mobiliario consistía en piezas de roble claro a juego. Los alféizares de las ventanas estaban decorados con velas perfumadas y pequeños adornos de cristal tallado. Los cristales reflejaban puntos de luz en las paredes de la habitación.

Kim estudió todas las fotografías en las que aparecían Barry y su hija, Barry y Beth, y Barry y su hermana, aunque no había ninguna de Beth con alguien que no fuera Barry. No había familiares a quienes llamar, no había familia en las paredes.

Bryant miró a la mujer como pidiéndole perdón.

—Señora Nixon, sentimos tener que hacerle preguntas ahora, pero ¿podría decirnos si ha ocurrido algo extraño en los últimos…?

—Un momento —retumbó una voz desde el pasillo.

Quien acababa de irrumpir era una mujer delgada, pero de energía palpable, y, detrás de ella, un agente uniformado con cara de disculpa.

Kim supuso que estaban delante de la hermana de Barry Nixon.

—¿Qué le está preguntando y por qué? —Agarró a Beth de la mano —. Sin duda, ha habido un error —atronó. Beth se inclinó hacia ella, agradecida. Estaba claro que la aliviaba tener a alguien que compartiera sus sentimientos.

Kim se llevó otra sorpresa cuando se dio cuenta de lo unidas que parecían estar esas dos mujeres. Por las fotografías de la pared, Barry tenía una hija que ya se había graduado en la universidad. No la había tenido con Beth, así que ese era su segundo matrimonio.

La viuda miró a su cuñada y, luego, la foto de la pared.

—Lenora, tenemos que decirle a…

—No haremos nada de eso. No vamos a molestar a Katie por nada.

Ni siquiera se trata de él. ¿Te han enseñado fotos?

En los ojos de Beth brilló una nueva esperanza. Sacudió la cabeza y miró a los detectives.

—A una de ustedes dos le pediremos que haga la identificación formal —las previno Kim—. Sin embargo, estamos seguros de que la víctima es su marido, señora Nixon.

Beth se echó a llorar.

Kim miró a Bryant y enarcó una ceja.

Él tosió.

La cuñada se quitó una fina rebeca de color limón.

—Hasta que tengamos pruebas de que es él, optaré por no creerles —dijo. Bryant volvió a toser—. Es demasiado inteligente para dejarse matar. Es muy listo…

Bryant tosió como si tuviera los pulmones llenos de humo.

Y, cuando volvió a toser, la señora Nixon dejó de llorar y lo miró.

—Disculpe, oficial, ¿está bien? ¿Le traigo algo de beber?

—Sí, por favor, lo que sea.

Ella hizo un esfuerzo por levantarse, pero Lenora le dio unas palmaditas en la mano.

—Yo lo haré, Beth. Quédate aquí, cariño.

Bryant le lanzó a Kim una mirada divertida mientras seguía a la cuñada fuera de la habitación. Era una táctica que utilizaban a menudo. Divide y averigua todo lo que puedas.

Pero había un punto que Kim tenía que tratar en primer lugar.

—Señora Nixon, debo insistir en que, por mucho que quiera creer que su marido no está muerto, no tenemos ninguna duda. Permitirle pensar lo contrario sería una insensibilidad por nuestra parte. Lo

siento.

Beth Nixon tragó saliva y asintió.

—Mi cabeza lo entiende, pero mi corazón busca cualquier motivo para no creerlo.

—Lo sé, pero, de verdad, necesito hacerle algunas preguntas para que podamos encontrar al responsable.

—Por favor, prosiga —dijo ella, y se limpió la nariz.

—¿Tenía su marido algún problema con alguien, que usted sepa?

La mujer negó con la cabeza.

—Barry es un hombre maravilloso, ayuda a todo el mundo.

—¿Tenía algún problema en el trabajo? —preguntó Kim, esperanzada.

—La verdad es que no. A veces tiene que decirle a la gente cosas que no quiere oír, pero, cuando se trata de los hijos, todo el mundo está a la defensiva, ¿no?

—Lo siento, ¿a qué se dedicaba? —preguntó Kim.

—Terapeuta infantil. Se especializa en casos difíciles.

Otra vez los niños. Pensó en Belinda Evans.

—Por favor, continúe —la instó Kim.

—Trabaja con niños que han tenido una infancia traumática; por lo general, con quienes tienen tendencias violentas. Ejerce de forma privada y lo buscan mucho —afirmó, orgullosa—. Por eso iba a la tienda de la esquina, a la hora del almuerzo, en un día laborable.

Kim no pudo evitar que la recorriera un escalofrío desagradable. De niña, había visto a muchos Barrys, todos con una visión diferente sobre cómo tratarla, pero todos con una cosa en común: ella era un reto personal.

Olía su desesperación cuando se daban cuenta de lo rota que estaba. Preguntas ráfaga, diferentes tipos de interrogatorios diseñados para desconcertarla y confundirla. Muñecas, libros, juegos, trucos, pruebas… Cualquier cosa con tal de engañarla y hacer que se abriera.

Ted había sido diferente. La había dejado contemplar cómo nadaban los peces en su pequeño estanque. Le había dado piruletas y la había dejado sentarse en silencio. Kim nunca se había abierto del todo ante nadie, pero, si hubiera tenido que elegir a alguien, habría sido él.

—Entonces, ¿hay padres a los que les molesta la opinión de su marido? —preguntó Kim. La defensa de ese hijo había conducido a muchos asesinatos.

—Sí, sí —respondió animada. Estaba experimentando la fase de negación de los hechos—. No siempre les gusta saber la verdad, aunque paguen por descubrirla.

Kim se sintió tentada a argumentar que se trataba de una opinión, no de la verdad, pero no era el momento.

—¿Alguien en particular que se haya sentido ofendido por los… hallazgos de su esposo?

Beth negó con la cabeza.

—Nadie, al menos hace poco. Había reducido un poco el número de sus pacientes para pasar más tiempo en casa.

Mientras sus oídos escuchaban las palabras, su cerebro las traducía: el negocio pasaba por un mal momento.

—Si pudiéramos conseguir, de alguna manera, una lista de los clientes recientes de su marido…

—Por supuesto. Se la pediré a Lenora. Ella se ocupa de sus citas y de la administración.

—Señora Nixon, ¿el nombre de Belinda Evans significa algo para usted?

Ella reflexionó y negó con la cabeza.

—No, ¿debería?

Eso esperaba Kim, que pensaba en la existencia de un interés común por los niños con traumas. Tenía que haber un vínculo, seguramente. A parte de eso, no veía ninguna relación entre esas dos víctimas.

Kim sentía una frustración que le pesaba sobre los hombros.

El reloj avanzaba sin pausas hacia el final de otra jornada laboral. Tenían otro cadáver, pero muy poco para localizar al responsable.

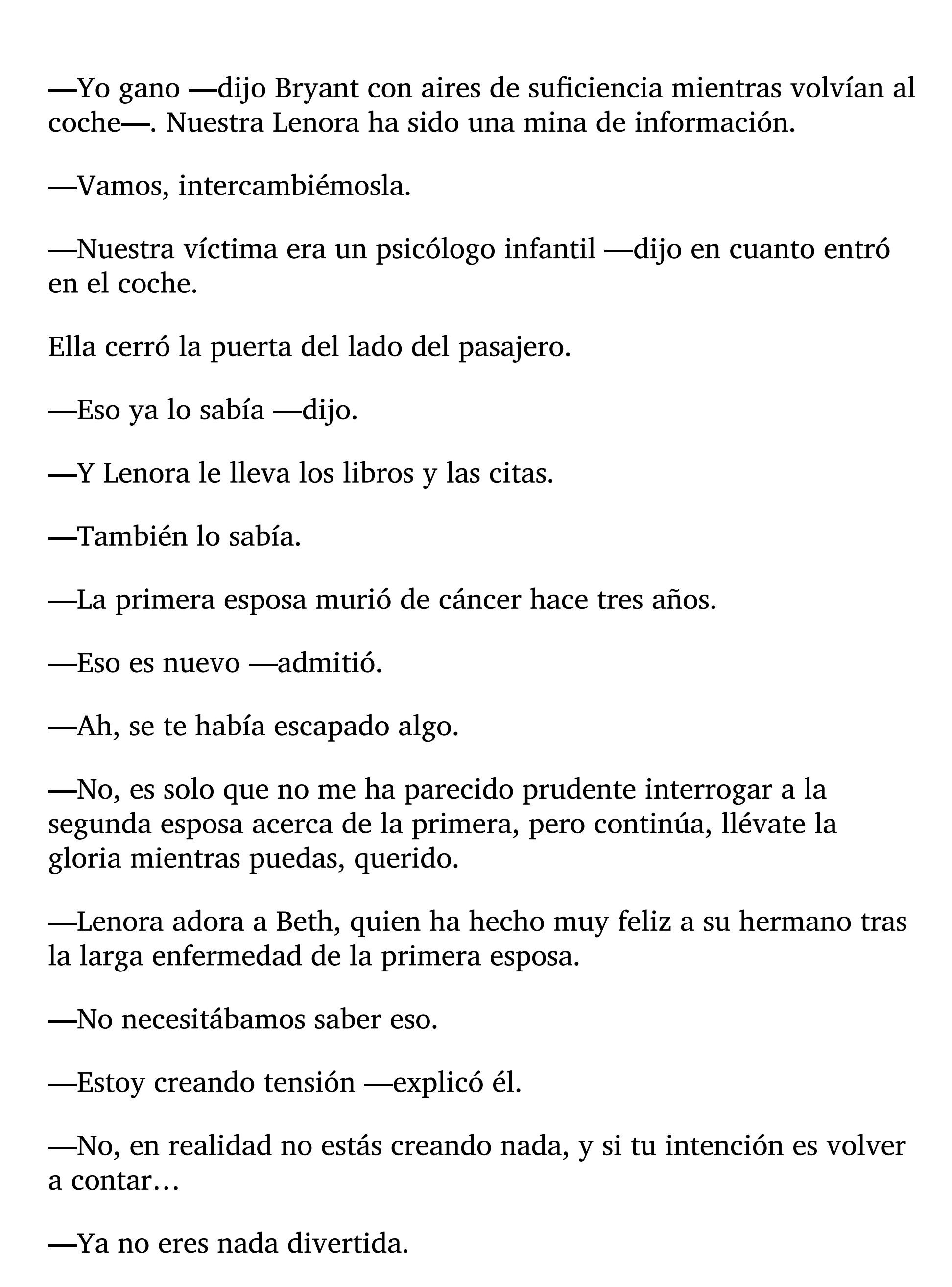
—Bien, señora Nixon, gracias por su ayuda y…

La mujer se quedó mirando la chimenea.

—Se ha ido de verdad, ¿no? —susurró.

—Me temo que sí —dijo Kim. Habría querido tener algo que ofrecerle para aliviar su dolor.

—Es tan difícil de creer, y estaba tan nervioso por su viaje de mañana…



Capítulo 37

—Yo gano —dijo Bryant con aires de suficiencia mientras volvían al coche—. Nuestra Lenora ha sido una mina de información.

—Vamos, intercambiémosla.

—Nuestra víctima era un psicólogo infantil —dijo en cuanto entró en el coche.

Ella cerró la puerta del lado del pasajero.

—Eso ya lo sabía —dijo.

—Y Lenora le lleva los libros y las citas.

—También lo sabía.

—La primera esposa murió de cáncer hace tres años.

—Eso es nuevo —admitió.

—Ah, se te había escapado algo.

—No, es solo que no me ha parecido prudente interrogar a la segunda esposa acerca de la primera, pero continúa, llévate la gloria mientras puedas, querido.

—Lenora adora a Beth, quien ha hecho muy feliz a su hermano tras la larga enfermedad de la primera esposa.

—No necesitábamos saber eso.

—Estoy creando tensión —explicó él.

—No, en realidad no estás creando nada, y si tu intención es volver a contar…

—Ya no eres nada divertida.

—Primero, nunca he sido divertida. Segundo, me he enterado de que nuestro hombre también se iba de viaje, y apuesto a que al mismo sitio que Belinda Evans. Así que, venga, ¿qué tienes?

—Estoy impresionado —admitió Bryant—, pero ¿sabías que Beth era una de las pacientes de su marido?

—Buah —dijo Kim al pensar en el asunto.

—Sí, de todos los lugares posibles, contactaron de nuevo a través Facebook. Quedaron para tomar un café y ponerse al día, y, al parecer, floreció el amor.

Sí, eran adultos, los dos, pero Kim no pudo evitar que una sensación ácida y desagradable invadiera su lengua. Legal o no, seguro que existía un código ético o moral en contra de.

—Ay, Bryant —dijo ella, y miró su reloj—. Tendríamos que trabajar más tiempo…

El teléfono de Kim sonó y ella tuvo que interrumpir lo que decía. Reconoció el número del inspector jefe de detectives Woodward, su jefe.

—¿Señor? —dijo. Escuchó cómo él le daba instrucciones para que acudiera de inmediato a la comisaría—. Por supuesto, señor, voy para allá, porque a mí también me gustaría hablar con usted.

Capítulo 38

Penn se bajó del autobús dos paradas antes. Podría haber pedido que un coche patrulla lo dejara en la estación de tren para recoger su coche, pero le parecía una burrada, dado que tenía dinero en el bolsillo y las piernas en perfecto estado.

Era difícil creer que, esa misma mañana, hubiera aparcado el coche para coger el tren al juzgado. Era una de esas jornadas en las que tres días parecían haberse fundido en uno.

Y aún no había terminado, pensó, pero, en realidad, no le importaba. Haberse visto obligado a trabajar turnos más cortos durante las dos últimas semanas parecía haberlo deshinchado de energía como un sifón. Travis quería que aquello se solucionara cuanto antes y no había leído el mismo memorando que su jefa.

Por suerte, todos pensaban lo mismo, y ni Doug ni Lynne habían querido fichar la salida hasta conseguir algún progreso.

A Doug, Penn le había encargado que investigara un poco sobre Irina Nuryef y que averiguase si había algo real en el rumor del engaño como posible motivación para cambiar la historia. Rezaba por que no fuera así. Y Lynne estaba encargada de inspeccionar las pruebas forenses en busca de algo que hubieran pasado por alto. De nuevo, rezó por que no fuera así. Por último, él mismo había decidido volver a la gasolinera a buscar las fisuras en la historia de Ricky Drake.

Se había bajado del autobús antes de tiempo para seguir el rastro de Drake tal como él lo había explicado en su declaración.

El hombre había salido del pub a las diez y media, y estaba oscuro. Ahora mismo, también había caído la noche, pero estaba bastante cerca.

Penn se detuvo un momento en la puerta del bar y miró a lo largo de la calle.

En su lado, había unas cuantas casas adosadas, un bar de vinos cerrado y un descampado a mitad de camino. El puesto de patatas fritas al que Drake se había dirigido estaba a unos ciento veinte metros, justo antes de que la calle desembocara en una pequeña isleta.

Ahora mismo, estaba en el punto más alejado del puesto y lo veía con claridad. Él no se habría encendido un cigarrillo a tan poca distancia, no lo creía. Ni siquiera estaba cerca de la gasolinera, al otro lado de la calle.

Siguió avanzando por la acera, repitiendo los pasos de Drake tal y como él los había explicado. Treinta metros después, Penn vio la gasolinera bien iluminada. Reconoció la figura del señor Kapoor; en parte, porque lo conocía bien.

Continuó. En su trayectoria, durante unos segundos, un surtidor de gasolina ocultó la caja. Luego volvió a quedar a la vista. Hizo un alto en el punto en que Drake afirmaba haberse detenido a encender el cigarrillo. Justo al lado de la farola, frente al descampado.

Penn frunció el ceño. No, no podía ser. Buscó otras farolas, pero estaban tan distanciadas que quedaban fuera del alcance.

Una semilla de ansiedad se plantó dentro de su estómago mientras avanzaba y retrocedía frente a la gasolinera. Recorrió el trayecto tres veces más. Se detuvo a hacer comprobaciones casi a cada paso.

Desde su posición, Drake había identificado a Nuryef con toda claridad. Primero había echado un vistazo. Luego había puesto más atención y había reconocido al acusado.

Penn, desde donde estaba, distinguía al señor Kapoor dentro de la tienda bien iluminada. Lo vio hablar con alguien; incluso, cómo le daba el cambio en el mostrador. Pero, debido a que un estante de chocolates se extendía a lo largo de toda la tienda, Penn no podía ver a nadie más.

El relato del testigo Ricky Drake era una total y absoluta mentira.

Capítulo 39

—No puedo con esto, señor —dijo Kim en cuanto entró en el despacho de Woody.

—Por supuesto que no, Stone, pero creo que hablamos de dos cosas completamente distintas. Así que ¿qué demonios te tienen poseída?

—Eeeh… —balbució ella para ganar tiempo. Antes de admitir nada, quería asegurarse de saber de qué tema hablaban.

—Has permitido que Travis se quede con un miembro de tu equipo cuando tienes dos cadáveres…

Ah, eso.

—Técnicamente, señor, solo teníamos uno en el momento de mi conversación con Travis. El segundo cuerpo fue reportado…

—No trates de enredarme. ¿Quién demonios te ha autorizado para aceptar una comisión de servicio no oficial? Eso deberían habérmelo consultado a mí.

—Con el debido respeto, señor, a Penn, como miembro de mi equipo, ya lo había perdido esta semana, de todos modos. Ha estado en el tribunal, de brazos cruzados. Y, para ser justos, parece que su caso se ha convertido en un infierno de mier…

—Sí, pero es el infierno de mie…, su lío, y no nos corresponde a nosotros sacarlos de ahí.

Kim se defendió citando palabras del propio Woody con respecto a los límites de la corporación:

—Hablamos de una línea en un mapa, señor —dijo—. Todos luchamos contra el crimen.

El inspector jefe de detectives Woodward era uno de los defensores

más progresistas del trabajo entre fuerzas que Kim hubiera conocido. En la opinión de Woody, las líneas que dividían las corporaciones solo tenían fines presupuestarios y organizativos, ya que todos intentaban hacer el mismo trabajo. Si los delincuentes podían cruzar las fronteras, los procedimientos y prácticas de trabajo también tenían que adaptarse.

—¿Sabe, señor? —continuó Kim—, la verdad es que pensé: ¿qué haría el jefe en este caso? ¿Desestimaría la petición sin miramientos o intentaría cooperar con sus colegas al otro lado de la frontera operativa para fomentar una mayor…?

—Para empezar, lo habría consultado con mi oficial superior. Y, para que lo sepas, tu peloteo me la trae al pairo.

—Podría llamar a Travis, decirle que cometí un error y recuperar a Penn.

—Sabes muy bien que voy a rechazar esa propuesta. El daño ya está hecho, pero no entiendo qué te ha llevado a actuar de manera tan imprudente.

—El caso era de Penn, señor —dijo ella con franqueza—. Fue el oficial a cargo de la investigación y tenía que saber si la había jod… metido la pata. Y, si lo hizo, tiene que hacer lo posible por enmendarse; de lo contrario, esto empañará el resto de su carrera.

—Podrías haber empezado por ahí —dijo él con ironía.

Woody tendría que haber sabido, según ella acababa de darse cuenta, que los motivos de Kim no se basaban en la cooperación entre fuerzas.

—¿Y dónde estaría la gracia, señor? —preguntó. Ese era el trabajo de su jefe, no el de ella, y Kim rara vez cedía o relegaba nada. Sabía lo que se sentía cuando uno terminaba lo que había empezado—. Aunque todo esto nos lleva muy bien a la razón por la que yo quería verlo. Señor, tiene que darnos cancha. Ni siquiera con Penn en el equipo podríamos trabajar en este caso solo de nueve a cinco. Mi equipo está perdiendo las ganas de vivir. Stacey está buscando un trabajo a tiempo parcial y Bryant está al borde del divorcio. Y, por

si eso no le basta, he estado limpiando mi casa.

Vio que las comisuras de los labios de Woody esbozaban una sonrisa.

—Vale, Stone, de acuerdo. Algo de laxitud, pero no los hagas trabajar hasta la extenuación.

—Gracias —dijo ella, y se dirigió a la puerta.

—Pero, Stone, recuerda, que toda acción tiene consecuencias, y debes estar preparada para afrontar las tuyas.

Kim salió y cerró la puerta. ¿Qué demonios había querido decir con eso?

Capítulo 40

—Bien, chicos, son más de las cinco —dijo Kim en cuanto entró en la sala del escuadrón. Bryant gimió y Stacey soltó una pedorreta—. Pero, dado que hemos perdido a Penn y ahora tenemos dos cadáveres, vamos a poner un poco más de energía, ¿de acuerdo? —Frente a ella, Stacey y Bryant chocaron las palmas—. ¿Alguno de vosotros necesita llamar a alguien?

—No —dijo Bryant—. Mi señora prefiere que la llame solo cuando voy a llegar temprano, porque es la excepción.

—No —dijo Stacey, sin más, aunque Kim captó su pesar. Esperaba que su relación, otra más, no se hubiera resentido por haber pasado demasiado tiempo juntas.

—Aun así, es mi obligación aconsejaros que, si empezáis a sentiros cansados o a sufrir mayores niveles de estrés…

—Jefa, ¿podemos volver al trabajo? —preguntó Bryant.

—Sí, pero tendréis que decírmelo, ¿vale?

—De acuerdo —aceptó Stacey—. Ahora, hay algo que creo que deberías saber sobre Veronica Evans.

Kim se cruzó de brazos.

—Venga —dijo.

—Es sobre la llamada de Skype con el editor. Fue a la hora que ella dijo, más o menos, pero terminó a las 9:52. Según mi aplicación de rutas, tuvo el tiempo justo para llegar al parque Haden Hill y volver a marcharse antes de que el cadáver de su hermana fuera descubierto. No sé lo que eso podría significar, si tenemos en cuenta el segundo cuerpo, pero…

—Es bueno saberlo, Stace, bien hecho. —Sin importar el número de

cadáveres, Kim quería saber más sobre Belinda y su hermana. Fue a la pizarra—. Entonces, tenemos a Belinda Evans en un columpio y a Barry Nixon en una rayuela, ambos con una equis cortada en la nuca.

»Sabemos que Belinda era profesora de psicología infantil, y que Barry Nixon era terapeuta, especializado en niños con problemas. También sabemos que Barry iba a asistir mañana a un encuentro de dos días llamado Brainboxes, o algo así, en Stourport-On-Severn. Me atrevo a asegurar que allí es a donde iba Belinda también.

»La esposa de Barry Nixon, que, por cierto, había sido una de sus pacientes…

—Buf —exclamó Stacey en toda una validación de los sentimientos de la propia Kim.

—Tal cual. Me alegra que lo veas igual que yo. Independientemente de eso, ha insistido en que Barry no se había perdido uno de esos actos en años y que los organizadores le pagaban por asistir.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero quisiera hablar con ellos para ver de qué va esto en realidad. Mientras tanto, me gustaría saber más sobre el hombre en sí. No voy a averiguar nada a través de su mujer ni de su hermana, parecen pensar que era una especie de dios.

Bryant interrumpió.

—Pero no tenía un jefe, que digamos. Trabajaba por cuenta propia, y no me parece que tuviera un montón de amigos.

—Mmm… ¿Eso has deducido, Bryant? —dijo ella, pensativa—. Pues creo que conozco a alguien que podría ayudar.

Capítulo 41

Penn respiró hondo. Luego empujó la puerta y la sostuvo para que saliera una mujer que hacía malabarismos con las llaves del coche y un café para llevar.

Aparte de dos chicos, que, junto a la sección de bebidas, echaban un vistazo a la nueva cámara de videovigilancia, la estación de servicio estaba vacía.

Los chavales se miraron entre sí y salieron de la tienda arrastrando los pies. Adolescentes, escolares, y, sin embargo, cualquiera de ellos podría haber tenido un cuchillo.

Penn llevó la botella al mostrador.

—Señor Penn, ¿qué lo trae por aquí?

Abrió la boca, pero volvió a cerrarla cuando un cliente entró corriendo a pagar con el dinero que ya tenía en la mano.

Recordaba aquellos días, los de llenar el coche con la cantidad exacta que tenías en el bolsillo, intentando no pasarte, sino de acercarte lo más posible. Era todo un reto personal conseguirlo en el céntimo exacto.

¿Miraba el señor Kapoor con cautela a cada cliente desde la muerte de su hijo? ¿En qué momento respiraba, aliviado de saber que el cliente no sacaría una pistola, un cuchillo o algo peor? ¿Que solo quería pagar la gasolina y seguir adelante con su noche?

Esperó a que el joven se hubiera marchado.

—¿Era usted el que iba de un lado al otro de la calle, paseando? —preguntó con el ceño fruncido.

Penn pensó en mentir, pero asintió.

—Señor, hoy han pasado muchas cosas en el tribu nal. No han sido cosas buenas, desde nuestro punto de vista. Le prometí que lo mantendría informado, y tengo que decirle que, en este momento, estamos estudiando de nuevo el caso.

El hombre volvió a fruncir el ceño.

—No lo entiendo. Gregor Nuryef mató a mi hijo. Usted mismo me lo dijo. Usted dijo que tenía a su asesino. —Sí, eso había dicho Penn. Con los resultados de las pruebas de ADN, había ido a visitar al hombre y a su familia para darles la noticia justo al terminar el turno en la gasolinera—. La camiseta con la sangre de Dev. Fue…

—Así es, señor Kapoor. Allí estaba, en el cobertizo de Nuryef, pero hay incoherencias que no podemos pasar por alto.

—Ese hombre, al que han asesinado, ¿iba a testificar que Nuryef estaba en casa esa noche?

Penn asintió.

—Es un error fácil de cometer. Su testimonio se basaba en que todas las noches, a las diez y media, oía a su vecino llamar al perro. No era una amenaza para el caso.

—Era una amenaza para alguien —dijo con simpleza el señor Kapoor.

Penn estaba de acuerdo, aunque esperaba que el equipo que trabajaba en el caso McCann descubriera, de manera irrefutable, que la muerte del testigo de la defensa no estaba relacionada con el caso Kapoor. Quizá el hombre había dejado de pagar deudas de juego a la persona equivocada; quizá era un traficante de drogas a quien un cliente descontento había asesinado. La mente lógica del sargento le decía que era improbable que el contable, de cuarenta y seis años, hubiera sido una de esas dos cosas, pero tenía que aferrarse a la esperanza.

—Estamos investigando todos los ángulos para asegurarnos de que…

—Por favor, no haga eso, señor —dijo Kapoor con una sonrisa triste

—. Desde aquella primera noche, usted me ha tratado con respeto. —Miró el lugar donde su hijo había perecido—. Estuvimos juntos, a un lado del cadáver de Dev. Ya entonces, usted me explicó que, sin circuitos cerrados de televisión, tal vez no encontrarían al responsable, pero percibí en usted la pasión por hacerlo lo mejor posible. Siempre ha sido justo y honrado. Por favor, no me venga ahora con jerga policial.

Penn asintió y respiró hondo.

—Señor Kapoor, estamos revisando el caso para asegurarnos de que tenemos al hombre correcto.

—Gracias.

—Puedo entender sus sentimientos. Está enfadado conmigo, con todos nosotros, y tiene todo el derecho…

—Estoy enfadado con la persona que me quitó a mi hijo. Estoy enfadado con la persona que le robó el primogénito a mi mujer. Estoy enfadado con la persona que ha hecho que mis hijas pequeñas se enfrenten al dolor, al miedo y a la desconfianza antes de tiempo. La policía me dijo, en repetidas ocasiones, que mejorara mi seguridad, y no les hice caso ni a usted ni a sus colegas. He pagado un alto precio. No puedo culpar a nadie más que a mí mismo.

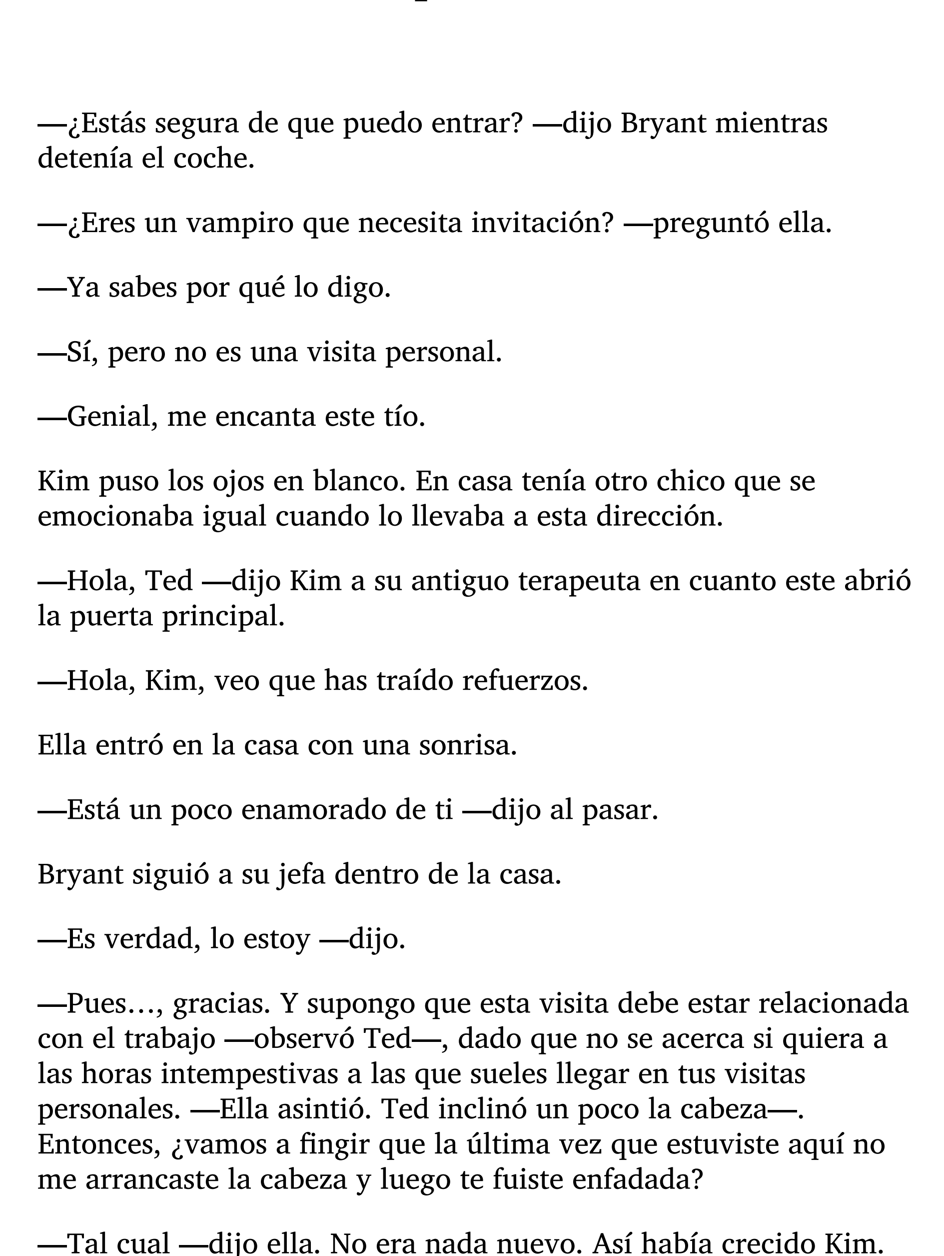
De repente, a Penn se le revolvió el estómago.

—Señor Kapoor, quiero que sepa que haremos todo lo posible para aclarar esto.

—Sé que lo hará, señor —dijo mientras otro cliente entraba en la tienda.

Penn se despidió con una inclinación de cabeza y salió del local. Se sentía peor que cuando había entrado.

Capítulo 42



—¿Estás segura de que puedo entrar? —dijo Bryant mientras detenía el coche.

—¿Eres un vampiro que necesita invitación? —preguntó ella.

—Ya sabes por qué lo digo.

—Sí, pero no es una visita personal.

—Genial, me encanta este tío.

Kim puso los ojos en blanco. En casa tenía otro chico que se emocionaba igual cuando lo llevaba a esta dirección.

—Hola, Ted —dijo Kim a su antiguo terapeuta en cuanto este abrió la puerta principal.

—Hola, Kim, veo que has traído refuerzos.

Ella entró en la casa con una sonrisa.

—Está un poco enamorado de ti —dijo al pasar.

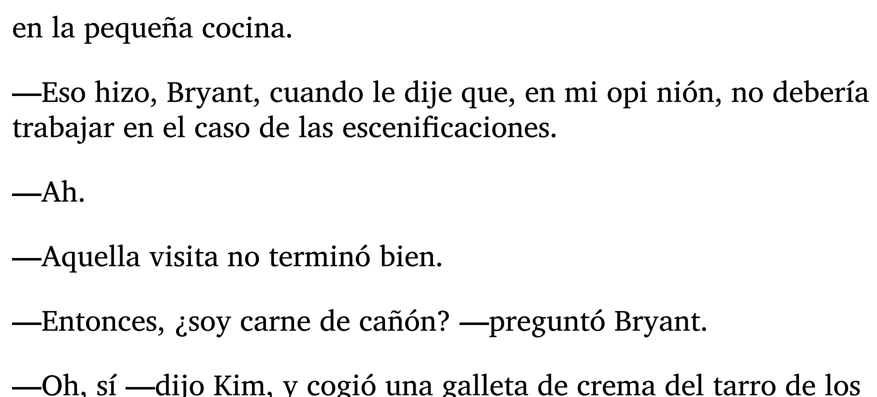
Bryant siguió a su jefa dentro de la casa.

—Es verdad, lo estoy —dijo.

—Pues…, gracias. Y supongo que esta visita debe estar relacionada con el trabajo —observó Ted—, dado que no se acerca si quiera a las horas intempestivas a las que sueles llegar en tus visitas personales. —Ella asintió. Ted inclinó un poco la cabeza—. Entonces, ¿vamos a fingir que la última vez que estuviste aquí no me arrancaste la cabeza y luego te fuiste enfadada?

—Tal cual —dijo ella. No era nada nuevo. Así había crecido Kim.

—¿Eso hizo? —preguntó Bryant cuando los tres estuvieron reunidos



en la pequeña cocina.

—Eso hizo, Bryant, cuando le dije que, en mi opi nión, no debería trabajar en el caso de las escenificaciones.

—Ah.

—Aquella visita no terminó bien.

—Entonces, ¿soy carne de cañón? —preguntó Bryant.

—Oh, sí —dijo Kim, y cogió una galleta de crema del tarro de los dulces.

—¿Y dónde nos sentaremos hoy, querida? —preguntó el psicólogo con los ojos refulgentes.

Durante su última visita, Ted le había explicado que ella se sentaba fuera cuando no quería hablar; prefería sentarse en la sala de estar si quería ayuda, pero elegía la cocina si iba en busca de una opinión. De los tres espacios, la cocina era el que estaba más cerca de la calle, algo muy conveniente para salir furiosa si la opinión del psicólogo no coincidía con la suya.

—Sala de estar —aconsejó Kim—. Y yo haré el café. Vosotros dos, poneos al día.

Ted asintió y guio a Bryant al salón.

Encendió la jarra eléctrica y sacó tres tazas del armario.

—Qué habitación más bonita —dijo Bryant mientras Kim ponía el café instantáneo—. ¿Así que aquí es donde la joven Kim hablaba con la única persona en la que ha podido confiar?

Kim vertió la leche.

—En realidad, no —dijo Ted—. Hablaba muy poco en cualquier lugar de la casa y, a pesar de todo, seguía viniendo. Acudía a todas las citas programadas; la mayoría de las veces, para guardar silencio. —Kim vertió el agua en las tazas. Recordaba todas y cada una de las sesiones—. Nunca me dejaba ayudarla y, sin embargo,

siempre aparecía. No sé qué ganaba…

Kim entró en la sala con la bandeja en las manos.

—Bryant, ese es mi sitio —dijo.

El sargento pasó del sillón, junto al fuego, al extremo del sofá.

Ted miró las bebidas, sacudió la cabeza y se levantó.

—Demasiado fuerte, como siempre.

Al volver de la cocina, vertió más leche en su taza. Con el consentimiento de Bryant, también le aclaró el café.

—Cobardes —murmuró ella.

—Entonces, ¿cómo puedo ayudaros? —preguntó Ted, y cruzó las manos sobre el regazo.

—¿Conoces a alguien llamado Barry Nixon? —Ella daba por hecho que el mundo de la psicología infantil no era infinito y que los dos hombres podrían haberse encontrado.

Ted se quedó pensativo un segundo, con las cejas fruncidas.

—El nombre me es familiar. —Kim tuvo la impresión de que el psiquiatra repasaba sus recuerdos, aunque estaba semirretirado, aún lo llamaban de vez en cuando para pedirle que quebrase algún hueso duro de roer—. Sí, sí, creo recordar a un tipo con ese nombre. Trabajó para el departamento hace unos veinte años. Y no por mucho tiempo, si no recuerdo mal. —Kim ofreció a Bryant una sonrisa triunfal. Ese hombre era como un oráculo—. Mmm… Un cazador de casos, ahora lo recuerdo. Alto, delgado, pelo rubio, rasgos de búho.

Sí, ese era su hombre.

—¿Cazador de casos? —preguntó ella.

—Sí, había unos cuantos cazadores, pero él era especialmente ambicioso. Había casos que incitaban a algunos a levantar la mano

muy rápido. De los asun tos que pasaban por el departamento, él perseguía los más jugosos, desagradables y de mayor repercusión. Estamos hablando de los niños más traumatizados, enfermos y enfadados que el sistema de asistencia podía ofrecer.

«Chicos como tú», escuchó ella entre líneas.

—Pero ¿por qué ciertos casos en particular? —preguntó Kim—. Seguro que bastaría con ayudar a cualquier niño que estuviera sufriendo.

—Él pensaba que era capaz de curar a cualquiera, pero quería los casos más relevantes por dos razones: por un lado, para escribir informes, artículos y libros. Por el otro, para consolidar su currículum y ganarse una reputación como líder del sector antes de dedicarse a al sector privado, donde se puede ganar mucho dinero, aunque también hay una fuerte competencia.

—Continúa —lo instó Kim, fascinada y, a la vez, horrorizada de que, para aquel hombre, tratar a niños vulnerables hubiera sido una ambición tan calculada.

—Gran parte de nuestro trabajo consiste en escuchar; o no escuchar, como en tu caso —añadió, con una sonrisa burlona—. Los diversos tipos de trauma requieren diferentes enfoques: maltrato infantil, negligencia, trastorno de estrés postraumático, abandono… Todos demandan un conjunto de herramientas diferentes, pero todos exigen un denominador común: paciencia. Vas a la velocidad del niño. Es decir…

—Kim te ha dicho la verdad, Ted —dijo Bryant—. Estoy un poco enamorado de ti. —Tanto ella como el psicólogo se rieron a carcajadas—. Lo siento, no podía aguantarme más —se disculpó.

—Gracias —dijo él, y continuó—. La paciencia era un rasgo que él no poseía, varias veces se metió en problemas por sacar conclusiones precipitadas.

—¿Por eso dejó Servicios Sociales? —preguntó Kim.

Ted negó con la cabeza.

—Se fue porque se lo pidieron.

Kim se inclinó hacia delante.

—¿Por qué? —preguntó.

—Tammy Hopkins.

—¿Quién?

Ted dio un sorbo a su bebida.

—Ese no era su nombre real. Todos la llamábamos Tammy Hopkins para saber a quién nos referíamos. No queríamos meter la pata y revelar su verdadera identidad. Tammy era la hija de once años de la pareja de cantautores de Glasgow.

—Recuerdo algo; ¿hace unos quince años? —preguntó Bryant.

Ted asintió.

—Asesinato y suicidio de los padres. La madre apuñaló al padre y luego se cortó las venas. Tammy tenía diez años y lo vio todo. Aterrorizada, se escondió fuera de la casa, en el cobertizo, durante dos días, hasta que un vecino pasó por allí con un paquete que le habían entregado por error y se encontró con aquel puñetero desastre. —Ted se estremeció—. Bueno, a Tammy la trasladaron aquí, a vivir con su tía, y ya imaginarás quién fue el primero en coger el caso. De todos modos, después de un tiempo quedó claro que Tammy había sufrido abusos por parte de su padre, lo que la convertía en una víctima de violación y…

—Eso le daba el anonimato de por vida.

—Por lo tanto, él nunca iba a podría escribir sobre el caso ni mencionarlo fuera del trabajo. No iba a sacar provecho de la miserable historia de la niña, así que interrumpió el tratamiento alegando que la había ayudado todo lo que había podido.

—¿Y?

—Ella se cortó las venas dos semanas después. Murió.

Kim sintió que se llenaba de rabia por el dolor de aquella niña.

—¿Cómo coño no lo llevaron a juicio?

Ted se encogió de hombros.

—Una de las áreas más subjetivas de la terapia es cuándo debes dejar marchar a un paciente. No hay forma de saber con seguridad si has hecho bastante. —Fijó su mirada en ella—. Para estar seguros, tendríamos que tratarlos a todos de por vida. —Ella se echó a reír y sintió que aliviaba la tensión—. No tengo ni idea de lo que le ocurrió después.

—¿Has oído hablar de una especie de congreso llamado Brainboxes?

Él volvió a fruncir el ceño.

—No me digas que ha estado metido en eso. Si es así, estoy seguro de que allí hay un montón de pobres almas rotas, suficientes como para mantenerlo ocupado. No es que yo sepa mucho al respecto, aunque son una especie de gladiadores mentales, pero para niños. No me gustaría decir nada más, porque nunca he asistido.

Ella se bebió el último trago y se levantó. Bryant hizo lo mismo, a regañadientes, y le ofreció la mano a Ted.

—¿Puedo volver sin ella, solo a escucharte? —le preguntó.

—Por supuesto —respondió Ted. Sonrió y le dio una palmada en el brazo—. Me sorprende que no necesites terapia, dada la cantidad de horas que pasas con…

Kim se giró.

—Eh, basta —dijo—. Y gracias, Ted.

—De nada, como siempre, querida.

Kim siguió a Bryant hasta el coche. Él se subió.

Ella no. Volvió al umbral, donde estaba Ted, y se encontró con su

mirada inquisitiva.

—Paz —le dijo—. Le has dicho a Bryant que no sabías por qué yo venía a todas las sesiones a guardar silencio. Venía en busca de paz. —Se dio unos golpecitos en la sien—. Venía a descansar de esto.

—No entiendo…

—Venía porque sabía que, mientras yo estuviera aquí, tú no dejarías que nadie me hiciera daño.

Ella vio la emoción que se acumulada en los ojos de Ted antes de darse la vuelta y dirigirse de nuevo al coche.

Capítulo 43

—¿Sabes?, este consigue que quiera confesarme y soltarle toda mi mierda. Es como Yoda.

—Lo sé —dijo Kim, y sacó su teléfono. Bryant arrancó el coche, pero esperó a que ella pulsara el número de Stacey.

—Hola, jefa.

—Parece que nuestro hombre era un cazador de glorias, más o menos. Solo perseguía grandes casos —dijo—. ¿Tienes algo sobre Brainboxes?

—Solo lo que hay en la página web: es un evento de dos días para los chicos más sobresalientes del país y lleva años celebrándose. Hacen todo tipo de competiciones, que terminan con un concurso entre los chicos y las chicas que más destacan, con premios y demás. En la web se ven muchas fotos de niños pasándolo bien. Ahora mismo, los organizadores son un matrimonio con el que no he conseguido ponerme en contacto, porque están de camino a la convención, en el hotel Village, en Stourport.

—Vale, Stace. Por hoy, vete a descansar. —Recordaba la advertencia de Woody—. Pero tendremos reunión informativa a las siete —la advirtió antes de colgar.

—Jefa…

—Sí, tú también, Bryant, así que déjame en la comisaría.

Él refunfuñó; aun así, puso el coche en marcha y se apartó del bordillo.

Lo que Stacey les había dicho de la convención parecía contradecir lo que acababan de averiguar. Sin embargo, la descripción que Ted les había dado estaba bien grabada en su cerebro: niños gladiadores.

Capítulo 44

—¿Y bien, chicos?, ¿qué tal estáis hoy? —preguntó Kim.

—En principio, como si esta fuera la mejor hora del día para ponerse a trabajar —respondió un alegre Bryant.

—Encantada de obligaros —dijo Kim, que se sentía igual. Su día había empezado a las cinco, tras dejar la cafetera en marcha, con una caminata a paso ligero por el parque, en el que no había nadie más.

Y, mientras se tomaba el café, el perro había devorado un cuenco de pienso con trozos de pollo. Luego, los dos habían salido al jardín a ver cómo se iluminaba el cielo con la salida del sol.

El mejor amigo de Kim se había quedado en casa saboreando una zanahoria. Charlie, el amigo de Barney que vivía al final de la calle, iría a recogerlo más tarde para dar otro paseo y dejarlo cazar ardillas en su jardín trasero.

Bryant llamaba a eso «perro compartido», pero era un acuerdo estupendo que les venía bien a todos.

—Sabemos, pues, que nuestra segunda víctima tenía planes de asistir a ese tal Brainboxes de hoy. Los organizadores, con los que, sin duda, tendremos que hablar, le pagaban por sus servicios. —Miró a Stacey, que asintió—. Pero me gustaría saber por qué Veronica no nos dijo adónde iba su hermana.

—¿Crees que lo sabía? —preguntó Bryant.

—Sabía todo lo demás, así que supongo que sí. Sigue indagando sobre ellas, Stace, hay muchas cosas que no sabemos. Y quiero una reunión con la gente de Brainboxes lo antes posible. Ah, no olvides cruzar las fechas en que ambas víctimas estuvieron allí.

—Lo haré, jefa.

Kim, que era consciente de la carga de trabajo que le estaba soltando a Stacey, miró con nostalgia la silla vacía de Penn.

—Más tarde, Keats nos dirá si hay algo más que debamos saber sobre Nixon, una vez que haya hecho la autopsia, este…

—Hola —dijo una alegre voz desde la puerta.

Los tres miraron la radiante figura élfica vestida con uniforme de policía. Kim calculó que mediría alrededor de un metro sesenta y ocho. Tenía el pelo rubio recogido en un moño en la nuca.

Kim no estaba informada de que ese fuera el día de vestir bien a tu hijo y llevarlo al trabajo.

Trató de disimular la incomodidad.

—¿Te has perdido? —le preguntó. La puerta estaba bien identificada como Departamento de Investigaciones Criminales.

Ella negó con la cabeza, aún radiante, mientras entraba en la habitación.

—Soy Tiffany, como la cantante: Tiff. Me dijeron que me esperabas.

—¿Para qué? —preguntó Kim.

Ella encogió sus delicados hombros.

—Para ayudar, creo.

Kim miró a sus colegas, por si algo se le hubiera escapado. Las expresiones de todos decían que no.

—Tiffany, no sé si…

—El inspector jefe de detectives Woodward me ha pedido que viniera. —Apenas podía contener la alegría en su voz. Era como si le hubieran prometido un viaje a Disneylandia—. Me ha dicho que os falta un miembro en el equipo y me ha hecho mucha ilusión que pidiera mi ayuda. —Su sonrisa seguía intacta—. He oído hablar mucho de todos vosotros, hacéis un trabajo increíble, y no me

puedo creer que esté aquí ahora mismo.

Kim se volvió a Bryant, que la miraba con el mismo desconcierto que Stacey.

—Supongo que ha habido un error, Tiffany. Si vuelves a tus deberes normales, arreglaré esto con el inspector jefe de detectives de una vez…

—Me dijo que dirías eso —sonreía aún más, como si participara en alguna broma—, y que te recordara la conversación que tuvisteis ayer. Mi madre, este despacho es pura fantasía —exclamó.

Tiff miró a su alrededor y tomó asiento, una acción que provocó que la expresión de Stacey pasara de la curiosidad divertida al pánico.

—Por favor, aprovéchame como quieras —ofreció, radiante—. Estoy tan…

Kim se volvió a Stacey, cuyos ojos suplicaban que echara de allí a la intrusa.

—Sí, ya lo hemos entendido —dijo.

Con una expresión, le respondió a Stacey que no podía.

—Hablaré con Woo… con el inspector jefe de detectives Woodward y lo aclararé todo. —Tiffany asintió con entusiasmo y sonrió—. Mientras tanto, estoy segura de que Stacey encontrará algo en lo que puedas ayudarla.

—Fetén —respondió ella.

Kim cogió su abrigo y le lanzó a Stacey una mirada de disculpa. Tenía que huir de allí.

Su pequeño despacho se había vuelto, de pronto, demasiado luminoso para ella.

Capítulo 45

Estaban a punto de llegar a casa de Veronica cuando Woody por fin respondió a su llamada. Quizás los veintisiete intentos seguidos le habían dicho que Kim no se daría por vencida.

—Buenos días, Stone —respondió.

El alegre saludo le reveló a Kim que sabía exactamente por qué lo estaba llamando.

—¿¿Es mi castigo, señor?

—Recuerdo haberte explicado que cada acción tiene una…

—¿Es una consecuencia, entonces? —completó Kim.

—Es una policía joven, entusiasta y talentosa que está demostrando gran…

—¿Cómo de joven?

—Veinticuatro.

Kim se preguntó si su jefe le había añadido diez años solo por entretenerse.

—Bueno, supongo que la pequeña ayudante de Papá Noel necesita algo que hacer fuera de temporada.

Habría jurado haber oído una risita disimulada de inmediato bajo una tos.

—No me digas que te ha caído mal solo porque es risueña.

—No la conozco tanto para saber si me cae mal, pero usted sabe que no soy de fiar cuando estoy con seres de luz. Tiendo a destruirlos sin siquiera intentarlo. Por favor, piénselo otra vez, señor. Por el bien de la chica.

La línea se quedó en silencio.

Kim esperaba la respuesta. Tenía la esperanza de que él estuviera meditando en serio su petición.

—¿Señor?

—Lo siento, ¿me lo has pedido de verdad? Estaba dándole un mordisco a una tostada. Y la respuesta es no. Son un par de manos extra que necesitas desesperadamente en ausencia de Penn, y no me has dado ninguna razón de peso para que cambie de opinión. Ah, y no te preocupes por su sensibilidad, te aseguro que es mucho más dura de lo que parece. Dicho esto, terminaré de desayunar en paz. Que tengas un buen día.

—Mierda —dijo ella en cuanto la línea se cortó—. ¿Cómo narices puede creer que una persona nueva en el equipo nos va a ayudar de alguna manera? Quiero decir, ¿cuánto nos va a ayudar entre las tomas de biberón y los descansos para ir al baño? ¿Y por qué elegir a alguien tan condenadamente alegre para ponerla conmigo?

—Para ser justos, jefa, no le has dado ningún motivo para cambiar de opinión. No puede retractarse solo porque Tiff te parece demasiado intensa.

—Bryant, estoy muy segura de que nunca he utilizado la palabra «intensa», y creo que tú tampoco deberías hacerlo —dijo mientras se detenían frente a un garaje con la puerta abierta.

—El coche no está —dijo Bryant. Era obvio.

Kim se dio cuenta enseguida de que Veronica formaba parte de una minoría muy reducida que utilizaba el garaje para guardar el coche. Y nada más que el coche, puesto que no había indicios de las cajas y los cacharros normales que la mayoría de la gente reubicaba allí para no tenerlos a la vista.

—Si ha dejado la puerta abierta, no habrá ido muy lejos.

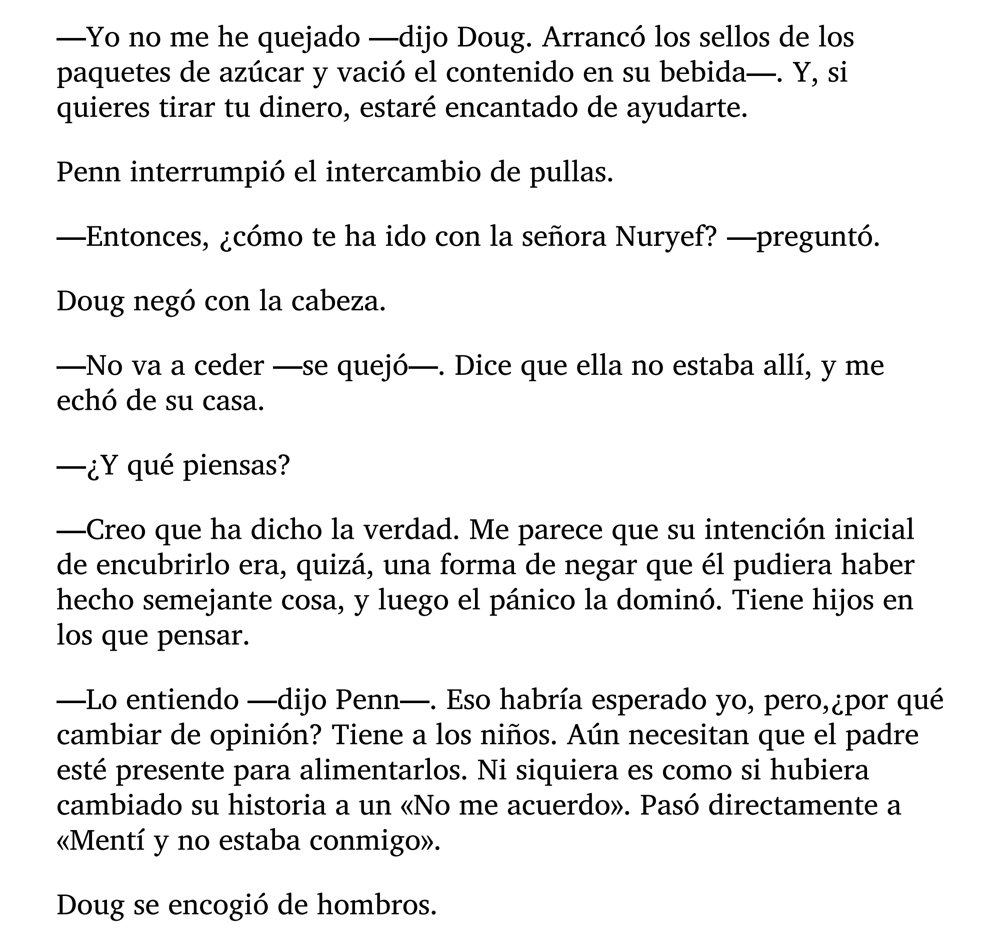
—Aquí no hay nada que robar —comentó Kim, aunque estaba de acuerdo con él—. Ve a la vuelta a la esquina —le pidió.

Bryant dio marcha atrás y giró el coche. Un minuto después, entraron por la calle donde había vivido la hermana.

Ella entrecerró los ojos mientras se acercaban a casa de Belinda.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Capítulo 46



Lynne dejó sobre la mesa el portabebidas de Costa.

—No hace falta que traigas café cada vez que nos reunimos —le dijo Penn.

—Mira, ni siquiera puedo pensar sin él, y sería muy poco educado por mi parte traerlo para mí sola. —Le lanzó un par de sobres a Doug—. No es más que un puñetero café.

—Yo no me he quejado —dijo Doug. Arrancó los sellos de los paquetes de azúcar y vació el contenido en su bebida—. Y, si quieres tirar tu dinero, estaré encantado de ayudarte.

Penn interrumpió el intercambio de pullas.

—Entonces, ¿cómo te ha ido con la señora Nuryef? —preguntó.

Doug negó con la cabeza.

—No va a ceder —se quejó—. Dice que ella no estaba allí, y me echó de su casa.

—¿Y qué piensas?

—Creo que ha dicho la verdad. Me parece que su intención inicial de encubrirlo era, quizá, una forma de negar que él pudiera haber hecho semejante cosa, y luego el pánico la dominó. Tiene hijos en los que pensar.

—Lo entiendo —dijo Penn—. Eso habría esperado yo, pero,¿por qué cambiar de opinión? Tiene a los niños. Aún necesitan que el padre esté presente para alimentarlos. Ni siquiera es como si hubiera cambiado su historia a un «No me acuerdo». Pasó directamente a «Mentí y no estaba conmigo».

Doug se encogió de hombros.

—Amigo, mi comprensión de la naturaleza femenina es limitada, en el mejor de los casos, pero Irina Nuryef está, por completo, en otro nivel. —Se inclinó hacia la izquierda—. Sin intención de ofender, Lynne.

—No me ofendo, pero, desde mi punto de vista, durante ambas declaraciones parecía igual de agitada y cabreada —expuso ella—. Anoche volví a ver las grabaciones y no apostaría esta taza de café a en cuál ha dicho la verdad.

—¿Algo sobre los forenses que nos hayamos perdido?

—No, que yo haya visto. Conseguimos una orden y encontramos la camiseta, en una bolsa, escondida detrás de una caja de herramientas. La cadena de pruebas es sólida. Los análisis forenses confirmaron que la sangre pertenecía a Devlin Kapoor. No hay margen de error, no hay incoherencias. Todo está bien atado y con un lazo. ¿Y lo tuyo?

—No tanto —admitió él—. Anoche volví a la escena y hay un problema con el relato Drake como testigo.

—¿Cómo es posible? —preguntó Doug.

—No se puede ver el interior de la tienda.

—¿Qué? —preguntaron los otros dos al tiempo.

—Sí, lo sé —dijo Penn—. ¿Cómo es posible que no nos diésemos cuenta?

El hecho de que nunca lo hubieran comprobado lo había tenido en vela casi toda la noche.

—En ese tramo, la tienda está iluminada como un maldito faro —dijo Doug.

Penn asintió.

—Puedes ver a quien está detrás de la caja, pero no a quien está del otro lado. Lo he intentado desde todos los ángulos, y no es posible.

—Mierda —dijo Lynne, mientras un ceño interrogante revelaba que Doug aún no había encajado el hecho.

—Tómate la libertad de volver allí esta noche y demostrar que me equivoco, colega —lo invitó Penn—. Ahora bien, ¿cómo diablos vio a Gregor Nuryef allí si él mismo no estaba dentro? Nunca lo sabré.

—¿Y podría haber estado dentro? —preguntó Doug.

¿Cómo saberlo?

—Así que esa pregunta que esperábamos no tener que hacernos está ahora en nuestro punto de mira —observó Lynne—: ¿Quién mató a Dexter McCann y por qué?

—Y esa pregunta tendrá que esperar —dijo el detective Travis desde la puerta. Miró directamente a Penn—. Irina Nuryef está en la recepción y solo hablará contigo.

Capítulo 47

Stacey miró de un lado al otro de la sala.

—Así que ¿cuáles son tus habilidades?

«Por favor, jefa, haz algo para que Woody aparezca en la puerta y rectifique», pensó. No tenía tiempo para hacer de niñera.

—Me gusta ahondar en los análisis —dijo Tiff muy animado—. Eso hago a todas horas cuando estoy en la calle. Me encanta llegar al fondo de las cosas.

Después de mirar anhelante la puerta una vez más, Stacey resolvió que, si a la chica le gustaba cavar, le regalaría su propio jardín.

—Bien, en el caso actual tenemos dos hermanas involucradas: Belinda y Veronica Evans. Encuéntrame todo lo que puedas sobre cualquiera o sobre ambas.

—¿Te refieres a cosas como el nacimiento, el matrimonio, los hijos y demás?

—Cualquier cosa —respondió Stacey. Ella ya lo había intentado y no había encontrado nada, pero mantendría a la chica ocupada hasta que la jefa solucionara aquel lío.

Mientras tanto, hizo otro intento de llamar a los organizadores del Brainboxes, los señores Welmsley. Colgó el teléfono con un golpe de frustración. El número de móvil había pasado del buzón de voz a estar siempre ocupado. Ya les había dejado dos mensajes. Un tercero habría conllevado una orden de alejamiento.

Vale, el resto de su trabajo tenía que ver con el sitio web de Brainboxes. Hizo clic en una pestaña que ya tenía abierta y empezó a explorar.

Todo parecía amigable, accesible y acogedor. Tomó notas.

Brainboxes había comenzado en 1961 como un pequeño grupo de niños superdotados que se reunían a jugar y competir amistosamente. Su popularidad había crecido; luego decaído en los años setenta y ochenta, para resurgir con fuerza a mediados de los noventa con un nuevo programa de dos días, un precio de entrada, premios y una puntuación mínima de cociente intelectual para entrar.

Stacey no sabía qué pensar acerca de esa última parte. Entendía que el encuentro era para niños prodigio, pero no todos eran buenos en las pruebas y, para ser franca, detestaba cualquier cosa infantil que excluyera a algunos. Sin embargo, se trataba de un acto privado, y era poco lo que se podía hacer al respecto.

Al repasar los años transcurridos desde su reinvención, Stacey comprobó que las cifras crecían de forma constante. En 1995, se habían inscrito treinta y un niños, pero el último año habían llegado a sesenta y cuatro. Estaba claro que los niños superdotados iban en alza.

Fue a la galería y vio que los encuentros recientes estaban documentados con una mezcla de fotos y vídeos, mientras que los más antiguos solo tenían fotos.

Hizo clic en las imágenes del año anterior.

Se encontró con caras radiantes que habían sido organizadas en grupos: unas de todos los niños y otras de las competencias en las diferentes actividades. Stacey vio ajedrez y piano, una competición de cálculo mental, un concurso de ortografía y, por último, la gran final, en la que participaban los ganadores de todas las anteriores.

Desde su punto de vista, eran un montón de competiciones en solo dos días, pero las fotos también mostraban mucha diversión.

Encontrar a Barry Nixon fue bastante fácil. Cada año se incluía una lista del personal, como si fuera un reparto. Barry figuraba como asesor desde 2003 hasta el año anterior. Había faltado a un solo encuentro, unos años antes, y Stacey sospechó que el motivo había sido la muerte de su mujer.

Anotó todos los años en su libreta. Hizo un alto cuando un sonido inoportuno rompió el silencio.

—¿Estás silbando? —le preguntó a Tiffany, que estaba al otro lado de la habitación.

La chica sonrió.

—Sí, canciones de musicales. Me las aprendí de niña. Llenan el silencio. La mayoría de las veces ni siquiera me doy cuenta de que lo hago.

Stacey le ofreció una sonrisa tensa. «Déjate llevar, Stace», se dijo a sí misma. La jefa lo resolvería. Solo tenía que desconectar, sobreviviría.

Casar esas fechas con Belinda Evans no iba a ser fácil. Se preguntó por un momento si la jefa se habría equivocado. Belinda nunca había estado en la lista de personal. Al parecer, había asistido a los encuentros sin ningún cargo oficial.

Puso el nombre completo de Belinda en el buscador de la web y dio gracias a Dios por que alguien hubiera inventado el etiquetado de fotos.

Cotejó los datos que encontró entre las fotos, entradas de blog y menciones. Volvió a bajar la vista a su bloc de notas y se dio cuenta de que los dos habían asistido juntos al evento al menos diez veces.

Capítulo 48

Bryant consiguió aparcar entre un contenedor y la furgoneta de la compañía de limpieza. El coche de Veronica, según Kim pudo apreciar, estaba aparcado en la entrada de la segunda casa de Belinda, al lado.

—Bueno, no ha perdido el tiempo —observó Bryant.

—No ha perdido una mierda. Le han entregado la propiedad hace apenas un par de horas. Debe de haber tenido a toda esta gente esperándola en la entrada de la calle.

En un mensaje de texto, Mitch le había dicho que habían terminado a las seis de la mañana. No habían encontrado indicios que relacionaran la vivienda con la escena del crimen real, a kilómetros de distancia.

Kim subió por un lado del sendero para dejar pasar a dos trabajadores de limpieza que llevaban cajas al contenedor.

—No, no, despejad habitación por habitación —oyó Kim mientras entraban en la casa.

Veronica estaba de pie, en medio del salón, sobre un cuadrado de alfombra de un metro de ancho ya despejado.

Llevaba unos vaqueros claros y una camiseta verde, ropa de trabajo que no esperaba ensuciar.

Los miró y frunció el ceño.

Kim caminó hacia el centro de la sala, con cuidado de que las brillantes portadas de las revistas no la hicieran resbalar.

—Ha estado ocupada, señorita Evans —dijo.

No tenía ni idea de cuánto les estaría pagando, pero vio que, detrás

de los montones, ya se veían tramos de pared.

—De verdad, tendría más posibilidades de encontrar al asesino de mi hermana si no estuviera tan fascinada conmigo.

—Y, quizás, si usted hubiera sido un poco más sincera…

—¿Qué demonios…? —dijo Veronica, y miró a su alrededor.

Una trabajadora acababa de darle un tirón a un montón de sábanas viejas.

—Una jaula —dijo.

—Deshazte de ella, pero no de esa caja de la derecha. Ponla en la pila de «Para revisar».

Estaba claro que Veronica quería centrarse en una habitación cada vez para supervisar todo de cerca.

Quizá Kim había malinterpretado a una mujer que solo se aseguraba de conservar los objetos personales o recuerdos de Belinda.

—Un joyero por aquí —dijo el trabajador más bajo. Le entregó la caja a Veronica.

Esta la abrió.

—Bisutería de Belinda de los años ochenta. Le encantaba esta basura.

Cerró la caja y la tiró a la bolsa negra que tenía más cerca.

A Kim se le erizó el vello. «O tal vez no», pensó.

Observó por un momento a Veronica, que seguía dirigiendo a los trabajadores y gestionando sus tareas.

A pesar de sus propias carencias en el apartado de la conexión emocional, Kim sentía, a menudo, una vaga empatía por los familiares, los que quedaban atrás, las personas que tenían en sus

vidas agujeros en forma de víctimas. Se compadecía de quienes tenían que reorganizar toda su existencia en torno a un espacio vacío. Era empática porque comprendía las pérdidas.

Sin embargo, esa mujer no le provocaba ninguna emoción. Kim se preguntaba si Veronica había enterrado muy hondo sus sentimientos para evitar enfrentarse a ellos. Dado lo intrincadas que estaban las vidas de las dos hermanas, sus días tenían que estar más vacíos que nunca.

Pero esa necesidad de erradicar la existencia de su hermana, tan poco tiempo después de su muerte, dejaba helada a Kim. Belinda se merecía algo mejor. De los cientos de casos en los que había trabajado, nunca había visto a un familiar actuar con tanta frialdad.

—¡Esa no! —gritó Veronica de repente.

Kim miró la caja de cerca. Contenía papeles viejos, libros de texto y cuadernos.

Veronica la agarró y la atrajo hacia sí.

—Señorita Evans, sabemos que está ocupada, pero…

—Puede hablar mientras yo vigilo, inspectora. A esta gente le pago por hora.

La palabra «implacable» pasó por la mente de Kim. Esa mujer no cedía un ápice ante nadie en nada.

—Señorita Evans, le agradeceríamos que nos prestara toda su atención durante uno o dos minutos; o, si lo prefiere, podríamos hablar en la comisaría.

—Podríamos hablar, por supuesto —dijo sin pestañear—. La veré en algún momento, al final de la semana. Si quiere mi atención antes, le sugiero que pregunte ahora, inspectora. Soy perfectamente capaz de hacer varias cosas a la vez.

Kim miró a Bryant para comprobar si era exagerado que tuviera ganas de rodearle con las manos la gar ganta a esa mujer. Un músculo crispado en la mejilla de su compañero le dijo que no.

—Señorita Evans, sabemos a dónde iba su hermana durante un par de días y estamos seguros de que usted también lo sabía. —Veronica negó con la cabeza—. No nos insulte, señorita Evans. Usted sabía todo sobre los movimientos y planes de su hermana. Apenas se preparaban una taza de té sin consultárselo la una a la otra. Explíquenos por qué ha decidido ocultarnos esa información. —Si Veronica se sintió sorprendida ante el cambio de tono, no demostró nada. Seguía vigilando los movimientos de los limpiadores. Kim continuó, decidida a dejar claro su punto de vista.

»La aviso de que, cuanto más intente ocultarnos, más voy a escarbar. Así que, piense lo que piense…

—Yo le dije que no fuera, y no veo por qué esto es asunto suyo. No le pienso decir nada que la ayude a sacar a rastras nuestro pasado.

—Como agentes de policía que investigamos este caso, nosotros decidiremos qué es asunto nuestro, y, como única pariente conocida de Belinda, quizá usted quisiera ser un poco más servicial para ayudarnos a encontrar al asesino.

Kim estaba a diez segundos de esposarla por obstrucción.

—Debería centrarse en el psicópata que la hizo ir al parque para matarla, en vez de meterse en…

—¿Qué exactamente? —preguntó Kim.

—Nada, inspectora. Por favor, continúe con sus preguntas.

—¿Por qué iba a esas jornadas? ¿Cuál era su motivación?

—Lo mismo de siempre: estudiar. Hay pocas cosas más fascinantes que la noción de un cerebro adulto en el cuerpo de un niño. Iba a observar, a interactuar, a comprender. —Su mandíbula se tensó—. Eso es todo lo que sé.

No se había disculpado, ni se disculparía, por haberles ocultado la información, y era poco probable que una explosión de Kim lograra algún cambio.

—Señorita Evans, hemos investigado su llamada por Skype con el editor

del Telegraph. Al parecer, terminó mucho antes de lo que nos dijo.

Veronica se encogió de hombros, impasible.

—¡Tirad todos los libros y revistas, ya os lo he dicho! —gritó por encima de Kim.

Una de las limpiadoras vacilaba con una pila de libros en los brazos.

—Pero las tiendas de segunda mano…

—A la basura —ordenó Veronica. Era evidente que no quería que nada de su hermana quedara atrás.

—Señorita Evans, ¿dónde estaba exactamente el lunes por la noche entre las diez y media y las once?

Por fin, Veronica se volvió hacia ella con el rostro pétreo.

—Inspectora detective Stone, no me ha leído mis derechos, no estoy detenida. Me niego a responder a esa pregunta. Me gustaría que se marchara ahora mismo y, si no hace lo que le pido, no tendré más remedio que presentar una queja formal.

Kim no pudo morderse la lengua.

—Veronica, ¿qué demonios nos oculta? —preguntó.

La mujer sacó su teléfono móvil.

—Por favor, salgan de esta casa y déjennos en paz. Ahora mismo —dijo, decidida.

Sin otro remedio, Kim giró sobre sus talones y salió. Se preguntaba por qué Veronica había dicho «Déjennos».

Capítulo 49

Antes de entrar en la habitación, Penn hizo esperara a la mujer unos veinte minutos.

Tanto Lynne como Doug habían insistido en acompañarlo, pero él les había dicho que no. En ese momento, estaba al límite con esa mujer, pero ella había pedido que se reunieran en privado, y eso haría. Y le echaría un rapapolvo en caso de que siguiera jugando con ellos.

—Señora Nuryef —dijo él, con frialdad, mientras tomaba asiento. —No llevaba papeles, carpetas ni cuadernos. Ella miró la grabadora instalada en la pared, pero él negó con la cabeza—. No tiene sentido. Lo que tenga que decirme no podrá ser usado como prueba. Ni un jurado, en todo el país, creerá una sola palabra de lo que usted diga —le explicó con claridad—. Y, si quiere que sea franco, creo que yo tampoco.

Tras su comportamiento del día anterior y lo voluble de sus historias, ella podría admitir lo que fuera: el jurado negaría con la cabeza y desestimaría cada una de sus palabras.

Irina Nuryef puso las manos sobre la mesa.

—He mentido —susurró.

—Bueno, eso ya lo sabemos, señora. Solo estamos intentando decidir en cuál de las ocasiones —añadió él con frialdad.

Ella asintió con la cabeza.

—Sé que usted está enfadado por lo que dije ayer, pero no puedo seguir contando estas mentiras.

Penn le dedicó una mirada imparcial. Irina parecía cansada. De nuevo, su pelo estaba desgreñado. No llevaba nada de maquillaje. Pero el mayor cambio no estaba en su aspecto físico: estaba en sus

ojos. Por primera vez, Penn veía miedo.

—Vamos, Irina —le dijo—, dígame lo que haya venido a contarme.

Ella se retorció las manos y tragó con fuerza.

—Esa noche estuvo conmigo. En definitiva: mi marido estaba en casa.

Penn trató de que la crispación no se reflejara en su voz.

—¿Por qué me lo cuenta?

—Porque es la verdad. Y hay gente muriendo. Mi vecino…

—Fue asesinado, Irina, y ni siquiera sabemos por qué. Pero ¿cómo voy a creerla ahora? —preguntó Penn, frustrado—. ¿Y cómo explica lo de la camiseta en el cobertizo?, ¿la que encontramos después de que usted cambiara su declaración? —Ella se encogió de hombros y se mordió la uña del pulgar—. Además, ¿por qué mintió y nos dijo que él no estaba?

De nuevo, ella se encogió de hombros.

—No lo sé, no puedo explicárselo, pero ahora le digo la verdad.

La confusión atacó el cerebro de Penn.

—¿Cómo demonios voy a creerla, Irina? —preguntó.

Ella le clavó una mirada que, aunque estaba llena de miedo, era desnuda y triste.

—Porque le juro, por la vida de mis hijos, que mi marido estaba en casa conmigo la noche del asesinato.

Penn suspiró con fuerza y apartó la mirada.

Que Dios lo ayudara, porque de verdad la creía.

Capítulo 50

Stacey se sentó y estiró el cuello. De repente, fue consciente de que Tiffany silbaba otra melodía.

—¿Tienes algo? —le preguntó; sobre todo para hacerla callar. «Por favor, sálvame pronto, jefa», rezó en silencio.

—Nada de nada, aparte de la foto y la biografía de Belinda en la página web de la universidad; aunque, en realidad, no es una biografía en absoluto, es muy raro. Ahora estoy buscando las partidas de nacimiento para partir de ahí. —Sí, eso era exactamente lo que Stacey habría hecho—. Quiero decir que no esperaba ver a estas personas en todas las redes sociales, porque son demasiado mayores, pero…

—Oye —alegó Stacey—, nuestra víctima podrá parecer demasiado mayor para muchas cosas, pero eso no le impedía hacerlas. No subestimes a la gente por su edad —le advirtió. Se preguntó cuándo, en el plan de estudios, se había dejado de enseñar respeto por las víctimas.

Tiffany sonrió, dubitativa.

—Vale, genial. De todas formas, ni siquiera encuentro nada de su educación, así que, ya fuera porque las hermanas se mudaban mucho o…

—Sigue —le aconsejó Stacey. Sí, quizás prefería las melodías de musicales.

Pero debía admitir que la falta de información sobre las hermanas era muy extraña. En los tiempos que corrían, cada vez era más difícil no dejar huellas; sobre todo, porque se subían archivos continuamente.

Stacey se sentía como si no encontraran toda una sección de Internet, como si las dos hermanas se hubieran escondido en un

oscuro rincón del ciberespacio.

Pero, en ese momento, su problema era el opuesto al de Tiffany: tenía demasiada información.

Si la jefa estaba en lo correcto y los asesinatos tenían alguna relación con el encuentro de Brainboxes, había mucha gente a la que investigar. Ya tenía dos listas, la de los niños y la del personal, que, juntas, sumaban más de trescientos nombres.

Había recorrido casi todo el sitio web, pero hizo clic en la última pestaña, llamada «Salón de la Fama». La página parecía ser la foto fija del acto de clausura de cada año: el concurso. Cada equipo aparecía detrás de un panel en el que figuraban los nombres de pila de los miembros. Los grupos estaban uno frente al otro, con un director de concurso en medio.

Stacey sonrió al ver cómo cambiaban las modas a lo largo de los años, pero el formato de la foto siempre era el mismo: equipos de tres, correctamente sentados, y cada miembro con las manos cruzadas detrás de una placa de identificación.

Mientras se desplazaba por la penúltima foto, su dedo se quedó inmóvil sobre el ratón.

Miró de cerca la pantalla y abrió los ojos de par en par.

—No me jodas —dijo, y cogió el teléfono.

Capítulo 51

—Juro por Dios que esta mujer, por insufrible, inflexible y testaruda, ha pasado a encabezar mi lista —dijo Kim mientras se apartaban del bordillo.

Bryant puso rumbo a Dudley.

—En la mía, es la segunda —expresó.

No estaba de más visitar a Keats para ver si tenía novedades sobre la autopsia de Barry Nixon.

—No tienes ni pizca de gracia —espetó Kim—. Me gustaría borrarle de la cara esa puñetera sonrisa. Quiero decir, ¿con cuánta rapidez quiere borrar a su hermana?

—Para ser justos, nunca ha fingido que fueran las mejores amigas.

—Pero hablaban una docena de veces al día, así que había algún tipo de relación.

—O control —sugirió él.

Kim titubeó y se volvió hacia su colega. A veces, las observaciones de Bryant eran perspicaces y pertinentes.

—Continúa.

—Bueno, hasta ahora, Veronica no ha mostrado ninguna emoción por la pérdida de su hermana, pero vivían cerca y hablaban mucho. Es normal pensar que se debía a que estaban muy unidas, pero Veronica podría haber mantenido la proximidad solo para asegurarse de tener a su hermana bajo control.

—Bryant, no estoy segura…

—Vale. Cuando yo era niño, durante las vacaciones, teníamos que hacer turnos para llevarnos a casa las mascotas del colegio. Mi

madre no quería ni oír hablar del asunto. No quería roedores en casa, según decía. Yo tenía doce años, así que…

—Bryant, cada vez queda menos para que te jubiles —se quejó ella.

—Bueno, de todas formas, me llevé uno a casa. Eso fue antes de que hubiera normas de salud y de seguridad y permisos para todo. Los profesores te tomaban la palabra si les decías que tus padres habían dicho que sí.

Kim se golpeó la cabeza contra la ventanilla.

—En todo caso, a Rupert, un conejillo de indias, lo colé en mi habitación, pensando que sería fácil tenerlo allí y darle de comer cuando me fuera a la cama.

—¿Y? —preguntó Kim, que no tenía ni idea de adónde pretendía llegar.

—No podía quedarme en un solo lugar. Cada vez que bajaba, me imaginaba que alguien entraba en mi habitación y encontraba a Rupert. Era mi secreto, así que, si yo no estaba en mi cuarto, rondaba cerca para que nadie lo descubriera.

—¿Crees que Veronica estaba cerca para guardar un secreto?

—Bueno, desde luego, no ha sido por afecto fraternal. No está dispuesta a soltar ni una palabra sobre su pasado, así que hay algo que no quiere que el mundo sepa. Ya hemos probado que Belinda tenía un comportamiento impulsivo, de modo que, quizás, Veronica rondaba cerca para mantener a su hermana bajo control. Es imposible que no supiera adónde iba, pero ¿por qué es tan importante ocultárnoslo? Ha convertido algo insignificante en algo importante.

—Vaya, Bryant —dijo Kim.

—Sí, lo sé, mis observaciones son perspicaces, perceptivas, valiosas y…

—¿Intentaste esconderle una cobaya a tu madre? —Él resopló. Si ella bromeaba, era porque cabía la posibilidad de que él tuviera

razón. Pero ¿qué demonios intentaba ocultar esa mujer?—. Bryant, solo tengo dos preguntas. La primera: ¿me cuentas estas anécdotas para tranquilizarme?

Porque siempre lo hacían.

—Digamos que, si te vas a enfadar, prefiero que no estemos los dos solos en un espacio cerrado. Así que llamémoslo autopreservación.

—Y la otra: ¿qué pasó con Rupert?

—Conseguí guardar el secreto durante una semana. Pasé todo el tiempo en mi habitación y no salí con mis amigos. El lunes por la mañana, mamá me preguntó si quería que me llevara a la escuela con jaula y todo. Me dijo que esperaba que hubiera tenido unas buenas vacaciones.

Kim se rio a carcajadas.

—Bryant, te juro…

Tuvo que interrumpir lo que iba a decir porque su teléfono empezó a sonar.

—Stace, dime que tienes algo bueno, algo que me salve de las historias de Bryant de cuando…

Stacey la interrumpió, y Kim la dejó hablar mientras sus ojos se abrían de par en par.

—Joder, Stace —dijo en cuanto la asistente hubo terminado—. Buen trabajo.

—¿Qué? —preguntó Bryant. Acababan de llegar a la rotonda del hospital.

—Da la vuelta y llévame a casa de Belinda. Ahora mismo.

Bryant terminó de dar la vuelta a la rotonda.

—¿Por qué?

—Porque Stacey ha hecho realidad mi deseo. Volveremos para borrarle a Veronica esa sonrisa de la cara.

Capítulo 52

Al salir de la sala de interrogatorios, Penn no se sorprendió de ver que el detective Travis lo estaba esperando.

—¿Y bien?

Percibía la ansiedad del hombre, una zozobra que iba unida a la esperanza.

Penn negó con la cabeza.

—Sinceramente, jefe, no tengo ni idea de lo que está pasando aquí. Ahora ha vuelto a su historia original: jura que él estaba en casa con ella.

Travis se apoyó en la pared del pasillo para dejar pasar a dos agentes entre él y Penn. Antes de hablar, esperó a que los uniformados estuvieran fuera del alcance.

—¿Por qué ha cambiado de opinión?

—Está asustada porque el cadáver de su vecino apareció en las vías del tren.

—Lo que podría no tener nada que ver —dijo Travis.

Penn asintió, aunque sabía que ninguno de los dos se creía eso.

—¿Qué te dice tu instinto? ¿Esta vez dice la verdad? —preguntó Travis.

—Desde luego, tiene miedo de algo. Le temblaban las manos, y la voz también, un poco. Ha jurado por la vida de sus hijos. No ha sido tan arrogante como las otras dos veces que me encontré con ella.

—Esto es un puto desastre, Penn. Un puto desastre.

—Sí, jefe, lo es. Y, para que siga avanzando, solo hay una persona a

la que puedo ir a ver, y no te va a gustar ni un poquito.

Capítulo 53

Kim volvió a entrar en el bungaló. Al llegar al pasillo, se encontró de frente con Veronica.

La expresión de la mujer se endureció.

—Inspectora, esto se está haciendo pesado y, de verdad, tengo mucho trabajo.

Kim sacó su placa y la sostuvo en alto.

—¡Policía! —gritó con fuerza—. Pausa para el café. Todo el mundo. Ahora.

Los dos trabajadores que estaban más cerca miraron a su alrededor, confundidos.

—¡Fuera! —gritó Kim, y la habitación se vació. Por primera vez, vio incertidumbre en la expresión de la mujer—. ¿Por qué no nos dijo la verdad sobre Belinda?, ¿que ella misma había sido una niña prodigio?, ¿que compitió en uno de los primeros concursos de Brainboxes?

Veronica dio un paso atrás y apoyó una mano en el aparador recién despejado.

—Lo siento, pero no sé cómo esa información podría ayudarla.

—No se haga la tonta, señorita Evans. Y ambas sabemos que no lo es. Usted sabía que iba a asistir a las jornadas y decidió no decírnoslo. Ahora hemos descubierto lo estrechamente vinculada que estaba Belinda con ese programa. Era una niña prodigio, ¿no es así? —Veronica asintió, como si algo le impidiera pronunciar una sola sílaba sobre el tema—. ¿Usted no quería que asistiera? —La mujer negó con la cabeza—. Por el amor de Dios, hable. Conocemos su secreto, pero nunca entenderé por qué lo ha guardado con tanto empeño.

—Iba todos los años que podía. Lo hacía para recordarse a sí misma, para mantener vivo el recuerdo de haber estado allí con nuestros padres. También le gustaba estudiar a los niños, su comportamiento, su actitud. Incluso se creía capaz de hacer una proyección de serían. Hablaba con ellos, los interrogaba. Trataba de entenderlos.

—¿Para qué? —preguntó Kim.

—Para entenderse a sí misma.

—No me lo explico —dijo Bryant—. Tenía una carrera, un buen trabajo, buena presencia, estaba bien adaptada…

Veronica agitó los brazos ante el desorden que los rodeaba.

—¿Usted diría que este es un lugar bien adaptado? —preguntó—. ¿Cree que esto es normal? Cuando nuestros padres murieron, Belinda se quedó con sus pertenencias y se rodeó de ellas. Cada objeto le recordaba algo. Quería recuperarlo todo.

Mientras la mujer hablaba, Kim la observaba.

—¿Cómo fue tener una hermana prodigio?

Veronica la miró con dureza.

—Una auténtica locura, inspectora. Y eso, a usted, no le servirá de nada. Pero lo que sí puedo decirle es que ninguna familia vuelve a ser la misma.

—Venga —la instó Kim—. Dígame algo que me ayude a entender cómo cambiaron las cosas cuando llegó Belinda.

Veronica se quedó pensando un momento antes de que en su rostro apareciera una sonrisa triste.

—Había una muñeca. Mi muñeca. No era nada especial. Estaba hecha de tela y tenía un vestido de algodón cosido, los rasgos faciales pintados y, por pelo, unas hebras de lana amarilla. Mis padres me la regalaron a los dos años.

«Qué descripción tan detallada para un juguete que le regalaron hace más de sesenta años», pensó Kim.

—Belinda tenía cólicos de bebé. Lo único que parecía calmarla era que yo agitara a Jemima delante de ella. Me miraba mientras yo hacía bailar a la muñeca. Fruncía la cara y agitaba los brazos. Eso funcionaba para todo. Le encantaba. Siempre que se encontraba mal o triste, señalaba a Jemima y me sonreía. Cuando Belinda empezó el cole, mi muñeca, que ya se llamaba Mima, la seguía calmando cada vez que no estaba contenta. —Una breve sonrisa nostálgica se dibujó en la boca de Veronica un instante antes de que sus labios se endurecieran. Kim se temía el destino final de Jemima.

»Hasta que, un día, Belinda tuvo dolor de oídos. No se encontraba bien y se distraía enseguida de las lecciones que nuestro padre le había impuesto. Gritaba todo el rato «Mima», y se frotaba la oreja. Señalaba la caja de juguetes del pasillo y no conseguía concentrarse en su trabajo. Frustrado, mi padre quitó la muñeca de su vista. Yo la encontré esa noche. Estaba rota, en la papelera.

Kim empezaba a comprender el significado de Jemima y de la historia que Veronica le estaba contando.

Al igual que sus padres, Jemima había sido toda suya. Pero llegó Belinda y tuvo compartir la muñeca, y luego la perdió por completo.

—¿Por eso nos dijo que, si Belinda hubiera nacido primero, nunca la habrían tenido a usted?

—¿Quién quiere la mediocridad después de haber probado la perfección? —estalló Veronica.

—¿Y eso era ella? —preguntó Kim—. La perfección, quiero decir.

La mujer la miró con frialdad.

—Aunque me lo preguntara muchas veces y de muchas formas distintas, no le contaría todos los detalles de nuestro pasado.

—Vale, hábleme de Belinda. Cuénteme el efecto que su pasado tuvo en su presente.

Veronica vaciló, como si estuviera decidiendo si echarlos de allí o seguirles la corriente.

Soltó un largo suspiro.

—¿Alguna vez sus padres asistieron a la Jornada Deportiva, inspectora?

—Todos los años —respondió Bryant por ella—. Fui campeón en la carrera de sacos —añadió con ligereza.

La expresión de Veronica no cambió.

—¿Y usted vio sus caras cuando ganó? —Bryant asintió—. Estoy segura de que estaban encantados, orgullosos, como si usted fuera el centro del universo.

—Supongo que sí.

—Es una sensación embriagadora. Adictiva, incluso. Todos queremos unos padres muy orgullosos, y, si puedes conseguirlo todos los días con muy poco esfuerzo, ¿por qué no hacerlo?

—¿Pero? —preguntó Kim, que había percibido un «pero» tácito en el relato.

—¿Se asombraría si viera a un niño de dos años resolviendo multiplicaciones complejas?

—Me impresionaría, sin duda —suscribió Kim.

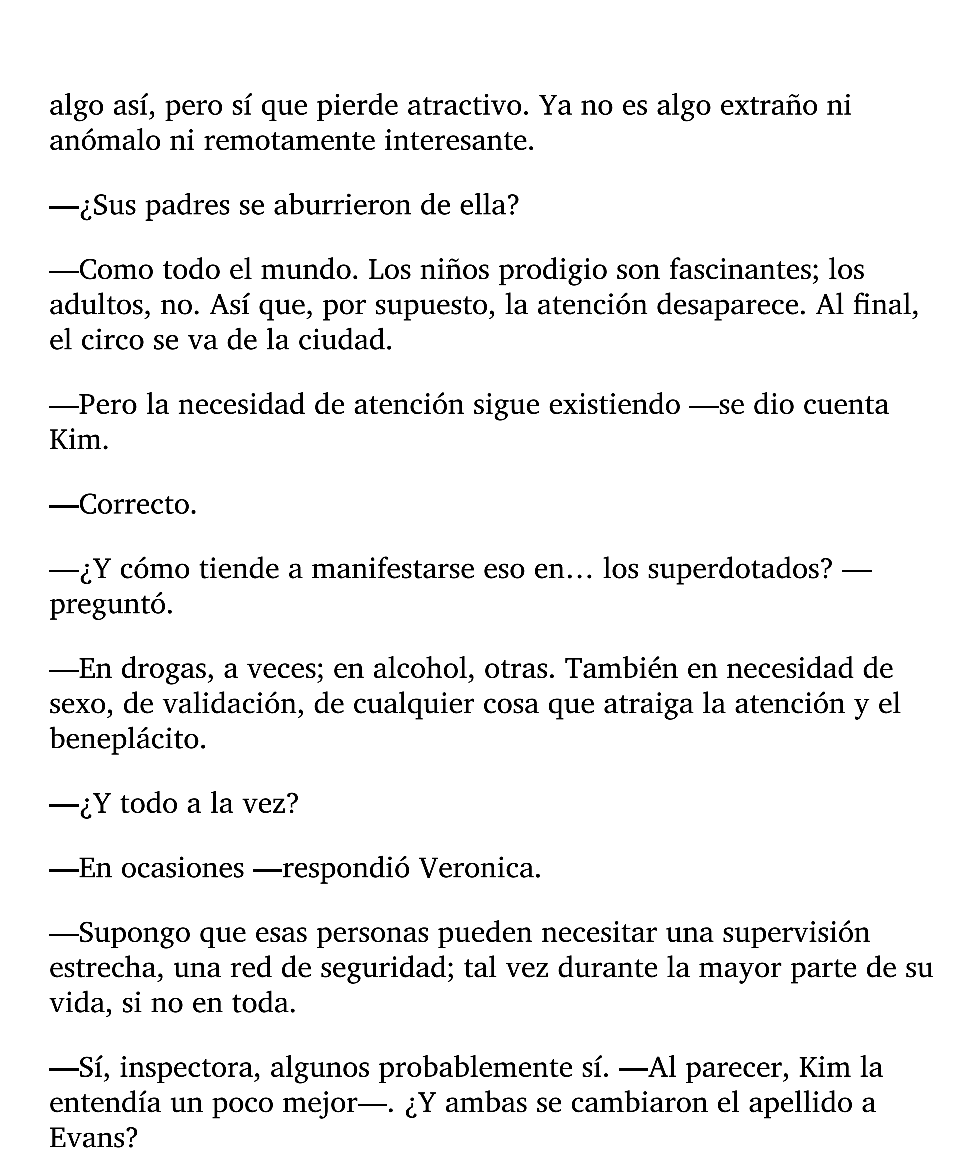
—¿Y si fuera un adolescente?

—Seguiría siendo muy especial.

—¿Un graduado de Oxford de veintiséis?

—Menos —dijo ella con sinceridad.

—Ese el problema con los niños prodigio, oficial. Con el tiempo, crecen, y el factor sorpresa desaparece. La habilidad no es menos única, no es menos especial, ya que pocas personas pueden hacer



algo así, pero sí que pierde atractivo. Ya no es algo extraño ni anómalo ni remotamente interesante.

—¿Sus padres se aburrieron de ella?

—Como todo el mundo. Los niños prodigio son fascinantes; los adultos, no. Así que, por supuesto, la atención desaparece. Al final, el circo se va de la ciudad.

—Pero la necesidad de atención sigue existiendo —se dio cuenta Kim.

—Correcto.

—¿Y cómo tiende a manifestarse eso en… los superdotados? —preguntó.

—En drogas, a veces; en alcohol, otras. También en necesidad de sexo, de validación, de cualquier cosa que atraiga la atención y el beneplácito.

—¿Y todo a la vez?

—En ocasiones —respondió Veronica.

—Supongo que esas personas pueden necesitar una supervisión estrecha, una red de seguridad; tal vez durante la mayor parte de su vida, si no en toda.

—Sí, inspectora, algunos probablemente sí. —Al parecer, Kim la entendía un poco mejor—. ¿Y ambas se cambiaron el apellido a Evans?

El rostro de Veronica se endureció hasta volverse de granito.

—Si lo sabe, no me necesita para nada. —Se enderezó y se alejó del aparador—. Así que, sí, inspectora, ahora tiene acceso a todo.

Capítulo 54

La prisión de Su Majestad Hewell estaba situada en el pueblo de Tardebigge, en Worcestershire. También prestaba servicio a West Midlands y Warwickshire.

En julio de 2017, esta prisión de categoría mixta había sido testigo de la intervención de los escuadrones Tornado, que tuvieron que contener un motín que se había producido tras el inicio de una prohibición gradual de fumar.

Al recordar las imágenes del equipo de élite de agentes carcelarios controlando la revuelta, Penn dio gracias a Dios por la carrera que había elegido. Un par de exámenes suspendidos, y podría haberle tocado a él; y, dado el aumento de la violencia del que daban cuenta todos los informes oficiales, aún pensaba que el cuerpo de Policía era una apuesta más segura.

Tamborileó con los dedos sobre la mesa. Tenía la sensación de que estaba haciendo algo mal. Su jefe provisional le había dado permiso para estar allí y, aun así, esperaba que alguien fuera a darle una palmadita en el hombro por haber ido a confraternizar con el enemigo.

En última instancia, Penn era el policía que había procedido con el arresto y solo iba a visitar al asesino en el transcurso del juicio. No, no se estaba quebrantando ningún reglamento procesal, en absoluto.

Y no importaba que el asesino en cuestión no pareciera muy contento de verlo en cuanto el guardia lo señaló.

Se sentó.

—¿Qué coño quieres? —Su acento ruso era ligeramente más marcado que el de su mujer.

Penn notó que había envejecido desde la última vez que habían

hablado. Habían aparecido unas tenues líneas en las comisuras de sus ojos; la tez rubicunda y sana que tenía en la calle había sido sustituida por una piel pálida y cetrina.

—¿Qué tal?

—¡Que te jodan! —exclamó, y Penn tuvo que retroceder un poco para evitar que unas gotas de saliva lo bañaran como minitorpedos. El sargento abrió la boca. Quería hablar, pero había perdido la oportunidad—. ¿Qué coño vais a joder hoy?, ¿eh? Os equivocasteis de hombre y construisteis vuestro caso en torno a la mentirosa de mi mujer y un puto crimen callejero de pacotilla.

Penn se encontró con su mirada. No había forma de evitar la rabia al rojo vivo de sus ojos. Y eso no lo molestó. Había encerrado a muchos, gente que ahora fantaseaba con arrancarle los miembros, uno a uno, como a un insecto. Su trabajo era cabrear a los delincuentes y a los malos. Lo que veía ahí reflejado, y no le gustaba, era la acusación: una acusación silenciosa que le decía que se había equivocado.

—La cagasteis pero bien, poli —dijo Gregor con amargura.

—¿La cagamos? —preguntó Penn sin pestañear. Era de esperar que un hombre acusado de asesinato dijera eso. Pero para eso había ido. Había hablado con casi todos los demás.

—Ya, como si fueras a escucharme ahora, joder. No me escuchasteis entonces, ¿por qué te interesa ahora? Tienes a tu hombre. Bueno, tienes a un tipo al que culpar de ese crimen, así que tus estadísticas y tus obje tivos van bien. ¿A quién coño le importa si de verdad maté a ese chico? ¿No es así?

—A mí —dijo Penn con sinceridad. Hablaba poco, pero escuchaba mucho y observaba aún más. El hombre se había rendido. Había gritado su inocencia durante meses y ahora había aceptado su destino, fuera culpable o inocente—. Dame algo, Gregor —dijo.

—¿Qué quieres? —dijo abriendo las manos—. De haber sabido que esto iba a ocurrir, habría invitado a toda la calle para que me dieran una coartada. Era una puta noche normal. Dos padres agotados

frente a la tele, sin apenas hablar, después de que los niños se fueran a la cama. Apenas conseguí mantener los ojos abiertos. Una noche normal, y solo dos personas podían confirmarlo. Una está muerta y la otra es una puta mentirosa…

—Ha vuelto a cambiar su testimonio, Gregor —le dijo Penn.

El reo se quedó con la boca abierta.

—¿Qué?

—Ha vuelto a la primera versión. Dice que estuviste con ella toda la noche. —Las palabras parecían fallarle—. No ha dado más explicaciones y parece que algo la tiene asustada, pero, para ser sinceros, no creemos ni una palabra de lo que dice.

La cabeza de Gregor cayó hacia delante, como si ni siquiera fuera capaz de molestarse en albergar alguna esperanza.

—Hay algo más —dijo Penn. Sabía que estaba le estaba contando demasiado, pero tenía que comprobar sus reacciones. Gregor levantó la cabeza—. La declaración de los testigos oculares no es tan de fiar como pensábamos.

—¿Cómo? —preguntó, incrédulo—. Ese puñetero criminal no pudo verme porque no estuve allí.

Penn prefirió no explicarle que Ricky Drake, en realidad, no podía haber visto a nadie. El testigo la había cagado bien.

—Pero eso nos lleva de vuelta a la camiseta, Gregor —dijo muy serio. Siempre volvían a lo mismo.

El preso sacudió la cabeza.

—Nunca la había visto —dijo.

—Eso no te exculpa, hombre. Encontramos sangre de la víctima en tu cobertizo, en una prenda.

Él inspiró hondo, derrotado.

—No importa de cuántas formas diferentes intente decirlo. Te juro que yo no la puse allí.

Penn se pasó los dedos por el pelo.

—Tienes que darme algo más que eso. Mira, sé que no tienes por qué confiar en mí, pero, ayúdame. ¿O alguien más te ha dado la oportunidad de hablar últimamente?

Gregor lo miró durante un minuto entero.

—¿Lo dices en serio? ¿De verdad estás contemplando otras posibilidades por fin?

—Por eso estoy aquí.

—No tengo nada con qué ayudarte, ni para bien ni para mal, pero te diré toda la puta verdad, y decide por ti mismo.

—Venga.

—¿Fuiste tú quien encontró la camiseta? —preguntó.

Penn asintió.

—Me tocó buscar fuera de la casa.

—¿Y dónde estaba?

—Atrás, a la derecha, en la esquina más alejada de la puerta.

—¿Qué tuviste que mover para entrar?

Penn se quedó pensativo.

—Un par de escaleras de mano, un par de bicicletas para niños, cajas de almacenaje.

—Todo eso estaba delante, ¿verdad?

Penn volvió a pensar.

—Sí, en el centro, más o menos, y luego, hacia atrás, estaba

despejado.

—Yo pongo todo en la parte delantera, colega. A los lados de la puerta. Lo apilo todo y lo empujo desde la entrada. —Sí, por lo que había visto, Penn podía deducirlo—. Como te he dicho antes, no es nada que puedas usar, pero ya te digo que no puse esa camiseta en la parte de atrás del cobertizo, porque ni siquiera pongo un pie dentro de esa cosa. Nunca. —Penn, que no entendía nada, negó con la cabeza—. Arañas, tío. No solo les tengo miedo. Esas pequeñas cabronas me aterrorizan.

Capítulo 55

—Entonces, ¿qué crees que ha querido decir Veronica con «Acceso a todo»? —preguntó Bryant, que acababa de detenerse en un paso de cebra.

Sí, Kim también estaba pensando en lo que la mujer les había dicho justo antes de que salieran de su casa. ¿A qué había que tener acceso exactamente? ¿No lo sabían todo ya?

—Stace y Campanilla están en ello ahora mismo —respondió—. Pero me interesa más lo que Freddie Compton tenga que decir.

—¿Descartas a Veronica, entonces?

—A ver, Bryant, ¿cuándo he descartado a alguien? Aunque ahora está en un segundo plano. Si apareciera un vínculo obvio con nuestra segunda víctima, la volvería a incluir en el menú.

Él la miró de reojo.

—¿Intentaste cocinar algo anoche? —le preguntó—. Y sin éxito, supongo. Solo usas analogías con la comida cuando lo haces.

—Mi cocina me detesta.

—¿Estás culpando a tus electrodomésticos?

—Por supuesto —dijo ella, como si fuera una obviedad. —Había probado todo tipo de recetas, libros, Internet, vídeos de YouTube, e incluso el rincón de cocina para niños, y no había tenido éxito. Y en todo había un denominador común: su cocina—. Así que no, y te lo repito, no descarto a Veronica Evans, todavía. Pero Stacey ha dicho que ese tipo, Freddie Compton, organizó Brainboxes durante doce años, antes de que los Welmsley se hicieran cargo, así que habrá visto a nuestras dos víctimas en los encuentros. Debería poder darnos alguna pista de lo que tenían en común; pero vamos a lo importante de verdad, Bryant: ¿dónde coño estamos? —preguntó

ella, y se puso a mirar alrededor.

—Ya me preguntaba yo cuánto tardarías en hiperventilar —sonrió él.

Ah, sí que estaba hiperventilando. Había mucho campo verde entre Kidderminster y donde se encontraban.

—Estamos en un pueblo llamado Cleobury Mortimer y vamos a tomar ese desvío a la izquierda, justo aquí —dijo. Giró en una curva cerrada que, de inmediato, se convirtió en una empinada cuesta.

—Esto no es una puta carretera —gimió ella cuando una zarza golpeó su ventanilla.

El camino siguió ascendiendo. Luego se niveló, antes de descender poco a poco más allá de una granja de piedra gris.

—¿Por qué querría alguien vivir aquí? —preguntó Kim.

Bryant se detuvo junto a un Land Rover y señaló con el dedo.

—Por eso.

—¡Ah! —exclamó ella.

La casa se elevaba sobre un jardín en pendiente que se adentraba en un valle. Estaba rodeada de kilómetros de campo.

—Eso de ahí, a lo lejos, es Clee Hills —explicó Bryant al salir del coche—. Solía llevar a mi mujer cuando éramos novios.

—Serás tacaño…

Él negó con la cabeza.

—Era romántico —dijo.

Kim se encogió de hombros y echó a caminar hacia la entrada de la casa, situada en un lateral.

Bryant hizo un alto y le tocó el brazo.

—¿Oyes eso? —dijo.

—¿El qué? —preguntó ella, impaciente.

—El silencio.

Sí, en eso tenía razón. Estaban en medio de la nada. Habían dejado la autopista principal para entrar en una carretera secundaria, estrecha y llena de baches, antes de desembocar en otra de una sola vía. Esta los había conducido al camino de tierra montañoso.

No recordaba haber visto otro coche en kilómetros.

—En realidad, no lo entiendes, ¿verdad?

No, de verdad que no. Era una propiedad rural, aislada y, para ella, desoladora. La reconfortaban la familiaridad de los ruidos urbanos, incluso el ulular nocturno de las sirenas ocasionales; los portazos, las televisiones a todo volumen, la música desenfrenada a través de las ventanas abiertas, los borrachos que cantaban al regresar del pub a casa, y a sus mujeres que les echaban la bronca en cuanto los oían entrar.

Su único interés por el campo era recorrerlo en la Ninja para despejar la mente.

—Vamos, pueblerino —dijo, y llamó a la pesada puerta de madera. El repentino ruido cortó el denso silencio.

No hubo respuesta.

Volvió a llamar.

No se oía nada al otro lado.

—Bryant…

Él ya estaba mirando alrededor.

—Sí, lo sé —dijo.

Kim cruzó una puerta lateral que le llegaba por la cintura y que

conducía a una serie de terrazas que, sostenidas por pilares, desaparecían en el terreno inclinado.

Una de las ventanas del patio daba a la terraza, pero las cortinas estaban echadas.

Kim intentó abrir la puerta. Estaba cerrada con llave.

—Maldita sea. —Siguió rodeando la casa tras bajar de la terraza al suelo de tierra—. La ventana de la cocina. —Se llevó las manos a los lados de la cara y miró hacia dentro. Bryant hizo lo mismo. La cocina parecía ordenada, pero no había nadie.

—Tiene que estar aquí. Su coche está justo en…

Bryant dejó de hablar en cuanto una mosca golpeó la ventana.

Se miraron el uno al otro.

—Es la época del año, jefa —dijo él, esperanzado, y echó otro vistazo. Otras dos moscas golpearon por dentro—. Vale, de acuerdo.

Caminó de nuevo hacia la terraza y se dirigió a la puerta lateral, a la que habían llamado la primera vez.

Ella cogió una silla de hierro forjado y la levantó por encima de su cabeza.

—¡Jefa! —gritó Bryant justo a tiempo—. La puerta está abierta. —Bien, si su hombre estaba vivo y en perfecto estado, si solo dormía profundamente, les ahorraría una parte del presupuesto para cristales nuevos.

Kim se reunió con su compañero y se tapó la nariz de inmediato.

—Dios. —Tomó aire entre los dedos. Allí no había nadie durmiendo. Ambos conocían bien este hedor, un olor acre y hediondo que solo podía compararse con el de una habitación llena de carne podrida y heces.

El hedor perduraba en las casas durante años, a pesar de las limpiezas a fondo y nadie podía confundirlo con algo distinto a un

cadáver.

Ahora sabían que no había necesidad de apresurarse para entrar. Kim giró a la izquierda, hacia la cocina, donde había visto las moscas. Bryant fue a la derecha, a una pequeña sala para las visitas.

Desde donde estaba, Kim ver el suelo de la cocina, que estaba despejado.

Se dirigió al pasillo, la vivienda parecía un laberinto de pequeños espacios.

La habitación a la izquierda de la cocina estaba cerrada. Un rápido vistazo a las puertas abiertas le reveló el aseo de la planta baja y un lavadero. Y ningún grito de Bryant le dijo lo que necesitaba saber.

—Aquí, Bryant —lo llamó.

El sargento se reunió con ella en el pasillo y, con la cabeza, le indicó que estaba listo para que abriera la habitación.

Kim agarró el picaporte y abrió de un empujón. El zumbido y el hedor ya les señaló la dirección incluso antes de que entraran.

Kim se llenó los pulmones y avanzó.

—¡Dios mío! —exclamó Bryant cuando sus ojos se encontraron con el espectáculo que tenían delante.

Freddie Compton estaba sentado en un sillón, con los ojos muy abiertos. Miraba hacia la ventana encortinada del patio. En el centro de su pecho sobresalía un cuchillo de cocina.

Su camisa blanca, empapada en algún momento, estaba ahora rígida por la sangre que, desde la herida, había manado sobre el vientre, provocado ondulaciones a lo largo de los contornos y pliegues de la camisa, y fluido por las piernas hasta manchar el asiento.

Las moscas entraban y salían de las fosas nasales, de la boca ligeramente abierta. Revoloteaban y zumbaban alrededor de los ojos. Los gusanos se arrastraban por la camisa, alrededor de la

herida. Ese había sido su primer destino, sin duda, una vez localizado el cadáver.

Kim apartó los ojos de esa comunidad que estaba bien instalada en lo que había sido un ser humano capaz de caminar y hablar.

—He visto lo que hay en la mesa, jefa.

—Y yo también —respondió ella, que sacó su teléfono.

Sobre la mesa había un juego de mesa de serpientes y escaleras.

Bryant rodeó el sillón.

—No puedo verla, pero supongo que habrá una equis en su cuello. Yo diría que lleva muerto entre cuatro y cinco días.

—Sí, Bryant —convino ella—. Apostaría a que este fue el primer trabajo de nuestro asesino.

Capítulo 56

—Venga, Tiff, ¿qué tienes? —preguntó Stacey, y volvió a sentarse.

Después de haberse enterado de que el verdadero apellido de las hermanas era Loftus y que, más tarde, ambas se habían puesto el apellido de soltera de su madre, Stacey y Tiffany se habían abierto camino a través de los cientos de resultados que había en la red.

—Vale. Veronica tenía cuatro años en 1957, cuando nació Belinda. Son hijas de Alfred y Martha Loftus. Él era profesor de Economía. Ella criaba a las niñas. Todo parece normal hasta que Belinda tenía seis años y Veronica, diez: ambas desaparecieron del registro escolar. No se mudaron, así que, por lo visto, las educaron en casa, algo que no era común en aquel entonces. Por cierto, tengo la impresión de que el señor Loftus dejó del mundo académico más o menos al mismo tiempo.

—¿Dejó su trabajo para escolarizar a sus hijas? —preguntó Stacey.

—Eso parece.

—Entonces, ¿cómo sobrevivió la familia?

—Bueno. Por lo visto, al señor Loftus le gustaba presumir de sus hijas, sobre todo de Belinda, que no solo era una matemática superdotada, sino que, desde los seis años, también era capaz de nombrar todas las ciudades, pueblos y aldeas del Reino Unido. El señor Loftus abría su casa los viernes por la noche para que la gente fuera a jugar con sus hijas.

Stacey sintió un sabor agrio en el fondo de la garganta.

—¿Jugar?

—Los visitantes les hacían pruebas y preguntas, y tenían que pagar por ese privilegio.

—Así que Belinda era un bicho raro al que exhibían y extorsionaban. ¿Y cuál era el don de Veronica?

—Ortografía y un poco de piano. Pero Belinda era el número principal.

A Stacey no la ayudaba pensar en lo divertidas que habrían sido aquellas noches para las niñas.

—Bien hecho, Tiff, esto es…

—Aún no he terminado —dijo ella, y volvió a consultar sus notas.

Durante las dos últimas horas, Stacey se había sorprendido a sí misma deseando que no se llevaran a Tiffany todavía. Al final del día, quizás, pero no aún.

—Las noches de espectáculo se convirtieron en apariciones en radio, teatro y televisión. Cuanto más aparecían, más las llamaban. Pasaron algún tiempo de gira por Europa y viajaron a Nueva York a principios de los setenta. No he conseguido encontrar mucha exposición pública después, pero tengo imágenes del último programa de televisión en el que participaron.

—Ponlo —dijo Stacey, e hizo rodar su silla por el despacho.

Vio cómo la pantalla cobraba vida.

El decorado era el típico de un programa de entrevistas, con el presentador Kenny Franks sentado a la izquierda de una mesa de cristal. Habían puesto a la familia del lado derecho. Las dos niñas estaban una al lado de la otra, con los padres detrás, en taburetes más altos.

A Stacey, lo primero que le llamó la atención fue el aspecto de las chiquillas. A Belinda le calculó unos diez u once años y a Veronica, unos catorce. Llevaban vestidos iguales, estampados en flores, con un lazo a la izquierda de la cabeza. Completaban su atuendo unos calcetines tobilleros blancos cortos y unas zapatillas de ballet planas. Eran prendas adecuadas para la edad de Belinda, pero incongruentes en la chica mayor.

Ambas tenían los pies cruzados a la altura de los tobillos, y las manos, muy modosas, cruzadas en el regazo.

Para Stacey, el cuadro era muy inquietante.

—Sube el volumen —dijo mientras la cámara enfocaba a Kenny, el presentador. El hombre mostraba una sonrisa tan amplia como las solapas de su chaqueta a cuadros. Miraba a los padres por encima de las cabezas de las niñas.

—¿Y el secreto de su éxito es estudiar, estudiar y estudiar? —preguntó.

—Absolutamente —respondió el señor Loftus, muy circunspecto—. Cuando uno tiene un don, debe practicar y perfeccionarlo.

Kenny sonrió a las niñas.

—Pero habrán tenido algo de tiempo para divertirse…

—Por supuesto —respondió el señor Loftus, aunque no dio detalles.

—Y vosotras, encantadoras jovencitas, vais a demostrarnos los resultados de todo ese duro trabajo, ¿verdad?

Ambas asintieron. El público aplaudió, expectante.

—¿En serio que esto era entretenimiento? —susurró Tiff.

El presentador cogió una carta de la mano de un personaje que no entró en el encuadre.

—Bien, tenemos preparadas unas cuantas preguntas de matemáticas, así que empezaremos con Belinda. —Stacey observó que la expresión de la niña no había cambiado en absoluto—. Vale, primera pregunta de tres: ¿cuánto es tres mil doscientos cincuenta y cuatro por siete mil seiscientos noventa y tres?

—Veinticinco millones treinta y tres mil veintidós —respondió ella tras dos parpadeos.

Tiff se inclinó hacia delante.

—Mi madre —exclamó.

Kenny soltó una carcajada y miró a su alrededor.

—No me lo puedo creer. Tiene toda la razón.

El público vitoreó y aplaudió. Belinda sonrió y sus padres sonrieron con orgullo, pero Veronica permaneció impasible. No parecía sorprendida de que su hermana hubiera respondido correctamente la pregunta.

Kenny se inclinó hacia Belinda.

—¿Has visto mi tarjeta?

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—No soy una tramposa, señor.

—Vale, a ver si esta vez lo ponemos un poco más difícil.

—Esto no me está gustando —dijo Tiffany.

—Y, sin embargo, seguimos viéndolo —comentó Stacey.

—Vale, ¿cuánto es setenta y tres mil seis dividido por diecisiete, y multiplicado por ciento cuarenta y tres?

Tres parpadeos.

—Son seiscientos catorce mil ciento nueve con veintinueve —respondió la niña.

Asombrado, Kenny se volvió hacia el público.

—Tiene razón, amigos.

La multitud aplaudió atronadoramente.

—Es usted asombrosa, jovencita —dijo en cuanto se extinguieron los aplausos—. ¿Está lista para la pregunta final?

Ella tragó saliva y asintió.

Stacey se encontró a sí misma inclinada sobre la pantalla.

—Bien, aquí va: ¿cuánto es setecientos sesenta y siete por ciento diez, dividido por once y multiplicado por trescientos dieciséis?

Cuatro parpadeos.

—Son dos millones cuatrocientos veintitrés mil setecientos veinte… y uno.

La cara de Kenny se había desbordado de asombro hasta ese último dígito.

El presentador frunció el ceño mientras el público aguardaba, expectante.

—Casi —dijo él, con una alegría forzada. El público seguía en silencio —. Has fallado por uno. Son setecientos veinte, no setecientos veintiuno, pero, aun así, está bastante cerca. —La gente aplaudió sin entusiasmo.

—Caray, qué tensión —dijo Tiff. Las imágenes seguían reproduciéndose—. Quiero decir, un solo error y la multitud está…

—Porque cualquiera puede equivocarse en una suma —observó Stacey—. Lo que querían era ver a alguien que nunca se equivoca. Descubrieron que Belinda podía fallar y se olvidaron de las dos preguntas increíblemente difíciles que había contestado bien y que ningún adulto del público podría haber respondido. Se equivocó, y no importó por cuánto.

—Pero ella era…

—Tiff, hazme un favor. Reprodúcelo, pero quita el sonido —dijo Stacey—. Solo la última pregunta.

Sin la distracción del sonido, era más fácil detectar las microexpresiones.

La cámara estaba con Kenny, que hacía la pregunta.

Stacey contó cinco parpadeos.

—Me había dejado uno —dijo. Eran más parpadeos que en las otras dos.

—¿Un qué?

—Un pequeño tic. Observa sus ojos mientras calcula el problema. Parpadea más veces en la última pregunta.

—Era una pregunta más difícil —respondió Tiff—. Su cerebro tenía que pasar por más etapas.

—Y yo me habría explicado una respuesta muy equivocada, pero ¿fallar por uno?

—¿Qué estás…?

—Es como si se hubiera esforzado en dar una respuesta equivocada.

Tiffany negó con la cabeza.

—No lo creo. —Adelantó la grabación y pulsó pausa.

Se veía un primer plano de la cara del señor Loftus tras la respuesta incorrecta. Parecía enrojecido y capaz de matar.

Tiff se volvió hacia Stacey.

—Si esa fuera una de las posibles consecuencias, ¿te equivocarías a propósito?

Capítulo 57

Keats y Mitch llegaron con un minuto de diferencia y se quedaron charlando delante de la puerta principal.

«Eso, tomaos vuestro tiempo, chicos», pensó Kim. No era como si llevara casi una hora esperándolos.

Después de que ella diera el aviso, los coches patrulla se habían anunciado con sus sirenas, pero el campo y la fauna de los alrededores no parecían muy impresionados que digamos.

No hubo cierres ni desvíos de carreteras; solo un trozo de cinta en la puerta principal. Ni una sola persona se había acercado a ver qué era todo aquel alboroto.

Los policías de uno de los coches patrulla, a quienes habían puesto a cargo de interrogar a los vecinos —si es que los encontraban—, se habían ido hacía como veinte minutos. Kim no estaba muy esperanzada: no sería un interrogatorio puerta a puerta al uso. Sospechaba que la vigilancia vecinal y las cámaras de videovigilancia también serían un fiasco.

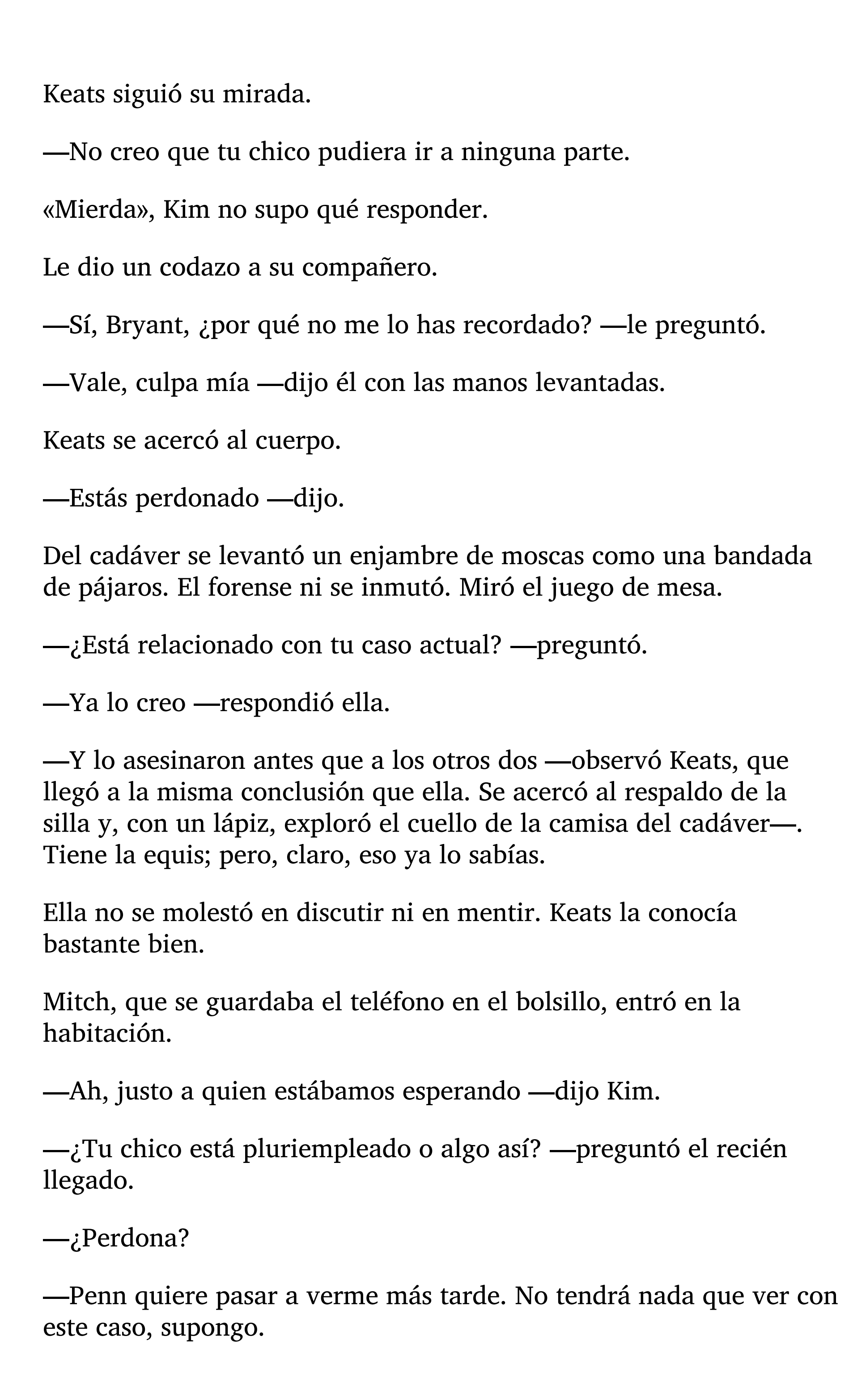
Keats pasó junto a los dos agentes que resguardaban el pasillo. Los saludó con una inclinación de cabeza y una media sonrisa. Algún día, ella lograría esbozar una de esas medias sonrisas. Era una de sus aspiraciones.

—Me alegra verte bien vestida —dijo el forense, sarcástico, mirándole los pies.

Pero ese no sería el día.

Por lo general, Bryant se las arreglaba para sacar del maletero del coche unas zapatillas protectoras azules.

—Tenía un poco de prisa —dijo ella, y miró a la víctima.



Keats siguió su mirada.

—No creo que tu chico pudiera ir a ninguna parte.

«Mierda», Kim no supo qué responder.

Le dio un codazo a su compañero.

—Sí, Bryant, ¿por qué no me lo has recordado? —le preguntó.

—Vale, culpa mía —dijo él con las manos levantadas.

Keats se acercó al cuerpo.

—Estás perdonado —dijo.

Del cadáver se levantó un enjambre de moscas como una bandada de pájaros. El forense ni se inmutó. Miró el juego de mesa.

—¿Está relacionado con tu caso actual? —preguntó.

—Ya lo creo —respondió ella.

—Y lo asesinaron antes que a los otros dos —observó Keats, que llegó a la misma conclusión que ella. Se acercó al respaldo de la silla y, con un lápiz, exploró el cuello de la camisa del cadáver—. Tiene la equis; pero, claro, eso ya lo sabías.

Ella no se molestó en discutir ni en mentir. Keats la conocía bastante bien.

Mitch, que se guardaba el teléfono en el bolsillo, entró en la habitación.

—Ah, justo a quien estábamos esperando —dijo Kim.

—¿Tu chico está pluriempleado o algo así? —preguntó el recién llegado.

—¿Perdona?

—Penn quiere pasar a verme más tarde. No tendrá nada que ver con este caso, supongo.

Ella negó con la cabeza. ¿Qué podía conseguir Penn de Mitch que no pudiera conseguir de los técnicos de West Mercia? Tomó nota para ponerse al día con él más tarde.

Mitch miró a su alrededor, luego al cadáver y, después, a ella.

—¿Tenéis alguna apuesta esta semana, como la de a ver quién le da a los técnicos la peor de las escenas posibles?

—No se puede complacer a todos —dijo ella, y se acercó a la mesa —. ¿Este tablero de juego te parece nuevo, Mitch?

Él echó un buen vistazo y se encogió de hombros.

—Ni idea. Desde luego, no está viejo ni desgastado, ¿por qué?

—Estoy pensando que no muchos viudos de mediana edad guardan juegos de mesa nuevos, a no ser que sean coleccionistas, y no veo otros por aquí. Y, mira —señaló algo—, dos fichas en la posición inicial. ¿Por qué?

—¿Es una pregunta retórica?

—Porque jugar no era la intención —respondió ella—. Nuestro asesino no quería jugar, así que ¿por qué molestarse?

Silencio.

—No es una pregunta retórica, chicos, así que estoy abierta a respuestas.

—La primera víctima estaba en un columpio —reflexionó Bryant—; la segunda, en una rayuela, y la tercera tiene delante un juego de mesa. Si no es jugar, no sé qué quiere.

—Yo tampoco, y eso es lo que me preocupa. Si tu viera que juzgar por esto, no entiendo el sentido de los juegos. Esto está preparado, pero no lo han tocado, ¿por qué? —volvió a preguntar.

—¿Para demostrar algo? —preguntó Bryant.

—¿A quién? ¿A la víctima?, ¿a nosotros? —Kim se encogió de

hombros—. Pero, si el juego es tan importante como el homicidio —dijo ella, pensando en voz alta—, hay que hacerlo bien. Nuestro personaje no podía asumir que aquí encontraría un juego de mesa. Así que tuvo que traerlo él. —Miró a su alrededor—. Un momento… —Fue de nuevo a la cocina. Bryant, que la seguía de cerca, señaló la mesa.

—Ahí está la caja, jefa.

—Esa no es la caja que busco. —Abrió la tapa giratoria de la papelera.

—Ajá, ahí estás. ¡Mitch! —gritó por encima del hombro de Bryant.

El técnico forense entró poniéndose los guantes.

Ella le señaló el envoltorio de celofán.

—Es imposible manejar un material como este sin dejar tus huellas por todas partes. Quitarlo es una pesadilla, como abrir un paquete de galletas.

Mitch abrió una bolsa de pruebas y metió la mano en la papelera. Extrajo el celofán y lo expuso a la luz.

Sonrió hacia Kim.

—Sí, inspectora, creo que podríamos tener algo.

Capítulo 58

—De acuerdo, no he encontrado muchas actuaciones en público después de esa fecha —dijo Stacey, que aún buscaba en Google.

—Belinda entró en Oxford con quince años. Terminó la carrera de Matemáticas, de cuatro años, en la mitad de tiempo. Toda la familia se mudó a la ciudad para que pudiera pasar todas las noches en casa. Seguro que querían que volviera para que fuera un cajón de la mesita. Durante ese tiempo, no está claro dónde estuvo Veronica —dijo Tiffany.

—Para. ¿Un cajón de la mesita? —preguntó Stacey. Sentía que se le levantaban las cejas.

—A lo mejor el padre quería que la chica volviera a casa todas las noches para aprovechar su tiempo libre y atiborrarla de más datos y conocimientos. Es como con el cajón de mi mesita de noche. Por muy lleno que esté, siempre cabe otro trasto.

Stacey se rio a carcajadas.

—De todos modos, por lo que he conseguido averiguar, las chicas siguieron viviendo con sus padres hasta los treinta, cuando los dos murieron en un accidente de coche. Al día siguiente del funeral, se cambiaron el nombre, se pusieron el apellido de soltera de la madre y desaparecieron hasta…

Sonó el teléfono de Stacey y Tiffany dejó de hablar.

Esta pulsó un botón.

—Estás en el manos libres, jefa —le advirtió.

—Tenemos una tercera víctima, Stace. Se trata de nuestro anterior organizador de Brainboxes. Lleva días muerto.

—¿Es la primera, entonces? —preguntó Stacey. Tiffany escuchaba,

atenta, desde el otro lado de la habitación.

—Sí. Tengo su número de teléfono, pero Mitch tiene el móvil. De todos modos, anótalo. —Escribió el número que le dio Kim—. Ponte a ello, Stace. Quiero saberlo todo sobre él. En especial, quiero saber por qué dejó de organizar Brainboxes y lo cedió. ¿Tiene algo que ver con Belinda Evans o Barry Nixon?

—Bien, jefa. Por cierto, hablando de Belinda…

—¿Puede esperar hasta que volvamos?

—Sí, jefa, pero hemos seguido indagando y, con esto…

—Bueno, deja que Campanilla siga…

—Es Tiffany, jefa —dijo Stacey. Sintió que las mejillas se le sonrojaban con la metida de pata de Kim.

—Sí, ya lo sé —fue la escueta respuesta.

—Jefa, estoy con el manos libres —le espetó.

—Sí, también lo sé. ¿Cuál es el problema?

—Ninguno, te veo en un rato —dijo, y colgó—. Tiff, siento mucho que…

—¿Qué? —preguntó ella, alegre.

—La jefa ha olvidado tu nombre. —Por alguna razón, se sentía mal por la chica.

—No lo ha olvidado, Stacey —contestó, radiante—. Acaba de darme un apodo.

Capítulo 59

—Me encanta este descanso, jefa, pero ¿qué pasa? Pensaba que querrías alejarte de aquí lo antes posible.

Tenía razón. Kim lo había cogido por sorpresa, y a sí misma también, al decirle que se detuviera. Estaban llegando al pueblo de Cleobury Mortimer y acababan de volver a encontrar señales de vida humana.

Había llamado su atención una pequeña cafetería con dos mesas en el exterior y carteles escritos a mano. Ahora mismo necesitaba café y aire fresco. El hedor del cuerpo putrefacto de Freddie Compton se había quedado impreso en las membranas de sus fosas nasales. También necesitaba un minuto para pensar.

—Bryant, ¿qué tienen en común todas estas escenas criminales?

—Las víctimas estaban todas muertas —fue su ingeniosa respuesta.

—Con respuestas como esa, no vas a conseguir una planta —dijo ella, e inspiró profundamente por la nariz.

—Bueno, está claro que hay una conexión con el hecho de jugar o entre algún tipo de juego y la equis en la nuca.

—Sí. Y, sobre eso, el dónde la coloca, ¿qué opinas?

Él se encogió de hombros.

—Es fácil llegar ahí.

—Pero ¿por qué iba a importar el lugar, si ha infligido las heridas después de la muerte? —reflexionó ella—. Les ha encajado un cuchillo. Ya me parece bastante íntimo. Los quiere muertos. ¿Por qué habría de importarle?

—Quizá el cuello sea importante. Es posible que esa parte del

cuerpo signifique algo para él.

—¿Y la ropa? —insistió ella—. Siempre en su lugar, siempre perfecta, sin que se note nada. Es como…

Bryant miró por encima de la cabeza de Kim.

—Respeto —dijo.

—Exacto —coincidió ella—. Es como si los odiara, pero también los respetara.

—Cuando era niño…

—Ay, mi madre; ahora no es el momento para una de tus…

—Cuando era niño, recibí un solo tortazo, que yo recuerde. Nada malo, solo una colleja. Mi padre detestaba al vecino de al lado. A cada rato venía a pedirle herramientas que no le devolvía durante semanas y siempre tenía que ir a exigirle que se las devolviera. Yo tendría unos diez años. El vecino llamó a la puerta y me pidió prestada la lijadora de mi padre. Le dije que se la daría en cuanto nos devolviese el taladro inalámbrico.

Kim se rio entre dientes.

—Menudo cabroncete.

—Ya —dijo Bryant—. Por eso recibí el tortazo. No debía ser grosero con los mayores. Tenía que respetarlos, a pesar de todo.

—Estamos pensando lo mismo, ¿no? —preguntó Kim—. Que el asesino es un niño prodigio adulto.

Capítulo 60

—¿Te das cuenta de que Stacey haría esto mucho más rápido? —preguntó Bryant mientras se desplazaba por el sitio web de Amazon.

Kim tecleaba palabras clave en la Wikipedia.

—¿No crees que ya tiene bastante qué hacer? —preguntó—. Un poco de investigación no nos matará.

—Mierda, esta pantalla es demasiado pequeña. —Acababa de pulsar de nuevo una tecla equivocada.

—Ponte las gafas y deja de ser tan puñeteramente presumido —murmuró Kim.

La camarera se acercó para llevarse las tazas vacías. Ellos enseguida se dieron cuenta de que no sabían absolutamente nada sobre niños prodigio y que necesitaban el consejo de alguien que sí lo hiciera.

—Tiene que haber un libro aquí, en alguna parte —dijo Bryant—. En Amazon hay un libro para cada cosa.

Lo que le preocupaba a Kim era que Bryant, sin sus gafas, ya estuviera mirando uno.

Abrió la boca para preguntar, pero, en ese momento, una lenta sonrisa se dibujó en el rostro de su compañero.

—Tengo algo. Un libro del doctor Gerald Kennedy, autoeditado. El título es Niños prodigio: ¿Dónde están ahora?

—Parece justo lo que necesitamos, ni más ni menos.

—¿Lo pido en Prime?

—Olvida el libro, Bryant. A quien quiero es al autor.

Capítulo 61

Por segunda vez en un día, Penn tenía la sensación de que hacía algo indebido. Solo que esa vez sí lo estaba haciendo.

La anterior vez tenía el permiso de Travis para visitar a Gregor Nuryef en la cárcel, a pesar de que era toda una irregularidad. Esta, sin embargo, no contaba con el permiso del jefe; ni siquiera se lo había comunicado. Lo mejor era que ninguno de sus compañeros supiera lo que estaba haciendo, así no los señalarían a los tres como responsables: cualquier cagada sería solo suya.

Entró en el laboratorio del técnico forense, junto a la morgue.

—Hola, Mitch —saludó.

—Hey —dijo este, que masticaba un sándwich de ensalada de pollo —. Me he la comida. —Devolvió el resto del sándwich al paquete triangular.

Penn dejó una bolsa de pruebas encima del mostrador.

—Gracias por atenderme —dijo.

—No me des las gracias todavía. Ni siquiera sé lo que quieres.

—He estado…

—Me voy, Mitch, nos vemos… Ah, ¿qué tenemos aquí? —preguntó Keats, que acababa de entrar en la habitación—, aparte de al miembro más inteligente del equipo de la detective Stone.

—¿Perdona? —preguntó Penn.

—Bueno, tengo entendido que has vuelto a toda prisa a West Mercia, así que has tenido suerte de escapar…

—Es temporal —se rio Penn. El médico forense lo sabía a la perfección.

—Ah, entonces, no eres tan inteligente… —Echó un vistazo a la bolsa del mostrador—. ¿Qué es esto?

—Estaba a punto de averiguarlo —dijo Mitch. Dio otro mordisco a su bocadillo.

Como Keats no se movía, Penn abrió la bolsa de pruebas y sacó la camiseta recuperada del cobertizo del jardín de Gregor.

Ambos la miraron de abajo arriba, inquisitivos.

—En este momento, están juzgando a un hombre por asesinato. El caso se ha ido desmoronando y esta es la única prueba concreta que nos queda contra él.

—¿El caso es tuyo? —preguntó Keats, que lo miraba por encima de las gafas. —Penn asintió—. ¿Y quieres la verdad, pase lo que pase?

—Absolutamente —dijo él sin dudarlo.

Keats se quitó la chaqueta y miró de reojo a Mitch.

—Bueno, pues será mejor que nos pongamos a trabajar.

Capítulo 62

—Recuérdame por qué he tenido que conducir más de ciento cuarenta kilómetros hasta Manchester mientras tú no has hecho otra cosa que leer el libro en tu teléfono —preguntó Bryant—. Seguro que ya lo sabes todo.

Stacey había hecho su magia. A través de sus canales en redes sociales, había localizado al profesor de Psicología para solicitarle una reunión urgente. El hombre se había negado al principio, pero Kim cogió el teléfono, lo llamó y le dio un poco más de información. Habían quedado que se reunirían a las cinco en la universidad de Manchester.

Esperó a que Bryant hubiera recorrido ochenta kilómetros antes de llamar a Woody y comunicarle sus planes. No tenía mucho sentido que el jefe les pidiera que dieran la vuelta si ya estaban a mitad del camino.

Colgó y miró a su alrededor.

—¿Tienes idea de lo que implica en investigación escribir un libro como este?

Habían entrado en la extensa ciudad universitaria y deambulaban por Oxford Road en busca del Christie's Bistro. Kim se preguntaba por qué el profesor no había acordado como lugar de encuentro cualquiera de los Starbucks que estaban dejando atrás.

—Eeeh… no, porque soy policía.

—Se supone —bromeó ella—. Lo que hay en el libro es una décima parte de sus conocimientos, más o menos. Necesitamos hacerle preguntas y, a menos que la tecnología haya avanzado más de lo que yo pensaba, no podemos interrogar al libro.

—Algunos días parecen mucho más largos que otros —dijo él cuando descubrió la cafetería. Entraron.

Qué pronto se había olvidado el equipo de sus reclamaciones. Hacía nada que se quejaban que les habían limitado los turnos a ocho horas, y allí estaban ahora Kim y Bryant, a las cinco de la tarde, a dos horas de casa y sin vislumbrar el final del día. No había manera de complacer a algunos.

Entró en una cavernosa sala de techos altos con estatuas, estanterías y sofás. Ah, sí, esa no era una cafetería de cadena, admitió ella. Saboreaba el aroma de los granos de café recién molidos.

Reconoció a Gerald Kennedy por su foto de autor. El profesor esperaba sentado frente a una pared de libros forrados en cuero y bajo un retrato al óleo de estilo académico.

—Un expreso doble para mí —le pidió a Bryant cuando este se puso a su lado.

Mientras su compañero iba al mostrador, ella caminó hacia aquel hombre barbudo de la esquina. Parecía algo mayor que en la foto. Era la barba: negra como el alquitrán en la imagen, pero salpicada de gris en la vida real.

—Señor Kennedy —le dijo, con la mano extendida—. Soy la inspectora detective Stone, y ese de ahí es mi colega, el sargento detective Bryant. Gracias por aceptar reunirse con nosotros, aunque hayamos avisado con tan poca antelación.

—En absoluto, oficial. Ustedes han hecho todo el esfuerzo. Estoy donde suelo estar a esta hora del día —dijo sonriente al tiempo que dejaba su libro sobre la mesa, boca abajo—. Y debo admitir que me intriga saber por qué cree que la puedo ayudar.

El hombre la escuchó en silencio mientras le exponía el caso con más detalle, así como sus sospechas.

Bryant llegó y colocó las bebidas encima de la mesa. Los dos hombres se saludaron en silencio.

—¿Cree, entonces, que el asesino es un antiguo niño prodigio que guarda algún tipo de rencor contra toda esa gente?

—Podría tratarse de alguien a quien de verdad no le gusta

Brainboxes —sugirió Bryant.

—Lo cual sería comprensible —admitió Kim. Recordaba cómo había descrito Ted esos encuentros.

—Nunca he estado allí —admitió Gerald.

—¿Nunca ha asistido? —preguntó Kim, sorprendida—. Seguro que alguien con sus intereses por los niños superdotados se pierde una valiosa oportunidad de investigación.

—Ah, usted no ha entendido mi interés. —Dio un sorbo a su bebida —. Mi curiosidad empezó hace pocos años. Me he centrado en cinco casos históricos muy famosos. ¿Sabía usted que Buster Keaton era un niño de vodevil? Lo entrenaron para que no mostrara ninguna emoción cuando su padre lo ponía en el escenario. Durante sus primeros meses de vida, durmió en una maleta.

»Y luego tenemos a Clara Schumann, una pianista superdotada que no habló hasta pasados los cinco años. El padre ganaba mucho dinero, e incluso se escribió un diario a nombre de su hija. Cuando ella lo dejó para casarse, tuvo que demandarlo para sacarle algo de dinero. Mi curiosidad consiste en saber si esos pobres niños consiguen adaptarse y llevar una vida normal.

—¿Y? —preguntó Kim.

—Al final, he deducido que no hay una respuesta clara. Hay padres que dejan de ver a su hijo como una vida que hay que proteger y lo ven como un instrumento, un activo para ganar dinero. Esos chicos rara vez se recuperan de la necesidad de agradar y actuar. Por otro lado, hay algunos padres que llevan todo de otra manera. ¿Habrán oído hablar, quizás, de Los niños de la colina? —Kim negó con la cabeza—. El libro trata de toda una familia de superdotados en un entorno a salvo de la estimulación exterior, sin presiones para alcanzar logros, pero pletórico de estímulos intelectuales. Animados a aprovechar al máximo cada impulso o curiosidad, todos crecieron y se convirtieron en miembros valiosos de la sociedad.

—Entonces, ¿culparía a los padres de cualquier problema psicológico que pudiera surgir?

—No culpo a nadie. Como padre, ¿qué se supone que debe hacer uno si su hijo muestra capacidades que superan mucho su edad? ¿Desentenderse, ocultarlo, reprimirlo? Y al niño, ¿eso lo ayuda, o hay que animarlo para que desarrolle su potencial?, ¿para que sea todo lo que puede ser?

—¿A qué precio? —preguntó Kim.

—¿Acaso importa? —preguntó él, que ejercía, a todas luces, el papel de abogado del diablo—. Son futuros científicos y grandes mentes…

—Ah, no tiene por qué —dijo Kim—. Su libro describe a una mujer llamada Winifred Stoner que educó a su hijo para que fuera un genio, pero este no hizo nada después de la muerte de su madre. —Parafraseó los dos primeros párrafos—: Los niños superdotados no se convierten necesariamente en adultos creativos, así como los adultos creativos no fueron necesariamente niños superdotados.

El hombre se rio a carcajadas.

—Gracias por citar mis propias palabras, pero le expongo el problema por los dos lados, inspectora. No es un tema fácil de abordar y no es blanco ni negro. Tome en cuenta su comentario sobre este programa, Brainboxes. ¿Usted se opone de manera tajante a su existencia?

—No suena demasiado ameno —admitió ella—. Me pregunto si estos niños se están perdiendo las diversiones propias de la infancia, si crecen demasiado rápido solo para satisfacer la fascinación de los adultos.

—Vale. Aquí seré todo lo objetivo que pueda y le preguntaré si usted cree que se pierden una infancia divertida según el concepto que usted tiene de lo que es eso.

—Es posible —admitió Kim.

—¿Qué la divertía de pequeña?

—Las carreras de motos speedway y las motocicletas clásicas —respondió.

—Vale, ¿a cuántos niños de su clase les gustaba eso?

—A ninguno, que yo supiera —admitió Kim.

—Mi idea de diversión era numerar árboles.

—¿Eh? —preguntó Bryant.

—Quería numerar todos los árboles del mundo, así que salía y tallaba un número en cada árbol que encontraba.

—Vaya, eso es raro —dijo Kim.

—Por supuesto; y, adivine qué: ninguno de mis compañeros quería acompañarme.

—Increíble.

—Entonces, ¿qué se considera una diversión normal? Ni siquiera sé si existe tal cosa.

—Pero siempre parecen tan serios… —interrumpió Bryant—. Y no quiero ser grosero, pero algunos de esos niños parecen bastante pesados.

—Igual que muchos niños no superdotados, oficial. Los niños de inteligencia superior no son más pesados que otros, pero ¿puedo preguntarle si alguna vez ha estado en una habitación donde creía que sabía más que los demás? —Kim asintió mientras Bryant tosía —. ¿Y alguna vez lo dijo?

—Con frecuencia —bromeó ella—. Bueno; no, en realidad.

—Porque, con el tiempo, usted ha aprendido a tener tacto y diplomacia. Muchos de esos niños saben que son la persona más inteligente de la sala, pero sus habilidades sociales no están tan desarrolladas como su inteligencia. Sus problemas surgen de la dificultad de encajar entre gente mediocre. A menudo fantasean, ya que es difícil encontrar compañeros de verdad con mentalidad e intereses compatibles.

—¿Amigos imaginarios?

—A veces. No tienen nada en común con sus compañeros de la misma edad, ni tampoco mucho en común con otros prodigios, fuera de la inteligencia superior que comparten, ya que eso no significa que les gusten las mismas cosas. Luchan por encajar, a la vez que destacan claramente. Por niño prodigio se entiende una persona menor de diez años que, en algún ámbito, produce resultados significativos al nivel de un adulto experto. Así que, sin presiones —dijo, y apuró lo que quedaba de su bebida.

De pronto, Kim tuvo una idea.

—¿Cree que nuestro asesino podría estar intentando llamar la atención?

—No lo descartaría; pero, si soy sincero, agentes, me interesaría más saber qué ha provocado que su asesino se haya metido ahora en semejante espiral. Si es que era un niño prodigio. No he visto indicios que me sugieran que ninguno pudiera despertarse con la repentina necesidad de matar.

—¿Cree que tenemos que encontrar el desencadenante? —preguntó Bryant.

—Escuche: mis investigaciones me dicen que la mayoría de los antiguos niños prodigio que experimentan dificultades más tarde en la vida suelen recurrir a las drogas, al alcohol o al sexo. Buscan atención de cualquier manera con tal de conseguirla. No estar más en el candelero puede minar a ciertos chicos hasta el punto en que terminan por no saber siquiera quiénes son. No es raro que a algunos les fascine… —Hizo una pausa y su expresión se tornó pensativa. Mientras meditaba, se tiró de la punta de la barba. Hizo con ella un triángulo puntiagudo de vello oscuro y áspero—. ¿Sabe? Tal vez haya otra razón para esa repentina avalancha de asesinatos.

—Adelante —dijo ella.

—Que el asesino sufriera de algún trastorno y estuviera, digamos, en algún tipo de institución. No es raro que, más adelante, los niños superdotados tengan problemas de salud mental. Cubro uno de ellos en mi libro. Se llamaba Richie Taylor, era australiano. En los años cincuenta sufrió una crisis en toda regla cuando llegó al final de la

adolescencia. No entendía por qué el público, que había venerado su habilidad con el violín desde que tenía seis años, ya no estaba tan interesado. Pasó casi un lustro internado en una institución, intentando adaptarse a la normalidad; pero creo que hubo otro caso mucho más reciente que los de mis estudios. En su zona, si no me falla la memoria.

Frunció más el ceño mientras intentaba recordarlo.

—Estoy casi seguro de que se llamaba Beth, o algo así.

Capítulo 63

—Mmm —murmuró Keats por séptima vez.

—Eso mismo estaba pensando —dijo Mitch, y le dio la vuelta a la camiseta.

Penn se levantó y estiró las piernas. Llevaba más de una hora sentado en el rincón. Estos diálogos a medias entre los forenses se habían producido a intervalos regulares.

Ambos le habían sugerido que les dejara la prenda, pero él no quería perderla de vista. La cadena de pruebas se conservaría, aunque ya no contara para nada.

Se situó junto al técnico forense.

—¿Cómo podéis saber lo que piensa el otro si solo decís media frase? —preguntó.

—Es el valor de la palabra.

Los dos forenses llevaban guantes de látex y estaban equipados con reglas, blocs de notas, lápices y un libro de texto.

—Explícanoslo otra vez —dijo Keats—. Cuéntanos cómo ocurrió, y utiliza a Mitch. —Empujó a su colega—. Aquí está tu cuchillo.

Penn cogió la regla del médico y fue al otro lado de la mesa metálica, de modo que Mitch y él quedaron frente a frente.

—Vale, soy Gregor y he venido a la tienda. Tú eres Dev Kapoor, estás al otro lado del mostrador. Me pongo en posición y pido dinero. Tal vez te diga que tengo un cuchillo. Tú no me crees. Estás cabreado, así que das un paso de lado en el mostrador. Cojo el cuchillo y te apuñalo allí mismo —dijo Penn. Clavó la regla en el punto exacto.

—¡Quietos! —gritó Keats.

Ambos se quedaron totalmente estáticos mientras Keats caminaba a su alrededor, mirando, primero, a través de las gafas. Luego por encima.

—Mmm… —dijo.

—Exacto —coincidió Mitch.

—Chicos, como no he traído conmigo una bola de cristal, vais a tener que…

—¿Estás seguro del punto de la herida?

Penn asintió con la cabeza.

—Sí, sí.

—¿Y de la trayectoria?

Echó otro vistazo.

—Sí.

—¿Y de la longitud de la hoja, dada la herida interna?

—Sí —repitió, impaciente. Les había dado toda la información que tenía.

—Tienes un pequeño problema, muchacho —dijo Keats, y se quitó las gafas.

—¿Por qué? —preguntó Penn, que sintió cómo el pavor le inundaba el estómago.

Vio a Mitch volver a la camiseta y fruncir el ceño, pero fue Keats quien habló.

—No ocurrió así.

—Tuvo que ser así —dijo Penn.

—No estás discutiendo conmigo, discutes con la ciencia, y puedo afirmar, categóricamente, que las salpicaduras de sangre no coinciden.

—Dios —dijo el sargento, y se pasó la mano por el pelo rizado. Lo último que necesitaba en ese momento eran más dudas.

—Mmm… —gimió Mitch a su lado.

—Y ahora, ¿qué?

—Me temo que ese no es tu único problema.

Capítulo 64

Eran casi las ocho cuando Kim y Bryant llamaban a la puerta de Beth Nixon, una mujer cuyos perfiles en las redes sociales brillaban por su ausencia. Que una persona de veintitantos años tuviera un total de once amigos en su cuenta cerrada de Facebook y ningún otro tipo de huella online era más inusual que inaudito.

Beth les abrió la puerta con ropa informal gris que no era ni para salir ni para dormir. Era cómoda, sin más. El pelo rubio le colgaba suelto alrededor de los hombros y su pálido rostro pálido no tenía rastro de maquillaje. ¿En serio le habían dicho el día anterior a esa mujer que su marido había muerto?

—¿Sí?

—¿Le importa si entramos? —preguntó Kim.

—Por favor, estoy en la cocina. —Señaló el camino.

Kim atravesó la silenciosa casa.

—Solo queríamos ver si recordaba algo más —dijo Kim.

—¿No me habría puesto en contacto con ustedes si lo hubiera hecho? —preguntó con una sonrisa irónica.

Kim no dijo nada, pero se sentó a la mesa de la cocina. Bryant hizo lo mismo.

Aunque el pequeño televisor de la pared estaba encendido, no se oía nada. Toda la casa estaba sumida en un inquietante silencio, como a la espera de algo.

Beth siguió la mirada de Kim.

—No veo la tele después de las noticias. —Cogió el mando a distancia—. Prefiero leer un libro, pero esa imagen le da un poco de

movimiento a la habitación.

Kim asintió con la cabeza. La televisión sustituía la falta de actividad en la casa.

—¿No tiene familia que pueda acompañarla?

—No. Tengo a Lenora; pero, después de un rato, puede ser… Bueno, ya la conocieron. Creo que podrán entenderme. Katie ha venido a casa, aunque se queda con Lenora.

—¿No os lleváis bien?

—Nos llevábamos bien por Barry, pero sería extraño que viniera aquí si no está él. Su pesar es demasiado abrumador como para que, encima, tenga que echarse el mío.

—¿Usted no tiene familia? —presionó Kim. Katie pertenecía a la familia de Barry. Lenora pertenecía a la familia de Barry. Esa mujer había heredado a las dos. No eran parte de su propia familia.

Negó con la cabeza.

—Tengo un hermano, pero hace años que no hablamos. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Estamos volviendo a interrogar a todas las personas cercanas a las víctimas.

—No tienen ni idea de quién asesinó a mi marido, ¿verdad? —preguntó, perspicaz.

—Estamos siguiendo algunas pistas —le indicó Kim.

A pesar de lo que acababa de explicar, ese no era el motivo de la visita.

Beth apagó por completo la televisión.

—No quiero ser grosera, pero ¿por qué están aquí?

—Señora Nixon, cuando era niña, ¿usted y su marido se conocieron

en uno de los encuentros de Brainboxes?

—Tenía catorce años —dijo a la defensiva. El hecho de que Kim hubiera mencionado el programa para niños superdotados no le había suscitado ninguna reacción.

Kim levantó las manos.

—Aquí no la estamos juzgando —dijo. «Bueno, no a ti —pensó—. La ética de tu marido es otro tema».

La mujer se cruzó de brazos.

—Puedo leer su expresión —dijo—, y sé que no lo entiende.

Kim no se molestó en mentir.

—Ayúdeme, pues —dijo—. Ayúdeme a entender cómo una adolescente inteligente, superdotada, se enamoró…

—No me enamoré de él a los catorce años. Al menos, yo no lo diría de esa manera. Congenié con él. Y, si él congenió conmigo, no dio ninguna señal. Sé cómo me hizo sentir, y eso se me quedó grabado.

—¿A qué se refiere? —quiso saber Kim. Se preguntaba si estaban entrando en el terreno del ciberacoso, el engaño y el estupro—. ¿Cómo la hizo sentir?

—Me atrapó total y completamente. Me escuchaba. Me dejaba hablar y comprendía mis sentimientos, mis miedos, mis inseguridades, mis repentinos estallidos de ira, mi odio hacia…

—¿Estallidos de ira? —preguntó Kim. Un escalofrío le subió por la espalda.

—Mi infancia no fue normal, inspectora. No lo fue desde el momento en que fui capaz de nombrar todos los países de un mapamundi una hora después de mirarlo. Tenía tres años. Me presionaban, me pinchaban, me ponían a prueba, me sacaban del colegio y me aislaban y me obligaban a estudiar casi cada hora que pasaba despierta. Y ¿adivine qué?: a veces me cabreaba.

—¿Y Barry la ayudó a entender sus sentimientos?

—Sí, pero hizo más que eso. Me hablaba de otras cosas. Charlábamos de música, de libros, de arte. Estaba dispuesto a hablar conmigo como si fuera una persona, no un genio. Si yo lo recordaba era porque nunca nadie me había hecho sentir eso: que yo importaba de verdad.

Bryant se inclinó hacia delante.

—¿Fue él quien puso en contacto con usted más tarde?

Beth negó con la cabeza y bajó los brazos.

—No. Le contacté yo. Fue después de un periodo especialmente difícil de mi vida. Lo llamé. Barry estaba de luto por la pérdida de su mujer, pero quedamos para hablar, y fue entonces cuando me enamoré de él. Yo odiaba aquellos encuentros de Brainboxes, inspectora, pero así conocí al amor de mi vida, y no me disculparé por ello.

—¿Por qué los odiaba?

—Una vez me obligaron a asistir, y tal vez hubiera niños que lo disfrutaran, pero yo no. No soy una competidora nata, así que no me gustaba enfrentarme a críos que quizá se sentían tan solos como yo.

—Pero usted tenía un hermano… —dijo Kim, ya que Beth lo había mencionado antes.

—Nos mantenían separados —admitió—. Él no era superdotado. Yo lo envidiaba. No tenía que hacer cosas ni mantener altas las expectativas —explicó.

—¿Eso le causó a usted problemas hace unos años? —preguntó Kim.

En cuanto la mujer entendió a dónde iba el cuestionamiento, frunció el ceño.

—Ah, ¿se refiere a mi periodo de descanso? —Kim asintió—. ¿Puedo preguntarle por qué le parece rele vante, si estamos

hablando de la muerte de mi marido?

—Dado que ha sido brutalmente asesinado, todo es relevante —dijo Kim en tono amable.

—Fue una mezcla de cosas, oficial. De repente, me encontré con que tenía veinte años y estaba lidiando con el hecho de que no tenía amigos, aficiones ni trabajo. Y ocurrió una tragedia familiar. Todo me cayó de golpe. Necesitaba un respiro.

—Lo entiendo —convino Kim.

—Estuve internada siete meses. Fue la mejor decisión que he tomado en mi vida. Durante ese tiempo, me reinventé y salí a escena como Beth la adulta, ya no como Beth la rara. —Ladeó la cabeza—. Y, ahora que me ha hecho la pregunta que ha venido a hacerme, ¿puedo preguntarle algo yo?

—Puede —dijo Kim, y se puso de pie. La mujer tenía razón. Kim quería saber qué había motivado la estancia de Beth en un centro de salud mental.

—El cadáver de un varón que ha aparecido en Cleobury, hoy por la mañana, ¿es el de Freddie Compton?

—No puedo responder a eso. —Los agentes seguían intentando localizar a los familiares.

—Y, si ese fuera el caso, ¿implicaría que las tres víctimas estaban vinculadas con Brainboxes de un modo u otro?

—Si así fuera, entonces sí. Sería una conclusión acertada. ¿Por qué?

—Solo hace que me planteé por qué demonios usted está aquí y no allí.

Capítulo 65

—Venga, chicos, ¿qué tenemos? —preguntó Kim, que acababa de entrar en la sala del escuadrón.

Había enviado a Bryant por delante para que pusiera al equipo al corriente de lo que habían averiguado sobre Beth Nixon. Mientras tanto, ella había ido a informar a Woody y a hacerle una petición poco convencional. Tras fruncir el ceño y hacer algunas preguntas, él había dicho que sí y realizado una llamada telefónica.

Pero Kim lo compartiría más tarde con el equipo.

En su ausencia, Bryant ya había preparado el café y le tenía una taza preparada. Así que Kim la levantó a modo de saludo y se sentó sobre el escritorio vacío de Penn.

Empezó Stacey. La puso al corriente de lo que, hasta entonces, habían descubierto acerca de las hermanas Evans. Kim bebía café mientras escuchaba.

—Buen trabajo, Stace —dijo.

—Ha sido principalmente Tiff, para ser justas.

—Bien hecho, Campanilla, enséñame la grabación.

Tiffany la cargó, y Kim, que se había situado detrás de ella, vio el vídeo tres veces con el sonido puesto.

—Apaga el sonido y ponla fotograma a fotograma.

Stacey, con una simple sonrisa, le dijo que habían hecho lo mismo.

Kim arrastró la silla de Penn hasta el otro lado de la sala y volvió a mirar.

Nadie decía una palabra.

Primera pregunta. El rostro de Belinda permanecía sereno y relajado, pero concentrado. Kim casi podía ver cómo los movimientos de sus párpados reflejaban el funcionamiento de su cerebro.

Segunda pregunta. Lo mismo.

Tercera pregunta. El parpadeo comenzó incluso antes de que le formularan la pregunta. Tenía los ojos vidriosos mientras su mente luchaba con el cálculo.

—Creo que tenéis razón. Ha contestado mal a propósito, y también tenéis toda la razón en cuanto a la expresión del padre; pero hay algo más. —Se acercó a la pantalla del ordenador—. Mirad la cara de Veronica esta vez. —Todos estaban reunidos en torno a la pantalla—. Mirad, mirad esa ligera elevación en las comisuras de su boca: muestra alegría, triunfo. —Todos asintieron con la cabeza. Kim volvió al escritorio de Penn—. ¿Qué demonios ocurrió con esas dos chicas?

—Pasaban mucho tiempo los cuatro solos —dijo Tiffany—. Sin amigos, sin novios…

—Aunque la verdad es que tuvo su revancha más tarde —comentó Stacey, que acababa de echar un vistazo a sus notas—. Aparece en muchos sitios de citas bajo el nombre de Linda Loftus.

—Suena un poco porno —dijo Tiffany, arrugando la nariz.

—Bien, ¿qué sabemos de Freddie Compton?

Kim quería saber más sobre las hermanas, pero su relevancia en la búsqueda del asesino era, por ahora, cuestionable.

—Cincuenta y ocho años, sin hijos. Dirigió el evento Brainboxes durante doce. Empezó en 2004 y lo dejó cuando a su mujer le diagnosticaron cáncer, en 2016. Era maestro de primaria. Un año antes de que convertirse en el director, había asistido al encuentro con uno de sus estudiantes. Nunca ganó mucho dinero con eso. Solicitó la jubilación anticipada para cuidar de su mujer.

—¿Enemigos? —preguntó Kim sin ninguna esperanza.

Stacey negó con un movimiento de cabeza.

—No, que sepamos.

Kim soltó un gruñido de frustración mientras daba un último trago a su café.

—Entonces, ¿estamos todos de acuerdo en que lo que sea que los une tiene que ver con Brainboxes?

Bryant asintió. En ese momento, Stacey respondió a una llamada interna, y Tiffany, por supuesto, sentía que no estaba lo bastante informada como para ofrecer su opinión.

—De acuerdo —dijo Kim, y consultó su reloj—. Id a casa y haced una maleta para pasar la noche.

—Era el inspector Plant —dijo Stacey—. Viene hacia aquí con las declaraciones del club de criquet y de los vecinos de Belinda.

—Tendrá que esperar —dijo Kim—. Debemos ir allí y ver de qué va todo esto. Regresad en una hora. —Cogió su chaqueta y salió de la sala. Hizo un alto y asomó otra vez la cabeza por la puerta, por si sus instrucciones no habían quedado del todo claras—. Eso te incluye a ti también, Campanilla.

Capítulo 66

Penn ahogó un bostezo, continuaba observando el trabajo de los dos hombres.

—Discúlpanos por tenerte ahí, esperando, mientras dedicamos nuestro tiempo a un caso que no está relacionado con nosotros y que, de hecho, pertenece a otro cuerpo —dijo Keats, que no se perdía ningún detalle.

—Os estaré eternamente agradecido por vuestra ayuda, chicos. Ha sido un día muy largo —añadió. Deseaba poder hacer algo más que estar ahí sentado y mirar.

Hasta entonces, había preparado café, había llamado a casa para ver cómo estaban Jasper y su madre, y se había paseado por la habitación sin ventanas intentando digerir lo que había averiguado.

Le habían explicado mucho sobre los avances tecnológicos en análisis de salpicaduras de sangre.

—No nos des las gracias tan rápido, Penn. Me temo que tenemos más malas noticias.

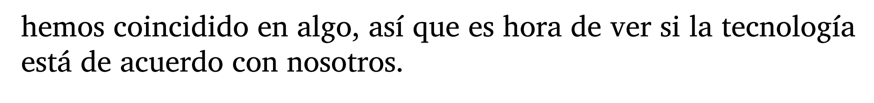
Mierda, ¿cómo podía empeorar más el día?

Había visto a los forenses analizar el color, la forma y el tamaño de las manchas de sangre, y presenciado una discusión en detalle sobre algo llamado mecánica de fluidos. Los dos especialistas habían centrado su atención en el ángulo de impacto para determinar la procedencia de la sangre y la cantidad de fuerza que había detrás.

—Comprueba otra vez con el HemoSpat —sugirió Keats. Mitch fue al ordenador.

—¿Hemo… qué? —preguntó Penn.

—Es un programa de análisis de salpicaduras de sangre. Por fin


hemos coincidido en algo, así que es hora de ver si la tecnología está de acuerdo con nosotros.

—Está de acuerdo —dijo Mitch, y giró en su silla.

—Vaya —exclamó Keats cuando Mitch se reunió con él en el banco de trabajo.

Penn se puso de pie.

—Contadme —pidió.

—La sangre no cayó sobre la tela de esta camiseta con la fuerza de un incidente violento. Por eso no hemos conseguido que encajase ningún patrón de salpicadura.

Penn se situó al lado de Keats.

—No lo entiendo.

Mitch dio la vuelta a la prenda.

—La sangre ni siquiera atravesó el material. No cayó en la camiseta; la restregó una mano humana.

Capítulo 67

Bryant arrojó las mochilas en la parte trasera del coche.

—¿Estás segura de que es una buena idea? —preguntó.

Tiffany y Stacey, que charlaban animadas, ocuparon los asientos traseros.

A Kim le costaba creer que hubiera tan pocos años de diferencia entre esas dos mujeres. Eso quedaba demostrado, entre otras cosas, por el equipaje que Bryant estaba metiendo en el coche. La mochila de Tiffany estaba cubierta de llamativos y brillantes girasoles amarillos que resplandecían en la oscuridad del maletero.

—Será bueno tomar perspectiva —dijo Kim, y dio a Bryant una palmada en la espalda.

Este, con un gruñido, cerró el maletero y subió a la parte delantera.

—Abrochaos los cinturones, niñas —dijo por encima del hombro.

Stacey refunfuñó mientras se ponía el cinturón de seguridad.

Kim, a pesar de lo que acababa de decirle a Bryant, se dirigía al último lugar donde querría estar: habría preferido estar en su garaje, trabajando en la moto, con Barney tumbado en un rincón y observándola.

Pensar en su perro le produjo una punzada de culpabilidad.

Después de haber llegado a casa a toda prisa y haber metido algunas cosas en una bolsa, había ido corriendo a ver a Charlie.

Había dedicado media hora a pasear a Barney, cinco minutos a darle de comer y diez a exponerle, en silencio, los motivos por los que tenía que dejarlo con Charlie a pasar la noche. Durante los últimos minutos de la explicación, Barney había visto una ardilla en

el árbol del fondo del jardín y la había dejado sola.

Kim era capaz de jurar que, si un perro pudiera poner los ojos en blanco, Barney lo haría veinte veces al día.

A Charlie le había encantado quedarse con Barney toda la noche. Y ella había obligado a su vecino a prometer que el perro no dormiría en la cama, aunque sabía cuánto duraría esa prohibición.

Pero también sabía que tenían que pasar la noche en ese hotel. Estaba convencida de que su asesino estaba allí, igual que la siguiente persona en la lista de sus víctimas, fuera quien fuera.

—Ahora mismo me siento un poco como Hugh Hefner —dijo Bryant con una sonrisa de satisfacción.

—¿Quién? —preguntó Tiffany.

La sonrisa de Bryant desapareció.

—Ya no me cae bien, jefa —dijo en voz alta.

Kim, por encima del hombro, se dirigió a Tiff:

—No te preocupes —le dijo—. Después de más de cinco años, yo sigo sin caerle bien.

Tiffany soltó una risa nerviosa.

—Parece que siempre digo lo que no debo. Mi informe escolar siempre tenía una gran marca verde por la dedicación, pero…

—Calla, Campanilla —dijo Kim. Algo acababa de hacerle clic en el cerebro.

—Lo siento, sé que hablo mucho.

—Este «calla» ha sido por algo bueno —explicó Kim. Se giró en su asiento y miró a los tres pasajeros—. Hemos estado mirando las marcas en los cuellos de las víctimas como una equis, como una letra, preguntándonos qué significa.

—Es que es una equis —dijo Stacey con el ceño fruncido.

—Sí, Stace, pero también es un aspa, una cruz, y se opone a una marca de aprobación. Lo que el asesino intenta decirles, o decirnos a nosotros, es que esas personas hicieron algo malo.

Capítulo 68

A las 22:02, Kim abrió la puerta de la habitación y asintió con la cabeza. El hotel estaba lleno por el evento, pero Woody había movido algunos hilos y había conseguido una suite de dos dormitorios con un comedor y vistas a un pequeño lago de pesca.

Bryant entró detrás.

—Woody lo ha hecho bien —observó.

—Vale. Tira las cosas por ahí. El restaurante cierra en quince minutos, así que baja si quieres comer algo.

—¿Vienes? —preguntó Bryant.

—Sí, iré enseguida. Pídeme un sándwich o una cosa por el estilo.

Él asintió y salió con los demás. Kim quería echar un vistazo y no quería destacar con su grupo de cuatro adultos.

El complejo del hotel Village era un laberinto enorme. En frente había un aparcamiento desde el que se abría paso la entrada para coches. A la izquierda estaban las habitaciones y, a la derecha, el resto de las instalaciones. Una gran recepción común, un bar y una cafetería separaban las dos mitades.

Por lo que Kim consiguió entender, el hotel tenía tres salas de conferencias, un salón de banquetes, gimnasio, piscinas y una amplia zona de juegos para niños que habían visto al entrar.

Pasó por delante de las puertas dobles del restaurante y se dirigió a la zona de recepción, cuyas mesas estaban llenas de padres y niños, tal y como era de esperar en un acontecimiento así. Vio las mesas cu biertas de libros y blocs de notas. Los niños, en su mayoría, parecían estudiar un poco más en sus ratos muertos: la ausencia de risas y ruido era inquietante.

Frunció el ceño y se dirigió hacia las instalaciones de la conferencia.

La primera sala en la que entró tenía tres zonas despejadas para la música: un piano, un violín y una flauta. En la parte principal había una mesa y, detrás de esta, tres sillas.

Unas puertas dobles daban a la habitación contigua, acondicionada con tableros de ajedrez. De nuevo, había una mesa central en la parte más llamativa de la habitación.

En la tercera sala, al otro lado del pasillo, observó otros tres asientos igualmente dispuestos y una mesa para los jueces. Frente a la ventana se elevaba un pequeño podio. Supuso que sería para el concurso de ortografía o para las preguntas.

La última sala era el salón de banquetes. Le sorprendió descubrir que no estaba vacío.

La mitad del espacio estaba llena de muebles para sentarse: pupitres y butacas. La otra estaba preparada para el acto principal de la noche siguiente: el concurso que coronaría al niño Brainboxes del año. En el centro había unos veinte padres, más o menos, reunidos en semicírculo y en silencio.

Kim se acercó unos pasos y entendió el motivo.

Un colorido payaso actuaba ante un público de unos trece niños que parecían demasiado mayores para entretenerse con un número así.

Vio cómo el payaso fingía caerse después de haberse sacado de la manga una hilera de banderines.

—Miliki el mojón —gritó uno de los chavales. Tendría unos diez años.

«Muy bonito», pensó Kim. No era que el niño no tuviera razón, solo que ella había esperado mejores modales.

Le quedaba claro que ese intento de los organizadores por inyectar al encuentro una atracción con un poco de humor desenfadado y lúdico no era demasiado popular entre los niños.

Reconocido el terreno, regresó a la recepción. La encontró más calmada aún, porque algunas de las familias ya se habían retirado a sus habitaciones. Según su reloj, eran cerca de las diez y media.

El restaurante estaba casi vacío. La alegró ver que su equipo aprovechaba el presupuesto para comida de Woody.

Ante el único asiento desocupado, alguien había puesto un bocadillo de pollo con guarnición de ensalada.

Se sentó y sorbió el café, que estaba tibio.

Bryant ensartó con su tenedor la pasta cubierta de salsa de tomate.

—¿Y? —preguntó—. ¿Has encontrado a nuestro asesino?

—Para ser un evento infantil, apenas hay animación —respondió ella, sin hacer caso a la pregunta de Bryant—. Hace que Mastermind parezca toda una fiesta.

—La vida es dura para los niños prodigio —dijo Bryant, y Tiffany estuvo a punto de atragantarse con la comida.

Kim se quedó mirando el plato de la joven agente.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó.

—Un sándwich de palitos de pescado —dijo Tiff, que se chupó los dedos.

—No, espera, hay algo más importante: ¿qué te ha parecido tan gracioso? —le preguntó Bryant.

Ella guardó silencio y dio otro mordisco a su bocadillo.

Stacey, que leía algo en su teléfono móvil, no reaccionó. Parecía haber cambiado de lugar su pescado y sus patatas fritas, en vez de habérselos comido.

—¿Estás bien, Stace?

—Sí, jefa —dijo ella, y apagó el móvil. Dio un mordisco al pescado

y apartó el plato.

Desde luego, no estaba bien, observó Kim. Se propuso vigilarla de cerca.

Echó un vistazo al restaurante casi desierto. Sola, con un cuenco de postre a medio terminar en la mesa y leyendo un libro, había una mujer de unos treinta años con el pelo negro. Entre página y página, se pasaba la mano por la mejilla derecha.

Los únicos otros clientes eran una pareja que examinaba papeles. La mirada de la mujer también se dirigía de vez en cuando a la solitaria morena, según pudo observar Kim.

—Stace, ¿esos son…?

—Sí, son los Welmsley. Jared y Serena, organizadores de todo esto.

Kim se puso de pie en el mismo instante que Serena. La vio esquelética, pero no fue eso lo que llamó su atención, sino sus ojos, cuando clavó la mirada en la mujer que leía el libro. Jared Welmsley le puso una mano en el antebrazo. Sin embargo, Serena se soltó y cruzó el comedor.

Kim volvió a sentarse y observó la escena con interés.

La mujer solitaria no levantó la vista hasta que Serena Welmsley estuvo justo delante de ella. No habían intercambiado ni una sonrisa cuando la recién llegada empezó a hablar. La expresión de la joven solitaria parecía controlada, tolerante. Ladeaba apenas la cabeza mientras Serena se avivaba más, movía la suya de un lado al otro y manoteaba.

Kim habría querido oír la conversación. Vio a Serena apoyar ambas manos sobre la mesa e inclinarse hacia la lectora, cuyo rostro había adoptado una expresión de recelo ante semejante proximidad.

Serena terminó de hablar y dio la impresión de que esperaba una réplica, pero la única respuesta de la joven de pelo negro fue coger su libro y seguir leyendo.

A Kim, el estilo de esa desconocida le gustó al instante, si bien

detectó cierta tensión en su mandíbula mientras la otra se alejaba.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Bryant.

Kim no se había dado cuenta de que el sargento también había estado mirando.

—No estoy segura, Bryant, pero me gustaría averiguarlo.

Luego vio cómo los Welmsley acercaban las cabezas y susurraban, aunque no había nadie cerca de ellos. Incluso a lo lejos, resultaba molesto. A Kim, las miradas furtivas hacia la lectora compulsiva le revelaron que la pareja seguía discutiendo sobre ella y sobre el monólogo que los detectives acababan de presenciar.

Al cabo de uno o dos minutos, los Welmsley reemprendieron el análisis de sus papeles y Kim volvió a ponerse en pie.

Bryant la miró.

—Bueno, parece el momento perfecto para ir y presentarme.

Capítulo 69

Kim mostró su placa y se sentó.

—Soy la inspectora detective Stone —dijo.

—Encantado de conocerla —dijeron ellos al tiempo mientras le ofrecían sonrisas de espeluznante similitud.

Kim sabía que, en algunas parejas que llevaban mucho tiempo juntas, uno adoptaba los rasgos del otro.

—Supongo que habrán oído hablar de los asesinatos de Belinda Evans, Barry Nixon…

—Un asunto terrible —dijo Serena, y sacudió la cabeza.

—Terrible —respondió Jared, y bajó la mirada.

—Y Freddie Compton, que apareció…

—¿También ha muerto Freddie? —preguntó Serena, con los ojos muy abiertos.

El nombre de la víctima había sido divulgado en las noticias de las nueve. Sin embargo, la pareja había estado claramente demasiado ocupada con la convención como para enterarse—. ¿Y a él también lo…? —La mujer fue bajando el tono, incapaz, por lo visto, de pronunciar lo que seguía.

Kim asintió.

—Sí, a él también lo asesinaron —confirmó—. ¿Conocían bien a alguno de ellos?

Ambos asintieron, pero fue Serena quien tomó la palabra. Eso demostró a Kim que, era ella quien dominaba en la relación.

—Los conocíamos a todos. Quizás Freddie ha sido el mejor, y no

puedo creer que… Que esté…

—Muerto —terminó Kim por ella. Sus limitadas aptitudes para la empatía no afloraban en absoluto con esos dos.

—Ustedes los conocían a todos, pero han organizado esto solo durante…

—Ah, no hemos faltado a un solo encuentro, inspectora. No desde que se reanudaron, en 1995. Los dos estuvimos aquí ese año.

—¿Los dos? —quiso saber Kim.

—Sí, Jared fue el campeón de ajedrez; a mí me gustaba tocar el violín.

—No seas modesta, Serena —la reprendió Jared con una sonrisa—. Era una de las mejores del mundo —dijo, orgulloso.

Mientras Kim ataba cabos, vio un destello de arrepentimiento en los ojos de la mujer.

—¿Son hermanos? —preguntó.

—Gemelos —respondieron juntos.

«Y de los muy unidos», pensó Kim. Los Welmsley se volvieron el uno hacia el otro y sonrieron.

—Menudo evento tienen aquí organizado —dijo Kim.

—Es fabuloso —comentó Serena con alegría—. Una gran oportunidad para reunir a jóvenes provenientes de todo el país cuyos talentos son excepcionales.

Kim interrumpió el discurso de venta.

—¿En un entorno altamente competitivo, tal vez? —preguntó.

—No más que sus días ordinarios de deporte escolar, inspectora. Muchos de nuestros asistentes no tienen grandes capacidades físicas, así que agradecen esta oportunidad de competir.

Eso sonaba bastante lógico, y Kim podía compren derlo; sin embargo, había algo que le dejaba un sabor agrio en la boca.

—Vale, déjeme explicárselo de otra manera —continuó Serena—. Los niños que vienen aquí no encajan en ningún sitio. En un entorno escolar normal, su inteligencia es muy superior a la de casi todos los que los rodean, incluidos los profesores. Se ven aislados por su propia brillantez; con frecuencia, los acosan y condenan al ostracismo, sea por celos o porque no son como los demás. Venir aquí les da la oportunidad de comprobar que no están solos, que hay otros como ellos y que sus capacidades son para encomiarlas, no ocultarlas.

Una vez más, Kim tenía que estar de acuerdo.

—Pero ¿la intensidad de la competición, el deseo de los padres? —preguntó. Recordaba su reciente recorrido y todas las cabezas agachadas con las que se había cruzado en la zona de cafetería.

—¿Ha estado hace poco en un partido de fútbol infantil, oficial? —Kim negó con la cabeza—. Debería. Es brutal. Padres competitivos que gritan desde la banda, que insultan a otros niños, al árbitro, a los otros padres. Esto no es diferente, excepto por los gritos, claro. No los permitimos. Los niños, por su parte, desean venir y mezclarse con sus semejantes. Solo quieren pasar un par de días sin sentirse como bichos raros. —Kim podía entenderlo, pero pensaba que serían más felices si se reunieran en el bosque para hacer senderismo, escalar y divertirse entre amigos a la vieja usanza, no para competir a ese nivel—. Por eso no hemos cancelado el Brainboxes de este año. Los niños necesitaban reunirse y…

—¿Habían considerado la posibilidad de cancelar esto debido a los asesinatos? —preguntó Kim. Por fin, algo que podía entender.

Serena negó con la cabeza.

—No, debido a la trágica muerte del chico Robinson.

Kim frunció el ceño.

—¿Perdone?

Serena parecía sorprendida de que la detective no estuviera enterada.

—Los Robinson son las estrellas de nuestro encuentro.

Kim se inclinó un poco sobre la mesa.

—¿Y? —preguntó.

—La semana pasada, su hijo de doce años murió trágicamente.

Capítulo 70

—Bien, chicos, ¿qué hay? —preguntó Kim en cuanto entró en la habitación del hotel.

Durante su charla con Serena, el equipo había estado ocupado pegando fotografías en la pared y llenando de datos y fechas los rotafolios.

Y después de lo de los Welmsley, se había tomado unos minutos para deambular por los pasillos desiertos en busca de la lectora solitaria, que había desaparecido mientras Kim terminaba de conversar con Jared y Serena… Bueno, en realidad, Jared apenas había hablado.

En todo el edificio, ya habían atenuado las luces y cerrado las puertas. Todo el mundo se había ido a dormir.

Aún estaba fresca en su mente la escena que había tenido lugar entre las dos mujeres. Kim quería llegar al fondo del asunto.

—Gracias por hacer los rotafolios, Campanilla —dijo Kim. Se sentó sobre la mesa para inspeccionarlos.

—Eh —protestó Bryant—, podría haber sido yo.

Kim miró de una pizarra a la otra.

—Lo único que sé es que tú no pones circulitos encima de las íes, sino puntos —observó. Todos los acontecimientos estaban registrados en una cronología sorprendente. No había pasado ni una semana y ya había tres muertos.

Las palabras del profesor seguían dando vueltas en su cabeza. Se cruzó de brazos y fijó la mirada.

—¿Cuál es el detonante? —preguntó—. ¿Qué demo nios ha causado esta ola de asesinatos? —Ante la silenciosa ausencia de respuestas,

en su cabeza resonaron las advertencias de Woody. Era casi medianoche y el equipo seguía adelante con ella—. Stace, anota el nombre de Stevie Robinson, un niño de doce años de Evesham que murió la semana pasada.

Hubo un segundo de silencio antes de que Stacey terminara de anotar el nombre y se volviera hacia su ordenador. La muerte de un niño nunca pasaba inadvertida.

—Mañana, Stace —dijo Kim—. Es tarde, y estoy bastante segura de que Woody me arrancaría las tripas si nos viera ahora mismo. Es hora de descansar un poco; y, en serio, habéis hecho un gran trabajo hoy, chicos —reconoció.

Todos empezaron a moverse por la sala. Tiff se dirigió a una habitación, y Bryant, a la otra.

—Stace, ¿tienes un segundo? —preguntó Kim.

—Sí, jefa.

Kim esperó unos segundos.

—¿Estás bien?

—Claro, jefa, ¿por qué?

—Estás callada, no comes. Ha sido un día largo y has trabajado…

—No estoy estresada, jefa —dijo Stacey, y en su rostro dibujó una sonrisa cansada.

—Podrías no saberlo. La tensión puede estar ahí sin que te des cuenta.

—De verdad, jefa, no es estrés. Estoy bien, solo un poco agotada ahora mismo, pero bien, te lo juro. —Se encaminó al dormitorio que iba a compartir con Tiff.

—Si hay algo de lo que necesites hablar, sabes que estoy aquí, ¿verdad?

—Por supuesto. Pero estoy como una rosa, lo juro.

Kim le deseó buenas noches.

Las palabras tranquilizadoras de su colega no le sirvieron de consuelo. Stacey le mentía, y no tenía ni idea de por qué.

Capítulo 71

Penn se metió en la cama a las dos de la madrugada. A pesar del cansancio que cargaba en sus huesos, sabía que esa noche dormiría poco. E intentaba descansar desesperadamente; entre otras cosas, para escapar de los pensamientos que lo rondaban.

Tras las revelaciones de Keats y Mitch, su cerebro había encajado el directo. Lejos habían quedado los temores de haber cometido un error. Como oficial a cargo de la investigación, tendría que sobrellevarlo. Pero no era eso lo que lo mantenía despierto.

Mitch le había dicho que quería hacer más pruebas a lo largo de la noche y que se pondría en contacto con él por la mañana. Durante un minuto, Penn se había resistido a dejar las pruebas al cuidado del técnico, pero ahora sabía que la camiseta no contenía nada que pudieran utilizar. Lo único que quería era descubrir la verdad.

Después de haber dado su consentimiento, había abandonado, exhausto, el laboratorio y vuelto a casa, a una casa tranquila y vacía. Había echado un vistazo a su madre, que dormía profundamente, con el suave ruido de fondo de la radio, su compañera nocturna.

Jasper estaba desparramado por toda la cama, un despreocupado montón de miembros y torso iluminados por la lámpara con motivos astronómicos que giraba y reflejaba estrellas y planetas en las paredes y el techo.

Penn lo había observado durante unos segundos. Impasible, por momentos, e inerte ante las ocasionales sacudidas espasmódicas de los miembros abiertos.

Había tocado con suavidad a su hermano en la cabeza antes de salir en silencio de la habitación.

Esas eran las constantes de su vida: su familia. Formaba parte de un equipo que, aunque acogedor y amistoso, aún no lo amparaba con

la familiaridad a largo plazo que había conocido en West Mercia.

Su antiguo equipo debería resultarle más familiar, más parecido a su hogar, aunque, en realidad, Penn no veía la hora de volver al sitio al que pertenecía ahora.

Las cosas habían cambiado en su antiguo equipo, aunque no entendía dónde estaba la diferencia. Sus antiguos colegas se mostraban más cautelosos que antes, como si todos supieran que él ya no encajaba e hicieran todo lo posible para que no les afectara.

Pero, a pesar de la tristeza que le provocaba, no era ese el pensamiento que lo iba a mantener despierto toda la noche.

Capítulo 72

—¿Habéis dormido bien? —preguntó Kim mientras se sentaban a desayunar. Habían tardado casi quince minutos en conseguir una mesa para cuatro. Era como si todo el mundo en el hotel hubiera decidido desayunar exactamente a la misma hora. Por Dios, si incluso el puñetero payaso se estaba comiendo un plato de huevos con beicon.

—Como un tronco —contestó Tiff, y tomó un sorbo de su zumo de naranja. —Bryant y Stacey la miraron con ojos furiosos—. ¿Qué?

—Campanilla, roncas —dijo Kim—. Y yo diría que fuerte.

—Mucho —añadió Stacey, que había compartido habitación con ella.

Incluso Bryant había salido de su propia habitación con una almohada.

—Sería un poco exagerado —le había dicho Kim, a las cuatro de la mañana, desde su sitio en el sofá, cuando vio a su compañero poniendo un cojín sobre la cara de la joven agente.

—Joder, te has tumbado en mi sitio —le había dicho él a su jefa. Tenía la esperanza de que los metros adicionales amortiguaran el sonido, pero Kim le aseguró que no era así. Bryant se dio la vuelta y volvió a su cama.

Solo que no eran los ronquidos de Tiffany lo que había mantenido despierta a Kim. Era su mente, que trazaba líneas invisibles entre todas las personas que habían conocido esa semana. Al final, sentía que su cabeza estaba a punto de estallar.

Mientras el equipo pedía, se tomó un momento para echar un buen vistazo al restaurante, lleno hasta los topes. Barrió el espacio tres veces y supo entonces que la lectora que había cenado sola la noche anterior no estaba por ninguna parte. Era como si hubiera

desaparecido. Kim había sido testigo de la hostilidad entre esa mujer y Serena Welmsley, y quería saber por qué.

—Este es el plan —dijo en cuanto el camarero se alejó de la mesa—: Bryant y yo iremos a hacer preguntas por ahí. Quiero que vosotras dos indaguéis un poco más sobre Beth Nixon. Quiero saber si aquella fue su único ingreso en una institución, y todo lo que ocurrió durante el año anterior. Hubo algún tipo de tragedia familiar de la que no me quiso decir nada.

—De acuerdo, jefa, nosotras…

—Además, quiero que averigüéis más sobre la familia Robinson, la que hace poco que ha perdido a su hijo. No creo que haya ninguna conexión, pero el momento no podría ser menos inoportuno, así que quiero descartarlos.

—No hay problema, yo…

—Y, en cuanto hayáis terminado con eso, quiero que identifiquéis los años en que nuestras tres víctimas vinieron a esta convención, y qué niños estuvieron en contacto con ellas. A continuación, buscad a todos los exconcursantes que figuren en la lista de asistentes en la calidad que sea: padres, voluntarios, jueces… A todo el mundo —dijo Kim. Se daba cuenta del gran volumen de trabajo que acababa de soltarles encima.

—Crees que está aquí, ¿verdad? —preguntó Tiffany en voz baja, como si acabara de hacerse a la idea de que compartía el espacio con un asesino en serie.

—Por supuesto —dijo Kim—. ¿Dónde más podría estar, dadas nuestras víctimas? —preguntó.

Ninguno la cuestionó, pero los tres se giraron y miraron a su alrededor, como si pudieran descubrir al asesino allí mismo, en el comedor.

—Chicos, el tipo no lleva un puto cartel —dijo, divertida.

—Podría ser una mujer —apuntó Tiff.

—Nunca lo hemos descartado, Campanilla —explicó Kim—. Créeme, nos hemos topado con una buena ración de asesinas, pero, para facilitarnos las cosas, usamos el masculino.

Tiffany se terminó su segunda taza de té.

—¿Las asesinas no suelen recurrir al veneno? —preguntó.

—Eso dicen los libros de crímenes reales, aunque, de las homicidas con las que nos hemos enfrentado, ninguna ha utilizado ese método —respondió Bryant.

—Pero tú sigue silbando tus melodías de musicales —dijo Stacey—, y lo tendré en cuenta, de verdad.

Todos se rieron mientras Stacey miraba fijamente la taza de té de Tiff.

La sonrisa de Kim se borró de inmediato cuando una figura bien conocida apareció en la puerta.

—Vale, chicos, ¿qué demonios está haciendo esa aquí?

Capítulo 73

—¿Has terminado, compi? —preguntó Penn a su hermano mientras daba el último bocado a su tostada. Siempre lo mismo. Una sola tostada: la mitad solo con mantequilla y la otra mitad, con mermelada de fresa—. ¿Puedes recordarme por qué pago los desayunos del cole?

Jasper se frotó las manos con fuerza para quitarse las migas de los dedos.

—No sé —contestó.

Llevaba cinco años acudiendo a una escuela ordinaria y gozaba cada minuto.

Al principio, Penn se había sentido aterrorizado por las burlas y el acoso al que se vería sometido su hermano. Había querido protegerlo del feo modo en que el mundo trataba a las personas diferentes.

Un día, Penn le preguntó si sufría acoso e insultos. Jasper, después de asentir, le había contado algunas de las burlas.

La rabia había inundado el cuerpo del sargento. Y, aunque había conservado un rostro neutro mientras su hermano hablaba, en su mente ya estaba de camino a la escuela a exigir a los profesores que hicieran algo o que, de lo contrario, lo sacaría de ahí. Ya se había hecho a la idea. Jasper no tenía por qué verse obligado a soportar la tortura de que lo señalaran

—Se meten con Billy por su cojera. Se meten con Sarah porque tiene las cejas gruesas. Se meten con Misty porque sus padres están vidorciados.

—Divorciados —lo corrigió Penn.

—Eso he dicho. ¿Sabes lo que Billy dice que hay que hacer con los matones?

—¿Qué? —Jasper se tapó la boca y se echó a reír como si estuviera a punto de soltar una burrada—. Venga —lo instó Penn.

—Darles una patada en las pelotas.

El chico, que no sabía si lo iban a reprender, vio a Penn estallar en carcajadas. Sintió que toda la tensión se esfumaba de su cuerpo. Nunca había querido tanto a su hermano. Ni a Billy.

—Venga, ve a lavarte los dientes —le dijo Penn, y consultó su reloj.

Oyó los familiares sonidos de Jasper recogiendo los platos del desayuno y colocando la media tostada con mermelada sobre un cuadrado de papel de cocina.

Lo oyó despedirse de su madre, que ya casi nunca bajaba a desayunar.

Esperó en la puerta principal, con la mochila en una mano y la tostada en la otra.

Mientras Jasper se echaba la mochila a la espalda, Penn le revolvió el pelo.

—Que tengas un buen día, compi.

Jasper hizo lo mismo con él.

—Tú también.

Penn se rio y le dio la tostada.

La primera vez que su hermano le pidió que le dejara libertad para reunirse con sus amigos al final de la calle, Penn se había sentido aterrorizado y orgulloso a la vez.

Sin que Jasper lo supiera, lo había seguido durante las primeras mañanas. Esperaba verlo mordisquear su tostada por el camino, pero se reunió con sus compañeros y le dio la tostada a Billy, su mejor amigo.

Billy, que procedía de una familia con siete hermanos y hermanas,

muy rara vez desayunaba.

«La mayoría de la gente podría aprender mucho de Jasper», pensó Penn, y cerró la puerta.

Sin la grata distracción de su hermano, sus pensamientos se centraron en el día que tenía por delante, y no le gustó lo más mínimo.

Capítulo 74

Kim observaba cada movimiento de la mujer. Solo cuando la vio sentada en una mesa individual que acababa de quedar vacía, con un café delante, se acercó a grandes zancadas.

Se sentó en la silla libre.

—Me alegro de verla, Veronica —dijo—, pero ¿qué demonios hace aquí?

—Pura curiosidad —dijo sin mostrar ninguna reacción emocional ante el tono y la pregunta de Kim. Miró en torno a la habitación—. Quería ver lo que durante todos estos años tuvo a Belinda tan fascinada. Me preguntaba por qué seguía volviendo.

Kim abrió la boca para decir algo, pero se contuvo. Había tantas cosas que quería saber… Sin embargo, por una fracción de segundo, había oído, en la voz de esa mujer, una tristeza que no había detectado antes. Y esa tristeza se había abierto camino desde algún lugar interior.

¿Cómo la había convertido la vida en lo que era ahora?

—Veronica, ¿qué diablos le ocurrió en aquel entonces? —preguntó con voz suave.

—Nada que me interese compartir, inspectora —respondió, aferrada a las barreras que había levantado a su alrededor.

Eran barreras que la propia Kim reconocía y comprendía, pero algo de lo que había dentro de esta mujer pugnaba por salir.

—¿A quién podría perjudicar ahora? No queda nadie. Cuénteme su versión.

Veronica la miró.

—No lo ha entendido, ¿verdad? No tengo bando. No había yo. Todo giraba en torno a mi hermana. Todo. Siempre.

—Vale, hábleme de Belinda. ¿Cómo fue su infancia? Usted no se incluya.

Aunque, a juzgar por las imágenes de televisión que habían visto, Veronica no había sido relegada en absoluto.

Ella dio un sorbo a su bebida y Kim se sorprendió al notarle un ligero temblor en la mano. Toda la ira y la hostilidad que sentía hacia ella se desvanecieron. Había un ser humano en alguna parte, por mucho que intentara ocultarlo. Y había sufrido. De algún modo, Kim siempre había percibido ese sufrimiento.

—Tenía cuatro años cuando nació Belinda. Yo era bastante normal y lo bastante mayor como para oír a mis padres decirle a todo el mundo que Belinda había hecho «Todo antes que Veronica». Habló antes, caminó antes, deletreó antes su primera palabra. Todo el mundo tenía claro que era inteligente. Recuerdo su primer día de colegio. Mi padre vino a mi clase, me cogió de la mano y caminamos juntos a la de Belinda.

»La profesora le habló de la extraordinaria capacidad matemática que mi hermana había demostrado en un solo día. Le enseñó las sumas que había hecho. Siempre recordaré que él me soltó la mano para escuchar. —Entre este recuerdo revivido, asomó otra sonrisa triste. Kim se preguntó por el simbolismo de aquel pequeño acto como para que hubiera permanecido en la memoria de Veronica durante más de sesenta años.

»Esa noche, al llegar a casa, me quedé observándo lo. Me senté en el sofá y vi cómo la ponía a prueba y le hacía preguntas. Mi madre también miraba. Aplaudía encantada cuando mi padre giraba la calculadora para mostrar que Belinda había acertado. —Aunque la historia trataba de la más pequeña, la atención de Kim estaba en la niña que, sentada en el sofá, miraba a su hermana—. Al final, Belinda se aburrió y volvió a sus juguetes. Nuestros padres fueron a la cocina y hablaron en privado. Ese día todo cambió. Desde entonces, mi padre la ponía a prueba todas las noches.

—¿Fue entonces cuando tiraron a Jemima a la basura? —preguntó Kim.

Veronica asintió, sorprendida de que la detective se hubiera acordado.

—Con el tiempo, él empezó a ir al colegio para ver cómo educaban a Belinda. Quería que mi hermana avanzara de curso más rápido, pero el colegio no podía complacerlo.

—¿Por qué no? —preguntó Kim. La sala se estaba vaciando a su alrededor.

—Por las carencias de mi hermana en otras áreas, inspectora. Su nivel de lengua estaba por debajo de la media, y su capacidad para retener otras asignaturas era pobre, en el mejor de los casos.

—¿En serio? —preguntó Kim, sorprendida. Había supuesto que un niño prodigio destacaría en todas las asignaturas.

—Mi padre no les creía. Sentía que le ponían trabajas. Así que nos sacó de la escuela y, para enseñarnos, dejó su trabajo. Ideó un plan de estudios con el que podía perfeccionar la capacidad matemática de Belinda. Trabajaría duro para ponerla al día en otras áreas. Yo solo aprendí lo que le enseñaba a ella.

—¿Por qué su padre la sacó de la escuela? —preguntó Kim, no sin malicia.

—Porque, para entonces, mi padre creía que el don de Belinda era genético y que yo no me esforzaba lo suficiente. Que era perezosa. Como sea, empezó a leer sobre el padre de Maria Agnesi. —Kim negó con la cabeza—. Maria Agnesi nació en el siglo xviii. Era una políglota andante. A los trece años, hablaba con fluidez siete idiomas. También destacó en matemáticas y filosofía. Su hermana menor era un prodigio de la música, así que el padre organizaba veladas de entretenimiento.

«Madre mía», pensó Kim. Al parecer, el señor Evans había hecho algo más que estudiar a Agnesi. Por lo que sabían de la infancia de las hermanas, el padre de Veronica y Belinda se había inspirado en

aquel hombre.

—Algunos creen que el talento prodigioso es innato —continuó Verónica—. Otros creen que el entorno desempeña el papel dominante. Mi padre decidió que no dejaría nada al azar. Al principio, mi madre intentó oponerse; al final, sin embargo, él la anuló.

—¿Y cómo fue aquello?, ¿lo del aprendizaje en casa?

—Mi padre convirtió el comedor en un aula: dos pupitres, una pizarra, estanterías llenas de libros, cuadros sustituidos por mapamundis y tablas periódicas. Nos quitaban todos los estímulos y, si nos pillaban mirando por la ventana, nos bajaban la persiana.

—Pero ¿cómo fue? —preguntó Kim de nuevo. Podía imaginarse la escena, pero no le interesaba cómo estaba decorada la habitación.

—Quizás a mí me llevó más tiempo adaptarme. Llevaba unos años en el cole y tenía amigos. —No había amargura en el tono de la mujer, solo aceptación—. Y lo mejor de la escuela, inspectora, era que terminaba a una hora concreta todos los días.

—¿La hizo trabajar duro? —preguntó Kim.

—Ah, sí, y se llevaba otros juguetes como estímulo o castigo, según se quiera ver.

Kim recordó un detalle de la autopsia.

—Qué duro. ¿Había incentivos físicos? —preguntó.

—Supongo que usted ya lo sabe; si no, no lo preguntaría.

—¿Golpes de regla en los nudillos?

—Y en la nuca —dijo Veronica, y se llevó la mano a la parte de atrás de la cabeza—. La primera vez fue porque yo había hecho reír a Belinda con poniendo caras mientras él estaba fuera de la habitación. Cuando volvió, mi hermana no podía parar de reírse. Era uno de esos ataques en lo que, cuanto más intentas parar, más te ríes. Y ella no podía parar. Él cogió la regla y le golpeó los

nudillos, frustrado. Así se convirtió, en la herramienta de concentración, si le parece bien que lo exprese así, pero eso no es lo que más recuerdo de aquella primera vez. —Kim esperó—. Fue mi madre, que estaba en la puerta. La miré con ojos llenos de esperanza, segura de que diría o haría algo. Por un momento, pensé que iba a hacerlo, pero se dio la vuelta y se marchó.

—Para ser sincera, suena a que él era un monstruo —observó Kim.

Veronica negó con la cabeza.

—No lo era. Nunca fue el padre más cariñoso, pero el don de Belinda lo obligó a sacarle el mayor provecho, a explorarlo y perfeccionarlo. No digo que mi padre fuera perfecto, pero no era un monstruo.

«Leal, incluso ahora», observó Kim, a pesar de que las acciones de aquel hombre habían marcado la vida de ambas hermanas.

Trataba de imaginar lo que había sido aquello para Veronica: sacada de un entorno escolar normal, lejos de los amigos, el juego y la interacción, y llevada a la existencia enclaustrada y solitaria creada por su padre.

—Se esforzó mucho por moldearnos, a pesar de que las investigaciones indican que ser un prodigio en la infancia no es un buen indicador del éxito posterior. Los niños prodigio rara vez son genios de adultos. Hay un momento durante el que son interesantes.

—He visto el programa de televisión —dijo Kim—, donde las dos…

Una multitud de emociones recorrió la fisonomía de la mujer.

—Ya, ya sé cuál, inspectora. —Fue como si le hubieran arrojado a la cara los sentimientos que le habían faltado durante la semana, y todos al mismo tiempo.

—¿Por eso nos ha obstruido en todo momento y ha guardado los secretos? ¿Era lo que no quería que encontráramos? —preguntó Kim.

—Es una de las cosas —admitió—. Sobre todo, porque fue la peor

época de nuestras vidas; una época en la que nos trataban como bichos raros, nos juzgaban y analizaban. El escrutinio público y la atención no me gustan. He construido algo que se parece a una vida, y mi pasado es un lugar que prefiero no visitar.

Para Kim, era fácil entenderlo. También ella vivía así.

—¿Cómo reaccionó su padre cuando Belinda se equivocó en esa pregunta? —quiso saber Kim. Recordaba la tirantez de las facciones del señor Evans en la grabación.

—Si quiere oír hablar de eso, le va a costar… —dijo Veronica.

—¿Qué? —preguntó Kim. Estaba dispuesta a ofrecerle su casa, la motocicleta… De hecho, cualquier cosa, excepto su perro. Llevaba toda la semana queriendo saber más.

Veronica miró su taza vacía.

—Como mínimo, otro café —dijo.

Kim se levantó de su silla.

—¿Ese programa de televisión es importante?

—Sí, inspectora. A partir de ahí, todo cambió.

Capítulo 75

Bryant ya había definido su blanco. Se puso en pie cuando los Welmsley terminaron de desayunar y abandonaron el comedor. Saludó a la jefa con la cabeza, pero ella parecía ajena a todo lo que no fuera la señorita Evans. Por cierto, y contra toda lógica, Veronica parecía ser la única que hablaba. Fingió que su antipatía por esa mujer no se debía a que había sido más correcta con la jefa que con él, cosa que casi nunca ocurría. Aunque se daba cuenta de que el término «correcta» era el más flojo que se podía usar.

Pero su atención estaba centrada ahora en la encargada del encuentro. El relato de la jefa sobre su conversación con los gemelos le había parecido intrigante. Quería saber más.

Siguió a la mujer a la sala de ajedrez. Allí la vio reunirse con su hermano al lado de una mesa donde los tres jueces charlaban entre ellos.

Unos susurros de «Disculpe» lo hicieron apartarse de la puerta. Aunque todavía no pasaba nada, era como si todo el mundo se hubiera puesto en modo biblioteca y obedeciera los carteles impresos que, colgados en las paredes, pedían «Silencio, por favor».

Bryant observaba a los padres. Acompañados de sus hijos, iban ocupando sus lugares en los laterales de la sala. Había una rígida cortesía: breves sonrisas o inclinaciones de cabeza, pero las miradas se desviaban enseguida. Tuvo la sensación de que allí, entre padres de niños afines, no se forjaban verdaderas amistades.

Jared Welmsley entregó una hoja de papel al juez que tenía más cerca y abandonó la sala.

Serena se sentó al lado de Bryant.

—¿Es aficionado al ajedrez, oficial?

Aún no los habían presentado. Él supuso que Serena lo había visto

sentado con la jefa.

—Bryant —dijo él, y extendió la mano—. Y no tanto al ajedrez, para ser exactos, sino…

—¿A todo el fenómeno de los niños prodigio?

Aunque le disgustaba admitirlo, asintió. El juez empezó a llamar a los competidores.

—Cuartos de final —expuso mientras los niños ocupaban sus asientos—. Este lugar estará demasiado silencioso para hablar. ¿Quiere dar un paseo?

—Por supuesto —dijo él, y la siguió hasta la puerta.

Serena se volvió en cuanto llegaron al pasillo.

—En particular, ¿qué le intriga, oficial? —preguntó ella en tono agradable.

—Supongo que este nivel de inteligencia en los niños es irresistible para un voyeur. No quiero decir obviedades ni parecer grosero, pero ver grandes cerebros en cuerpos pequeños es inquietante, a falta de una palabra mejor.

—Dado que se nota que esto le interesa, ¿sabía que los cerebros de los niños prodigio son diferentes de los cerebros ordinarios, según se ha demostrado en estudios científicos? —Bryant negó con la cabeza. Estaban llegando a la sala de música, cuya puerta estaba abierta—. Hay niños superdotados de todos los tipos: músicos, acróbatas, artistas, ajedrecistas, matemáticos, programadores informáticos; incluso magos. Aquí no podemos cubrirlo todo, pero nos gusta pensar que lo hacemos bien.

Bryant se dio cuenta de que Serena estaba orgullosa del evento que había montado. Lo que no sabía era si buscaba cumplidos.

—¿Todos los padres de niños superdotados son déspotas? —le preguntó. Hacía años, había visto, a medias, un programa del Canal Cinco sobre padres autoritarios. Le había molestado que se centraran en los dones del niño en exclusiva y no en el niño.

Ella movió la cabeza de un lado al otro.

—Terence Tao, de Australia, ya hacía cuentas y leía a los tres años. A los seis, había aprendido a programar en BASIC y desarrollado varios videojuegos para ordenador. Los padres no querían atribuirse ningún mérito ni ganar dinero con él, así que se las arreglaron para que Terence pudiera seguir siendo un niño. Empezó el instituto a los siete años con un cociente intelectual de doscientos veinte, frente a la media, que es de cien. Sacó setecientos sesenta puntos sobre ochocientos en la selectividad. A los ocho años había aprobado el examen de acceso a la universidad.

—Vaya, esas son habilidades.

—Seguro que sí, pero sus padres nunca lo presionaron. Ahora es un hombre bien adaptado, casado y con una carrera.

—Pero ¿es una excepción? —preguntó Bryant.

—Pero ¿son tan malos los padres autoritarios? —replicó ella.

—Supongo que todos vemos nuestra infancia como algo normal. Mis padres solo querían que yo fuera feliz. No me educaron para ser competitivo, solo para hacerlo lo mejor posible.

—Lo entiendo, y, por favor, no se lo tome a mal, porque estoy segura de que hace un gran trabajo como policía, pero…

—Pero nunca voy a cambiar el mundo —terminó la frase por ella.

—Permítame decirlo de otra manera: en los años cuarenta y cincuenta había niños que participaban en concursos. Uno de ellos, James D. Watson, fue uno de los galardonados con el premio Nobel conjunto por el descubrimiento de la estructura del ADN. Pero, para tranquilizarlo, puedo confirmarle que no todos los padres son tigres —dijo con una sonrisa. Bryant negó con la cabeza. Había oído el término, pero no sabía bien qué significaba.

»Es un concepto de origen chino. Representa a los padres estrictos y exigentes que exprimen a sus hijos y los presionan para que tengan éxito. Imagínese a la madre y agente de un pequeño actor: dan prioridad al aprendizaje, por encima de todo, y solo permiten que

los niños participen en actividades en las que puedan ganar premios. Ejercen un gran control psicológico sobre ellos y tienden a echar mano de amenazas emocionales y castigos físicos de bajo impacto. No dejan que el niño tome sus propias decisiones y pasan por alto habilidades básicas, como la socialización y el trato con la gente. La inteligencia emocional, si lo prefiere.

—Pero ¿qué ocurre con esos niños a largo plazo? —preguntó Bryant —. No cabe duda de que toda infancia debe ser equilibrada —insistió.

—Los estudios demuestran que pierden el sentido de pertenencia, el propósito vital y la autoestima. En China hay una tendencia creciente a que los niños de entre cinco y doce años busquen ayuda psiquiátrica, e incluso que consideren el suicidio. —«¿Cómo diantres puede un niño de cinco años sentirse así?», se preguntó Bryant—. Carecen de estrategias para afrontar los problemas, y son incapaces de gestionar los sentimien tos negativos. ¿Recuerda a Shirley Temple? —preguntó Serena, que reanudó el recorrido por el pasillo mientras un niño empezaba a tocar el piano. —Bryant asintió. Todo el mundo conocía a la niña actriz.

»Su atractivo residía en la naturalidad, en su completo disfrute. Tenía la bien construida imagen de que podía disfrutar de una infancia normal, donde no se implicaba el trabajo. Sin embargo, su día comenzaba a las siete y terminaba a las cinco y media. Un crítico notó en ella algo grosero y pendenciero, a pesar de la misión de todos de no malcriarla.

»Tenía su propio bungaló de tres habitaciones en los terrenos de los estudios, un tutor diario, guardaespaldas personal, asesores médicos y un sistema de relajación; pero no películas, para que no influyeran en su estilo.

—Por supuesto, ¿no cree…?

—Lo que trato de explicarle, oficial, es que padres déspotas los hay en todas partes, que siempre han existido, y no se limita al ámbito de los niños superdotados. En una jornada deportiva común y corriente, los padres presionan a sus hijos para que crucen la meta. Hay algunos que envían correos electrónicos desquiciados a

profesores y directores en un intento de controlar su tiempo en la escuela.

—¿No hay un libro famoso sobre los padres tigre? —preguntó Bryant. Acababa de darse cuenta de que era allí donde había oído el término.

—Ah, sí, el estremecedor relato de Amy Chua sobre cómo condujo a sus dos hijas al extremo del virtuosismo.

—Por lo que veo, usted sabe mucho de padres tigre —observó Bryant.

—Sí. Jared y yo fuimos educados con un método autoritario, y mire lo bien que hemos salido.

«Sí, bastante», pensó Bryant mientras la seguía por el pasillo.

Capítulo 76

—¿Cuántos tienes? —preguntó Stacey desde el otro lado de la mesa del comedor. Ya había identificado los años en los que sus dos primeras víctimas habían estado presentes y coincidían con la línea temporal en la que Freddie Compton había sido el organizador. Tiff, por su parte, trataba de cruzar referencias de niños que habían estado en contacto con los tres asesinados.

—Hay noventa y seis —respondió—. Por lo menos.

—Virgen santa —dijo Stacey.

—El problema es que no hay ningún registro de los niños con los que Belinda podría haber hablado, porque no venía aquí como profesional. Podría haber tenido contacto con todos. Por cierto, si consideramos los diez años que los tres estuvieron asistieron, hablamos de más de trescientos niños.

—Necesitamos un equipo de diez personas para analizar esto —señaló Stacey.

—Y la presencia de Freddie Compton no ayuda, porque, como organizador, habría estado en contacto con todos ellos. Así que lo único que podemos utilizar para reducir la lista es el registro de Barry Nixon, el de los niños que atendió mientras estuvo aquí.

—Pero eso no significa que no tratara con otros —dijo Stacey. Entendía la lógica de Tiff, pero, para ser realistas, todos y cada uno de los niños que habían asistido durante ese periodo de diez años eran sospechosos—. Tendremos que trabajar con todos.

—Dímelo a mí —exclamó Tiff—. Tenía mis esperanzas puestas en un tipo que odiaba estos encuentros, sin el menor disimulo, solo que ahora trabaja en Akademgorodok.

—¿En qué?

—En la ciudad rusa de los genios. Allí viven y trabajan miles de científicos y estudiantes superdotados. Mi candidato da clases en un internado especial de matemáticas y física.

—Nunca había oído hablar de él —dijo Stacey.

—Yo tampoco, y me estremezo con solo pensar en ese sitio.

—¿Por qué? —preguntó Stacey, y sonrió cuando la chica arrugó la cara y levantó los hombros.

—No lo sé. Solo pienso en todos esos padres autoritarios que tratan de moldear a los niños para convertirlos en superestrellas académicas.

—¿No crees que los padres deben animar a sus hijos a desarrollar su potencial?

—Guau, Stacey, eso suena a que está terriblemente normalizado y simplificado: no me parece que «animar» sea el término correcto para algunas de las historias que he estado leyendo. En otras palabras, hablamos de un enfoque extremo que excluye todo lo demás, y, la verdad, creo que es un error.

«Ay, el mundo en blanco y negro de los veinte años», pensó Stacey, que lo recordaba bien. Las zonas grises de la vida llegarían unos años más tarde.

—Lo entiendo —aceptó, aunque estaba decidida a dejar claro su punto de vista—. Pero, cuando tienes un nuevo teléfono inteligente, ¿qué es lo primero que haces?

—Cargar las redes sociales y los correos electrónicos.

—¿Qué sigue?

—Elegir un tono de llamada.

—¿Qué sigue?

—Revisar la cámara.

—¿Qué sigue?

—Llenarlo de aplicaciones.

—Así que ¿lo pruebas? ¿Ves qué es capaz de hacer? ¿Exploras sus capacidades?

—Bueno, sí, pero eso es natural, ¿no?

—Es absolutamente natural querer sacarle el máximo partido.

—¿Y dónde está el límite? —preguntó Tiff—. Si alguien quiere un niño superdotado y no lo consigue, ¿recurre a la eugenesia?

Stacey conocía la eugenesia como la ciencia de producir la mejor descendencia mediante la cría selectiva o la manipulación genética.

—Estás dando a esta discusión un sentido muy diferente —dijo Stacey, que disfrutaba más de la compañía de esta Tiff que de la anterior. Esta tenía una opinión y no temía usarla.

—En realidad, no, porque ya está ocurriendo. En California había un banco de embriones en el que las madres podían elegir inseminarse artificialmente por un panel de premios Nobel. Ya tienen expectativas de grandeza antes de que nazca el niño y, si no es un genio, la decepción es instantánea. No sé cómo afectaría eso a un niño.

—Pero, volviendo a mi analogía del teléfono, son los avances de la ciencia los que te permiten hacer fotos, jugar e instalar mil aplicaciones.

—Pero que podamos no significa que debamos —replicó Tiff.

—Entonces, ¿qué quieres que hagan los padres de los niños superdotados? —preguntó Stacey.

—Solo quiero que todos los niños tengan infancia, que sean niños.

Blanco y negro.

—Me parece bien. Así que, en el próximo móvil que tengas,

desactiva todas las funciones, excepto la de hacer llamadas.

—Buen punto, solo que hay un problema.

—¿Cuál?

—No dañaré sin remedio y para el resto de su vida la psique de mi teléfono por descargarme el juego Pet Rescue.

Stacey la miró fijamente durante veinte segundos antes de estallar en carcajadas.

—Buena respuesta, Tiff. Buena respuesta —repitió, y volvió a su propia pantalla—. Ahora, dame unos minutos para concluir que de verdad no hay nada interesante sobre Beth Nixon, y te ayudaré con esos nombres —dijo, y reanudó su búsqueda.

Hasta el momento, había averiguado que Beth había asistido una sola vez, con su abuela materna, desde Lancashire, donde vivían. La abuela se había hecho cargo tanto de Beth como de su hermanastro debido a que la madre había muerto de un tumor cerebral. Beth tenía cinco años, y el hermano, diecinueve meses. Durante aquel congreso, la joven, ya con catorce años había asistido a dos sesiones de asesoramiento con Barry Nixon, su futuro marido. A Stacey la tenía sin cuidado la historia que la mujer les había contado a su jefa y a Bryant. A sus ojos, aquello estaba mal.

Poco a poco había avanzado en su educación, hasta llegar al punto en que Beth había ingresado por su propia voluntad en el hospital psiquiátrico de Meadow View, en el norte, para descansar dos meses antes de licenciarse en Física. Se preguntaba hasta dónde ten dría que escarbar para encontrar algo más, algo que fuera remotamente interesante.

Suspiró, miró a su abrumada colega y le tendió la mano.

—Pásame algunos de esos nombres, Tiff.

Beth Nixon iba a tener que esperar.

Capítulo 77

Penn estaba a un kilómetro y medio de la comisaría cuando sonó su teléfono.

Puso el intermitente, se detuvo en un aparcamiento vacío y contestó la llamada.

—Hola.

—Hola, oficial —le respondió Mitch—. He pensado que querrías tener cuanto antes los resultados de las pruebas extra que he hecho.

—Gracias, Mitch —dijo, aunque ni siquiera sabía qué había buscado el técnico forense—. ¿Qué has encontrado?

—Absolutamente nada.

—Ah —exclamó Penn, bastante seguro de que eso no era una revelación notable.

—Así es, ¿hasta qué punto te parece raro? —preguntó Mitch.

—No sé…

—He tomado muestras de varias partes de la camiseta. Como bien sabes, estamos todo el día soltando y recogiendo ADN. La mayor parte cae en nuestra ropa, pero esta prenda está limpia como una patena. No hay nada de nada.

—¿Qué me quieres decir?

—Que, en mi opinión, la camiseta no se ha usado nunca.

Capítulo 78

Para cuando les llegaron los dos cafés recién hechos, el restaurante estaba vacío.

—Entonces, ¿el programa de televisión…? —preguntó Kim. Acababa de pagar el peaje exigido a cambio de la información.

—Inspectora, ¿se da cuenta de que se puede amar y odiar a una persona al mismo tiempo?

—¿A su padre? —preguntó Kim.

—Eso habría sido muy fácil, ¿verdad? Pero no.

—Cuénteme.

—Hasta los cuatro años, yo era bastante. Mis logros no habían sido ni notables ni tardíos. Era común, normal. Y bastaba. Pero Belinda lo cambió todo. Su brillantez cambió nuestras vidas. Mi padre estaba convencido de que, con bastante trabajo y suficientes horas de estudio, yo podría ser igual.

»Durante años, todos los días, nos vestímos igual, como dos muñequitas de teatro. Nos despertábamos para existir en nuestro minúsculo mundo: ella, yo y el estudio. Era una existencia, no una vida. Nos enfrentábamos una a la otra por tener la aprobación de nuestro padre; por su afecto, incluso. Belinda lo anhelaba más que yo. Para ella, la atención era como una droga. Nunca tenía suficiente. Por la noche, nos metíamos en la cama, exhaustas y en silencio, incapaces de establecer vínculos como hermanas normales. Éramos competidoras. —Negó con la cabeza mientras su mente viajaba a aquella época. Kim la escuchaba en silencio.

»Después del programa de televisión, mi padre se distanció de nosotras. Belinda había demostrado que era humana. Un solo error y ya era repudiada. En cuanto al estudio, nuestra vida no cambió, pero mi padre contrató a un profesor particular. Belinda no podía

soportar que se hubiera retirado, ya que había monopolizado su atención desde los cuatro años. Pero él había perdido el interés. Había cancelado nuestro viaje a la olimpiada y…

—¿La olimpiada?

—La Olimpiada Internacional de Matemáticas. Cien países envían a seis estudiantes. Tienen que resolver seis problemas sin calculadora. Belinda no quería ir, de todos modos, pero, después de que mi padre le retirara su atención y su afecto, se esforzó aún más por recuperarlos. Solo que nada le funcionó. Él, tras lo que consideró una humillación muy pública, se volvió frío, indiferente. Y mi hermana nunca dejó de intentar recuperarlo. Cuanto más lo intentaba, más se distanciaba mi padre.

»Y, como sus dos títulos universitarios no lograron impresionarlo, tuvo que recurrir a formas más negativas de llamar su atención.

—¿El sexo? —preguntó Kim.

—Y las drogas, entre los veinte y los treinta. Necesitaba atención, fuera positiva o negativa. Era todo lo que había conocido y no podía existir sin ella.

—Pero ¿y usted? ¿No tuvo ninguna oportunidad de liberarse?

—Lo intenté. Me mudé unos meses antes de que nuestros padres murieran. Sin nadie que le prestara la atención que necesitaba, mi hermana recayó en las drogas. Un día en que estuvo a punto de sufrir una sobredosis, me llamaron del hospital, y entonces supe que no podía volver a dejarla.

—¿Usted estaba siempre para protegerla de sí misma?

Veronica asintió.

—Eso intentaba.

—¿Y detestaba que viniera aquí, a estos encuentros?

—Mi temor era que esto le recordara todo y recayera de nuevo.

Kim empezaba a comprender mejor la relación que habían tenido ambas.

Aquella vida enclaustrada había forjado entre las hermanas unos lazos que solo ellas eran capaces de comprender, a pesar de que su propio padre las había enfrentado a diario y las había vestido para hacerlas desfilar y exhibirlas a cambio de dinero y fama.

Kim entendía, por fin, la compleja red de amargura y amor que había unido a las hermanas desde siempre.

—Ser un niño prodigio es duro, inspectora, pero ser su hermano tampoco es moco de pavo. Ambas perdimos nuestra infancia de una forma u otra.

Eso era algo que Kim podía imaginar.

—Pero ¿era necesario renunciar a su propia vida para protegerla?

Veronica se lo pensó un momento y luego asintió.

—Sí, porque todo fue culpa mía.

—¿Por lo del programa de televisión? —Kim recordaba las expresiones de las dos niñas—. ¿La pregunta que al final lo cambió todo?

Veronica asintió.

—¿Se equivocó a propósito?

Veronica volvió a asentir.

—Pero ¿por qué?

Cuando surgieron las palabras, no eran más que un susurro.

—Porque yo se lo pedí.

Capítulo 79

Penn no se sorprendió al ver que Travis lo esperaba fuera de la comisaría.

Había llamado para decirle al jefe que tenían que hablar. Travis querría escucharlo lo antes posible.

—No tienes cara de estar a punto de darme buenas noticias —dijo el detective, y se mordió el labio inferior.

Penn decidió que no había forma de disfrazar las cosas para su exjefe. A él no lo haría sentirse peor de lo que se sentía él mismo.

—Ya no me queda ninguna duda, jefe: Gregor Nuryef es inocente. No mató a nadie. Tenemos al hombre equivocado.

Travis miró primero la bolsa de pruebas; después volvió a mirar a Penn, aunque no hizo preguntas. En su camino a la comisaría, el sargento había pasado por la morgue a recoger la camiseta. Por su expresión, Travis le indicó que comprendía que aquello ya no tenía importancia. La devolverían al almacén de pruebas hasta que terminara la investigación interna sobre el error y se iniciara una nueva cadena de pruebas.

Mientras Penn le explicaba todo lo que había encontrado, Travis le hizo un gesto para que se apartara de la puerta.

—No queremos que esto se sepa antes de que yo mismo haya informado a todos los de arriba —dijo.

En ese momento, empezó a sonar el móvil en el bolsillo de Penn. No lo cogió; quería seguir explicando lo que había averiguado sobre la camiseta.

El teléfono dejó de sonar, pero, un instante después, volvió a hacerlo.

Travis frunció el ceño.

—Alguien te busca con urgencia.

Penn asintió.

—Sí, señor, pero creo que hay algo más que necesita…

—Por el amor de Dios, hombre, contesta —ordenó Travis.

Penn sacó el teléfono.

El colegio de Jasper.

—Penn —contestó.

—Señor Penn, ¿está todo bien?

—Por supuesto —dijo, y frunció el ceño.

—Ah, vale, solo queríamos comprobarlo, ya que no nos ha llamado.

—Lo siento, ¿por qué debería haberlos llamado?

—Porque Jasper no ha venido hoy, pero, si está bien, ya lo veremos cuando se recup…

—Señora Wicks, no sé de qué habla. Esta mañana he desayunado con Jasper, como de costumbre.

Una inhalación.

—Señor Penn, Jasper no está en su clase.

Por el cuerpo del sargento pasaron todo tipo de sensaciones. Trató de mantener la calma.

—¿Ha mirado en la biblioteca?

Jasper solía perder la noción del tiempo si estaba allí. Más de una vez se había perdido el comienzo de la clase.

—No está ahí —dijo ella, y él sabía que era el primer lugar donde

habrían mirado.

—¿Y los aseos?, ¿el pabellón de deportes, el laboratorio de ciencias…? —preguntó mientras su mente recorría a toda velocidad el del colegio.

—Lo hemos comprobado todo, señor Penn —dijo ella, con la voz cada vez más débil—. Le aseguro que su hermano no está en ninguna parte de este edificio.

Penn colgó, le entregó a Travis la bolsa de pruebas y corrió a su coche lo más rápido que pudo.

Capítulo 80

—¿Qué tienes? —preguntó Stacey. La sala había enmudecido de repente. Un número de El fantasma de la ópera había terminado de forma abrupta. Stacey ya conocía el significado de esas pausas: alguna cosa acaparaba la atención de la chica.

Esperaba que Tiff tuviera algo para seguir investigando la muerte del niño Robinson. Su caso era muy triste, pero no era un sospechoso, mientras que las personas a quienes estaban rastreando podían volver a atacar.

—Dame solo un minuto —dijo Tiff, y desapareció bajo la mesa.

La impresora no había dejado de sonar con su suave zumbido. A la colega temporal de Stacey le gustaba el papel, mucho. Ya había utilizado media resma en la impresión de listas, calendarios y cuadros de asistencia.

—¡Tengo uno! —gritó. Sostenía en alto tres hojas.

—¿Un qué? —preguntó Stacey. Hasta el momento, habían conseguido dar de baja unos cuarenta nombres, fuera por fallecimiento o emigración.

—Un chico llamado Damien Crouch. Vino dos veces seguidas, a los nueve y a los diez años. —Puso uno de los folios encima de la mesa —. Campeón de ajedrez las dos veces. Se reunió con nuestro amable terapeuta en ambas ocasiones. No tiene antecedentes penales, ni siquiera una multa por exceso de velocidad. Está felizmente casado y ahora trabaja como microbiólogo en Kent —añadió, y desechó el segundo folio.

—Vale, ¿qué hace a Damien Crouch interesante? —preguntó Stacey. Ella misma ya había preseleccionado cinco o seis casos similares.

Tiff levantó el último trozo de papel y lo agitó en el aire.

—Que este año ha vuelto. Ha traído a su hija de seis años y medio.

Capítulo 81

Penn detuvo el coche con un chirrido ante el autobús escolar, que avanzaba en su dirección por la calzada de una sola vía.

Se dirigía a las piscinas, lleno de niños, para la segunda clase. Penn lo sabía porque había empacado la mochila de Jasper. Se suponía que su hermano debería estar en ese autobús.

En lugar de apartarse y dejarlo pasar, aparcó justo delante y se bajó del coche.

El conductor hacía señales, enfadado, mientras el sargento aporreaba la puerta para que lo dejaran subir.

—Conozco a estos chicos —le gritaba, y señalaba la puerta. Comprendía la reticencia del hombre a permitirle entrar.

Una profesora, que conocía a Penn, tocó al conductor en el hombro. Las puertas se abrieron.

—¿Ha aparecido ya? —preguntó él, sin aliento.

Ella movió la cabeza de un lado al otro.

—¿Ha probado a telef…?

—Siempre salta el buzón de voz —respondió él, y pasó junto a la profesora. Hacía unos años que le había regalado a Jasper un móvil para emergencias. Contestaba cada vez que Penn lo llamaba.

—¡Billy! —gritó, y la cabeza morena del chico asomó por la parte trasera del autobús.

—Hola, colega —le dijo tratando de mantener la calma—. ¿Qué le ha pasado a Jasper esta mañana?

El chico se encogió de hombros mientras el miedo bañaba sus ojos. Penn se dio cuenta de que se erguía muy por encima de Billy y que

sus gestos eran frenéticos.

Se sentó enfrente y e hizo un esfuerzo por componer en su rostro una sonrisa tranquilizadora.

—Está bien, Billy. No has hecho nada malo. Solo tengo que encontrarlo. ¿Se ha reunido contigo al final del camino?

Billy movió la cabeza afirmativamente y Penn sintió un gran alivio. Había llegado al punto de encuentro, así que Billy tenía que saber a dónde había ido Jasper.

—¿Te dio tu tostada?

Una leve sonrisa y un movimiento de cabeza.

—Entonces, ¿a dónde ha ido, chaval? ¿Por qué no ha llegado a la escuela contigo?

—Solo estuve un minuto mirando el teléfono de Lucy. Ella había grabado un vídeo de un perro que hacía esquí acuático. Era divertido y…

—¿Y dónde estaba Jasper, Billy? —Penn lo presionó, aunque trató de que no se notara la urgencia en su voz.

—No lo sé. Había un coche y…

—¿Jasper se subió a un coche? —preguntó Penn. Notó que empezaba a alzar la voz.

—S-sí —respondió Billy. Los ojos del chico se abrieron de par en par, su labio inferior temblaba.

—Está bien, colega. No has hecho nada malo —le dijo.

Penn volvió a la parte delantera del autobús. Trataba de pensar. La confusión le nublaba el cerebro; sin embargo, sabía que su hermano era un chico sensato.

Jasper sabía bien que no debía ir a ningún sitio con desconocidos. El corazón de Penn latía con fuerza, porque eso solo podía significar

una cosa: su hermano se había subido al coche de alguien a quien ya conocía.

Capítulo 82

—Damien Crouch —le dijo Kim a Bryant después de colgar. La llamada de Stacey había entrado mientras ella ponía al tanto a su compañero de la conversación con Veronica—. Tiene veintisiete años, es excampeón de ajedrez y está aquí con su hija pequeña. En este momento, Stace está buscando una foto actualizada. —Miró a su alrededor—. Ahora tenemos que localizarlo —dijo, y se dirigió a grandes zancadas al mostrador de recepción.

Esa pista, que Campanilla y Stacey habían descubierto, era buena y sólida. Damien era exactamente el tipo de persona que Kim estaba buscando. Alguien presente allí y en ese momento y con historial en Brainboxes.

Sacó su identificación y echó un vistazo a la placa del recepcionista.

—Raymond, necesitamos hablar de inmediato con uno de tus huéspedes. Se llama Damien Crouch y acaban de darle un golpe a su coche en el aparcamiento. —La preocupación se reflejó de inmediato en los rasgos del empleado, quien tecleó algo en su ordenador—. Todo está bien, no hay heridos, pero mi colega ha sido testigo —le dijo Kim.

Bryant le dio la espalda a Raymond.

—¿Tu impaciencia no tiene límites? —preguntó.

Mientras Raymond descolgaba el teléfono, ella también se giró.

—Por supuesto, es una pregunta retórica —respondió.

Por la actividad alrededor, parecía que las sesiones habían terminado y comenzaba un descanso. Hubo un repentino alboroto de voces y movimiento, como un tren que se vacía sobre un andén silencioso. Era tal el nivel de movimiento, que incluso teniendo una foto tendrían que buscarlo por todo el recinto durante todo el día.

Ella vio que un hombre de pelo oscuro, con expresión preocupada, se escabullía entre la multitud e iba directamente al mostrador. Llevaba vaqueros negros, zapatillas deportivas y una sudadera informal.

—Aquí está —dijo Kim, y se interpuso en su camino. Le mostró su identificación—. ¿Señor Crouch?

Él miró más allá de ella, hacia la recepción, para confirmar que se trataba de la persona con quien tenía que encontrarse.

Raymond asintió.

—¿Quería decirme algo de mi coche? —preguntó. Miraba hacia la entrada del hotel y el aparcamiento que había más allá.

—A su coche no le pasa nada, señor Crouch —dijo Kim—. Tenemos que hablar con usted sobre otro asunto.

Él miró a su alrededor.

—Pero…

—No se preocupe por Raymond. Me ha entendido mal, está demasiado ocupado. No hemos venido a hablar de su coche; preferiríamos hablar con usted de asesinatos.

Capítulo 83

Penn vio alejarse el autobús escolar, con todos sus ocupantes sumergidos en sus asuntos cotidianos, mientras su propio mundo se desmoronaba alrededor. ¿Qué esperaba que hubieran hecho? No lo sabía. Pero sí sabía que estaba solo.

Cuando recibió la primera llamada del colegio, decidió no decirle nada a su madre. La maltrecha salud de la mujer bien podía prescindir de la tensión. Sobre todo porque estaba convencido de que localizaría a Jasper en pocos minutos; sin embargo, las horas iban pasando desde la última vez que había visto a su hermano y el temor por su seguridad era ahora muy real y la llamada a su madre, inevitable.

«Estará bien, estará bien, es un chico sensato, estará bien», se dijo a sí mismo al tiempo que sacaba el teléfono. Tenía que convencer a su madre de que todo iría bien y de que lo encontraría. Pero, primero, tenía que convencerse a sí mismo.

Dudó antes de telefonear. Sentía que le había fallado a su madre de alguna manera, que era el responsable de la desaparición de su hermano. Deseaba que Jasper se hubiera marchado a pie, sin más, ya que eso habría limitado la distancia de su posible recorrido. En un coche, en cambio, podía estar en cualquier parte.

—¿Dónde estás, chaval, y con quién? —susurró.

Los acontecimientos de la semana le rondaron el cerebro: la coincidencia de que su hermano hubiera desaparecido la misma semana en que él revisaba un caso antiguo. Que todos sus descubrimientos con firmaran que Gregor Nuryef no era responsable del asesinato de Devlin Kapoor. Había estado a punto de decirle a Travis que creía que el asesinato estaba relacionado con la banda de Reed, lo que supondría una nueva serie de problemas para el equipo.

En su cerebro ya empezaba a deshacer el ovillo, su mente lo estaba

desenredando. ¿Se habría enterado la banda de Reed de la investigación interna?, ¿se habrían dado cuenta de que Penn iba a señalarlos? ¿Sabían que habían sido los primeros sospechosos antes de que tuvieran pruebas contra Nuryef?

El pánico encajó una marcha más. Si estaba en lo cierto, esa gente, él lo sabía bien, no se pensaría dos veces en deshacerse de Jasper con tal de darle a Penn una lección. Pero entonces ya no tendría nada que perder.

No, si tenían a su hermano, era para negociar, para retorcerle el brazo, para hacerlo retroceder y obligarlo a dejar la investigación.

Pero ¿por qué no llamaban? ¿Dónde estaba el contacto de la banda de Reed? ¿Quién iba a telefonear para decirle lo que querían, para amenazarlo con tal de que se callara? Volvió a comprobar su móvil. No había nada nuevo. El último mensaje de texto era el de Mitch, solo para confirmar lo que había descubierto de la camiseta. Y Penn no lo había leído, porque ya lo había oído todo de viva voz.

Pero descubrió algo diferente al repasar los hechos como si fuera una lista. Una vez despejada la duda sobre la inocencia o culpabilidad de Gregor, en esa información destacaba algo, que le dio una claridad que no había tenido antes. De repente, todos lo ocurrido durante la semana encajó en su lugar.

Sabía dónde estaba su hermano.

Y, lo que era más importante, sabía con quién.

Capítulo 84

Kim y Bryant siguieron a Damien de vuelta al gran salón, donde su hija estaba sentada a una de las mesas y, junto a ella, la mujer a quien habían visto leyendo un libro en el restaurante la noche anterior.

El hombre se sentó en el mismo sitio donde había dejado la chaqueta y la bolsa. En la silla de al lado había un portátil abierto. Mientras volvía a ocupar su lugar, cerró la tapa.

Kim se sentó en la fila de sillas de delante. Bryant, de pie, echaba un vistazo a la sala.

La pequeña se giró y saludó con la mano.

—¿Es su hija? —preguntó Kim.

Él guiñó un ojo y devolvió el saludo.

—Sí, Matilda. Le están dando una clase particular.

—¿La mujer es su tutora? —preguntó Kim.

Él asintió.

—Sí, y muy buena.

Una vez más, Kim se preguntó cuál sería la raíz de la animosidad que había presenciado entre esa profesora y la organizadora del evento.

Volvió a centrar su atención en Damien Crouch.

—¿Tiene usted alguna relación con estos encuentros?

—Por tener relación supongo que se refiere a mis dos visitas anteriores, cuando era niño. —Ella asintió y lo dejó hablar. Él la miró, confiado—. Por favor, pregúnteme lo que quiera. No tengo

nada que ocultar.

—¿Conocía a las tres víctimas?

—Por supuesto. Todo el mundo conocía a Freddie Compton. El hombre tenía la atención de darles una charla rápida a todos los niños para decirles que se divirtieran. Serena y Jared no parecen hacer eso, pero allá ellos. Barry Nixon me asesoró después de que perdiera mi primera partida de ajedrez, y Belinda Evans me hizo algunas preguntas cuando gané el torneo por segunda vez.

—¿Y solo vino dos veces? —preguntó Kim.

Él asintió.

—¿Por qué?

—La verdad, inspectora, me aburría. El ajedrez fue mi vida desde el momento en que me apoyé en el tablero de mármol de mis padres para ponerme de pie. Jugaba cada minuto del día, y, cuando no estaba jugando, estaba pensando, leyendo o viendo partidas famosas en Internet. Por la noche, me acostaba en la cama y repasaba mentalmente las partidas que había visto o analizaba las que había perdido. Jugaba y practicaba y jugaba y practicaba, y disfrutaba cada minuto. Y no me malinterprete, que, en otras áreas, yo era un mierda. No sabía ortografía y mis matemáticas eran limitadas; pero no me importaba. Todo giraba en torno al juego.

Kim se inclinó hacia delante, intrigada por la refrescante sinceridad de ese hombre. Incluso Bryant había tomado asiento y escuchaba atento.

—¿Hasta…? —le preguntó ella.

—Hasta que descubrí algo que me intrigó mucho más que el juego, oficial.

—¿Qué cosa?

—Las chicas.

—He escuchado eso —murmuró Bryant a su lado.

Kim no pudo evitar que una sonrisa se dibujara en sus labios.

—La pubertad —continuó Damien—. Fue como un torpedo. De repente, el sexo opuesto no era el enemigo repugnante que yo siempre había supuesto que era. Así que perdí el interés por el ajedrez, descubrí a las chicas y les dije a mis padres que no quería jugar nunca más.

—¿Y?

—¿Y qué? —preguntó él con cara de perplejidad.

—¿Cómo se tomaron la noticia?

Él frunció el ceño.

—No sé a qué se refiere. Parecían un poco aliviados, la verdad, pero usted parece sorprendida.

—Lo digo, justamente, por lo que he averiguado en los últimos días sobre los padres autoritarios.

—No todos los padres son así y no todos los niños superdotados tienen una infancia de mierda, si es a lo que pretende llegar. Mis padres apoyaron mis decisiones y las siguen apoyando, y mi infancia fue estupenda. Claro que algunos niños eran crueles conmigo porque yo era un fenómeno del ajedrez y porque era reservado, pero los niños se meten con cualquiera que sea diferente. Eso nunca me molestó.

—Y, sin embargo, aquí está otra vez —dijo Kim, no muy convencida.

—A ella le gusta la ortografía. ¿Qué puedo decirle? —Sonrió con cariño hacia el pelo oscuro y rizado de su hija—. Le encanta actuar y es una presumida. Dentro de media hora tendrá otra ronda y los chicos mayores la destrozarán —dijo, y se encogió de hombros—. Pero igual querrá quedarse a ver el concurso, porque una pequeña pianista, que es su mejor amiga, ha pasado a la siguiente ronda. —Enarcó una ceja y ladeó un poco la cabeza—. Espere, ¿cree usted que soy uno de esos padres déspotas que obligan a sus hijos a venir?

Kim se encogió de hombros.

—La niña toma clases particulares entre encuentro y encuentro —lo desafió.

Damien dio unos golpecitos al portátil que tenía a su lado.

—Y papá necesita una o dos horas para ponerse al día con el trabajo —dijo con buen humor—. Pero, continúe, que le seguiré el juego. ¡Mattie —gritó. La niña se volvió, con la cara llena de color y regocijo—. Déjame verlo.

Matilda levantó un lienzo embadurnado de colores brillantes. Naranja, un difuminado en amarillo, un destello de rosa, una pincelada de verde.

—Qué gran pintura, cariño. —Damien le dio el visto bueno.

La niña soltó una risita y volvió a su trabajo.

—¿Qué era eso? —preguntó Kim, que no había descubierto ahí ningún talento artístico en absoluto.

—¿Qué más da? —respondió él—. Lo que más le gusta hacer en el mundo es pintar; y, si ella está contenta, yo también.

—No lo entiendo —dijo Kim con franqueza—. La trae aquí para competir, pero todos sus valores parecen ir contra el espíritu del evento.

Él miró de Kim a Bryant y viceversa.

—Oficiales —dijo—, no son los únicos que se sienten confusos en este momento. Intento entender por qué ustedes creen que todos los niños que han venido aquí lo han pasado fatal. A mí me encantaba venir. Me fastidiaban los deportes. No podía chutar un balón de fútbol, aunque me fuera la vida en ello, y no le habría dado a una pelota de críquet ni con tres bates soldados entre sí. No disfrutaba con las actividades físicas. Cuando estaba aquí, no me sentía como un bicho raro. Sí, algunos padres eran autoritarios, pero los míos no. Ellos llegaron a conocer a algunos de los padres y yo hice un par de buenos amigos. Vine aquí y lo pasé muy bien. Y, cuando ya no

quise venir, dejé de hacerlo. Así de fácil.

Una parte de Kim quería creerle y aceptar que ese encuentro había sido una experiencia positiva para algunos, y que seguía siéndolo; otra parte se preguntaba si ese hombre hacía demasiadas aclaraciones.

Él negó con la cabeza y continuó:

—Ni siquiera me preocupa que usted haya querido hablar conmigo. Todo esto indica que usted cree que el asesino podría ser alguien que asistió a Brainboxes en algún momento del pasado. Por lo que he oído de los asesinatos, inspectora, busca usted a una persona muy cabreada. —Hizo una pausa y abrió las manos—. Y siento decirle que tendrá que ir a otro perro con ese hueso, porque no estoy enfadado en absoluto.

Capítulo 85

—¿Te ha parecido que hacía demasiadas aclaraciones? —preguntó Bryant cuando la lección de Matilda llegó a su fin.

Vio cómo el hombre intercambiaba cumplidos con la tutora antes de coger la mano de su hija. Matilda, con su preciado cuadro en la mano, se alejó dando saltitos.

—No lo sé —respondió. El hombre parecía equilibrado, astuto, inteligente y, a primera vista, un padre cariñoso y comprensivo.

Kim seguía observando a la tutora, que guardaba sus pertenencias en un maletín.

Bryant seguía la mirada de su jefa.

—No veo qué podría decirnos —dijo.

—Enseña a estos niños. Puede que tenga alguna idea que darnos —argumentó Kim.

—Estamos perdiendo el tiempo, jefa —dijo él, y empezó a alejarse.

Ella no se movió de su lugar.

—Tómate la libertad de pasear por el hotel y preguntarle a la gente si hace poco ha estado de matanza. Entretanto, yo voy a averiguar qué hay entre esta mujer y nuestra entusiasta organizadora.

Bryant se encogió de hombros y siguió a Damien Crouch y a su hija hacia la salida.

Kim se acercó a la tutora por la izquierda.

La mujer la miró con ojos llenos de desconfianza. Después de pasar la vista por todas las mesas vacías, asintió. Frunció el ceño y giró la cabeza. Una fina cica triz blanca le recorría el rostro desde el pómulo hasta la comisura de los labios.

Con su expresión, la mujer desafiaba a Kim a hacer como si no existiera.

Pero la detective le extendió la mano.

—Soy la inspectora Kim Stone.

La mujer dejó una pila de papeles encima de la mesa y le devolvió el saludo. No llevaba alianza; solo un sencillo anillo con un sello en la mano derecha.

—Ellie Lewis —dijo, sin más—. ¿Qué necesita?

Nada de cháchatras. A Kim le gustaba eso.

—Obviamente, está aquí por la convención, ¿no es así? —quiso aclarar Kim.

La mujer negó con la cabeza.

—No estoy relacionada con esto. Estoy aquí por instrucciones de los padres. Soy profesora particular. Me pagan por garantizar que la educación continua de sus hijos no se resienta durante el encuentro.

—Son dos días —dijo Kim. Se preguntó cuánto aprendizaje podrían perder en tan poco tiempo—. ¿Y este evento no es una especie de estudio?

—No, oficial. A muchos niños superdotados se les enseña a ver el aprendizaje como una diversión.

Sí. Kim no estaba muy convencida.

—Dígame, ¿Serena y usted se llevan bien?

—Tan bien como sea necesario —respondió.

Joder, esa mujer conseguía que ella pareciera una cotorra a su lado.

—Tómese la libertad de…

—No me ando con rodeos, oficial —dijo ella, sonriendo a medias—. Si tiene una pregunta, hágala.

—Bien, nos pareció que anoche las dos discutían en el restaurante.

—Se daría cuenta de que Serena fue la que más habló.

—Si tan solo pudiera…

—Pero usted tiene razón. Se enfadó conmigo. Le estaba dando clases particulares a una niña de once años que se llama Carrie Bruce. La madre le había puesto un examen de historia y quería una calificación del noventa y ocho por ciento. Como la niña tuvo que repetir el examen, llegó tarde a una partida de ajedrez. Serena insistía en que yo debería colaborar con ellos y garantizar que los niños llegaran a tiempo a sus concursos.

—¿Y?

—No es ella quien me paga. Quien me paga es la madre de Carrie.

A Kim le gustó la forma en que la mujer había mantenido la calma ante la ira de la organizadora. Sospechaba que Serena estaba acostumbrada a mandar. De Jared, el hermano, apenas recordaba el sonido de su voz.

—¿Sabe que han asesinado a personas relacionadas con estos encuentros?

—No, inspectora, porque he pasado los últimos días debajo de una piedra —espetó. De inmediato ofreció una sonrisa a modo de disculpa—. Lo siento, pero mi cansancio parece ser directamente proporcional a mi disfrute del sarcasmo.

—Por lo general, no necesito una excusa para que el mío haga acto de presencia —admitió Kim. Había algo en esa mujer que le gustaba. Tal vez que fuera tan directa.

—¿Conocía a alguno?

—A todos, aunque por encima, si sabe a lo que me refiero.

—¿Quiere decir que solo los había visto un par de veces?

—No, los vi muchas. Llevo catorce años viniendo aquí, pero prefiero

conocer a la gente solo de pasada.

Kim estuvo a punto de chocar las palmas. Se resistió y frunció el ceño.

—Perdóneme, pero parece un poco joven para haber asistido tantas veces.

—La primera vez tenía veinticuatro años, y acepto el cumplido. Gracias.

—¿Y cómo se metió…?

—¿Tiene más preguntas para mí, oficial?

Vaya, cuando no quería hablar, esa mujer te callaba muy rápido.

Kim tomó nota mental. Había una historia ahí, podía sentirlo, pero presionarla más provocaría que se cerrara en banda.

—¿Así que conoce, tal vez, a algunos de los niños y a sus padres? —preguntó Kim.

—A los que pagan por mi tiempo, sí.

—¿Como a Damien Crouch? —Kim aún no estaba dispuesta a dejar escapar a alguien que encajaba tan bien en su perfil de sospechoso.

—Damien me paga por jugar con su hija un par de horas. Así, él puede seguir trabajando. Nada de aprender, solo jugar —dijo casi sonriendo—. Su hija es una niña muy especial, pero no va a presionarla.

—¿Cómo hacen estos padres para saber que su hijo es un genio? —preguntó Kim.

—No lo saben. Suelen acudir a Mensa en busca de orientación. En Mensa conocen diecisiete signos o comportamientos que los niños superdotados suelen mostrar. —Los ojos de Kim se abrieron de par en par—. Esos signos incluyen que tengan una memoria inusual, que se aficionen a algo, que no toleren a otros niños, que pasen por los hitos intelectuales antes de tiempo, que se pongan a sí mismos

altos estándares, que les guste tener el control…, por nombrar algunos, pero el genio rara vez se mantiene en la edad adulta.

—¿Cómo es posible? —preguntó Kim.

—Con el tiempo, los niños pueden quedarse atrás por falta de empuje, como cuando alguien alcanza el éxito a una edad temprana sin tener que esforzarse. Algunos creen que en el futuro no tendrán que trabajar demasiado para triunfar.

»Se entiende que los pequeños genios tienen cinco necesidades especiales: en primer lugar, les cuesta prestar atención en clase. Muchos han sido diagnosticados con trastorno de déficit de atención o trastorno de déficit de atención con hiperactividad. Carecen de motivación para completar determinadas tareas. A menudo, se vuelven perfeccionistas y llegan a pasar dificultades para cumplir sus propias expectativas. Por último, pueden tener problemas para hablar; tal vez vacilen o tartamudeen al intentar traducir ideas complejas a un lenguaje que los niños de su misma edad puedan entender.

—¿Está segura de que la crianza puede influir en su desarrollo posterior?

—Está entrando en un terreno de la psicología infantil que va mucho más allá de mis conocimientos. Yo solo puedo hablar de lo que he visto: el enfoque autoritario se centra en el niño. A los niños se los enseña a regular sus emociones. Es cálido y acogedor. Se los estimula positivamente, pero con castigos medidos y coherentes. Este enfoque produce, por norma, niños independientes y autosuficientes.

—Suena ideal —dijo Kim. Se preguntaba si ese método de crianza habría llegado a la urbanización Hollytree.

—Luego está el autoritarismo de la mayoría de los padres tigre. Los niños reciben instrucciones, pero no explicaciones. Son muy castigados con azotes y gritos. El objetivo es enseñarlos a comportarse, a sobrevivir y prosperar en un mundo difícil, y esos niños suelen sufrir abusos. —Kim pensó al instante en Belinda.

»Y, por último, hay un estilo indulgente, que consiste, a grandes rasgos, en un haz lo que quieras, cuando quieras, y sin temor a las consecuencias. Por supuesto, se corre el peligro de que el niño espere salirse siempre con la suya y nunca aprenda a evitar comportamientos que molesten a los demás.

La mente de Kim se volvió hacia Veronica.

—¿Cómo afectan estas cosas a otros niños de la familia? —preguntó.

—De nuevo, no es mi especialidad.

—Lo sé, pero usted ha pasado más tiempo con niños que yo.

—Vale, según mi experiencia, a los otros niños de la familia no les va tan bien.

Capítulo 86

Penn rebotaba mientras superaba a toda velocidad los baches en un camino de tierra que había dejado de utilizarse hacía mucho tiempo.

Llegó a la verja que decía a gritos «Prohibido el paso» y se bajó del coche. Alguien había cortado la cadena que fijaba las dos hojas de la puerta.

Empujó el lado izquierdo y entró. Sin importar lo que estuviera ocurriendo aquí, de nada le serviría correr a toda pastilla, aunque eso era exactamente lo que quería hacer.

Tenía enfrente el edificio principal del negocio de karts abandonado. Hacía tres años que había cerrado, tras el accidente mortal de un niño que se había ido abajo por el barranco, una caída de veinticinco metros sobre un lecho de rocas.

El edificio principal consistía en un par de despachos, un área de recepción, aseos y una pequeña cafetería. Más allá, fuera de la vista, estaban la pista de karts y la caseta donde alquilaban los cascos.

Se acercó al edificio principal y lo bordeó. Tuvo que agacharse para pasar por debajo de las ventanas.

Escuchaba atentamente cualquier sonido que pudiera revelar la presencia de su hermano, pero no oyó nada más que el lejano rumor del tráfico de la carretera que acababa de dejar atrás.

Avanzó otros dos pasos hacia el perímetro del edificio. Al rodear la esquina, tendría a la vista el circuito y el edificio más pequeño.

Intentaba respirar hondo para calmar los temblores de su cuerpo, aterrorizado por lo que pudiera encontrarse.

Al llegar al borde de la pared, el límite de su parapeto, tragó con fuerza.

Inhaló una vez más y dio la vuelta.

Esa última inspiración se quedó atrapada en algún lugar de su pecho cuando vio a su hermano de pie, con los ojos vendados, al borde del barranco.

Capítulo 87



Stacey se enderezó en la silla.

—¿Cuántos te quedan? —preguntó. Los barrotes de madera del respaldo crujieron en sus intentos por usar algo de apoyo lumbar. Echaba de menos la silla ergonómica que la jefa le había conseguido para la oficina.

—Acabo de descartar a otros dieciséis, lo que me deja… —Tiff comprobó su lista—. Me quedan diecinueve niños por comprobar.

—Yo tengo diecisiete y estoy perdiendo rápidamente las ganas de vivir. —Stacey se levantó de la silla. Se estiró y gimió al mismo tiempo.

Tiff echó su silla hacia atrás.

—Me uno —dijo.

Pasearon por la habitación del hotel, en lados opuestos. La joven agente dio un par de saltos de estrella en medio del salón.

—¿Todavía te diviertes, Tiff? —preguntó Stacey.

—¿Pensarías mal de mí si te dijera que sí? —Tiffany fue a la bandeja donde estaban el té y el café.

Stacey negó con un movimiento de cabeza.

—Bah, te entiendo. —Y siguió caminando.

La joven agente se preparó un café instantáneo y sacó de la nevera una de las cocacolas sin azúcar de Stacey.

—¿Sabes?, yo no…

—No creo que estemos…

Se rieron. Habían empezado a hablar justo al mismo tiempo y, al parecer, pensaban lo mismo.

—No está funcionando, ¿verdad? —Stacey fue quien formuló la pregunta completa.

—Veo la lógica de la jefa, pero podrían producirse otro par de asesinatos antes de que terminemos de comprobar y verificar el paradero de todos estos chicos.

Stacey no lo habría expresado mejor.

Tiró de la anilla de su lata de Coca-Cola y dio un trago mientras miraba los rotafolios en busca de inspiración.

—La jefa ha dicho que el profesor de Manchester les habló mucho del desencadenante. Sugirió que identificáramos qué había activado la matanza.

—Así que hace poco debe de haber ocurrido algo para que nuestro hombre se haya alterado —respondió Tiff, y volvió a sentarse.

Los ojos de Stacey se dirigieron a la cronología y a un acontecimiento concreto que habían averiguado el martes.

Se apresuró a volver a ocupar su asiento frente a Tiffany.

—Creo que sé por dónde empezar.

Capítulo 88

Bryant cogió un café y buscó asiento en la abarrotada sala social. Ahora mismo se sentía un poco como en la zona prohibida del hotel y se preguntó si alguna vez lograría escapar. Vio a un niño que estaba solo, sentado con un libro.

—¿Este asiento está ocupado, colega? —le preguntó.

El niño le dedicó una mirada por encima de sus gafas.

—¿Ocupado en qué? ¿Me está preguntando si hay alguien sentado aquí?

Bryant volvió a mirar a su alrededor y no descubrió más asientos disponibles.

—Voy a tomar eso como un no —dijo, y tiró de la silla.

El niño lo miró con gravedad. Bryant le calculó entre diez y once años. Tenía el pelo rubio y ojos claros de color avellana, agrandados por las gruesas gafas.

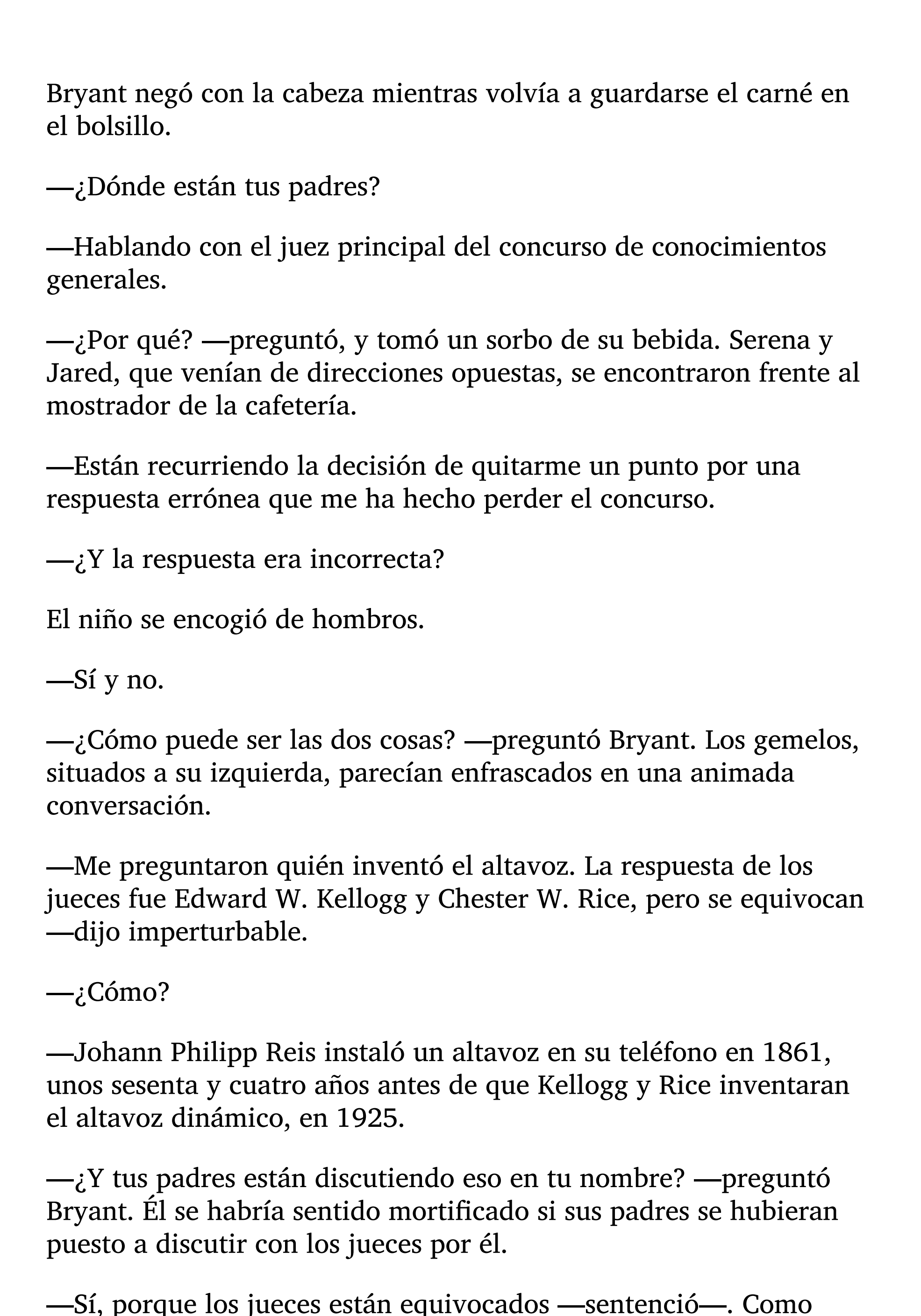
—¿Es apropiado que un hombre de mediana edad busque la compañía de un niño sin supervisión? —preguntó el chico, muy serio.

—Madre mía, chaval; solo quería descansar las piernas un minuto —dijo. Intentaba no reírse ante la expresión circunspecta del niño, que, por lo visto, seguía esperando una respuesta. Bryant sacó su identificación—. Soy un oficial de la policía.

—¿Y? —preguntó el niño, que se subió más las gafas.

—Así que protejo a la gente, no le hago daño —explicó Bryant.

—No me parece que las dos cosas sean excluyentes. Aún podría ser un hombre malo.



Bryant negó con la cabeza mientras volvía a guardarse el carné en el bolsillo.

—¿Dónde están tus padres?

—Hablando con el juez principal del concurso de conocimientos generales.

—¿Por qué? —preguntó, y tomó un sorbo de su bebida. Serena y Jared, que venían de direcciones opuestas, se encontraron frente al mostrador de la cafetería.

—Están recurriendo la decisión de quitarme un punto por una respuesta errónea que me ha hecho perder el concurso.

—¿Y la respuesta era incorrecta?

El niño se encogió de hombros.

—Sí y no.

—¿Cómo puede ser las dos cosas? —preguntó Bryant. Los gemelos, situados a su izquierda, parecían enfrascados en una animada conversación.

—Me preguntaron quién inventó el altavoz. La respuesta de los jueces fue Edward W. Kellogg y Chester W. Rice, pero se equivocan —dijo imperturbable.

—¿Cómo?

—Johann Philipp Reis instaló un altavoz en su teléfono en 1861, unos sesenta y cuatro años antes de que Kellogg y Rice inventaran el altavoz dinámico, en 1925.

—¿Y tus padres están discutiendo eso en tu nombre? —preguntó Bryant. Él se habría sentido mortificado si sus padres se hubieran puesto a discutir con los jueces por él.

—Sí, porque los jueces están equivocados —sentenció—. Como mínimo, deberían aceptar que cometieron un error, que la pregunta no era concisa.

Bryant habría sentido la necesidad de reír a carcajadas de no haber notado la mano de Serena en el brazo de Jared.

A cualquier observador inexperto habría podido parecerle que Serena tocaba a su hermano de manera casual, pero el ojo entrenado del sargento veía dedos apretados y tensos y uñas clavadas.

—¿Qué opina de lo que acabo de contarle? —preguntó el niño.

—Chaval, creo que no es bueno que sean tan serio —respondió Bryant. Vio a Jared inclinarse hacia su hermana y decirle algo al oído. Ella le soltó el brazo y se marchó, enfadada. En el rostro de la mujer se dibujaba el desaliento.

El teléfono del sargento empezó a sonar.

El niño lo miró enojado.

Bryant quiso sacarle la lengua antes de responder a la llamada, pero se quedó con las ganas. De verdad, solo había ido a descansar las piernas.

—Hola, Stace.

—No consigo localizar a la jefa —expuso ella—, pero hay algo que debes saber.

Bryant se inclinó hacia delante. En ese momento, a través de las puertas del gran salón, vio que la jefa llegaba.

—Se trata del niño Robinson —explicó—. El que murió hace poco.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Bryant.

Kim, a lo lejos, lo vio.

—He revisado todos los informes de los medios de comunicación y no hay muchos detalles, pero no murió simplemente, Bryant. Ese crío de doce años se suicidó.

Capítulo 89

Penn resistió el impulso de pegarle un grito a su tembloroso hermano por miedo a que este, en un sobresalto, cayera por el precipicio.

De debajo del gorro de lana que le habían puesto en la cabeza, surgió un leve quejido.

A Penn le urgía correr hacia Jasper, recorrer los quince metros de pista asfaltada que conducían al saliente de hierba, en el límite del solar. Pero sabía que su hermano no estaba solo.

Doug apareció por detrás del edificio.

—Ah, así que por fin lo has resuelto —dijo.

—Sí, pedazo de gilipollas, he seguido tu rastro de migas de pan. Ahora, aleja a mi hermano de ese borde.

—Jasper está bien, ¿no es así, amigo? Le he explicado que íbamos a jugar algo y que tú también vendrías.

Penn observó cómo se crispaba el cuerpo de Jasper, cómo, después de haber oído su voz, el chico intentaba apartarse del barranco. El sargento veía la nuca de su hermano. Sabía que, con un movimiento en falso, Jasper daría un paso adelante y caería a una muerte segura.

—Tu hermano sabe que debe quedarse muy quieto hasta que yo le diga que se mueva —dijo Doug, que estaba a unos tres metros del él. Lo único que los separaba era una abertura en el suelo. En cualquier momento, Doug podía saltar la hendidura de medio metro y empujar a Jasper al barranco; pero, si el chico intentase avanzar hacia la voz de Doug, caería por el agujero.

—Quédate quieto, chaval —dijo Penn—. Todo va a salir bien. Te lo prometo. No te muevas, nada más.

—Ah… Vale, Ozzy —dijo el chico. A Penn le dieron ganas de llorar.

Su hermano nunca había podido decir Austen. Al principio era Aussie y, con el tiempo, se había convertido en Ozzy.

—Doug y yo vamos a tener una charla y necesito que te quedes muy quieto. ¿De acuerdo? —Él asintió. Penn dirigió su atención a su antiguo colega—. ¿Cómo has podido hacerlo, puto cabronazo?

—¿Qué he hecho, exactamente? —preguntó Doug, y se metió un chicle en la boca.

—¿Ha sido por dinero? ¿Es eso? ¿Te pagan bien?

—Todavía no sé de qué hablas, colega —dijo, con astucia.

—Te habrás partido el culo de risa mientras yo me perseguía el rabo toda la semana. Pero ahora lo entiendo todo.

»Me preguntaba por qué el señor Kapoor decía una y otra vez que le habían hablado de su seguridad en numerosas ocasiones. Yo sabía de una sola, pero tú volviste, ¿no? Volviste para averiguar si había hecho algo y, como no lo había hecho, informaste a la banda de Reed de que el lugar estaba bien. Les dijiste que la cámara era de pega, para que ellos pudieran dar el golpe. ¿Con cuántos otros lo has hecho, Doug? ¿Cuánto tiempo llevas diciéndoles dónde atracar?

—Sabía que al final lo resolverías, pero nadie te va a creer, porque, seamos sinceros, lo que tienes es muy débil.

—Me di cuenta de que seguías señalando que Lynne tenía cosas nuevas: el coche, dinero reluciente para comprar bebidas. Siempre tratabas de cubrirte, Doug, pero no te saldrás con la tuya.

Él sonrió.

—Vaya, creo que sí, pero cuéntame más.

—Encontraste a Ricky Drake y se lo enviaste a Lynne para que lo interrogara. Nada te delataba a ti, pero te pasaste de la raya con Irina. Cuando te envié a comprobar su historia, le dijiste que mejor mantuviera la boca cerrada. Ella entró en pánico. Después mataron

a su vecino y entonces se dio cuenta de que estaba metida en un lío. Así que vino y dijo la verdad.

»Tú colocaste la camiseta manchada de sangre en el cobertizo de Nuryef. Luego me guiaste para que yo la encontrara. Habías comprado una camiseta nueva y embadurnaste con sangre que cogiste de la ropa o los zapatos del verdadero asesino.

—Y, por supuesto, podrás probarlo todo, ¿verdad, colega? De hecho, todo se debilita más cada vez que abres la boca. Aunque fuera verdad, no podrías probar ni una puta cosa.

Penn echó un vistazo a su hermano, que se esforzaba por permanecer quieto, aunque sus músculos se movían solos.

—En realidad, sí puedo, Doug. Tú te aseguraste de que encontrara la camiseta. Tú me enviaste allí. Una vez más, nada apunta hacia ti. Solo que ese es el error que te condenará. —Penn vio la indecisión en el rostro de Doug. El agente intentaba averiguar en qué se había equivocado—. Si hubieras ido tú mismo a buscar la camiseta al cobertizo, habrías cubierto tus propias huellas. Pero ahora no tendrás cómo explicar la presencia de tus huellas dactilares en la docena de objetos que tuviste que mover para llegar a la parte trasera.

Doug empezó a aplaudir.

—Joder, colega, siempre has sido demasiado listo; sin embargo, esta vez no te va a funcionar. Nadie sabrá lo listo que eres, porque estarán demasiado ocupados llorando el trágico accidente que habrá ocurrido hoy aquí.

—¿Qué, Doug…?

—Esto no es lo que piensas, amigo. No he traído a Jasper para negociar contigo. No tiene sentido, de todos modos. No negociarías. No, colega, lo siento, el juego se acaba aquí.

Penn apenas podía creer que el que le hablaba era su viejo amigo.

—¿Cuándo pasaste de ser un poli corrupto a un secuestrador y un asesino, Doug?

—No me van a derrotar, Penn. Ni tú ni nadie. Al cuerpo le he dado veinte putos años y no me ha devuelto nada, excepto una úlcera y dos fracasos matrimoniales. Sí, podría haberme quedado viendo cómo la gente a mi alrededor ascendía y ganaba más dinero, cómo todo el mundo me dejaba atrás, pero eso ya era mear muy lejos. Quería meterme unas cuantas libras más en el bolsillo.

—¿Esto es solo por dinero, cabrón? —dijo Penn.

—Sí, tío. Es así de simple, en realidad. Cuando los chicos de Reed me ofrecieron la oportunidad de ganar unos cientos más al mes, y solo por pasarles información, no vi nada malo en ello, y sigo sin verlo, así que, en cuanto hayas desaparecido, las cosas seguirán como antes.

—Ya ha muerto un hombre, Doug. ¿De verdad no te importa?

Él se encogió de hombros. Por fin, Penn vislumbró la frialdad que había tras la máscara.

—No, no me importa. No lo conocía, así que no lo echaré de menos. —Un escalofrío mortal recorrió el cuerpo de Penn. Se estaba dando cuenta de que este hombre, a quien conocía desde hacía años, era de verdad capaz de hacerles daño a él y a Jasper sin pensárselo dos veces—. Si te dejara vivir, lo perdería todo, colega: mi trabajo, mi casa, mi pensión y el buen sueldo que tengo con los Reed. Pero voy a hacerte un favor —dijo, y miró a Jasper—. Para él será rápido.

—Si le tocas un solo pelo, juro por Dios que…

—Oye, Jasper, lo de hacerte daño no era en serio. ¿eh? El juego ha terminado. Ahora, camina hacia mí y yo…

—¡Jasper, no! —gritó Penn. Con que su hermano diera dos pasos hacia la voz de Doug, caería directamente en el agujero que los separaba—. No le hagas caso, compi. Solo escúchame a mí. Escucha solo mi voz.

—Está bien, tío —dijo Doug—. Se ha acabado el juego. A tu hermano no le ha hecho gracia, así que vamos a dejarlo ya.

—¡Jasper, no te muevas! —gritó Penn. Sin embargo, podía ver

cómo los pies de su hermano vacilaban al cambiar el peso de uno al otro.

—¡Ozzy! —gritó Jasper. Una mancha oscura empezó a colorear la entrepierna de sus pantalones—. Ozzy, no sé qué…

—No te muevas, compi. Te prometo que todo irá bien. Solo quédate quieto y escúchame. A mí, nada más.

—Ah, joder —dijo Doug. Saltó la abertura y aterrizó a un palmo de Jasper.

Penn sabía que le sería imposible llegar a tiempo.

Doug agarró a Jasper y le dio la vuelta. Quedaron uno frente al otro, de perfil con respecto a Penn.

—Juro por Dios que, si intentas algo…

—Ozzy… Ozzy…, ¿qué?…

—Jasper…, ¡¿qué haría Billy?! —gritó Penn a pleno pulmón.

Doug se volvió hacia Penn, confuso, lo que le dio a Jasper el tiempo justo para procesar las instrucciones.

Levantó bruscamente la rodilla y alcanzó a su enemigo de lleno en los genitales.

Mientras el tipo se doblaba por el dolor y la sorpresa, Penn corrió hacia ellos. Agarró a su desorientado hermano y lo empujó lejos del borde.

—Siéntate en el suelo —le ordenó, enérgico, para que el chico no deambulara hacia el peligro.

Doug, que se agarraba los testículos, ya estaba cerca del borde.

—No, no, qué mierda, no —dijo Penn, y lo obligó a retroceder.

El agente quería ponerse en pie, pero un gancho de derecha muy efectivo lo dejó fuera de combate.

Penn corrió hacia su hermano y le arrancó el gorro de lana de la cara. Jasper tenía los ojos llorosos, muy abiertos de miedo.

—Me he meado, Ozzy —susurró.

Penn lo acercó hacia sí mientras sacaba el móvil.

—No pasa nada, compi —le dijo, y lo besó en un lado de la cabeza —. Nadie volverá a hacerte daño.

Capítulo 90

La ciudad comercial de Evesham estaba situada a unos cuarenta y seis kilómetros al sureste de Stourport, en una península en forma de herradura del río Severn y casi del todo rodeada de agua.

Debido a su suelo excepcionalmente fértil, la zona era famosa en los alrededores del Valle de Evesham por su comercio hortícola.

«Pues aquí nadie lo diría», pensó Kim, mientras Bryant aparcaba frente a una hilera de veinte casas adosadas sin jardín delantero. A uno y otro lado, las ventanas estaban cubiertas de rejas metálicas. Kim tocó el timbre en el umbral, entre dos contenedores de basura y un ramo de flores abandonado en el escalón de entrada.

Les abrió la puerta un hombre de unos treinta años. El pantalón de chándal y la sudadera no ocultaban que en aquellos huesos apenas había carne.

—¿Señor Robinson? —preguntó Bryant.

Él asintió y esperó.

Bryant hizo las presentaciones.

—¿Podemos entrar un momento?

El señor Robinson frunció el ceño.

—¿Los envían de Servicios Sociales? —preguntó—. Dijeron que estaba todo listo para…

—Esto no tiene nada que ver con Servicios Sociales —lo tranquilizó Kim—. Nos gustaría explicarle el motivo de nuestra visita, si nos lo permite.

El hombre se hizo a un lado para darles paso por un pequeño recibidor. Dejaron atrás las escaleras y en traron en una segunda

sala que, toscamente encajada en la cocina, dejaba al descubierto una pared desnuda con forma de arco doble.

La mesa era un banco de pícnic barnizado. Él se sentó y los invitó a hacer lo mismo.

—Señor Robinson, sentimos su pérdida y nuestra intromisión, pero ha habido muchas muertes alrededor del Brainboxes de este año y nos gustaría…

—Los reventaría a todos, si pudiera —dijo, y cogió sus cigarrillos. Encendió uno y le dio una calada profunda—. Los odio, qué coño, pero mi señora no quería ceder. Vendió el puto coche para inscribir al niño en las competiciones del año pasado. Y él no quería. Yo tampoco, pero ella no dejaba de insistir. —Las palabras del hombre destilaban amargura y rabia—. El niño tenía berrinches a diario con tal de hacérselo entender.

¿El niño había sido incapaz de decirles a sus padres que no quería ir? ¿El fracaso de ese año lo había llevado al suicidio?

—¿No podía simplemente decir que no…?

—No, oficial, no podía. —Hizo una pausa y la miró con ojos cansados —. ¿Sabe qué es el síndrome del sabio? —Kim negó con la cabeza—. ¿Ha visto Rain Man? —Kim asintió—.

Dustin Hoffman tiene síndrome del sabio, igual que Stevie. Ocurre cuando una persona con una discapacidad mental importante demuestra ciertas habilidades muy por encima de la media, casi siempre cálculo rápido, como en Rain Man, o una habilidad musical, pero una sola.

—¿Y es común? —preguntó Kim. Aunque había visto la película, no tenía ni idea de cómo se llamaba la en fermedad ni qué tipos de genialidad se relacionaban con ella.

Él negó con la cabeza.

—Es raro. Ocurre un solo caso por millón. Por eso no lo habíamos detectado, a pesar de que el niño aprendía con lentitud. No caminó hasta los dieciocho meses ni pronunció una sola palabra hasta después de cumplir los dos años. Sus pruebas físicas básicas eran

normales, así que el médico nos dijo que lo lleváramos a grupos de juego para que interactuara con otros niños y se pusiera al día. Y lo llevamos. Gateó hasta el teclado de otro niño y empezó a tocarlo. La gente se paró a escuchar. Eso no le gustó.

»De inmediato, mi mujer fue a buscarle un teclado. Empeñó sus joyas en Cash Converters y lo puso en su habitación. Él tocaba y tocaba y tocaba, siempre que nadie lo viera. Entonces, mi señora tuvo la idea de llevarlo a esa cosa de Brainboxes, y el chico se puso como un energúmeno. Ella insistió en que, una vez allí, estaría bien. Intenté disuadirla, pero es una puñetera cabezota. Quería convertirlo en una especie de estrella. En cambio, yo solo quería jugar al fútbol con un niño normal.

—Así que ¿Stevie fue a Brainboxes el año pasado? —preguntó Kim. Podía palpar la furia del hombre. ¿Se habría reunido el niño con las tres víctimas? ¿Ese hombre habría querido vengarse de algún modo por el suicidio de su hijo?

—Sí, fuimos. Maldita competición. Stevie no dijo ni una palabra en todo el tiempo. Mi señora intentó que se mezclara y yo intenté explicarle que el chaval no estaba hecho así. Se sentó al piano y se quedó inmóvil, no quiso tocar ni una nota y empezó a gemir. Ha sido el peor sonido que he oído en mi vida. Fue lamenta ble. Todos odiamos cada uno de los minutos, excepto mi señora, que este año fue y lo apuntó de nuevo.

—Y ella ¿dónde está ahora? —preguntó Kim.

—Que me jodan si lo sé. Discutimos. Se largó en cuanto le dije que la muerte de nuestro hijo había sido su culpa. —Kim se extrañó de la dureza de semejante afirmación; sobre todo, si estaba dirigida a alguien que ya debía de sentirse culpable—. Me da igual lo que usted piense —dijo él, y se encogió de hombros—. Fue culpa suya. Deberían arrestar a esa zorra por homicidio. —Se tragó la rabia cuando una lágrima rodó por su mejilla. La limpió con brusquedad —. Toda su atención estaba en Stevie, todo el tiempo, y el pobre chico no podía soportarlo. Ella ha matado a nuestro hijo y nunca la perdonaré. Que se pudra en el infierno.

Kim ya estaba a punto de levantarse, pero Bryant se le adelantó. La

ira de ese hombre era fruto del dolor. A pesar de sus comentarios, no podían considerarlo responsable del asesinato de nadie. Poseía toda la ira, pero ningún control.

Bryant le ofreció la mano.

—Sentimos haberlo moles… —Dejó de hablar cuando, de repente, en la parte de arriba de la casa sonó un piano.

El hombre ni se inmutó.

—Señor Robinson, ¿quién es…?

—Ya se lo he dicho, ¿no? A Stevie le encanta tocar el piano.

Kim miró a Bryant como para asegurarse de que no se había perdido ni un detalle. La expresión de su compañero decía que no, que no se le había escapado nada.

—Pero Stevie está muerto… ¿No se suicidó?

—¿Quién le ha dicho eso? Fue su hermano, Ryan, el chico normal. Él fue quien se suicidó —dijo, y miró hacia arriba—. Como pueden oír, nuestro niño prodigio sigue muy vivo.

Capítulo 91

De camino al coche, Kim dejó escapar un suspiro.

—¿Cómo demonios no sabíamos qué niño había muerto? —preguntó Bryant.

Sí, era molesto haber llegado mal preparados, pero no era culpa de nadie.

—Serena nunca mencionó el nombre de pila del chico fallecido y Stacey no debía saberlo, ya que las declaraciones de la policía eran muy vagas. Los artículos periodísticos, como siempre, hay que leerlos entre líneas.

Kim sabía que la prensa no informaba de todos los nombres y detalles hasta después de la investigación y que, a partir de ahí, seguía las directrices de Samaritans, la línea de atención a la conducta suicida.

—¿Crees que está relacionado con nuestra investigación? —preguntó Bryant.

—No creo que esta familia esté vinculada, pero no dejo de sentir que el suicidio del chico ha sido el catalizador. —Se giró a ver a su compañero—. Espera, ¿qué día murió?

—El jueves por la tarde.

Kim sacó cuentas.

—Más o menos cuando nuestra primera víctima, Freddie Compton, era ejecutado ante un juego de mesa. —Kim no esperó a su reacción—. Bryant, creo que acabamos de encontrar nuestro detonante.

—Tranquila, jefa, esto es un poco…

—Bryant, es demasiada coincidencia que el suicidio de Ryan

Robinson ocurriese más o menos al mismo tiempo que nuestro primer asesinato. —Abstraída, se puso a dar golpecitos en su teléfono móvil—. Estoy segura de que ha sido el detonante, pero no sé qué podría haberlo desencadenado. A menos que… Ay, mierda…

—No, no, ¿a dónde va ahora esa mente tuya? —preguntó él con pavor en la voz.

Kim pensó en lo que había averiguado ese día: primero, de Veronica, y después, de Ellie, e, indirectamente, del chico muerto.

—Bryant, si no quieres oír tacos, tápate los oídos ahora mismo.

—¿Por qué?, ¿a quién le van a tocar?

Ella empezó a revisar su lista de contactos.

—No seré yo quien diga las palabrotas —contestó, e hizo una mueca—. Eh, Stace —dijo. Bryant se volvió para escuchar con interés—. ¿Cómo va lo de reducir la lista a los chicos que estuvieron en contacto con todas nuestras víctimas?

—¿Qué necesitas, jefa? —preguntó Stacey, perspicaz—, porque solo compruebas mi progreso en alguna tarea cuando estás a punto de tirarlo por tierra.

Kim se permitió sonreír.

—Sí, bueno. Voy a necesitar otra lista.

—¿Aparte de la de los niños que pudieron haber conocido a todas las víctimas?

Kim se alejó el teléfono mientras Bryant miraba divertido.

—Sí, quiero saber quiénes tenían hermanos o hermanas.

Capítulo 92

—Sube —le pidió Kim cuando entraron en el vestíbulo del hotel.

—¿Soy carne de cañón? —preguntó Bryant—. Sabes que Stacey va a estar furiosa.

—Campanilla te protegerá —dijo, y se dirigió a la cafetería.

En realidad, solo necesitaba unos minutos a solas. Sentía que llevaba muchos días sin acompañarse a sí misma.

También sabía que Bryant no podría entender la sensación irritante que le había dejado la tutora. Esa cicatriz, esa cautela, esas evasivas ante cualquier pregunta que rozara remotamente lo personal.

Por su cerebro pasaban retazos de la conversación. Pero, sobre todo, era la propia mujer. Su actitud distante ocultaba una calidez que no quería mostrar. Poseía el don de la ironía, lo que Kim apreciaba, pero la cautela que la rodeaba desmentía a la persona que llevaba dentro. ¿Y por qué demonios había empezado a dar clases particulares a una edad tan temprana?

Se sentó en un extremo de la cafetería, abrió Google e introdujo el nombre: «Ellie Lewis». Se desplazó hacia abajo y no encontró nada interesante.

—Ah, espera —se dijo en voz alta.

En la mesa de al lado, tres cabezas se volvieron hacia ella.

No les hizo caso y volvió a escribir el nombre. Ellie era, por lo general, el diminutivo de Eleanor. Volvió a intentar la búsqueda y Google le ofreció más de diez mil resultados.

Y, cuanto más leía, más se le desencajaba la mandíbula.

Eleanor Lewis se había licenciado en Educación a los veinticuatro

años. Al año siguiente ya se encontraba dando clases de inglés a adolescentes en una zona especialmente deprimida de Staffordshire. Una noche, cuando salía del trabajo, tres estudiantes la atacaron. La violaron, le rajaron la cara y la dieron por muerta.

En el estómago de Kim, la sensación de horror crecía con cada artículo. El asalto, la recuperación, el juicio. Todo estaba cubierto de minuciosos y sórdidos detalles. No era de extrañar que Ellie no hubiera podido volver al sistema educativo y que ahora utilizara sus conocimientos para dar clases particulares. Uno a uno. Más segura.

Y esos hijos de puta…, de quince o dieciséis años, los tres. Las condenas sumadas no habían llegado a los diez años.

Que la mujer hubiera sobrevivido a semejante calvario solo hacía que Kim quisiera ir a buscarla de nuevo y estrecharle la mano. Las cicatrices externas eran obvias para cualquiera con un par de ojos, pero Kim no podía evitar preguntarse por las internas.

Capítulo 93

Eran casi las seis cuando Kim entró en la habitación del hotel. Habría jurado que, cada vez que salía y volvía a entrar, alguien la había encogido un poco.

Con cuatro personas en la pequeña sala de estar, rodeadas de pizarras blancas y ordenadores portátiles, el espacio empezaba a parecer un armario escobero.

Encendió el hervidor.

—¿Qué tienes, Stace? —preguntó.

—Ganas de buscar otro trabajo —refunfuñó la asistente mientras la impresora portátil cobraba vida a sus espaldas.

—¿Qué puedo…?

—Nada por ahora, jefa. Tenemos un sistema en marcha. Otro par de manos solo terminará por confundirme —dijo, y le entregó una hoja impresa a Tiff—. Cruza esto con lo que tiene Bryant.

Él miró a la jefa con cara de «Estoy con las chicas guais», y ella se echó a reír. Todo el mundo sabía que Bryant y la minería de datos no tenían muy buena relación que digamos.

Kim se dejó caer en la silla vacía, en plena batalla contra su frustración. No tenía ninguna duda que el asesino estaba por ahí, en alguna parte. Después de todos los kilómetros recorridos, de todas las indagaciones, los interrogatorios y el seguimiento de pistas, sospechaba que la respuesta estaba en el trabajo del resto de su equipo; y, por mucho que quisiera un nombre y una descripción de inmediato, no podían dárselo por arte de magia.

Escuchaba y se daba cuenta de que el proceso era como buscar oro: cada vez que lo bateaban con agua, esta arrastraba un poco de suciedad y los acercaba a las pepitas del fondo. Cada cruce de datos

eliminaba sospechosos improbables.

Su confianza en los métodos de Stacey era mayor que su resentimiento por que la dejaran fuera del proceso.

Comprobó sus correos electrónicos. Había un solo mensaje nuevo, de Keats, que contenía los informes toxicológicos de las tres escenas del crimen. Abrió el primero y lo ojeó. No había nada inesperado, salvo una nota que advertía de una posible contaminación procedente de las botas de un agente de la policía. Había registrado un alto nivel de NaCl en la primera escena del crimen, la del parque Haden Hill. Era un resultado extraño, pero nada que pudiera ayudarla. Más tarde le pediría a Keats que comprobara sus resultados. Cerró ese informe y se desplazó hasta el segundo.

Stacey volvió a su silla.

—Vale, estoy lista.

—Venga —le dijo Kim. Cerró sus correos electrónicos y se giró hacia su colega.

—Bien, tengo un total de diecisiete chicos que estuvieron en contacto con nuestras tres víctimas: Belinda Evans, Barry Nixon y Freddie Compton.

—Veamos…

—Espera, jefa. De estos diecisiete niños, ocho tenían hermanos.

—Vale, genial. Vamos a…

—De estos ocho…

Kim se cruzó de brazos.

—Stace, a este paso ¿quedarán niños por investigar? —preguntó.

—De estos ocho —continuó Stacey—, hay tres que son de especial interés y que deberíamos investigar primero. —Kim estuvo tentada de discrepar, pero había aprendido a confiar en su colega—. Así que tenemos a una joven llamada Carly Benz. Su hermano, Laurence,

fue una estrella del ajedrez y estuvo en contacto con todas las víctimas. Ella era cuatro años menor. Él murió de un tumor cerebral, a los dieciocho años.

—¿Qué tiene de relevante? —preguntó Kim, que no veía por qué esa historia en particular había entrado en los tres primeros puestos de Stacey.

—La hermana perdió el rumbo tras la muerte de Laurence. Se metió en todo tipo de líos: robos, violencia, comportamiento antisocial. Pero, a partir de entonces, nada. No encuentro rastros de ella desde un juicio, cuando tenía dieciséis años. No tiene redes sociales, nada. Es como si hubiera desaparecido. Ahora tendrá unos veinte años. Podría estar castigando a nuestras víctimas por fechorías cometidas contra su hermano.

—Interesante, Stace —reconoció Kim mientras Tiff anotaba datos en el rotafolio.

—Ah, y mejora. Nuestra subcampeona es la propia señora Beth Nixon, que fue a Brainboxes por su abuela. No hay mucho sobre sus visitas a estos encuentros, excepto una entrada de blog: abucheos del hermano menor por la actuación de Beth en la prueba final. No hay nombres, pero él se las arregló para trastocar el concurso.

—Maldita sea —dijo Kim. Se daba cuenta de que casi todas las personas con las que habían hablado estaban, de un modo u otro, relacionadas con aquel acontecimiento.

—No sé cómo vas a superar eso, Stace —admitió.

—Ah, bueno, me gusta dejar lo mejor para el final —dijo, y enarcó las cejas.

—La última conexión entre hermanos que he podido encontrar y en la que ha habido contacto con nuestras tres víctimas ha estado delante de nuestras narices todo este tiempo: son nuestros queridísimos Serena y Jared Welmsley, los organizadores.

Capítulo 94

Kim se apartó para dar paso a una familia que, entre charlas y risas, pasaba junto a ellos por el pasillo. El niño pequeño y sonriente sostenía un trofeo de cristal de tamaño considerable.

—He aquí un chico feliz —comentó Bryant con una sonrisa.

—Claro que sí, ha ganado —respondió ella, y se dirigió a la recepción. Hasta sus oídos llegaban los chillidos de alegría de padres e hijos, que examinaban los certificados, las copas, las insignias y los trofeos. Damien Crouch miraba con orgullo a su hija Matilda, que exhibía una insignia con cintas de color rosa en su rebeca.

—Parece que ya estamos recta final de todo esto —observó Bryant —. Solo falta el concurso principal, el último, y sin incidentes…

—Ni se te ocurra gafarnos, Bryant. Nuestro asesino está aquí, en alguna parte, y tenemos que asegurarnos de atraparlo antes de que este encuentro concluya. Si en su lista de asesinatos hay alguien más, estará justo…

—Inspectora, ¿aún aquí? —dijo Serena detrás de ellos. La mujer llevaba un puñado de insignias, un portafolio y una única zapatilla de niño. Siguió la mirada de Kim—. No pregunte.

—¿Ya casi ha terminado? —dijo Bryant.

Ella sonreía feliz, mirando a los niños y a los padres que, por fin, hacían algo de ruido.

—Ha sido un gran éxito —dijo, y luego pareció hacer memoria—. Sin contar las recientes tragedias, por supuesto —reconoció—. Pero solo queda el concurso final y habremos terminado un año más.

—Espléndido —dijo Kim—. Serena, ¿alguna vez Barry Nixon trajo a su esposa a estos encuentros?

—El año pasado. Fue muy agradable volver a verla después de todos estos…

—¿Y se ha reservado un lugar para ella este año?

—Por supuesto. Tenía entendido que vendrían juntos.

—¿Y alguien ha venido en su lugar? —preguntó Kim. El estómago se le estaba revolviendo.

—Lo siento, oficial, no tengo ni idea —dijo Serena, y se apartó—. Jared se encarga de los registros de asistencia.

—¿Le importaría decirme dónde puedo encontrarlo?

Serena parecía sorprendida de verdad por la pregunta.

—¿A mi hermano, inspectora? Lo siento, pero hace horas que no veo a Jared.

Capítulo 95

—¿Crees que Jared podría ser nuestro hombre? —preguntó Bryant mientras se dirigían a la sala principal. Dado que no le había cogido el móvil, Serena había supuesto que estaría allí, y luego salió corriendo hacia objetos perdidos.

—Te lo diré después de que él nos explique dónde estuvo durante los homicidios, pero tengo la sensación de que hay mucho más que averiguar sobre Beth Nixon. Aún no sabemos qué la llevó a internarse en un centro de salud mental. Y Beth tenía previsto venir aquí con su esposo.

—¿Crees que podría haber matado a su propio marido, jefa? —preguntó Bryant, dubitativo—. Parece que lo quería mucho.

—Sí, esa es la impresión que tengo yo también, pero no sería la primera vez que interrogamos a un asesino en serie sin saberlo. Tratamos con gente muy lista.

—Sí, ¿y cómo atrapas a un asesino que es más inteligente que tú?

Kim se lo pensó un momento.

—Esperas a que se pase de listo.

Estaban llegando al vestíbulo.

—Grandes palabras, ¡oh, gran sabia! —dijo él.

La mayor parte del espacio ya estaba preparado para el acto final. Había dos largas mesas enfrentadas, con tres asientos cada una. Se habían colocado placas con los nombres de los finalistas y una mesa para los jueces.

El equipo fotográfico contaba con dos trípodes para captar toda la acción. Había un centenar de asientos listos para que los espectadores pudieran presenciar la batalla de los grandes cerebros.

Los más madrugadores ya habían ocupado algunos de los asientos de la primera fila. Una mujer se entretenía peinando a su hija. Le había puesto un lazo de lunares en la parte superior de la cabeza.

La niña se lo arrancó y lo tiró al suelo.

—Qué encanto —observó Bryant.

Kim repasaba la sala con la vista.

—No es de extrañar —observó—. Tienes que actuar como una miniadulta, pero con aspecto de niña. No me extraña que la pequeña se sienta confundida.

—Buena observación —comentó él. Los ojos de Kim exploraban a un puñado de niños que, sentados en grupo, esperaban en la esquina más alejada—. No está aquí, jefa.

—Ya lo veo, Bryant —dijo ella, y un cosquilleo le recorrió la espina dorsal—. Pero falta poco para que acabe la competición y él es uno de los organizadores, así que ¿dónde narices puede estar?

Capítulo 96

—Esto ha sido como un turno largo, más o menos, ¿no? —preguntó Tiff, y ahogó un bostezo.

Stacey sonrió.

—Sí, por eso nos gusta.

—¿Y a tu pareja y a tu familia no les importa?

—Entienden la mayor parte —explicó Stacey, tensa. En su caso, Devon entendía la mayoría de las cosas, pero lo que no entendía era la incapacidad de Stacey para responder a la pregunta que le había formulado a principios de semana y que, escudándose en el trabajo, había evitado con éxito.

—Ah, no hay mejor sensación que tu otra mitad te entienda. Cuando termináis lo que cada uno…

—Tiff, de verdad, tengo que seguir indagando sobre Beth…

—Pero la jefa dice que ahora busca hermanos. ¿Por qué sigues trabajando con la mujer de una de las víctimas?

—Es una sospecha, Tiff. Aunque la jefa haya tenido otra idea, no vamos a dejar pistas en el aire. Hay que terminar lo empezado.

—Lo entiendo —dijo Tiff, y estiró los brazos por encima de la cabeza—. Pero necesito salir, solo un rato. ¿Quieres algo?

—Coca-Cola light —contestó Stacey, y apuró su lata. Estaba contenta de tener, por fin, de unos minutos para sí misma.

Y, aunque estaba exhausta, le molestaba que la hubieran sacado de la investigación sobre Beth Nixon para pedirle que se dedicara a los hermanos de los niños prodigio. Pensaba, en secreto, que la posibilidad era remota, pero la jefa estaba convencida de que era

posible.

Sin embargo, aún no había terminado con Beth, porque no tenía todas las respuestas.

—Bien, Beth Nixon —dijo a la habitación vacía—, ¿qué has tratado de ocultar en realidad?

Capítulo 97

Diez minutos más tarde, estaban de vuelta a las puertas del salón principal, que ya empezaba a llenarse. Las habitaciones más pequeñas ya habían sido desalojadas y devueltas al hotel, y Jared seguía sin aparecer por ninguna parte.

—De acuerdo, Bryant. No me gusta que Jared Welmsley no aparezca, porque ¿sabes a quién más no hemos visto?

Él negó con la cabeza.

—A Ellie Lewis, la tutora.

—Se habrá ido ya —dijo él, usando la lógica—. No sé por qué tendría que interesarle el concurso.

—Mmm… —dijo Kim, y volvió a la recepción. Pasó por delante de unas cuantas familias que esperaban su turno frente a la caja. De algún modo, tenía la sensación de que la mujer no se iría antes de ver si alguno de sus potenciales alumnos había resuelto el examen final. Pero su colega podía tener razón. Ocurrían cosas por el estilo.

Bryant iba detrás, disculpándose.

—Perdone —dijo Kim, y mostró su placa—. ¿Ya se ha ido Eleanor Lewis?

La recepcionista vaciló, como si estuviera a punto de exigirle que se pusiera a la cola. Kim le acercó su placa un poco más. ¿Dónde estaba Raymond cuando una lo necesitaba?

—Por favor —añadió Bryant—. Podría ser importante.

Ella cedió, pulsó unas teclas y negó con la cabeza.

—Todavía no.

—Llame a su habitación —le pidió Kim.

La empleada marcó el número y escuchó cómo sonaba el teléfono.

Movió la cabeza de un lado al otro.

Kim sacó su propio teléfono.

—¿Me puede dar su número de contacto? —preguntó.

La recepcionista le dijo que no con un gesto.

—Lo siento, pero no puedo…

La detective se volvió a su colega.

—Bryant, pídeselo amablemente —dijo.

La familia de atrás resopló. Kim les dirigió una mirada fulminante y todos se dieron la vuelta.

Bryant leyó el nombre de la empleada.

—Lisa —dijo—, creemos que la señora Lewis corre peligro. Si pudiéramos llamarla para…

—Aquí lo tiene —le dijo la recepcionista, y le entregó una nota adhesiva rosa.

Kim volvió a coger su teléfono y movió la cabeza de lado a lado.

—Podrías agradecérmelo —gimió Bryant.

—Preferiría darles las gracias a tu madre y a tu padre por haberte enseñado buenos modales. —Tecleó el número.

—Es cierto —admitió. Saltó el buzón de voz—. Maldita sea —dijo ella, y volvió a intentarlo. Lo mismo.

Marcó otro número.

—Stace, anota esto —dijo. Stacey escuchó mientras su jefa leía cifras en voz alta—. Es el número de Ellie Lewis, la tutora particular. Insiste. No conseguimos encontrarla.

—Espera, ¿no dijiste que tenía treinta y tantos años?

—Treinta y ocho.

—No tiene sentido. No pudo haber estado aquí, dando clases, cuando Jared era un niño, así que…

—En este momento, ambos han desaparecido, Stace. A todos los demás los tenemos localizados, así que debe de haber algo —dijo Kim—. Sigue intentándolo y avísame.

—Lo haré, jefa —dijo Stacey, y colgó.

—Me acaba de decir algo que es ciertosobre…

—Siento interrumpirla —dijo la mujer que había resoplado en la cola—, pero la he escuchado sin querer. —Kim frunció el ceño ante la intromisión, pero asintió para pedirle que continuara—. Bueno, Ellie es tutora de nuestro hijo, Marcus, en Geografía. Y hoy ha tenido una sesión con ella. Justo después de comer.

Kim trató de ocultar su irritación. La mujer quería ayudar, pero, en ese momento, de muy poco le servía saber lo que Ellie había hecho hacía cinco o seis horas.

—Gracias por…

—No, escuche. La cosa es que ha reprogramado la clase. En principio, estaba planeada para la hora del té, pero nos ha dicho que iba a reunirse con un viejo amigo.

Capítulo 98

—¿Puntos sin cobertura? —preguntó Kim, que, a empujones y agitando su teléfono móvil hacia Lisa, volvía al principio de la cola —. ¿Dónde están?

La empleada tuvo que echar mano de toda su formación en atención al cliente para ocultar su enfado.

—No tenemos…

—Claro que sí —dijo Kim—. Todos los locales los tienen.

Kim sabía que, a pesar de los esfuerzos de las compañías telefónicas, seguía habiendo puntos sin cobertura causados, por lo general, por terrenos montañosos, un follaje denso o la distancia física. En una zona urbana, había otros factores que contribuían a la dispersión de las señales.

—Lisa, ¿dónde están los muros más gruesos o las construcciones metálicas? —preguntó. Incluso los densos armazones de refuerzo del hormigón podían causar problemas.

—Por favor, dígaselo y se irá más rápido —la aconsejó Bryant.

—Tiene razón —dijo Kim.

Lisa bajó la cabeza.

—Al final de la cocina, los almacenes que dan al patio de servicio. También los vestuarios, entre el gimnasio y la piscina.

—Gracias —dijo Kim, y sacó su teléfono. Volvió a llamar al número.

Nada.

—Jefa, esos lugares no podrían estar más alejados el uno del otro.

—Lo sé, Bryant. Vamos a tener que separarnos. Tú te quedas con la

piscina y yo con la cocina.

Él asintió. Se separaron y cada uno cogió su camino.

Capítulo 99

Ellie ahogó un bostezo y volvió a sentarse en el banco. Se palpó el bolsillo en busca de su dispositivo de emergencia personal: una alarma contra posibles ataques que llevaba encajada justo contra la costura.

El mensaje de texto la había dejado sorprendida. Cualquier mensaje procedente de un número desconocido le producía escalofríos. Y, al leer las palabras, el misterio del primer texto no había contribuido a disipar sus temores:

¿Te apetece quedar luego para ponernos al día?

De inmediato pensó en sus agresores. Ahí era a donde siempre iban sus pensamientos. Sin pensarlo, se llevó la mano a la cara. No era como si pudiera olvidarlo. Los recuerdos y la prueba le devolvían la mirada cada vez que consultaba su reflejo: al cepillarse los dientes, al peinarse, maquillarse…

Y, si no lo recordaba, aunque solo fuera por unos instantes, terminaba viendo el reflejo en los ojos de los demás. No era una cicatriz a la que bastara dedicarle una mirada fugaz y pasajera. La gente no podía apartar los ojos después de haberla detectado. La miraban fijamente, observaban que se movía como si fuera un ser vivo mientras Ellie hablaba. Así que comprendía muy bien la irritación de las modelos cuando la gente hablaba solo de sus tetas. De haber estado mejor dotada en esa área, podría haber intentado usarlas, de vez en cuando, para crear una distracción.

Cerró los ojos un momento, aliviada de que, por fin, todo hubiera terminado. Había sido duro y emocionalmente agotador estar rodeada de tanta gente.

En la vida normal, evitaba las aglomeraciones, se mantenía alejada de ojos curiosos y miradas indiscretas. Era fácil hacerlo: salía de casa, conducía hasta los domicilios de sus clientes, daba clases a los hijos, volvía al coche y regresaba a casa. Y eran pocas las cosas que no podía comprar en Internet.

Así que cada vez le resultaba más difícil acudir a ese evento, le era más difícil exhibirse; sin embargo, tenía que hacerlo para darles el gusto a sus clientes.

Y eso era lo que la había impulsado a acudir a ese encuentro.

Su primera reacción había sido preguntarse por sus atacantes, pero sabía dónde estaban. Siempre sabía dónde estaban. Casi dieciséis años después, seguía temiendo que volvieran para acabar con ella.

Por otra parte, la cifra de temores se había reducido de tres a dos, ya que el mayor de sus agresores había muerto hacía cinco años, apuñalado por una banda. Aquella noche, Ellie celebró la noticia, no tanto por venganza, sino porque había uno menos del que preocuparse. Uno menos que buscar en Internet. Uno menos que vigilar.

El más joven de los tres estaba de nuevo entre rejas, tras una serie de brutales agresiones a mujeres jóve nes. A salvo, por ahora. El tercero estaba casado, tenía dos hijos pequeños y trabajaba de techador en Stoke.

El siguiente mensaje de texto había llegado unos minutos después y, al leerlo, sus temores se habían aplacado:

Lo siento, había olvidado que no tienes mi número del trabajo. Matilda tiene un regalito que le gustaría hacerte.

Damien.

El mensaje terminaba con una carita sonriente y un gesto que la hizo sonreír al instante.

Por norma, se habría negado, pero, una vez pasada la ansiedad inicial, recordó la conversación con la inspectora de policía. Le había gustado charlar con ella. De verdad, había apreciado el arte de hablar con un adulto. Había compartido con ella sus conocimientos y su experiencia y la había entristecido verla marcharse. Aprovechar su formación y educación para enseñar a mentes jóvenes de forma individual satisfacía parte de sus necesidades, pero se daba cuenta de que quizá no todas sus necesidades estaban cubiertas. Charlar con adultos era una de ellas. Además, Matilda era un encanto, y su padre, un hombre amable y cariñoso.

El crujido de una rama la hizo abrir los párpados.

Sus ojos tardaron unos segundos en adaptarse a la luz crepuscular. Cuando por fin lo hicieron, Ellie vio la figura que se acercaba y se quedó con la boca abierta.

Capítulo 100

Kim recorrió a toda velocidad los pasillos de las habitaciones hasta la cocina industrial, que estaba situada en el otro extremo. El hotel contaba con dos cocinas: una no muy grande que daba servicio a la cafetería y al restaurante, en la parte de ocio. Otra, la gran cocina en la que estaba, atendía las habitaciones y los eventos.

Mientras avanzaba, llevaba el teléfono delante e iba vigilando las barras de cobertura. Observaba cómo rebotaban arriba y abajo. En cuanto se perdiera la señal, buscaría.

El olor y un estruendo le indicaron que se estaba acercando al punto ciego, pero su concentración se vio perturbada por algo que su cerebro no había registrado, aunque ya lo había percibido.

—¡Dios! —gritó cuando un empleado de cocina vestido de blanco, que cargaba un gran trozo de ternera, estuvo a punto de derribarla.

La mirada de disculpa del joven se convirtió en una de preocupación.

—¿Está perdida?

Ella le mostró su placa.

—No. Dígame, ¿dónde comienza el punto muerto? —El hombre volvió a fruncir el ceño—. Teléfonos —dijo Kim, y sostuvo el suyo en alto.

Él miró por el pasillo hacia la puerta de salida de incendios.

—Justo después de ese extintor, el de la pared, y sigue más allá la puerta, hasta donde termina el jardín aromático.

—Entendido —dijo Kim, que salió corriendo a toda velocidad.

En efecto, en cuanto pasó el extintor, las barras dejaron de bailar.

No había habitaciones más allá de ese punto. Empujó la puerta de salida de incendios y se salió.

Una combinación de flores de verano inundó sus fosas nasales. Había un banco iluminado por una única farola ornamental. Un rápido vistazo por la zona le dijo que allí no había nadie.

Pero ¿había estado allí?, se preguntó Kim, de pie, junto al banco.

«Donde termina el jardín aromático», le había dicho el chico de la cocina, y el banco estaba justo dentro.

Se apresuró a llegar al final, a lo largo de un camino que conducía a la parte delantera del hotel. Comprobó su teléfono. Aún no había señal. Ni siquiera podía llamar a Bryant para ver si había tenido más suerte.

«Mierda, mierda, mierda, ¿qué camino cojo?», se preguntó. Se puso a girar en todas las direcciones.

Entonces recordó lo que había visto y que su cerebro aún no había procesado.

Buscaba a Jared por todas las habitaciones.

Había visto a los niños sentados en grupo.

Todos miraban en la misma dirección, como si esperaran algo.

Sí, Kim había mentido cuando le había dicho a Stacey que tenía a todos localizados.

¿Dónde diablos estaba el puñetero payaso?

Capítulo 101

Bryant golpeó las puertas de los vestuarios masculinos.

—¡¿Hay alguien aquí?! —gritó.

Hasta entonces, había descartado el gimnasio, la pista de bádminton, la sala de pilates y zumba, y todas las zonas de la piscina. Solo quedaban la sauna y los aseos de señoras.

La última puerta, al abrirse, lo dejó ante un montón de ropa perfectamente doblada. Ya aporreaba la puerta de la sauna cuando esta empezó a abrirse hacia él.

—¿Qué…?

—Señor Welmsley, ¿dónde demonios estaba? —preguntó. Apartó los ojos de las regiones inferiores del varón desnudo, que se había cubierto solo con una minúscula toalla.

—Eeeh… ahí dentro —dijo, y señaló con la cabeza el vapor que flotaba por encima.

«Vaya estupidez de pregunta», pensó Bryant.

—Pero el encuentro, el concurso, su hermana…

—Ella es perfectamente capaz de mantener las cosas en funcionamiento hasta que yo llegue. Pero ¿qué demonios quiere? —preguntó. Se metió en un cubículo, cerró la puerta y se agachó.

—¿Ha visto a Eleanor Lewis? —le preguntó Bryant.

La toalla blanca y crujiente volvió a aparecer y el sargento no quiso imaginarse lo que había detrás de la puerta.

—Ellie, ¿la tutora?

—Sí, ¿la ha visto?

—¿Aporrea puertas como un loco para preguntarme si he visto a alguien con quien apenas he cruzado un par de palabras en mi vida?

A Bryant no le gustaba la capacidad de este hombre para hacer que cada cosa que le decía sonara ridícula. Todos los días trabajaba con alguien así.

—Y bien, ¿la ha visto? —presionó.

La cabeza de Jared apareció y se agitó de lado a lado. Bryant oyó que la hebilla de su cinturón se cerraba con un chasquido.

Ya se estaba alejando cuando tuvo una idea repentina.

—¿Va bien todo entre usted y su hermana?

—¿Perdón? —dijo Jared, y tiró de su camisa.

—Los he visto discutiendo en la recepción.

Jared frunció el ceño, aunque, en cuanto lo recordó, se relajó.

—Ah, eso. No ha sido nada. Si ha hablado con ella, sabrá que es un poco maniática del control. A veces se pasa. Pero eso ni siquiera ha sido una discrepancia —dijo, y desapareció de la vista una vez más —. Debería vernos…

Bryant fue a la salida. Estaba claro que no sacaría nada de aquella conversación.

Su primer impulso fue alejarse del complejo e ir a buscar a la jefa, pero aún no había terminado de revisar la zona. Si se marchaba antes de tiempo y su intuición con respecto de ese tipo estaba equivocada, podría dejar a Ellie Lewis por ahí, arrinconada contra una pared y desangrándose hasta la muerte.

Le dio las gracias a Jared y se dirigió a los vestuarios femeninos.

Por ahora, la jefa estaba sola.

Capítulo 102

«Piensa, piensa, piensa», se decía a sí misma mientras salía del jardín aromático.

¿Qué sabía? Juegos de mesa, rayuela y columpios en el parque. El asesino mantendría el patrón. Estaban en un hotel. ¿Dónde diablos podía…?

La zona de juegos. De repente, cayó en la cuenta. Tenía que haberse llevado a Ellie a la zona de juegos.

Cada muerte guardaba un simbolismo con algún tipo de entretenimiento. Los hacía jugar y luego los mataba; de una puñalada, normalmente.

Un cuchillo.

Ellie y aquel ataque.

Kim recuperó el aliento. La mujer estaría aterrorizada.

Corrió alrededor del edificio, cogió el camino de grava y se dirigió a la zona de juegos que habían visto al entrar.

Se tragó cualquier indecisión. Si se equivocaba de lugar, era muy probable que Ellie muriera. El asesino solo jugaba con sus víctimas durante un rato.

A lo lejos, una sola luz iluminaba la zona, pero Kim se encontraba a unos cien metros y no veía nada más allá del armazón del castillo de madera.

Siguió corriendo hacia allí, repasando todo lo que había sucedido durante la semana, y buscó algo que le diera una pista sobre a qué se enfrentaba y a quién, sobre cualquier pequeño detalle que hubiera pasado inadvertido.

Mientras se acercaba a la entrada del parque, in tentaba calmar su respiración. Se tapó la boca con la mano y escuchó con cuidado.

A lo lejos se oía un sonido rítmico.

Criiiii.

Cuatro segundos.

Criiii.

Cuatro segundos.

Luego, una carcajada de puro placer que le heló la sangre.

Sabía que debía acercarse, pero tenía que hacerlo en silencio. No había modo de saber lo que sucedía.

La verja había sido bloqueada con unas cizallas. La pesada cadena estaba en el suelo.

Se acercó a la valla, que le llegaba a la cintura, y quitó las cizallas tan silenciosamente como pudo. Depositó la herramienta sobre la hierba y empujó la verja. Tenía el cuerpo tenso, como si eso pudiera impedir que una pisada o cualquier otro sonido alertara de su llegada.

Criiii.

Cuatro segundos.

Criii.

Kim se sintió aliviada al oír el ruido. El juego precedía a la muerte. Mientras siguieran jugando, había esperanzas para Ellie Lewis.

Pero ¿con quién demonios estaba tratando?

Siguió moviéndose despacio y tuvo que sortear un montoncito de patatas fritas que nadie había limpiado aún.

El movimiento le trajo un recuerdo. Repasó los acontecimientos de la semana y, por fin, se enganchó como con un imán a un hallazgo

sobre cualquier otro.

El rastro de NaCl.

Cloruro de sodio.

Y, por fin, supo de quién se trataba.

Capítulo 103

Bryant salió del complejo de ocio y sacó su teléfono.

Primero, había tenido el cuidado de comprobar cada rincón hasta asegurarse de que Jared Welmsley no había hecho nada. Luego entró en el baño turco para asearse.

—Oye, Stace, he…

—Bryant, ¿dónde leches estás? Llevo un rato tratando de localizarte.

—Estoy en el complejo de ocio. No hay señal. Ya he comprobado el área y no ha sido Welmsley.

—Ya os había dicho que eso no tenía sentido, pero ¿puedes pasarme con la jefa?

—No está conmigo, Stace. Está en el otro punto muerto.

Un segundo de silencio.

—¿Así que los dos vais solos a zonas sin cobertura sin decírmelo?

Bryant notó la riña en su voz.

—Stace, ¿qué tienes?

—El suceso traumático, Bryant. Lo que llevó a Beth Nixon al psiquiátrico. Fue su abuela, su tutora legal. La asesinaron hace ocho años.

—Madre mía, Stace, qué mal, pero ¿qué tiene que ver eso con nosotros?

—La forma en que la mataron: en una rotonda de un parque de Burnley, un carrusel. La habían atado con alambre de espino. Luego la hicieron girar y girar hasta que el cerebro de la mujer se

desparramó por todo el suelo.

Bryant no dijo nada más. Colgó el teléfono y se movió a toda velocidad.

Tenía que encontrar a la jefa, y tenía que hacerlo rápido.

Capítulo 104

Kim inspiró hondo y salió de detrás del castillo.

—Hola, Eric, me alegro de volver a verte —le dijo a un hombre a quien había interrogado en la primera escena del crimen. El tipo había vomitado y su vómito contenía elevadas trazas de cloruro de sodio, o sea, sal. La sustancia había ido a caer en las botas de uno de los policías. Para montar la escena, se había provocado el malestar con el agua de la botella.

—Inspectora, yo también estoy encantado de verla —dijo con calma mientras mantenía la vista fija en quien lo acompañaba.

Sin permitir que el horror se reflejara en su rostro, Kim analizó la escena.

Eric estaba sentado a horcajadas en un lado del balancín, todavía con la ropa de payaso que había utilizado para infiltrarse. Su disfraz estaba dividido en dos mitades, una amarilla y una roja, separadas en el vientre y el pecho por dos pompones azules. Ya se había quitado la peluca multicolor, pero conservaba la cara blanca y los labios rojos grotescamente pintados.

En el otro extremo del balancín estaba Ellie. Tenía las manos atadas alrededor del mango y la boca amordazaba con un pañuelo. El terror brillaba en sus ojos.

Kim se preguntó por un momento cómo se las habría arreglado Eric para atarla así, pero, dado el anterior encuentro de Ellie con un cuchillo, se habría quedado petrificada; habría hecho lo que le hubieran dicho.

La tutora emitió un sonido cuando descendió su mitad del balancín. De pronto, Kim comprendió por qué.

El cuchillo estaba puesto en posición vertical de manera que, cada vez que bajaba ese lado del balancín, cortaba la carne de Ellie en la

parte posterior de la pierna, entre el tobillo y la pantorrilla. En caso de que ella dejara de empujar de vuelta, la punta de la hoja se le clavaría con firmeza. Y, como tenía los pies atados, Ellie no tenía ningún control sobre el ángulo en que descendían.

Eric obligaba a Ellie a que jugase con él. Bajo el asiento de la mujer, el brillante charco de sangre le reveló a Kim que ya llevaban un buen rato subiendo y bajando. El asesino se divertía como nunca mientras Ellie se debilitaba.

Kim sabía que solo había un modo de resolver aquello, y era sacarla del balancín.

Se tomó un instante para sacar cuentas. Ellie llevaba catorce años dando clases particulares. Catorce años antes, Beth Nixon había asistido a Brainboxes. Era posible que Ellie tampoco le hiciera caso a este niño.

Kim avanzó.

—Da un paso más y esto es lo que haré —dijo, y aceleró el movimiento del balancín.

Empujó con más fuerza y rapidez. A Ellie no le quedó más remedio que igualar el ritmo para evitar que la hoja se enterrara más en su carne; pero eso significaba mayor número de cortes en la parte posterior de su pierna. Aquello era perder o perder más.

La sangre manó de las nuevas heridas y la mujer soltó un grito dentro de la mordaza.

Kim dejó de moverse.

—No parece sorprendida de verme, inspectora —dijo, decepcionado—. ¿Qué me ha delatado?

Kim se sintió tentada de decirle que se había pasado de listo, pero tenía que pensar en la mejor manera de que bajase del balancín.

—La sal, Eric —dijo con calma—. Tu actuación, al encontrar el cuerpo de Belinda Evans, fue exagerada. Tu vómito contenía altos niveles de cloruro de sodio. Habías puesto sal en tu botella de agua

para provocarte el vómito tras matarla. Cuando te dije que bebieras agua, te negaste a tomar un trago.

»Querías que la gente viera lo inteligente que eres. No obtuviste gratificación de tu primer asesinato. Nadie encontró a Freddie Compton hasta días después, así que, cuando mataste a Belinda, querías ver tu obra. Te sentaste ahí, con la cabeza gacha, fingiendo que estabas conmocionado.

Él sonrió, agradecido. Mientras la detective conseguía acaparar su atención, el balancín se ralentizaba. Estaba claro que a Eric le gustaba que le relataran sus propias aventuras. Y ella intentaría sacarle provecho.

—El día de puertas abiertas, fuiste a la universidad y llamaste a Belinda desde el cuarto de limpieza. Arreglaste una reunión en el…

—Sí, qué zorra más guarra, la vieja.

Kim pasó por alto el insulto. Sabía que la mujer había sido mucho más que eso.

—No te costó encontrar a tu última víctima, ¿verdad? Era tu cuñado —dijo Kim. Ahora recordaba los tres últimos casos a los que Stacey había dado relevancia. Este era el hermano que había interrumpido la actuación de Beth cuando eran niños. Había sido un intento de arrebatarle la atención—. Y el suicidio de este pobre chico te hizo perder el control, ¿no fue así? El hermano del genio sentía que su única salida era la muerte.

Kim sabía que tenía que mantenerlo concentrado, obligarlo a fijar su atención en ella hasta averiguar cómo sacarlo del balancín.

—Siempre fuiste el segundón de tu hermana, ¿verdad? —preguntó con tono dulce. No estaba armada, no tenía ayuda, solo contaba con sus conocimientos, su boca y la semilla de un plan con el que desviar la atención y la ira del asesino de Ellie—. Lo entiendo, Eric. Entiendo lo horrible que debió de ser tu infancia cuando Beth acaparaba toda la atención. Todas esas personas jugaban con tu hermana y le prodigaban atenciones mientras te desdeñaban por completo. Ninguna vio lo especial que eras. Ninguna se tomó la

molestia de jugar contigo.

Los ojos del joven estaban fijos en ella, y él abrió la boca, solo que ella no quería dejarlo hablar. Quería que la escuchara. Necesitaba que las palabras entraran en su cerebro y quedaran bien registradas. Para que el plan de Kim funcionase, tenía que arrancar de la mente de Eric la costra del rechazo.

—Apuesto a que recibía tratos especiales, incluso, ¿no? Más regalos, más golosinas, más juguetes. Todos pensaban que era más lista, más divertida, más mona. Tus padres la exhibían en las fiestas. A todo el mundo le contaban lo que sabía hacer, presumían de sus logros con todo el mundo. A ti te olvidaban, siempre a la sombra de tu hermana, intentando conseguir algo de atención. Querías destacar, hacerte notar. Soy incapaz de imaginar lo que eso podría hacerle a un niño. Todo ese rechazo, y tú tan joven.

Lo tenía, Kim lo sabía. El balancín se había ralentizado y Ellie había tenido la sensatez de igualar la velocidad. Su pierna recibía menos cortes y la pérdida de sangre había disminuido.

Y, ahora, debía apostarlo todo a que las heridas recientes eran más profundas que las antiguas.

—Qué difícil debe ser para un niño soportar ese nivel de rechazo. Pero la cosa no termina ahí, ¿verdad, Eric? —preguntó con voz cada vez más dura—. Sobre todo, si el desdén te acompaña hasta la edad adulta, porque, ahora que os he conocido a ti y a tu hermana, tengo que decir que ella me cae mucho mejor que tú. —Lo desafió con la mirada—. Así que ¿por qué no vienes a jugar conmigo?

Capítulo 105

—Por Dios, tío, ¿quieres apartarte del camino? —gruñó Bryant. Estaban a la puerta de la salida de incendios que daba al jardín aromático.

—Un segundo, amigo, tengo que asegurarme de que el campo magnético aguanta y que en la sala de control reciben la señal.

El tipo de seguridad, con la radio pegada a la oreja, esperaba una respuesta.

Bryant trataba de controlar la respiración después de haber cruzado a la carrera todo el complejo. No le había quedado más remedio que correr tres kilómetros de un extremo al otro.

Y ahora estaba a un par de minutos de la zona de juegos, donde suponía que su jefa, sin ayuda alguna, se estaba enfrentando a Beth la psicópata o a su hermanastro.

—Ha habido demasiadas conexiones desde estas puertas, amigo. Tengo que asegurarme de que todo funciona bien.

Bryant lo apartó de un codazo y empujó con fuerza.

Las puertas se abrieron.

—¡Funcionan! —gritó, y echó a correr entre las plantas lo más rápido que pudo.

Capítulo 106

En cuanto Eric se bajó del balancín, Kim detectó en sus ojos una expresión asesina. Y, en ese mismo instante, corrió hacia el lado de Ellie, cuyas piernas descendían directamente hacia los cuchillos.

Y consiguió patearlos, aunque Eric agarró a Kim por el pelo y tiró de ella hasta arrojarla al suelo.

Un dolor punzante la recorrió desde el cuero cabelludo hasta los ojos. Mientras Eric la arrastraba por el asfalto, preparó su cuerpo para una nueva embestida.

—Lo has estropeado todo, pedazo de…

Ella sintió que, de repente, las palabras perdían fuerza y que su enemigo aflojaba el agarre del pelo. Cuando por fin consiguió enderezar la cabeza, Eric miraba más allá.

Una figura se precipitaba hacia los dos.

El asesino la empujó al suelo y echó a correr.

—Suelta a Ellie y quédate con ella —ordenó Kim a su colega, y se puso en pie.

La mujer debía estar aterrorizada con aquella horripilante experiencia.

Kim corrió hacia donde creía que había huido Eric. El joven podía escalar con facilidad la valla que rodeaba la zona de juegos y perderse en la campiña de Worcestershire.

Después de haber rodeado el castillo, lo vio lanzarse contra la valla metálica. Eric ya había afianzado el pie izquierdo y escalaba como Spiderman.

Pero uno de los pompones de su traje de payaso se enganchó en una

unión de alambres. El tipo maldijo. Dio un gritó de frustración al verse atascado a media valla, incapaz de moverse hacia arriba o hacia abajo.

Y, en el momento en que Kim lo alcanzó, soltó un rugido estruendoso. Se oyó, entonces, el rasguido de la tela del traje. Eric había conseguido soltar la pierna izquierda, y Kim se dio cuenta, demasiado tarde, de que, si ese pie pateaba hacia abajo, la golpearía.

Alcanzó a girar la cabeza. El tacón no le dio en medio de la cara, pero sí que aterrizó en su sien izquierda. El golpe fue tan brutal que la mandó al suelo. A pesar de las náuseas, se impulsó hasta ponerse en pie y trepó por la valla. Mientras tanto, su enemigo ya se dejaba caer del otro lado.

Kim hizo lo posible vencer el mareo. Al trepar la valla, sintió que los músculos le ardían, pero sabía que tenía que cogerlo.

Si bien los terrenos del hotel daban a campo abierto, unas cuantas luces en el camino de entrada del edificio principal le revelaron que Eric ya le llevaba unos treinta o cuarenta metros de ventaja.

«Tengo que correr más rápido», rogó en silencio a sus músculos mientras intentaba aumentar la velocidad.

Las luces que había creído fijas parecían moverse hacia ella. Eran, tal vez, personas con linternas que iban a ayudarla.

Mierda, su única esperanza era que Eric se desorientara en la penumbra, que perdiera el rumbo y se alejara de la salida y la posible libertad. Eso le daría tiempo para atraparlo antes de que escapara.

Sacudió la cabeza para despejar las luces de su campo visual, pero, por el lado derecho, se acercaban a ella mucho más rápido de lo que tenía calculado. Y seguían dirigiendo a Eric hacia la salida.

Centró su mirada en el asesino. No estaba segura de haber conseguido recortar unos metros, pero se dio cuenta de que, cada vez que él miraba atrás para ver dónde estaba su perseguidora,

perdía terreno.

Con tan solo un esfuerzo más, Kim lograría alcanzarlo antes de que saliera del recinto.

Mantuvo su trayectoria y trató de no pensar más en las dos luces que llenaban su visión periférica.

Los músculos le ardían como si se le estuvieran despegando de los huesos y, aunque intentaba meter más aire en sus pulmones, respiraba con dificultad, lo que hizo que regresaran las náuseas que le había provocado la patada en la cabeza.

Sin embargo, cuando él se volvió de nuevo y ella vio la expresión de su cara, supo que estaba ganando.

«Vamos», se dijo a sí misma. A su derecha, las luces brillaban cada vez más.

No eran linternas.

Eran los faros de un coche que se dirigía a la salida por el camino de grava.

Miró de nuevo a Eric. Él seguía corriendo tanto rápido como podía. Miraba hacia atrás para comprobar dónde estaba su perseguidora.

Y el coche seguía circulando.

Y Eric seguía corriendo.

Un último vistazo.

Y, luego, un estruendo de metal golpeando carne.

Aunque a Kim le flaqueaban las piernas, siguió adelante, sin dejar de mirar con fijeza la figura inerte en el suelo.

«Ah, no —pensó—, esto no puede terminar así». Tres muertos. Incontables vidas destrozadas. Ese cabrón tenía que ser juzgado.

Cuando ya estaba cerca, la puerta del coche se abrió y salió

Veronica Evans. Tenía el rostro ceniciento.

—Ay, no; ay, Dios mío, no, no. —Kim respiró hondo varias veces. En el suelo, el hombre gemía—. No he podido… Ay, no… No lo he visto… Lo siento mucho…

—No está muerto —dijo Kim, sin aliento.

El horror aumentaba en el rostro de Veronica.

—Por Dios… He atropellado a un… payaso.

Kim observó las facciones de Eric Hanson, retorcidas por el dolor, más grotescas aún por el maquillaje, todo embadurnado, y solo sintió asco por él. Pensaba en las vidas que este tipo había segado en una larga rabieta de catorce años.

—No lo lamentes tanto, Veronica —dijo Kim, y sacó su teléfono—. Este es el cabronazo que mató a tu hermana.

Capítulo 107

Era casi la una de la noche cuando Stacey entró en el piso.

Sentía que el olor a jazmín le daba la bienvenida, a pesar de que lo había estado evitando toda la semana. Junto con el aroma familiar, detectó en el aire otro olor dulzón y empalagoso. Algún tipo de tarta de frutas, supuso. Devon horneaba cosas si estaba muy tensa.

Stacey se quitó el abrigo y lo dejó sobre el respaldo del sofá. No encendió las luces, no las necesitaba. Conocía el piso de Devon casi tan bien como el suyo propio.

Mientras caminaba por el salón, tuvo cuidado de evitar una bolsa de manualidades de colores brillantes. Allí estaban las numerosas piezas tejidas y sin terminar de Devon. Habían usado las grandes agujas más para jugar a las espadas que para confeccionar prendas.

Y, contra la pared, entre el cuarto de baño y el dormitorio, había un perro de peluche de medio metro de alto con la cara deforme. Era tan feo que había estado meses en la tienda vintage favorita de las dos. En un momento dado, se habían compadecido del perro y le habían dado un hogar.

«Sentir lástima por un juguete de peluche…», pensó, y sacudió la cabeza.

Sin hacer ruido, se deslizó hasta el cuarto de baño y se lavó los dientes con rapidez. Estaba haciendo tiempo, a la espera de que se le pasara la ansiedad. Había evitado la conversación durante toda la semana, y eso era injusto para las dos.

Y quizás ya había dejado pasar demasiado tiempo.

Abrió la puerta del dormitorio, que estaba oscuro. Ambas ventanas estaban cubiertas con persianas opacas. Y es que, como funcionaria de inmigración, las redadas nocturnas a menudo obligaban a Devon a intentar conciliar el sueño durante el día.

Stacey se desnudó en silencio y se metió en la cama.

La respiración rítmica y profunda de Devon drenó su tensión.

—Sé que estás aquí, y ya lo sabes, ¿verdad? —preguntó Devon, con voz muy clara.

—Por supuesto —dijo Stacey, y se acercó un poco más.

Sin volverse, Devon se alejó.

—¿Por qué haces…?

No, no se lo iba a poner fácil. No tenía por qué.

Stacey había estado tentada a hablar con su jefa, a pedir la opinión de una persona objetiva, pero esa noche había caído en la cuenta de que no lo necesitaba.

Toda la semana había pensado en lo que podía perder. Y esa noche había estado rodeada de dolor. A su izquierda, Ellie Lewis, ya destrozada, se había aferrado a duras penas a su cordura. Un hombre, tras haber asesinado a tres personas inocentes, estaba siendo trasladado al hospital, mientras una mujer, que lo había perdido todo, sollozaba junto a su coche.

Y ella solo podía pensar en lo que tenía que ganar.

Sí, le había entrado el pánico; y, sí, se había asustado y, sí, se había comportado como una niña estúpida.

Con un dedo, recorrió con suavidad la columna vertebral de su amante.

—Pídemelo otra vez, Dee —dijo.

Nada.

—Por favor —susurró.

Devon se giró en la cama y la encaró. No había ninguna luz que las alumbrara, pero Stacey conocía de memoria cada uno de sus rasgos.

Devon se aclaró la garganta y cogió la mano de Stacey. Habló con voz tranquila y nerviosa:

—Stacey Wood, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa?

Stacey brilló en la oscuridad.

—Sí, mi amor. Sí.

Capítulo 108

Antes de bajarse de la moto, Kim permaneció fuera de la casa durante unos minutos.

Acababa de interrogar a Eric Hanson tras los sucesos de hacía dos noches. Por suerte, Veronica iba conduciendo a treinta kilómetros por hora. El golpe no había causado más que una costilla fracturada, un hombro dislocado y una conmoción cerebral leve.

Aun sin pruebas forenses contra él, salvo una huella dactilar que había aparecido en el envoltorio del juego de mesa, Eric había confesado todos los asesinatos y relatado los pormenores de cada uno. Les había hablado del homicidio de su cuñado sin más emoción que de los demás. Se refería a Barry Nixon como un viejo cabrón pervertido.

Eric le describió una infancia tan distorsionada que a Kim le costaba recordar que hablaba con un adulto y no con un niño afligido.

Había explicado, sin ambages, que la única posesión que le había dejado su padre había tenido que venderla para comprarle libros a su hermana. Contó que su abuela había sacado a Beth del colegio y habló de los golpes que le daba si hablaba durante las clases. Explicó que a él también lo habían sacado del colegio, puesto que la abuela no estaba dispuesta a hacer el recorrido por uno solo.

Pero, sobre todo, hablaba de cómo lo habían ninguneado, de que siempre lo habían hecho sentirse invisible, carente de valor. El día en que se enteró del suicidio de Ryan, el hermano de Stevie, en él renacie ron todos los sentimientos de inutilidad, todos los que había enterrado después de haber matado a la causante.

Una y otra vez, a lo largo de las cuatro horas que había durado la declaración, Kim tuvo que recordarse que interrogaba al homicida de cuatro personas, incluido el brutal asesinato de la abuela en el carrusel. Cuatro familias habían cambiado para siempre por culpa de un alma dañada y destruida.

Al día siguiente de la detención, Ellie Lewis había sido dada de alta del hospital, ya con todas las lesiones físicas tratadas.

Kim no tenía ni idea de qué sería de las cicatrices psicológicas que le habría dejado esa terrible experiencia. Su teléfono estaba apagado; su apartamento de alquiler, vacío, y había dejado a todos sus clientes particulares.

En ese momento, Ellie Lewis no quería que nadie la encontrara, y Kim respetaba eso.

Beth Nixon se estaba preparando para enterrar a su marido, a quien su propio hermano había asesinado. La pena y el amor habían sido reales. Era poco probable que volviera a hablar con Eric.

Jared y Serena aprovechaban al máximo la publicidad que rodeaba a Brainboxes para tratar de defender todo el proceso, aunque la opinión pública no estaba de su lado.

Ya se había puesto al día con Penn, que le había relatado los asesinatos relacionados con la gasolinera y la implicación de su colega. Kim sabía que el sargento le quitaba importancia a lo que había ocurrido con su hermano en la antigua pista de karts, pero Travis la había puesto al corriente de todos los pormenores. Ya se había topado con gente como Doug: oficiales que querían prosperar sin esforzarse, oficiales que se sentían con derecho a más, pero sin el trabajo duro. Al parecer, a lo largo de los años, y a medida que ascendían quienes lo rodeaban, Doug estaba cada vez más amargado y resentido. Travis admitió que él mismo había aconsejado a Doug que no se presentara por tercera vez al examen de sargento, lo que prácticamente había sellado su destino. Kim se preguntó si esa había sido la gota que había colmado el vaso.

Sabía que Penn se castigaría a sí mismo durante mucho tiempo por no haber descubierto antes la verdadera naturaleza de su colega, pero el joven sargento se había atenido a su corazonada de que había algo raro en el caso. Gregor Nuryef, por cierto, ya estaba de vuelta en casa, con su mujer y sus hijos. Kim estaba orgullosa de que su compañero se hubiera resistido a dejar pasar todo, de que hubiera luchado con denuedo por descubrir la verdad.

Y, lo que fuera que le ocurría a Stacey, ya estaba bien. Al día siguiente de la captura de Hanson, se había presentado a trabajar con una sonrisa deslumbrante. Había llegado a la oficina la primera, a las siete de la mañana; y, antes de que aparecieran los demás, había compartido las noticias con Kim, que se alegró mucho por ella: las dos mujeres hacían muy buena pareja.

Y Bryant, como siempre, era Bryant.

A pesar del lento comienzo, debido a las restricciones impuestas por Woody, el caso había sido agotador. Los había alejado a todos de sus seres queridos mientras intentaban desentrañar rivalidades entre hermanos, abandonos, crueldades y mentiras.

Y, ya con las declaraciones firmadas, solo le queda ba en mente una persona más. En eso pensaba poco antes de llamar a la puerta de la casa de tres plantas.

Veronica abrió con expresión inquisitiva.

—¿Puedo pasar?

La mujer frunció el ceño.

—Ya he ratificado mi declaración. ¿Hay…?

—Veronica, por favor. ¿podrías dejarme entrar? —la tuteó.

—Por supuesto —dijo, y se hizo a un lado.

Kim subió las escaleras hasta la biblioteca del primer piso.

No le sorprendió ver, en un rincón, la caja de cuadernos de la infancia. Por doloroso que fuera el pasado, seguía siendo la historia de esa mujer.

—¿Hay algo…? ¿Me he olvidado…?

—Veronica, todo está bien. Nadie te acusa de nada. Ha sido un accidente; soy tu testigo y el hombre está muy vivo.

—Ah, vale —dijo ella, más relajada—. Entonces, ¿por qué…?

Kim podía leer su sorpresa.

—Solo he venido a hablar —le dijo—. ¿De verdad te resulta tan difícil creer que alguien quiera venir a charlar contigo?

—¿Tú? Sí, la verdad —dijo con un destello de diversión—. Pareces incluso menos adaptada socialmente que yo.

La respuesta de Kim fue una sonrisa. No se sentía ofendida, ya que la apreciación no era errónea. Pero, a lo largo del caso, esta mujer les había obstruido y enfrentado, les había ocultado información y los había frustrado. A pesar de todo, ni una sola vez le había caído mal a Kim.

En Veronica había algo que podía reconocer y comprender. Una herida profunda y oscura que había dañado algo inalcanzable en su interior y le había impedido darse a sí misma una vida normal.

—Tienes que dejar eso atrás, Veronica —dijo en cuanto tomó asiento.

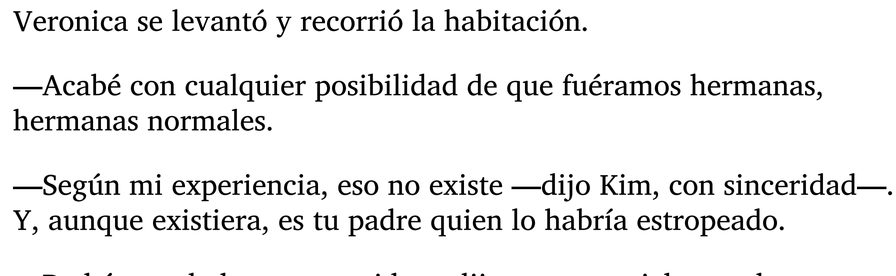
La mujer se sentó también, y dobló sus largas piernas bajo su tronco.

—Si, como dices, no está gravemente herido, entonces…

—No me refiero a eso —dijo Kim, y ladeó la cabeza—. Hablo de tu sentimiento de culpa. No ha sido culpa tuya. No eres la responsable de todo lo que ocurrió después del programa de televisión. Tú no eres la responsable y, sin embargo, te has pasado toda la vida intentando compensarlo.

—Pero, si yo no le hubiera dado ese consejo, las cosas habrían seguido igual. Nuestro padre no la habría rechazado.

—Pero, no hay duda posible, habría cambiado en algún momento. ¿No comprendes que la decepción de tu padre estaba a una sola respuesta equivocada de distancia? Menudo pedestal, el que había puesto a tu hermana. Era inevitable que Belinda no estuviera a la altura de sus expectativas. Sí, tú la aconsejaste, pero ella tomó la decisión de hacerlo.



Veronica se levantó y recorrió la habitación.

—Acabé con cualquier posibilidad de que fuéramos hermanas, hermanas normales.

—Según mi experiencia, eso no existe —dijo Kim, con sinceridad—. Y, aunque existiera, es tu padre quien lo habría estropeado.

—Podríamos habernos querido —dijo con un quiebro en la voz.

—Tú la quisiste —propuso Kim—. Nunca te mar chaste de su lado. Nunca la abandonaste. Ella nunca estaba sola y sabía que podía contar contigo. Te mantuviste cerca y renunciaste a tu propia vida para cuidarla. La protegiste lo mejor que supiste, pero era adulta. Siempre supo que te tenía. La querías mucho, a pesar de que te daba poco a cambio.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Veronica. Se la limpió.

—No ha sido culpa de Belinda. No podía quererme. No después de lo que yo le había hecho, de lo que había causado. Ella me echaba la culpa. Me despreciaba.

—No, no es cierto —dijo Kim—, porque nunca te dijo que te fueras. Te quería tanto como tú a ella. De hecho, siempre te quiso.

La mujer frunció el ceño.

—Es imposible que lo sepas.

Kim estaba sorprendida de cómo los hechos más simples eran pasados por alto por las personas que más los necesitaban y, sin embargo, resultaban obvios para quien los veía desde fuera.

—Lo sé bien, y es por un simple hecho: para ella, todo cambió a partir del programa de televisión. Perdió el amor de tu padre, su atención, su respeto. Y podría haberlo recuperado todo haciendo una cosa muy sencilla.

Veronica entrecerró los ojos.

—¿Qué?

—Podría haber dicho la verdad.

Kim tenía algo muy claro: Belinda nunca había admitido que Veronica le había aconsejado que diese una respuesta incorrecta. De haberlo hecho, le habrían perdonado todo y su vida habría vuelto a la normalidad, pero, en vez de eso, había protegido a su hermana mayor.

—Te quería demasiado como para dirigir hacia ti el disgusto de tu padre.

—¿Cómo pude…? O sea, nunca pensé… que ella…

Kim se levantó y le ofreció la mano a esta mujer fuerte y formidable que la había intrigado desde el momento en que se habían conocido.

—Gracias, inspectora. Realmente, no sé qué decir.

—De nada —dijo Kim.

Bajó las escaleras y se marchó.

Inspiró hondo, satisfecha, y cogió el casco. En ese momento, su teléfono sonó.

Carta de Angela

En primer lugar, quiero darte las gracias por haber elegido leer Juego de niños, la undécima entrega de la serie de Kim Stone; y, a muchos de vosotros, por seguir con Kim Stone y su equipo desde el principio. Si quieres estar al día de mis últimas publicaciones, suscríbete en el siguiente enlace:

www.bookouture.com/angela-marsons

Desde que tengo uso de razón, me han intrigado los niños prodigio. He querido explorar su vida familiar, sus estilos de crianza y los efectos que, más adelante, se derivan de tanta presión y atención. Como siempre, cuando los personajes y sus personalidades empezaron a cobrar vida en mi mente, la historia dio un giro que yo no esperaba.

Adaptar a un procedimiento criminal mis intereses supone, a veces, un reto; pero este libro lo he disfrutado desde el momento mismo en que lo empecé —en cuanto me puse a investigar temas como la crianza de los tigres— hasta el minuto mismo en que lo terminé. He aquí el resultado final. Espero que hayas disfrutado con su lectura.

Y, si te ha gustado, te estaré eternamente agradecida de que escribas una reseña. Me encantaría saber qué piensas. Además, tus comentarios pueden ayudar a otros lectores a descubrir mis libros por primera vez. A lo mejor podrías recomendárselos a tus amigos y familiares…

Me encantaría saber de ti, así que, por favor, ponte en contacto conmigo a través de mis páginas de Facebook o Goodreads, a través de X o en mi sitio web.

Y, si no has leído ningún otro libro de la serie de la detective Kim

Stone, aquí tienes la lista:

Un grito en el silencio

Juegos diabólicos

Las niñas perdidas

Juegos letales

Hilos de sangre

Almas muertas

Los huesos rotos

Una verdad mortal

Promesa fatal

Recuerdos de muerte

Muchas gracias por tu apoyo. Lo valoro muchísimo.

Angela Marsons

www.angelamarsons-books.com

angelamarsonsauthor@WriteAngie

Agradecimientos

Como siempre, debo agradecer, en primer lugar, la contribución de Julie, mi compañera, a estos libros. Participa en todas las fases del proceso y nunca me deja olvidar la suerte que tengo de poder hacer lo que me gusta y llamarlo trabajo. Los libros no existirían sin ella. Le estoy agradecida de verdad todos los días.

Gracias a mi madre y a mi padre, que, con orgullo, siguen corriendo la voz a todo el que quiera escucharlos. Y también, por su apoyo, a mi hermana Lyn, a su marido Clive y a mis sobrinos Matthew y Christopher.

Gracias a Amanda y Steve Nicol, que nos ayudan de muchas maneras, y a Kyle Nicol, que busca mis libros donde quiera que va.

Un reconocimiento especial a un hombre extraordinario llamado Jez Edwards, que tan amablemente me ofreció su ayuda en todo lo relacionado con el procedimiento policial. Por desgracia, falleció tras una corta enfermedad. Lo echaremos de menos.

Me gustaría dar las gracias al equipo de Bookouture por su continuo entusiasmo por Kim Stone y sus historias; sobre todo a Oliver Rhodes, que dio a Kim Stone la oportunidad de existir.

Un agradecimiento especial a mi correctora, Claire Bord, cuya paciencia y comprensión aprecio de verdad. Recibe cada libro con entusiasmo y me da buenos consejos. De nuevo, estoy deseosa de trabajar en el siguiente.

A Kim Nash (Mamá Osa), que trabaja sin descanso para promocionar nuestros libros y protegernos del mundo. A Noelle Holten, que tiene un entusiasmo y una pasión sin límites por nuestro trabajo.

Gracias a la fantástica Kim Slater, un increíble apoyo y amiga de muchos años ya, y a las fabulosas Caroline Mitchell, Renita D’Silva y Sue Watson, sin las cuales este viaje sería imposible. Un enorme

agradecimiento a la creciente familia de autores de Bookouture, que siguen divirtiéndome, animándome e inspirándome a diario.

Mi agradecimiento eterno va para todos los estupendos blogueros y críticos que han dedicado su tiempo a conocer a Kim Stone y seguir sus historias. Esta gente maravillosa grita con todas sus fuerzas y comparte generosamente, no solo porque ese es su trabajo, sino porque es su pasión. Nunca me cansaré de darle las gracias a esta comunidad por el apoyo que me brindan tanto a mí como a mis libros. A todos vosotros, muchas gracias.

Montones de gracias a mis fabulosos lectores, sobre todo a quienes han robado un poco de tiempo a un día ajetreado para venir a mi sitio web, a mi página de Facebook, a Goodreads o a X.